

Serie Corazón de Texas 2

LIA SAYONI

*Quando
la lluvia cae
en el corazón de
Texas*

Cuando la lluvia cae en el corazón de Texas

Serie Corazón de Texas 2

Copyright © 2024 Lía Sayoni

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en el caso de breves citas utilizadas en reseñas. Cualquier solicitud para utilizar o reproducir parte de esta obra debe dirigirse al editor.

Diseño de portada: Lía Sayoni

«Cuando la lluvia cae en el corazón de Texas, el amor se expande nutriendo el alma».

Lía Sayoni



1. Rumores acerca de Bruce

1919, Dallas, Texas

La cantina de Bill Macalister estaba envuelta en una atmósfera cargada de humo, risas y el tintineo constante de los vasos chocando entre sí. Entre el ruido de las conversaciones, Roger Anderson se encontraba sentado en un rincón oscuro, a solas, y con la mirada fija en el vacío. Se había vuelto una costumbre ir a la cantina por las noches, a pesar de que él no era dado a la bebida. En realidad, tampoco era mujeriego. Sin embargo, su vida había dado un giro drástico y ahora intentaba desesperadamente aferrarse a cualquier cosa que le proporcionara consuelo. Y ese algo era pasar la noche con alguna de las mujeres que trabajaban allí. Ya habían pasado varios meses desde que la guerra había llegado a su fin. Varios meses en los que, a pesar de encontrarse junto a su familia, Roger no había hallado consuelo ante la pérdida de su amada Helen, ni tampoco por la desaparición de su hermano Bruce.

—¿Una partida de billar? —dijo Jake, palmeándole el hombro y devolviéndolo a la realidad.

Roger miró a su hermano y se sorprendió de encontrárselo allí. Desde que Rose estaba embarazada, que este evitaba dejarla a solas por las noches.

—¿Qué haces aquí?

—La pregunta, hermano, es qué haces tú aquí —comentó Jake mientras se sentaba a su lado y le pedía una taza de café a Bill.

—¿Cuál es el problema de que quiera distraerme un poco? —espetó, molesto—. Ni siquiera bebo alcohol ni tampoco hay donde conseguirlo con esa maldita ley. ¿Qué tiene de malo que quiera pasar tiempo fuera de casa?!

—No tiene nada de malo, Roger. —Su hermano se pasó la mano por la cabeza en un gesto de frustración—. Es solo que llevas meses encerrado en tu habitación, y ahora te ha dado por saltar de cama en cama. Tú no eres así.

—¿Con qué cara me reprochas eso cuando tú mismo te caías de borracho después de que Eleonor te abandonara en el altar? —bufó elevando la voz, aunque esta se perdía en el murmullo del establecimiento que, pese a la prohibición de venta de alcohol, no dejaba de abarrotarse por las noches para disfrutar de unas partidas de cartas o de billar.

—No te lo estoy reprochando. Sé mejor que nadie lo que estás viviendo, Roger, pero estoy preocupado por ti. Mamá y Rose también lo están. ¿No crees que va siendo hora de dar vuelta la página?

—Déjame en paz, Jake. Será mejor que regreses a casa —dijo mientras se levantaba y caminaba hacia la escalera, donde varias muchachas esperaban ser escogidas por él.

Cuando se giró para ver si su hermano se había largado, el peso de los remordimientos cayó con fuerza sobre él. Roger siempre fue un hijo ejemplar, pese a no ser el mayor. Su sentido de la responsabilidad era muy superior a sus instintos masculinos, y jamás se había emborrachado, salvo la primera vez que fue a la cantina de Bill, luego de abandonar por fin el refugio de su cuarto. Aquella también fue la primera vez que se acostó con una mujer sin estar en una relación con ella. Para Roger, esas cosas solían ser muy importantes, al menos en el pasado. Pero luego de Helen, incluso aquello carecía de valor ahora.

—Si estás buscando distracción, vaquero, puedo ser todo lo que necesitas esta noche —le dijo Rita, una mujer de pelo negro y voluptuosas curvas, captando de inmediato su atención.

La chica era atractiva y no era la primera vez que intimaba con ella. Roger le sonrió, aunque de manera superficial. Luego la besó, indicándole que la había escogido entre las otras que esperaban conseguir su atención. A pesar de ello, y a sabiendas de que solo su cuerpo encontraría placer, no era capaz de sentir alegría. Es más, ese sentimiento parecía haber desaparecido de su interior el mismo día en que Helen murió.

Rita lo condujo a su cuarto y lo colmó de besos y caricias que lo hicieron olvidarse por un momento de su situación. Sin embargo, una vez que todo terminó, volvió a sentir el vacío instalándose en su pecho. En ocasiones, reflexionaba sobre su hermano Jake cuando pasaba borracho sus tristezas en el pasado. Al menos, él conseguía olvidarse de todo con el alcohol. Pero a Roger no le gustaba beber, lo que de alguna manera le impedía utilizar el alcohol como vía de escape. Le iba más la soledad. Era conocido en la ciudad por su seriedad y por ser un lobo solitario.

—¿Ya te marchas? —le preguntó la mujer cuando lo vio levantarse y ponerse la ropa sin siquiera mirarla.

—Tengo algunos pendientes —dijo mientras se ponía el sombrero y la miraba de manera fugaz. Después sacó dinero de su cartera y lo arrojó en la cama—. Nos vemos, preciosa.

La chica lo miró como si en realidad quisiera pasar más tiempo con él, pero Roger no tenía intenciones románticas con ninguna de las mujeres con las que se acostaba. Es más, dudaba volver a enamorarse alguna vez.

Descendió las escaleras y encendió un cigarrillo, bajo la atenta mirada de las chicas que aún aguardaban por un cliente esa noche. Roger las ignoró y se acercó hasta la salida, donde Edwin Schmidt lo interceptó por el brazo.

—Roger, ¿ya te enteraste? —quiso saber, preocupado.

—¿De qué?

—De los rumores. Todos en la cantina hablan de eso desde hace por lo menos media hora.

—¡Explicate, Ed! —exigió con impaciencia.

—Esos forasteros que están allí —dijo indicándole con la cabeza—, dicen que en su pueblo hay un joven que arrasa en las competiciones de rodeo, y que, según las descripciones físicas del sujeto, podría ser Bruce.

El corazón de Roger dio un vuelco repentino al escuchar el nombre de su hermano. Sin embargo, no quiso hacerse ilusiones con tan poca información a cuestas.

—¿Sabes cuántos hombres jóvenes, rubios y de ojos azules se le asemejan, Ed? —rebatía con seriedad.

—Roger. Dicen que te le pareces demasiado. Observa cómo la mesa completa centra su atención en ti. Son demasiadas coincidencias. ¿Por qué no te les acercas y preguntas tú mismo?

—Lo siento, Ed, pero no puedo dejarme llevar por simples rumores —respondió Roger con cautela, sintiendo la mezcla de esperanza y temor revoloteando en su interior.

—También se llama Bruce —le informó de pronto, y Roger pudo sentir la esperanza resurgir en su pecho—. No tienes nada que perder con solo hacer algunas preguntas, amigo. Tal vez sea la oportunidad que has estado esperando para encontrar a tu hermano —insistió Ed, mirándolo de manera comprensiva.

—Está bien —admitió, dejando entrever una pequeña grieta en su determinación—. Hablaré con esos forasteros y veré qué pueden decirme, pero no espero mucho de esto.

Con un gesto de asentimiento hacia su amigo, Roger se dirigió hasta los desconocidos con paso firme, preparándose para lo que podría ser un callejón sin salida o, tal vez, el principio de una nueva esperanza. A medida que se acercaba, el murmullo de la conversación disminuía y las miradas curiosas se volvían hacia él.

Con una expresión determinada en el rostro, Roger se detuvo frente al grupo y carraspeó ligeramente para llamar su atención.

—Disculpen —comenzó diciendo—. He escuchado algo acerca de un joven en su pueblo que ha estado causando sensación en las competiciones de rodeo. ¿Podrían decirme más al respecto?

Los forasteros intercambiaron miradas breves, evaluándolo con cautela. Uno de ellos, un hombre de aspecto curtido y sombrero raído le respondió.

—Sí, es cierto. Tenemos un chico en nuestro pueblo que es todo un prodigio en el rodeo. Arrasa en todas las competiciones y ha llamado la atención de muchos. Lleva al menos seis meses con nosotros.

—¿Y de dónde es?

—No lo sabemos. Habla poco de sí mismo, pero luchó en la guerra y comentó que uno de sus hermanos también fue abandonado en el altar.

—¿También? —preguntó Roger sin comprender.

—Pues sí —se explicó abrazando con camaradería al sujeto que se encontraba sentado a su lado—. Mi amigo, aquí presente, acaba de ser plantado por su novia.

Roger observó al sujeto en cuestión, y se dio cuenta de que estaba ebrio. Seguro que estos

forasteros portaban algún *whisky* de manera ilegal. De otro modo, no se explicaba su condición, ya que Bill ya no vendía bebidas alcohólicas debido a la nueva ley.

Roger centró nuevamente su atención en su interlocutor y preguntó:

—¿Saben su apellido o podrían darme alguna descripción física más detallada?

—No sabemos su apellido, pero él dice que se llama Bruce, aunque quién sabe si es verdad —comentó, levantando una ceja con diversión—. Es un mujeriego empedernido y presume de sus conquistas. Su última aventura lo llevó a la cárcel. Lleva semanas detenido por meterse con la mujer del *sheriff* —dijo riendo—. Va a ser difícil que salga de esta, porque el *sheriff* es implacable y lo tiene entre ceja y ceja.

El corazón de Roger se saltó un latido al reconocer en aquellas descripciones las similitudes con su hermano Bruce. Sin embargo, se negaba a ilusionarse del todo.

—¿Y su físico?

—¡Es igualito a ti! Eso comentábamos hace un rato. ¡Si hasta parecen gemelos! —se carcajeó mientras el resto de los hombres en la mesa asentían con la cabeza, dándole la razón—, aunque Bruce es algo más joven que tú.

Roger se preguntó si el hombre del que hablaban estos sujetos sería su hermano perdido, y de ser así, no comprendía por qué no había regresado a casa ni había dado señales de vida mediante alguna carta. Todo le parecía bastante extraño, la verdad. No obstante, una pequeña luz de esperanza intentaba hacerse espacio en su interior con una fuerza descomunal. ¿Podría ser verdad que fue avistado en algún lugar de Texas? Y de ser Bruce, ¿qué dificultades habría tenido en el camino que no se había comunicado aún con su familia? La idea lo atormentaba, pero también la posibilidad de que se encontrase vivo alimentaba el fuego de la esperanza en su interior.

—¿Y en qué ciudad dicen ustedes que está él? —quiso saber, ocultando el cúmulo de emociones del que se sintió presa.

—En Waco, al sur de Dallas.

Roger se despidió con un gesto del sombrero en señal de agradecimiento, y salió de la cantina con una extraña sensación de regocijo en su interior. Ed lo siguió.

—¿Y bien? —le preguntó este cuando estuvieron fuera—. ¿Qué vas a hacer?

Roger pisó la colilla del cigarrillo y exhaló con la vista fija en el cielo. No sabía si aquel Bruce era su hermano, pero tampoco podía quedarse tranquilo sabiendo que tal vez lo fuera y estuviera en apuros. Fue entonces cuando tomó una decisión. Tal vez esta era la oportunidad de dejar de autocompadecerse por su propia desgracia y debía aprovecharla en beneficio de su familia.

Miró a Ed en la oscuridad y luego dijo:

—Solo hay una manera de saber si ese hombre es o no mi hermano —admitió con decisión—. Iré en su búsqueda.



2. Sombras en el circo

Forth Worth, Texas

El Circo estelar de los hermanos Macleod acababa de instalarse en la ciudad de Forth Worth hacía apenas cuatro días, y ya los preparativos para los futuros espectáculos estaban en pleno apogeo. Entre el polvo y el aroma a heno, se escuchaban las voces de los cuidadores de animales mientras los caballos relinchaban en sus improvisados establos. Elefantes, leones y un sinfín de seres vivos se adaptaban a su nuevo hogar, el que los acogería durante unas cuantas semanas.

Lily dejó atrás la caravana que compartía con sus padres y con su hermano de seis años para dirigirse a la pista y perfeccionar su número. El volteo sobre caballo era una de las acrobacias que realizaba, y que causaban bastante admiración entre los espectadores. Realizar piruetas sobre el lomo de un animal en movimiento constante no era tarea sencilla y, sin embargo, para ella era como un juego de niños. Le gustaba, al igual que las maniobras que hacía con el lazo. Era experta con la cuerda y podía hacer cualquier cosa con ella, ya sea en movimiento o estando de pie.

Cuando Lily pasó por fuera de la caravana de su tío Oliver, el hermano de su padre, escuchó una fuerte discusión entre ellos. Frunció el ceño y se agachó, con intención de evitar ser

vista, y luego se asomó con cuidado por la ventana. No era la primera vez que los oía discutir, ni tampoco era el único que parecía tener diferencias con su tío. Sus tratos inadecuados le habían generado más de un conflicto en el pasado, lo que afectaba el clima laboral entre los integrantes.

—¡No! ¡No realizaremos la actuación sin la red de seguridad! ¿Es que te has vuelto loco, Oliver?

—¡Vamos, Ethan! —dijo su tío con arrogancia—. Han realizado las acrobacias cientos de veces y jamás han fallado. ¿Me vas a decir que ahora tienes miedo?

—No se trata de tener miedo —le aseguró su padre—, sino de que son nuestras vidas las que están en juego allá arriba.

—¿Te das cuenta de lo impactante que sería para el público presenciar un espectáculo de esa magnitud? —dijo su tío con intenciones de convencerlo—. Estos últimos meses las finanzas no han andado nada bien, y necesitamos captar la atención de la gente con presentaciones más riesgosas. El circo de los italianos ya está haciendo números acrobáticos sin la red y, hasta ahora, no han tenido problemas.

—No voy a exponer a mi mujer, Oliver. ¡Entiéndelo de una vez! —gritó su padre con los puños apretados—. O hacemos el espectáculo con protección, o puedes ir buscándote otros trapecistas.

Lily observó la rigidez en el rostro de su tío, y sabía que este se estaba conteniendo para no golpear a su padre. Ya en ocasiones anteriores se habían enfrentado a puñetazos.

—Eres un cobarde, Ethan —afirmó su tío con desprecio—. Si este circo te importara, harías lo que fuese necesario para sacarlo adelante.

—Y tú eres un imbécil por pedírmelo.

La puerta de la caravana se abrió con fuerza, y su padre abandonó el pequeño habitáculo, dominado por la furia. Todo su cuerpo reflejaba su disgusto. Su tío, en tanto, tomó un vaso, lo llenó con algún tipo de licor que cogió de un pequeño mueble, y se lo bebió de golpe. Luego, Lily lo vio sonreír, pero no era una sonrisa auténtica; era una sonrisa que contenía una buena dosis de maldad. Aquella expresión no le gustó, ya que sabía que escondía segundas intenciones. Conociendo a su tío, sabía que no podía fiarse de él.

Se alejó de allí y corrió hacia la pista, en la misma dirección en la que su padre se había dirigido. Lo vio conversar con su madre y, por su expresión, supo que le estaba contando sobre la reciente discusión. Después, ambos se abrazaron en una actitud cómplice y subieron al trapecio para practicar algunos de los movimientos que ejecutarían esa misma tarde en la inauguración del circo en la ciudad.

Lily divisó a Ben a lo lejos, uno de los trabajadores que se encargaba del cuidado de los animales, y aprovechó la oportunidad para acercársele, antes de que se ocupara con algo más.

—Ben, ¿podrías preparar a mi yegua para la sesión de volteo? —le pidió con una sonrisa que él le devolvió.

—Enseguida, *lady* Lily.

—¡Oh, muchas gracias! Solo realizaré un par de ejercicios y te la devuelvo. No quiero agotarla antes de la actuación de esta tarde.

El hombre asintió y desapareció de su vista. A Lily le resultaba divertido que los trabajadores se refirieran a ella por su nombre artístico: «*Lady* Lily». Lo de «*Lady*» se debía a su ascendencia irlandesa. Además, el nombre le confería cierto estatus en las actuaciones, haciéndola parecer importante ante el público.

Mientras esperaba a que trajeran a Rois, Lily centró su atención en sus padres, quienes se balanceaban con agilidad y fluidez de un trapecio al otro como si fueran solo uno. Llevaban tanto

tiempo trabajando juntos que se complementaban a la perfección. En algún momento de su vida, ella también aprendió algo de trapezio, pero luego encontró mayor satisfacción en ejecutar volteo sobre el caballo que en volar por los aires. Y las destrezas con el lazo eran otra de las actividades que más le gustaban.

—¿Nerviosa por la inauguración? —preguntó Owen, inquisidor.

Su amigo la miraba como buscando algún rastro de nerviosismo; algo que reflejara algún tipo de tensión por su parte. Sin embargo, supo por su expresión que no la halló.

—Sabes que no me asusta presentarme en público —le respondió Lily, sonriendo.

—Es que no entiendo cómo lo haces. Yo todavía no consigo relajarme en la pista —reconoció pasándose la mano por la cabeza.

—Si yo tuviera que meter la cabeza dentro de la boca de un León, créeme que también estaría nerviosa, Owen.

—Pero tú tienes tu propio acto con cuerdas y fuego, y eso tampoco es precisamente seguro —contestó su amigo con una sonrisa irónica.

—Tranquilo. Seguro que arrasarás, como siempre lo haces —añadió Lily, palmeándole el hombro con afecto.

—Bueno, ¿y qué hay de ti? ¿Tienes tiempo para salir conmigo esta noche? —preguntó Owen, cambiando de tema.

—Ya te he dicho que no, que tú y yo somos amigos, y que no me interesas de ese modo.

—Lo sé, lo sé, pero ¿qué tiene de malo salir como amigos? Además, quién más podría soportar mi compañía aparte de ti —respondió Owen con una sonrisa pícar.

—Oh, no te hagas el gracioso. Sabes que tengo mucho trabajo que hacer esta noche. Además, alguien tiene que asegurarse de que no termines metiéndote en problemas durante la inauguración —replicó Lily, con un tono de advertencia fingida.

—¿Yo meterme en problemas? ¡Nunca! —exclamó Owen, levantando las manos en señal de inocencia.

—Si tú lo dices. Pero hablando en serio, esta noche no puedo. Quizás otro día —dijo Lily, dirigiéndose hacia su yegua.

—Está bien, está bien. Será para otra ocasión entonces. No te librarás de mí tan fácilmente —respondió su amigo con mirada traviesa.

—Eso espero —replicó mientras montaba a Rois y se alejaba al trote.

El recinto se encontraba abarrotado de espectadores, los que esperaban ansiosos a que diera inicio el espectáculo. Lily se preparaba para abrir con su número «Lazo en Llamas», ya ubicada detrás de unas cortinas, observando atentamente al público desde su posición. Su madre, una mujer tan alta y delgada como ella, la abrazó enfundada en su *maillot*.

—Estás preciosa, hija —le dijo esta mientras observaba con detenimiento el maquillaje de su rostro.

—Gracias, madre. Tú también te ves muy bonita con ese *maillot*. Quizás podrías prestármelo para una próxima presentación —le comentó con una sonrisa cómplice.

—Por supuesto, querida. Sería un honor para mí verte brillar con él en el escenario.

El presentador anunció su nombre, y Lily inspiró profundo antes de entrar a la pista. Su figura se erguía con una elegancia casi etérea al avanzar. Sus largas extremidades eran gráciles, y su cabello pelirrojo parecía flamear como una llama ardiente, enmarcando su rostro que parecía ser el de una niña y no el de una mujer de veinte años. Sus ojos verdes añadían un brillo encantador a su semblante.

El público contuvo el aliento cuando Lily comenzó su actuación. Con movimientos ágiles y precisos, giraba el lazo alrededor de su cuerpo con una destreza impresionante. Las llamas danzaban y se retorcían en el extremo de la cuerda, creando un espectáculo de luz y sombra que hipnotizaba a la audiencia. Sus movimientos eran fluidos y elegantes, como si estuviera bailando con las llamas. El calor del fuego rozaba su piel, pero ella no vacilaba, concentrada en el desafío que tenía por delante. Finalmente, con un movimiento audaz, Lily lanzó la cuerda hacia el cielo donde se encontraba una antorcha apagada. El lazo se envolvió con precisión milimétrica a su alrededor, creando una espiral de llamas.

Cuando finalizó, el público estalló en aplausos y gritos, impresionado por su habilidad. Con una sonrisa radiante, ella saludó a la audiencia y abandonó la pista, conforme con su presentación.

—Lo hiciste de maravilla, hija —le dijo su padre con orgullo—. Ahora es nuestro turno. Deséanos suerte.

—¡Suerte! Vuelen por los aires.

Lily observó con admiración a sus padres mientras estos ascendían por las escaleras para tomar sus posiciones en el trapecio. Abajo, los trabajadores del circo preparaban las redes de seguridad con precisión. La música en la carpa adquirió un ritmo frenético, marcando el inicio del espectáculo. Los padres de Lily se balancearon en el trapecio con gracia y habilidad, ejecutando sus acrobacias con una destreza que dejaba boquiabiertos a los espectadores. Ella no podía dejar de mirarlos mientras ejecutaban aquellos movimientos tan precisos y perfectos.

De pronto, Lily observó a su tío decir algo al presentador, quien, dominado por el entusiasmo, anunció al público que la siguiente hazaña sería realizada sin la red de protección. La gente estalló en aplausos al escucharlo, pero ella sintió el miedo recorrerle por dentro, ya que sus padres no podían negarse en pleno acto. Quitaron las redes con rapidez mientras su tío sonreía complacido a la distancia, y Lily sintió unos deseos irrefrenables de castigarlo con su lazo. Observó que las facciones de su padre se habían endurecido por la ira. Su madre, en cambio, asentía para tranquilizarlo.

Los tambores comenzaron a sonar, uno tras otro, aumentando la tensión y la expectación de los espectadores. Con el corazón en un puño, Lily contuvo el aliento mientras sus padres comenzaban su acrobático vuelo. El silencio se apoderó de la carpa, interrumpido solo por el sonido rítmico de los tambores y el latido acelerado de su corazón. En un instante, todo cambió. Sus miedos más profundos se materializaron ante sus ojos. Un grito colectivo de horror llenó el aire cuando los cuerpos de sus padres se precipitaron al vacío, rompiendo con todos los silencios.

—¡Mamá, papá! —gritó Lily horrorizada.

Corrió hacia la pista, al igual que una serie de personas que llegaron antes que ella. Se hizo espacio a empujones, hasta que consiguió acercárseles.

—¿Están vivos? —quiso saber entre sollozos.

Hizo la pregunta a sabiendas de cuál era la respuesta, aunque nadie le respondió. Era como si ninguno se atreviera a confirmar lo evidente. Después, Lily dejó de escuchar a la multitud. Sus oídos emitieron el zumbido típico que precede a un desmayo, pero se obligó a respirar en profundidad. De inmediato pensó en su hermano Dean, y recordó con alivio que este se encontraba en cama en la caravana, bajo los cuidados de su madrina, aquejado por la fiebre.

—¡Todo el mundo atrás! —escuchó que alguien gritaba.

Lily se sintió de pronto presa de una serie de emociones tormentosas, las cuales no sabía cómo gestionar dentro de sí. Sus padres habían muerto frente a sus ojos y al de muchos otros. Observó a su tío Oliver, cuyo rostro había palidecido visiblemente y, aunque sus ojos se

encontraron por un breve instante, fue incapaz de no reprochárselo. Lo miró con odio, haciéndole saber que la tragedia había sido su culpa. Sin embargo, él le devolvió una mirada de indiferencia, porque la expresión de preocupación que asomaba su rostro no estaba motivada por los afectos, sino que por las pérdidas económicas al tener que devolver el dinero de las entradas.

—Se suspende el espectáculo —anunció este con voz grave. Sin más, su tío se volvió y desapareció entre las sombras, dejando tras de sí las huellas de su malestar—. ¡Todo el mundo fuera!

Lily se aferró al cuerpo de sus padres y lloró sin cesar, hasta que el anochecer cubrió el cielo con su manto oscuro. Sus compañeros y amigos se acercaron para consolarla, compartiendo en silencio el peso del dolor y la pérdida que llenaba el aire a su alrededor.



3. La hora de partir

Dallas, Texas

Roger ingresó a la cocina y se preparó una taza de café. Luego, se asomó por la ventana en donde observó a su cuñada Rose caminando hacia el invernadero. Fue inevitable para él no recordar cuando esta había llegado a vivir con ellos luego de casarse con Jake, y de lo mal que se lo hicieron pasar, pensando que había atrapado a su hermano en un matrimonio intencionado. Nada más lejos de la realidad. Ahora, cuando la miraba, su pecho se reconfortaba al saber que Jake tenía a una buena mujer por esposa, que lo amaba y cuidaba con esmero, y que pronto lo convertiría en padre. Aquel pensamiento no pudo evitar entristecerlo al imaginar en lo que podría haber tenido con Helen si ella no hubiese muerto durante la guerra en Europa. La maldita guerra no solo le había arrebatado a la mujer de la que se había enamorado como un loco, sino también las ganas de sentir, de amar y hasta incluso las de existir. Vivía una vida a medias, casi vacía y carente de objetivos. Realizaba su trabajo en la granja en silencio, como un autómata, consciente de que era necesario mantenerla a flote y de que no podía cargar toda la responsabilidad sobre los hombros de su hermano Jake. Además, su madre también necesitaba de él, en especial desde la muerte de su padre y desde que reportaron como desaparecido a su hermano menor.

«Bruce», pensó, y una pequeña llama de esperanza le inflamó el pecho. Si lo que esos hombres comentaban en la cantina era cierto, entonces debía partir lo antes posible en su búsqueda.

—¿Ya tienes todo listo para marcharte? —preguntó Jake entrando en la cocina y sirviéndose un vaso con agua.

—Sí. Mike ya ha preparado a Kaiser.

—¿Kaiser? —Frunció el ceño—. Ese caballo es muy temperamental, Roger. ¿Estás seguro de que no prefieres llevarte otro?

—No. Kaiser es perfecto. Además, a mí no me da problemas, y si alguien intenta quitármelo en el camino, no conseguirá nada con él. No se deja montar por cualquiera.

Su hermano lo miró y apretó los labios, como si se estuviera conteniendo de decir algo.

—Roger —lo llamó dando dos pasos hacia él—. ¿Estás seguro de que no quieres que te acompañe a Waco?

—No. Tú deber es estar con Rose ahora. Tu hijo podría nacer en cualquier momento y, además, prefiero hacer esto a solas.

Jake asintió en un gesto de comprensión, y luego se volvió para abandonar la cocina, pero antes de salir, añadió:

—Ve con cuidado.

Roger asintió y continuó sumido en sus pensamientos mientras observaba a su hermano dirigirse al invernadero. Dio un sorbo a su café y otra vez volvió a sentir dentro de su pecho esa sensación de amargura que lo venía acompañando desde que perdiera a Helen. Recordó con dolor aquel fatídico día en el hospital, cuando ella cambió su turno para tener la noche libre y poder pasarla junto a él. Si tan solo no hubiera accedido a su petición; si tan solo no hubiera cambiado su turno, entonces quizás las circunstancias habrían sido distintas y no la habría perdido. La culpa lo abrumaba cada vez que la recordaba. La maldita culpa, un peso que apenas lo dejaba respirar.

Dejó la taza en la mesa y salió de la cocina para recoger sus cosas. Era hora de partir. Con la misma sensación de pesar que lo había acompañado durante meses, fue en busca de su madre para despedirse. La encontró sentada en el porche delantero, tejiéndole a su futuro nieto. De alguna manera, Roger había observado en los ojos de su madre no solo el renacer de nuevas esperanzas con la llegada de ese niño al hogar, sino que también, estas habían resurgido con la noticia de un posible avistamiento de su hermano en un pueblo vecino. Temía darle falsas esperanzas, pero, luego de hablarlo con Jake, decidieron que era mejor decirle la verdad.

—Vengo a despedirme, mamá.

—¡Oh, Roger! —dijo ella dejando la labor a un lado y poniéndose de pie para abrazarlo—. ¡Cuídate por favor y regresa pronto a casa!

—Quédate tranquila, estaré bien.

Los ojos de Betty se llenaron de lágrimas cuando lo miró, transmitiendo un mensaje tan potente que las palabras resultaban innecesarias.

—Haré todo lo posible por encontrarlo, mamá. Lo prometo.

—Gracias, hijo —dijo emocionada. Después lo besó en la mejilla y se sentó para retomar el tejido—. Rezaré para que así sea y para que no regreses solo.

Roger se sentía responsable de encontrar a su hermano Bruce y estaba decidido a hacerlo. Quería disipar la tristeza en los ojos de su madre y en el corazón de cada uno de ellos. A pesar de su determinación y esperanza por encontrarlo, Roger temía que los rumores fueran infundados. No obstante, no podía soportar vivir con la incertidumbre. En ocasiones, la duda era más

agobiante que conocer la verdad, y él estaba harto de cargar con ese sentimiento a cuestas.

Inspiró profundo y se dirigió al invernadero en busca de Rose. No podía marcharse sin despedirse de ella.

—¡Roger! —gritó su cuñada apenas lo vio ingresar—. ¿Ya te vas?

—Sí, ya es hora. He venido a despedirme y a desearte que todo salga bien en el parto, por si no llego antes. —Rose se tocó el abdomen con cariño y le sonrió con afecto.

Nunca habría imaginado que esa mujer frente a él sería quien le ayudaría a alejarse, aunque solo fuera en parte, de ese aislamiento y negrura que lo envolvía como una sombra de desdicha. Su presencia, ternura y apoyo constante habían sido como un destello de luz que disipaba las tinieblas que lo rodeaban. Jake tenía muchísima suerte de haberse casado con ella.

—Lleva esto contigo —dijo Rose sacando del bolsillo de su vestido un pequeño saco con hierbas dentro—. He preparado estas medicinas naturales por si acaso tienes algún inconveniente.

—No es necesario, Rose.

—¡Claro que sí lo es! —insistió empujándolo con suavidad para que aceptara el saco—. Además, me sentiré más tranquila sabiendo que estás preparado para cualquier eventualidad.

—Hazle caso a mi esposa, Roger —intervino Jake con una sonrisa, respaldando a Rose mientras la abrazaba—. No querrás disgustar a una mujer embarazada. Por otra parte, nunca se sabe cuándo necesitarás esas medicinas, o quizás las necesite Bruce.

—Está bien —aceptó a regañadientes—. Espero estar de regreso antes de que nazca mi sobrino.

—Lo aguantaré dentro hasta que vuelvas —le dijo sonriendo y acariciándole la mejilla con dulzura.

Roger sonrió por su ocurrencia y asintió con la cabeza en señal de agradecimiento. Después, se giró para marcharse.

—¡Hey, Roger! —lo llamó Jake—. Encuéntralo, ¿vale? —pidió recuperando la seriedad.

—Lo haré.

Se dirigió a las caballerizas con paso decidido, y con una sensación esperanzadora recorriéndole por dentro. Extrañaba a Bruce y se rehusaba a creer que hubiese resultado muerto durante la guerra. Lo más probable era que estuviera por ahí, en algún rincón perdido, retozando con alguna mujer. De solo pensar en eso, sonrió.

Entró en las caballerizas y dio una última revisión a las alforjas de su caballo, verificando que todo se encontrara dentro. Aprovechó de guardar las medicinas que Rose le había entregado y luego se montó sobre Kaiser, un hermoso caballo negro de pelaje brillante y carácter huraño que le había regalado su padre luego de rescatarlo de un maltratador hacía algunos años atrás. A pesar de que a nadie le gustaba montarlo, debido a su temperamento arisco, Roger disfrutaba haciéndolo y era el único que lograba amansarlo y establecer una conexión con él.

Miró el cielo despejado y decidió emprender la marcha. Esperaba no demorarse demasiado en llegar a Waco. Aunque la primavera apenas despuntaba, ya se anticipaba el peligro de una sequía. A pesar de que el clima parecía mantenerse estable, las altas temperaturas y la falta de lluvias suscitaban preocupación entre la población. Era evidente que la naturaleza se preparaba para un período desafiante.



4. Insensible

Forth Worth, Texas

Siete días habían pasado desde la muerte de sus padres. Siete días en los que el circo había cerrado sus puertas en señal de luto. La tristeza flotaba en el ambiente, apagando los ánimos de toda la gran familia circense. Era como si las risas se hubieran extinguido; incluso los sonidos de los animales parecían haberse silenciado, sumidos en una congoja colectiva.

El único consuelo que encontraba Lily ante la pérdida de sus padres era que habían fallecido haciendo lo que más amaban. «Juntos en la vida y en la muerte», se dijo mientras se arrancaba una lágrima de la mejilla con la mano. Su hermano Dean ya se había recuperado de la fiebre, pero continuaba con los ojos hinchados de tanto llorar por la pérdida, al igual que ella. Ahora solo se tenían el uno al otro. No había nadie más. Su tío Oliver no contaba, ya que Lily jamás podría perdonarle lo que les hizo a sus padres para beneficiarse a su costa. Además, nunca lo había percibido como alguien que se preocupara por su bienestar.

De repente, Lily escuchó un sonido que la hizo levantar la cabeza. Tres golpes secos resonaron en la puerta. Secándose las lágrimas con el dorso de la mano, se levantó de la cama con cuidado para no despertar a su hermano. Por la noche, el pobre había llorado hasta muy

tarde, y ella no quería arrebatárle el consuelo que otorgaba la inconsciencia.

Cuando abrió la puerta, se encontró con la mirada preocupada de su amigo Owen.

—¿Qué haces aquí a esta hora? —le reprochó, cogiéndolo por la chaqueta para arrastrarlo dentro de la caravana.

—Perdona que te moleste tan temprano, pero hay algo importante de lo que debo hablarte.

—Baja la voz —le ordenó mientras se ajustaba la bata alrededor de su cuerpo—. Dean todavía está durmiendo, y no quiero que se despierte.

—Lo siento, Lily, pero necesitaba contarte esto. Anoche, mientras caminaba cerca del área de los remolques, escuché a tu tío Oliver hablando con algunos miembros del equipo. Dijo que hoy se reanudaría el espectáculo y que necesitaban preparar a Dean en el trapecio. Además, mencionó algo sobre buscar una nueva contratación para cubrir la ausencia de tus padres.

Lily se quedó petrificada ante las palabras de Owen. La idea de que su hermano fuera obligado a realizar un acto tan peligroso como el trapecio era inaceptable para ella. Sabía que no era el deseo de sus padres y, lo que era más importante, Dean no tenía ningún interés en eso. Es más, le aterraba. Por eso sus padres habían desistido de enseñarle cuando era más pequeño.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Lily con indignación—. ¿Cómo puede mi tío siquiera considerar algo así? ¡Dean nunca quiso ser trapecista y mis padres jamás lo hubieran permitido!

Owen asintió, compartiendo su preocupación.

—Lo sé, Lily, pero parece que tu tío está más preocupado por el espectáculo que por el bienestar de ustedes dos. Tenemos que hacer algo al respecto, antes de que sea demasiado tarde.

El circo, que siempre había sido su hogar y refugio, ahora le parecía un lugar frío y vacío. Su tío ni siquiera respetaba el duelo ni tampoco los deseos de sus padres.

—Pues, que se espere sentado si cree que va a obligar a mi hermano a ser trapecista. Todos saben que lo suyo son los animales —espetó molesta.

Owen la miró con una expresión seria que nada tenía que ver con él. Era evidente que estaba preocupado por su bienestar, y lo agradeció, pero tuvo la impresión de que eso no era todo.

—Hay algo más —dijo él, confirmando sus sospechas. —Lo miró con cautela, a la espera de que soltara de una vez toda la información—. Tu tío quiere que tú realices el número de trapecio en honor a tus padres.

—Pero ¡¿Es que se ha vuelto loco?! —gritó, sin poder contenerse esta vez—. ¡Qué clase de persona hace algo así, a una semana del fallecimiento de su propio hermano!

—Lo siento, Lily. Mejor me voy para que puedas pensar bien lo que harás, pero tómate las cosas con calma, ¿vale?

Lily se dio cuenta de que sus ojos se habían desbordado por las lágrimas sin control. De pronto, se vio envuelta bajo el cobijo de su amigo, y recién entonces fue consciente de cuánto necesitaba de un abrazo; de unas palabras consoladoras y de un lugar donde volcar las tristezas y el sinfín de emociones del que había sido presa durante esos días de sombras y tempestades. Owen le acarició la cabeza y ella se lo permitió, porque tenía la impresión de que ya las fuerzas la habían abandonado; de que ya nada podía sostenerla en pie.

—¿Lily? —escuchó que preguntaba su hermano, de pie, bajo la puerta del pequeño cuarto.

Lily rompió el abrazo y se limpió las lágrimas para que Dean no notara que se había roto por dentro. Ella debía ser fuerte para él.

—No es nada. Solo estoy triste porque extraño a nuestros padres, pero estaremos bien,

¿de acuerdo? —le explicó mientras se le acercaba y lo sujetaba por los brazos. Su hermano la miró con sus brillantes ojos verdes, enrojecidos de tanto llorar, aunque confiados en sus palabras—. En ocasiones, hay que sacar la tristeza fuera, pero también es importante seguir adelante, Dean. ¿Lo entiendes?

—Sí —respondió dudoso, y ella supo que algo lo preocupaba.

—Dime lo que piensas, Dean.

—Lily, no subas al trapecio, por favor. ¡No quiero perderte a ti también! —rogó, abrazándose a sus piernas y rompiendo en un llanto desgarrador.

—Tranquilo, Dean, que eso no pasará —dijo con suavidad.

Sin embargo, Lily podía sentir la ira recorriéndole por dentro como una ponzoña venenosa. Cuánto odió a su tío en ese momento. Tendría que hablar con él, porque solo a un insensible sin corazón se le podía ocurrir proponer algo así. Ella no se encontraba emocionalmente preparada para realizar un acto que llevaba años sin entrenar. Además, el trapecio no era lo suyo, y aun si lo fuera, sería una irresponsabilidad ejecutarlo con la tristeza que cargaba encima. No lo haría, y así se lo comunicaría su tío.

—Estaré en el comedor si me necesitas —informó Owen mientras caminaba hacia la puerta—. ¿Estarás bien?

—Sí, gracias —le respondió, sin dejar de acariciar la cabeza pelirroja de su hermano—. Luego te busco.

Owen abandonó la caravana y ella lo observó partir con las manos en los bolsillos. Lily se relacionaba bien con sus amigas, pero prefería la compañía de Owen, a pesar de que, en ocasiones, percibía que sus sentimientos hacia ella iban más allá de una simple amistad.

Cuando Dean se tranquilizó, ella aprovechó para asignarle unas simples tareas dentro de la caravana. Le pidió que organizara su ropa y guardara el maquillaje que había quedado desperdigado en el pequeño mueble con espejo el día del fatal accidente, con la intención de mantenerlo ocupado y distraído. Ya se encargaría ella de guardar las pertenencias de sus padres, con la ayuda de Dean si así lo deseaba; o tal vez decidiría dejar todo tal como estaba, como una manera de sentirlos más cerca.

Lily tomó una inspiración profunda y se recreó en las sensaciones. La caravana olía a aserrín, maquillaje y al tenue aroma del perfume de su madre. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que el lugar estaba impregnado de recuerdos. En un rincón, la caja repleta de *maillot* de su madre, y de trajes ajustados de su padre; el espejo que usaban para maquillarse; máscaras y sombreros con brillos; capas que guardaban historias en sus pliegues, y fotografías enmarcadas de sus actuaciones más memorables.

Lily se dejó envolver por la nostalgia y el amor que emanaban de cada objeto y cada rincón del lugar. Todo parecía una fotografía amarillenta de un tiempo feliz que ya no volvería.

Por la tarde, Lily observaba desde la puerta de su caravana cómo el circo se transformaba en un hervidero de actividad. Los artistas afinaban sus rutinas, los payasos practicaban sus gags, y los acróbatas realizaban estiramientos y ensayos rápidos. El rugido de los leones resonaba desde la zona de las jaulas, mientras que los domadores los tranquilizaban con palabras suaves y firmes. Era como si la muerte de sus padres no hubiese acontecido. El bullicio habitual, que solía traerle consuelo y una sensación de comunidad, ahora solo le provocaba más ira. Tener función luego de una pérdida tan reciente parecían un insulto, un recordatorio de la insensibilidad de su tío Oliver.

Decidida, cerró la puerta de la caravana tras de sí y se dirigió hacia la de su tío. El

trayecto se le hizo eterno, aunque apenas fueron unos cuantos pasos los que se vio obligada a dar. Lily observó las miradas de los que se cruzaban en su camino, y detectó en ellas su descontento por tener que trabajar en pleno luto, a pesar de cargar con la tristeza de la pérdida de dos de los mejores artistas del circo. De algún modo, eso la hizo sentir mejor.

Lily se miró las manos y estas le temblaban de rabia contenida. En su mente intentaba ordenar las palabras con las que se enfrentaría a su tío, porque necesitaba tener el control de la conversación. Al llegar, golpeó la puerta con fuerza, tres veces, sin molestarse en ocultar su furia.

La puerta se abrió lentamente, revelando a su tío Oliver con una expresión de sorpresa que pronto se transformó en una mueca de exasperación.

—Lily, ¿qué...?

—Tenemos que hablar —interrumpió ella, empujando la puerta para entrar sin esperar invitación.

La caravana de su tío estaba tan ordenada como siempre, en contraste con el caos emocional que ella sentía en su interior. Cerró la puerta tras de sí y se giró para enfrentar a su tío.

—Deberías estar practicando. ¿O es que no te lo han informado? —preguntó él con un tono despreocupado—. Reemplazarás a tus padres en el trapecio.

—No voy a presentarme hoy ni en el trapecio ni en nada. Estoy de luto.

—Lo harás, Lily —afirmó con una tranquilidad que aumentó su inquietud—. Y ahora, ve al grano, que tengo cosas que hacer.

—Se trata de Dean, y de tu falta de respeto hacia el duelo y los deseos de mis padres —espetó Lily con voz temblorosa por la ira—. No voy a permitir que obligues a mi hermano a ser trapecista. Él no quiere, y mis padres nunca lo hubieran permitido. ¿Cómo puedes ser tan insensible?

Su tío Oliver suspiró y se pasó una mano por el cabello, un gesto que Lily reconoció como un intento de mantener la calma.

—Lily, entiéndelo, el espectáculo debe continuar. El circo no puede detenerse por más tiempo —dijo, tratando de sonar razonable—. Dean tiene un don, igual que tú. Sería un desperdicio no utilizarlo.

—¡Un don! —replicó Lily, indignada—. Dean es un niño, y no quiere estar en el trapecio. Lo suyo son los animales. ¿No puedes ver lo egoísta que estás siendo?

—Egoísta o no, tenemos compromisos —respondió Oliver con firmeza—. Los boletos se han vendido, la gente espera. No podemos defraudarlos otra vez.

—¿Otra vez?

—Tus padres defraudaron al público y a cada integrante de este circo —le explicó con la voz endurecida—. Su muerte no fue más que la consecuencia de sus errores. Es imperdonable que dos de los mejores trapecistas que existen hayan fallado así, en un número que llevaban años practicando.

—¡Tú no entiendes nada! —gritó Lily, dando un paso hacia él—. La familia y el bienestar de los artistas son más importantes que cualquier espectáculo. Si no puedes verlo, entonces no mereces estar al frente de este circo.

Oliver la perforó con la mirada y su expresión se endureció.

—Lo que tú pienses de mí es irrelevante, Lily. Harás lo que se te ha dicho. Y Dean también.

—No, tío. No lo haremos —le informó con los puños apretados—. Y si intentas forzarnos, te aseguro que todo el circo sabrá quién eres realmente. Ahora, si me disculpas, tengo

que cuidar de mi hermano —dijo, dándose la vuelta y abriendo la puerta de la caravana.

—¡Lily! —la llamó su tío a gritos, haciéndola frenarse en seco—. O haces lo que te digo, o tú y tu hermano pueden largarse de aquí.

Lily no podía creer lo que había escuchado. ¿La estaba echando? Frunció el ceño y lo miró con odio, sabiendo que él había ganado. La sonrisa de triunfo de su tío se lo confirmó, pero las cosas no se quedarían así.

Asintió con aire derrotado y se dio la vuelta para abandonar la caravana, sintiendo la mirada de su tío clavada en su espalda. No permitiría que él dictara el destino de su hermano ni el suyo propio.

Se detuvo un momento y miró hacia el cielo, prometiéndose a sí misma que honraría los deseos de sus padres y protegería a Dean a toda costa, aunque eso implicara abandonar todo lo que ella había conocido y amado.



5. Decisiones difíciles

Apenas Lily abandonó el remolque de su tío Oliver, enfurecida, Owen la abordó. Lo vio correr hacia ella desde la distancia y mantener el paso a su lado, pero Lily se encontraba demasiado abrumada como para explicar nada o detenerse. De hecho, se estaba conteniendo de llorar de rabia y frustración.

—¿Qué pasó, Lily! —quiso saber su amigo, pero ella no le respondió.

Se limitó a abrir la puerta de su caravana y meterse dentro, aunque tuvo la precaución de no cerrarla para que su amigo pudiera entrar.

—¡Me ha amenazado con echarme si no me presento hoy! —gritó enfurecida—. ¿¿Puedes creerlo?!

Lily lo miró un segundo a los ojos y luego sacó un pequeño bolso de un compartimiento, en donde comenzó a guardar algunas pertenencias personales.

—¿Qué estás haciendo con eso? —preguntó Owen con nerviosismo.

—¡Me largo de aquí con mi hermano! —informó, sin dejar de echar cosas dentro—. No permitiré que mi tío se salga con la suya.

—¡No puedes irte, Lily! ¿¿A dónde irían?!

—¡Me da igual! —dijo mientras sacaba otro bolso y comenzaba a guardar las cosas de Dean.

La mano de Owen la detuvo, y ella se zafó con brusquedad.

—Lily, por favor, recapacita —rogó su amigo en un tono conciliador—. Aquí tienes un techo y comida, pero fuera no tendrás nada de eso. Es peligroso.

Lily detuvo el movimiento frenético de sus manos y lo miró con expresión de dolor.

—Lo sé, pero no puedo permitir que mi tío ponga nuestras vidas en peligro como lo hizo con mis padres. Debo proteger a mi hermano, Owen. ¡Entiéndelo! Dean apenas tiene seis años.

—No lo hagas, Lily.

—¿Vas a apoyarme o no? —exigió, molesta—, porque si no es así, ya puedes largarte por donde has venido.

Lily era consciente de que estaba siendo injusta con él, pero se sentía atrapada en un espiral de emociones sin control. Por más que intentaba mantener la calma, sus sentimientos la arrastraban hacia la tormenta. La rabia, el dolor y la confusión se mezclaban en su interior. Era como si estuviera luchando contra una marea furiosa que amenazaba con llevarla a la deriva. En medio de su propia desesperación, apenas podía encontrar la claridad para tomar decisiones o controlar sus reacciones. Lo único que tenía claro era que debía proteger a Dean.

—Está bien, te apoyaré —admitió su amigo suspirando con frustración—. Dime qué quieres que haga.

Al parecer, la reciente desgracia del circo había atraído la atención de los habitantes de Fort Worth. Siete días después del fatídico accidente, el circo había decidido reanudar sus presentaciones, y la respuesta del público fue abrumadora. La carpa principal estaba rodeada de gente desde temprano. El ambiente estaba cargado de una mezcla de morbo y solidaridad. Las filas de personas se extendían por varios metros, y encontrar un lugar donde ubicarse era casi imposible. Los habitantes de Fort Worth se habían congregado en masa.

Oliver sonreía satisfecho detrás del escenario, pues la tragedia ocurrida hacía una semana había jugado a favor de las finanzas del circo. El lugar estaba lleno a rebosar. Sabía que la mayoría de los artistas y trabajadores estaban descontentos con su decisión de reanudar la función tan pronto después de la tragedia, pero el espectáculo debía continuar y los negocios eran negocios.

—¡Queridos espectadores, sean todos bienvenidos al Circo estelar de los hermanos Macleod! —proclamó el maestro de ceremonias con voz alegre y alzando las manos—. Esta tarde, les hemos preparado un espectáculo inolvidable, lleno de emoción, magia y valentía. Hoy, más que nunca, queremos rendir homenaje a la gran familia circense que, a pesar de la tristeza, sigue adelante con fuerza y pasión. ¡Porque el *show* debe continuar!

El estruendo de los aplausos resonó con tanta fuerza que Oliver no pudo evitar sentir una oleada de regocijo. Observó a su alrededor, asegurándose de que su sobrina estuviera lista para su presentación en el trapecio, y sintió un alivio instantáneo al divisarla a lo lejos. Vestía el mismo *maillot* que había usado su madre antes del accidente, y entornó los ojos debido a su sentimentalismo.

—Es un honor presentarles uno de los actos más impresionantes de la noche: ¡La doma de leones! —anunció el hombre con voz enérgica, aumentando la expectación del público—. ¡Mantengan sus ojos bien abiertos mientras nuestros valientes domadores desafían al peligro!

Oliver se cruzó de brazos y se relajó, consciente de que el número con leones causaría un gran impacto en los espectadores. Había sido una elección acertada iniciar el espectáculo con una exhibición de riesgo. A pesar de su juventud, Owen se destacaba como un domador excepcional, ganándose de inmediato la admiración del público con su habilidad y destreza.

Oliver sonrió satisfecho cuando finalizó su número. Todo marchaba sobre ruedas.

—Y ahora, damas y caballeros, el momento más esperado de la tarde ha llegado. Les presento a una artista excepcional, una valiente y talentosa joven que ha decidido honrar la memoria de sus recién fallecidos padres con su increíble actuación. Con ustedes, la única e incomparable ¡*Lady Lily*! —El aplauso del público no se hizo esperar, alegre, eufórico, incluso se había vuelto ensordecedor.

Oliver frunció el ceño al percatarse de que, a pesar de haber sido anunciada, Lily no ingresaba al escenario. Miró al presentador y le hizo un gesto para que volviera a anunciarla. Sin embargo, la pista permaneció vacía, sin la presencia de la tan esperada artista. El público se silenció, a la espera, sin comprender qué era lo que estaba pasando, puesto que no sabían si la demora era parte del espectáculo, o si se debía a otra cosa. Finalmente, los payasos hicieron su aparición, dispuestos a salvar la situación con su humor.

Oliver abandonó la carpa, hecho una furia, y caminó con paso firme hasta la caravana de Lily. Una vez llegó, golpeó con su puño la puerta, esperando una respuesta que no llegó.

—¡Lily, abre la maldita puerta! —gritó, enfurecido. Sin embargo, el silencio persistió, sin ningún indicio de que alguien pudiera encontrarse en el interior.

Frunciendo el ceño con frustración, Oliver golpeó la puerta una vez más, esta vez con más fuerza, pero no obtuvo respuesta.

—¡Lily, sé que estás ahí! —insistió—. ¡Si no abres ahora esa maldita puerta, la echaré abajo!

En vista de que nada pasaba al otro lado, retrocedió unos pasos y luego lanzó una patada contra la puerta. Esta se abrió de golpe en un ruido sordo que atestiguaba el nivel de su ira.

Con la respiración agitada, Oliver se quedó parado en el umbral, sin poder creer lo que veía. La caravana estaba vacía y desordenada, sin rastro de Lily ni de Dean. Removió los cajones mientras una idea inquietante comenzó a rondarle por la cabeza. Habían desaparecido sus pertenencias y también las de su sobrino. El corazón le latió con fuerza en el pecho, intentando dominar su furia. Lily se había largado, y con ella, uno de sus mejores espectáculos.

—¡Maldita desgraciada! —gritó a todo pulmón mientras volcaba el mueble con el espejo al suelo.

Se había marchado, y Oliver se recriminó por no haberlo previsto. Para él, su principal preocupación no era el bienestar de sus sobrinos, sino el impacto que su partida tendría en el negocio circense. Nunca imaginó que Lily tomaría en serio sus palabras y se largaría de allí. Su partida representaba una amenaza para su estabilidad financiera y su reputación como líder del circo, y se recriminó por no haber reconocido sus movimientos a tiempo. Sabía que, para su sobrina, el circo representaba mucho más que un simple lugar de trabajo; era su hogar, su refugio, donde todas sus necesidades estaban cubiertas. Ella conocía los peligros que acechaban fuera, especialmente para una joven delgada como ella y un niño pequeño como su sobrino. Quizás lo que más irritó a Oliver fue haber subestimado su determinación. Descubrió con desagrado que Lily había planeado cuidadosamente su partida, incluso hasta el extremo de vestirse para su presentación con el único fin de despistarlo y llevar a cabo su jugada. Y para su desgracia, había salido a la perfección.

Abandonó el remolque consumido por la furia y sin siquiera cerrar la puerta, deseando desquitarse con lo primero que se encontrara en su camino.



6. El encuentro con el desconocido

El viento comenzó a agitar las hojas de los árboles mientras Lily cabalgaba sobre su yegua, con Dean montado delante de ella. La oscuridad se dejó caer poco a poco sobre ellos, envolviéndolos en un halo de incertidumbre y misterio. A pesar de que el atardecer pintaba en el horizonte un cielo en tonos anaranjados, Lily sintió un escalofrío de temor recorriendo su espalda, aunque se esforzaba por ocultárselo a su hermano. Habían abandonado el circo sin mirar atrás, escapando de un futuro incierto que les aguardaba bajo el yugo de su tío Oliver. Lily le había explicado a Dean sus intenciones y las razones de su huida, tratando de mantener un semblante sereno para no preocuparlo más de lo necesario. Le había prometido a su hermano que encontrarían un nuevo hogar, un lugar donde pudieran ser libres y felices, lejos del peligro que ahora implicaba vivir en el circo.

Mientras avanzaban por el sendero, Lily recordó con cariño los días que se presentaron en Waco, donde la vida era más sencilla y los recuerdos estaban teñidos de nostalgia. Sabía que no sería fácil comenzar de nuevo, pero estaba decidida a enfrentar cualquier desafío por el bien de su hermano y por su propio futuro. Waco sería su destino, el punto de partida para una nueva vida llena de esperanza y oportunidades.

Cuando ya casi no podía ver, debido a la oscuridad, decidió que sería mejor hacer un alto en el camino. Ya llevaba varias horas cabalgando, y su espalda y la de su hermano necesitaban

descansar.

—Dean, dormiremos aquí, bajo esos árboles —dijo descendiendo de su montura y atando a Rois en un tronco.

—Tengo hambre, Lily, y estoy cansado —se quejó el niño cuando ella lo ayudó a apearse del caballo.

Lily sacó un par de mantas de las alforjas. Después, extrajo dos trozos de pan de maíz y carne seca de búfalo que había conseguido su amigo Owen de las cocinas del circo. Aunque la comida era sencilla, eran suficiente alimento para reconfortar sus estómagos.

—Lily, ¿crees que el tío Oliver venga por nosotros? —preguntó Dean sin poder ocultar su temor.

—¡Claro que no! —lo tranquilizó—. Está demasiado ocupado con otros asuntos como para seguirnos.

Dean dejó escapar un suspiro de alivio, pero ella lo conocía bien y sabía que el temor persistía en su interior.

—Yo no quiero ser trapealista —declaró con determinación.

—Y no lo serás. No te preocupes por eso —aseguró Lily con firmeza, poniendo una mano reconfortante sobre su hombro.

El silencio que se hizo presente entre ellos fue roto por los sollozos de su hermano.

—Quiero a papá y a mamá —musitó entre lágrimas de dolor.

Ella también los extrañaba y anhelaba desahogar su dolor en un mar de lágrimas, pero se obligó a mantener una apariencia de fortaleza por su hermano. Ahora, era ella quien debía encargarse de cuidarlo, protegerlo y guiarlo en el camino hacia la madurez. Sería su deber ayudarlo a convertirse en un hombre de bien, aunque en su corazón pesara la ausencia de sus padres.

—Estaremos bien, Dean. Nuestros padres nos cuidan desde las alturas ahora. Ya verás que todo saldrá bien.

El niño asintió, conforme con sus palabras, y luego se acurrucó bajo la manta. Lily se recostó junto a su hermano, al abrigo de un árbol cuyas ramas se extendían a baja altura, ocultándolos de las miradas curiosas. Aunque no se veía un alma alrededor, Lily pensó que era importante ser precavidos.

Dean se durmió casi de inmediato, pero Lily no tuvo tanta suerte. La preocupación y la tristeza por los recientes acontecimientos aún la mantenían abrumada. Tenía alimento para unos pocos días y tendría que buscar la manera de hacer dinero para sobrevivir. Sus intenciones eran llegar a Waco y buscar trabajo en cualquier cosa; eso le daba igual. Solo ansiaba encontrar un techo donde refugiarse y permanecer seguros. Su hermano era demasiado pequeño para sufrir penurias.

Cerró los ojos y se cubrió hasta la cabeza. Aunque la temperatura había descendido varios grados, su mayor preocupación no era el frío de la noche, sino el calor del día y la sequía que asolaba la región. Llevaban semanas sin una gota de lluvia, y la situación se volvía cada vez más alarmante.

Sacudió esos pensamientos que solo conseguían aumentar sus preocupaciones y se obligó a dormir. Necesitaba descansar para enfrentar con fuerzas todo lo que se avecinaba.

El canto del sinsonte nortño fue lo primero que Lily escuchó al amanecer. Aquel sonido que en ocasiones anteriores se le antojó melodioso, ahora era una tortura.

—¡Maldito pájaro! —bufó con frustración cuando se despertó del todo.

Parpadeó varias veces, tratando de desperezarse, y observó a su alrededor mientras el cielo comenzaba a teñirse con los primeros tonos rosados y dorados del amanecer. Dean aún dormía profundamente a su lado, envuelto en las mantas que habían compartido.

Se incorporó con lentitud y se estiró, sintiendo el ligero dolor en su espalda después de haber pasado la noche en el suelo y a la intemperie. Su yegua, que aún permanecía atada al tronco, levantó la cabeza y relinchó, como si también quisiera emprender pronto el viaje.

Lily se arrodilló junto a Dean y le acarició el cabello con suavidad.

—Dean, despierta —dijo moviendo su hombro—. Debemos partir.

Dean se removió con pereza, parpadeando somnoliento antes de abrir los ojos. Frotó sus manos contra la cara, tratando de despejarse.

—¿Ya es de día, Lily? —preguntó con voz adormilada.

—Sí, Dean. Es hora de levantarse.

El niño bostezó y se estiró.

—¿Vamos a Waco hoy? —inquirió con curiosidad.

—Sí —respondió asintiendo también con la cabeza—. El viaje es largo, y debemos aprovechar de avanzar lo que más podamos, antes de detenernos en alguna posada a descansar.

Una vez que continuaron su viaje, Lily divisó un pequeño riachuelo a la distancia. Decidió desviarse del camino principal para beber agua y refrescarse. Además, aprovecharía para lavarse un poco y saciar también la sed de Rois. Aún llevaba puesto el *maillot* que había pertenecido a su madre y, aunque le traía consuelo usarlo, no quería llamar la atención. La prenda era demasiado ajustada y llamativa como para moverse en plena calle con él y le urgía cambiarse.

—Lily, hay un hombre allí —dijo su hermano indicando con su dedo.

Lily se detuvo de golpe y se escondió detrás de un arbusto, resguardándose del desconocido. Podría ser peligroso y ella prefería no exponerse en un lugar tan solitario.

—No hagas ruido —le advirtió.

—¿Puedo bajar? Allí hay un caballo y quiero darle una manzana.

—*Shh* —lo hizo callar—. Es mejor que no te muevas de mi lado.

Lily observó a un hombre alto y rubio inclinarse junto al arroyo, sumergiendo ambas manos en el agua para luego salpicarse el rostro. Vestía vaqueros y una camisa que delineaba una espalda ancha y fuerte. Su cabello caía en mechones hasta la altura de las mejillas, y en su rostro se notaba la sombra de un par de días sin afeitarse.

—Lily, quiero orinar —le informó su hermano en voz baja.

—¿Otra vez? —bufó entornando los ojos—. Está bien, pero no te alejes de aquí —le advirtió mientras lo ayudaba a apearse.

Lily centró su atención en el atractivo desconocido, oculta entre las ramas y deseosa de que se largara pronto para poder acercarse a la orilla. El sujeto llenó una cantimplora con agua, y luego se alejó de la orilla como si hubiese escuchado sus pensamientos. Cuando desapareció de su vista, Lily se relajó y buscó a su hermano con la mirada, pero no lo halló. De repente, escuchó una voz severa que la alarmó.

—¡Hey, niño, aléjate de mi caballo!

El sonido la hizo reaccionar de inmediato. Lily se bajó de Rois, cogió un lazo y corrió hacia donde escuchó la voz. Entonces se encontró con que el hombre de aspecto rudo y mirada hosca empujaba hacia atrás a Dean con brusquedad. Sus ojos eran fríos, de un azul penetrante, y estos se posaron en ella con extrañeza y desdén, como si no pudiera comprender la presencia de una joven vestida con un *maillot* circense en medio del campo.

—¡Suelta al niño, ahora! —le gritó, invadida por la furia y con el lazo en la mano.

—¡No lo estoy atacando, sino que protegiendo! —respondió el sujeto en un tono hostil—. Mi caballo es temperamental.

—¡Pues yo lo soy más! —le advirtió, lista para atacarlo con la cuerda.

El hombre soltó a Dean y se irguió en toda su estatura. Era atractivo, demasiado quizás, pero tenía una mirada peligrosa, y la observaba como si ella fuera un incordio que debía hacer a un lado. Luego lo vio sonreír de manera irónica mientras guardaba sus manos en los bolsillos de sus vaqueros.

—¿Vas a atacarme con eso? —le dijo haciendo un gesto hacia la cuerda que llevaba en la mano.

—Te sorprenderías de lo que puedo hacer con ella —le advirtió, rogando para que él no viera en sus ojos el miedo que sentía, ni que escuchara los desenfrenados latidos de su corazón.

—No será necesario, *hadita del bosque*. Yo me largo de aquí —dijo el sujeto en tono despectivo, montando con destreza sobre su hermoso caballo negro.

Con un gesto de despedida que pretendía ser irónico, levantó el sombrero y esbozó una sonrisa burlona antes de alejarse al galope, dejando a Lily con una mezcla de incredulidad y molestia.

—¡Maldito arrogante! —comentó, irritada.

Después se giró hacia su hermano cuyo rostro no expresaba ni miedo ni inquietud.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras se agachaba para quedar a su altura.

—Sí. No me hizo daño.

—No creo que quisiera hacerte daño, Dean. Solo fue un poco brusco.

—Yo ya sabía que su caballo era peligroso.

—Dean —dijo suspirando con resignación—. Ya te he advertido que no debes acercarte a los animales que no conoces. Eso podría ser riesgoso para ti.

—Mamá y papá decían que yo tenía un don con ellos, y que, si les susurraba, ellos no me dañarían.

—Lo tienes, Dean. Tienes un maravilloso don, pero no todos lo saben, y ya ves lo nervioso que se puso ese sujeto con su caballo. Ten cuidado, ¿vale?

—Está bien.

«Hombre estúpido y prepotente», pensó Lily cuando recordó la manera hostil con que le había hablado a ella y a su hermano. ¿La había llamado «hadita del bosque»? De tan solo revivir la conversación le daban ganas de haberlo castigado con su lazo.

Se obligó a tranquilizarse y le palmeó el hombro a Dean.

—Vamos —le ordenó—. El agua nos espera.

Lily caminó hacia la orilla junto a Dean, aún con la irritación y el miedo recorriéndole por dentro. Aunque intentaba sacudirse de la mente el desagradable encuentro con el desconocido, no pudo evitar sentir un nudo de nerviosismo en el estómago al evocar sus ojos, como si estos pudieran traspasarla por dentro.



7. El robo

El sol despiadado caía sobre la cabeza de Roger, sin dar tregua al agotamiento ni a la sed que lo atormentaban. Cada paso de su caballo, Kaiser, levantaba una nube de polvo que se mezclaba con el aire caliente, añadiendo una capa más de sofoco al calor abrasador. Aquella primavera estaba siendo en extremo calurosa, y la sequía ya llevaba meses extendiéndose en la región. Roger había intentado racionar el agua de su cantimplora, bebiendo pequeños sorbos para que durara lo máximo posible, pero era evidente que tanto él como su fiel montura estaban al límite de sus fuerzas. Habían pasado varias horas desde que abandonaron el último punto de descanso, aquel riachuelo donde se topó con el niño y la chica con aspecto de hada, y el paisaje desolado no ofrecía ninguna promesa de alivio. Finalmente, cuando casi había perdido la esperanza, Roger divisó a lo lejos una pequeña estructura de madera con aspecto de ser una posada. Suspiró aliviado e impulsó a Kaiser a avanzar hacia el refugio. El cansancio que antes parecía insuperable se hizo más soportable y se obligó a continuar.

Roger llegó a la posada justo al mediodía, cuando el sol de Texas se encontraba en su punto más alto. Se detuvo frente al establecimiento y desmontó con agilidad de su caballo, que resoplaba cansado tras tantas horas de viaje. Después, le acarició el lomo murmurándole palabras tranquilizadoras mientras lo guiaba hacia el bebedero. Una vez Kaiser sació la sed, lo amarró a un poste bajo la sombra de un árbol, y le dio una última palmada antes de dirigirse hacia la

entrada.

Al cruzar el umbral, fue recibido por una bocanada de aire fresco y el aroma tentador de la comida casera. El interior de la posada estaba iluminado por la luz natural que se filtraba a través de las ventanas. Roger se acercó al mostrador, donde una mujer de mediana edad, vestida con un delantal blanco, atendía a los clientes. La saludó con un leve asentimiento.

—Buenas tardes, ¿qué puedo servirle? —preguntó ella, con una sonrisa cordial.

—Algo sencillo y abundante, por favor. Y un poco de agua fresca —respondió Roger, sintiendo cómo el hambre comenzaba a apretar su estómago después de la larga cabalgata.

La mujer le indicó que tomara asiento en una de las mesas del rincón y él se acomodó. Mientras esperaba, se dejó caer en una silla, cerca de la ventana, desde donde podía vigilar a su caballo y observar el ir y venir de los demás huéspedes. Se quitó el sombrero, dejándolo sobre la mesa, y pasó una mano por su frente sudorosa, aliviado de tener un momento para recuperar el aliento.

De pronto, observó el forcejeo de una mujer contra un hombre montado a caballo mientras esta gritaba pidiendo por ayuda. El jinete azuzó las riendas y se alejó de ella a gran velocidad, dejándola a solas. De inmediato, él se puso de pie y abandonó su rincón de descanso, maldiciendo su mala suerte.

—¿Qué es lo que está pasando?! —exigió saber cuando se le acercó.

Fue cuando la muchacha se giró, que se dio cuenta de que era la misma que en la madrugada lo había amenazado con un lazo. El niño permanecía a un costado, mirándola con los ojos muy abiertos.

—¡Me han robado a mi yegua! —gritó la chica con desesperación, acercándose a él, invadida por la angustia—. ¡Por favor! —rogó—. ¿Podrías alcanzarla con tu caballo?

Roger la miró con indiferencia y luego consideró que no valía la pena perseguirlo, ya que el ladrón se había distanciado lo suficiente como para que fuera imposible alcanzarlo. El caballo blanco apenas se divisaba a lo lejos.

—Lo siento. Mi caballo está demasiado agotado como para someterlo a semejante esfuerzo —comentó, y luego se giró para entrar nuevamente en la posada.

—¡Se lo ha llevado todo! —gritó, desesperada—. ¡Por favor! —suplicó cogiéndolo del brazo para detenerlo.

Ya no quedaba rastro de la ira que había observado por la mañana en el riachuelo cuando alejó al niño de su caballo. Ahora, solo se dejaban entrever unos ojos suplicantes y llorosos.

—Mira, ya te he dicho que no puedo hacer nada. Kaiser ha estado bajo el sol y la polvareda todo el día. Necesita descansar.

—¿Cómo puedes ser tan insensible? —La mujer lo soltó y retrocedió, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Ese caballo era todo lo que teníamos!

Roger suspiró, sintiendo una punzada de culpa, pero se mantuvo firme.

—Lo siento, pero no puedo ayudarte.

Sin decir más, la chica se alejó de él. Roger observó cómo la joven luchaba por mantener la compostura y, por un momento, estuvo a punto de negarse otra vez. Sin embargo, no pudo ignorar la imagen de desesperación y vulnerabilidad que expresaban sus ojos.

—¡Maldición! —exclamó malhumorado—. Espera aquí —le advirtió a la muchacha antes de correr hasta su caballo y subirse con agilidad.

Luego, agitó las riendas de su montura y avanzó en la misma dirección en que había huido el ladrón. Kaiser resopló fatigado, pero continuó corriendo durante varios kilómetros sin éxito. No había rastro del caballo blanco ni tampoco de su jinete. Finalmente, Roger decidió que

era tiempo de regresar, puesto que el paisaje que se asomaba frente a sus ojos no era más que una extensión de tierra desolada y vacía. Al menos, lo había intentado.

Regresó sin apuro, dándole tiempo a Kaiser de recuperarse del agotamiento. A lo lejos vio a la chica y al niño, ambos sentados en el suelo cerca de la posada. La mujer lo observaba con una expresión de desesperación en el rostro mientras el niño permanecía abrazado a ella sin dejar de mirarlo.

Roger desmontó con pesadez, sintiéndose fastidiado. Caminó hacia ellos, intentando hallar las palabras adecuadas para darles la noticia.

—No los encontré —dijo con voz ronca—. Lo siento.

La muchacha bajó la mirada, tratando de contener las lágrimas. El niño, por su parte, apretó más fuerte el brazo de la mujer. Roger se rascó la cabeza, incómodo ante la situación. Quería decir algo para animarla, pero las palabras no parecían suficientes. «¿Sería su madre?», se preguntó cuando se fijó en el enorme parecido entre ellos dos. Pelirrojos, ojos verdes, piel blanca, y unas pecas que parecían acumularse sobre el puente de la nariz, dándoles un aspecto travieso. La chica ya no vestía la extraña indumentaria de la mañana, pero utilizaba unos pantalones ajustados bastante raros y llevaba el pelo recogido en un moño alto.

—Gracias por intentarlo —murmuró ella, apesadumbrada.

Roger maldijo su mala suerte. No quería problemas ni la compañía de nadie. Por otra parte, necesitaba con locura estar solo. Sin embargo, no podía ignorar el hecho de que esa mujer y el niño requerían que se les echara una mano. Era probable que, después del robo, ni siquiera tuvieran dinero para comprar comida.

—Vamos, entremos a la posada. Pidan algo para comer. Yo me encargaré de los gastos —dijo con su hosquedad habitual, intentando sonar amable, aunque no lo consiguió demasiado—. Luego, cada uno sigue su camino —advirtió, dejando claro que él viajaba solo.

La joven lo miró con desconfianza, pero la necesidad de pensar en el niño era más fuerte que su orgullo. Pudo notarlo.

—Está bien, gracias. Lo acepto por mi hermano Dean. Por cierto, soy Lily —se presentó de manera más amistosa.

Ese parentesco entre ellos tenía más sentido, pensó Roger, puesto que ella lucía demasiado joven para ser madre de un niño tan crecido.

Roger entró en la posada primero que ella, sin ánimos de charlar, y se sentó en la misma mesa de antes, manteniendo el silencio y sin prestar atención a la chica y a su hermano. La camarera se acercó con los platos, y Roger solicitó dos más para Lily y su acompañante. Sin embargo, mientras esperaban, él no se atrevió a tocar su comida, pues las miradas que lo examinaban lo hacían sentir como si estuviera en exhibición.

—No me has dicho tu nombre —le recordó el hada con ojos bailarines, como si no hubiese perdido todo hacía unos minutos atrás.

—Roger Anderson —se limitó a responder y a beber un poco de agua de su vaso.

La camarera regresó casi de inmediato con el resto de los platos y los distribuyó en la mesa. Mientras el niño se zambullía en su comida, la muchacha parecía más interesada en entablar una charla amistosa que en llenar su estómago.

—¿Y a qué te dedicas? —quiso saber ella.

—Ahora mismo, a comer —respondió, molesto, echándose una buena porción de alimento dentro de la boca para no hablar.

No quería hacer amigos ni charlar con nadie. Que la muchacha estuviera compartiendo la mesa con él no era más que por las circunstancias. Es más, era un estorbo para sus planes.

La chica guardó silencio y luego comió, aunque no pareció afectada por la manera en que le había hablado. En su fuero interno, Roger lo agradeció, puesto que no estaba de ánimos para tonterías ni sentimentalismos. Intentó centrarse en su plato, pero fue inevitable no observarla y notar su delgadez. Era menuda y de estatura considerable. Su apariencia sugería fragilidad, aunque no fue la impresión inicial que tuvo de ella por la mañana cuando lo miraba como si lo fuese atacar. Había una elegancia natural en la forma en que movía las manos al hablar. Sin embargo, su manera de comer se contradecía con su imagen, como si su estómago fuera un barril sin fondo y no le importara ganar unos kilos de más.

Una vez finalizó de comer, Roger se levantó, se puso el sombrero y se acercó al mesón para pagar.

—¿Hacia dónde te diriges? —inquirió Lily, quien se había detenido a su lado sin que él se percatara.

—Waco —se limitó a responder.

—¡Qué casualidad! —chilló alegre—. ¿Podríamos viajar contigo? Nosotros también vamos para allá.

—No. Viajo solo —respondió hosco, luego de pagar y encaminarse hacia la salida.

—Lo entiendo —dijo aparentando resignación, pero su tono denotaba una determinación que no pasó desapercibida para Roger.

—Créeme que estarán mejor sin mí. No puedo hacerme cargo de ustedes. Lo siento. —Roger trató de sonar convincente, pero la expresión de Lily mostraba que no se daría por vencida fácilmente.

—Pero ¡podríamos ayudarnos! Nunca viene mal tener compañía y nosotros... nosotros necesitamos llegar a Waco —insistió Lily, con una mezcla de súplica y convicción en la voz.

Roger frunció el ceño, debatiéndose internamente entre su instinto de mantenerse alejado de los problemas y la compasión que sentía por la joven y su hermano.

—Lo lamento. No puedo ayudarte.

Le dio la espalda y fue en busca de Kaiser sin mirar atrás. Él ya cargaba con demasiados problemas encima como para hacerse responsable de una chica y de su hermano pequeño.

Montó en su caballo y se alejó sin prisas hacia su destino, repitiéndose que había tomado la decisión correcta. A pesar de eso, no lograba sacudirse esa extraña sensación de remordimiento que lo había invadido desde el momento en que partió. A medida que avanzaba, un peso molesto parecía crecer en su pecho con cada paso de su caballo, dejando una huella imborrable en su conciencia. Sin embargo, no dejó de repetirse que el hada del bosque no era su responsabilidad.



8. La jugada de Lily

En el momento en que Lily vio partir a Roger Anderson, una ola de desaliento la invadió. La figura del vaquero se desvanecía en el horizonte, llevándose con él su última esperanza de llegar a Waco. Sintió una intensa rabia ardiendo en su interior, pero no dirigida hacia Roger, sino hacia su tío Oliver. Si no fuera por él, ella no se encontraría en esa situación precaria, viajando con su hermano y mendigando comida y un aventón. La amargura creció aún más al recordar que le habían robado a su amada yegua, junto con todas sus pertenencias. La promesa de una vida mejor en Waco ahora parecía un sueño lejano, casi imposible. Sin su yegua y sin la ayuda de Roger, las probabilidades estaban en su contra.

Miró a su hermano, quien la observaba intentando comprender la situación con sus grandes ojos verdes, llenos de preguntas. Lily respiró hondo, tratando de calmar las emociones que amenazaban con abrumarla. No podía permitirse perder la esperanza. Tenía que encontrar una manera de seguir adelante, con o sin la ayuda de Roger Anderson.

—¿Lily? —preguntó Dean mientras le tocaba el brazo para que le prestara atención—. ¿Cómo vamos a viajar sin un caballo?

—Tú no te preocupes por eso. Ya se me ocurrirá algo —lo tranquilizó, aunque en realidad, no tenía ni la más mínima idea de cómo haría para viajar, puesto que caminar con su hermano pequeño no era una opción.

Aquella mañana, Lily se había asustado con el desconocido en el arroyo, sobre todo cuando lo vio jalar a su hermano por el brazo, pero ahora, luego del episodio del robo y su generosa actitud para con ellos al invitarlos a almorzar, se dio cuenta de que era un buen hombre. Algo solitario y hostil, quizás, pero bueno, al fin y al cabo. Roger tenía una mirada tormentosa y apagada, como si cargara con el peso del mundo sobre sus hombros. Ella se había percatado de que era reservado, quizás más de lo normal, y que tenía una actitud algo hostil. Sin embargo, un sujeto que mereciera su desconfianza no habría intentado quitársela de encima como había hecho él, sino que se habría aprovechado de su vulnerabilidad. Solo por eso, Lily consideró apropiado viajar en su compañía, ya que así aseguraba su bienestar y el de su hermano. No obstante, el atractivo vaquero de mirada triste se había largado sin siquiera mirar atrás.

—Vamos, Dean. Será mejor que entremos.

Mientras caminaban hacia la posada, Lily comenzó a pensar en las opciones que tenía. Cuando entraron, la camarera les sonrió y ella decidió que era el momento de hablar.

—Disculpe —dijo con voz firme, pero educada—. Necesito preguntarle algo. ¿Tiene algún caballo que pueda vendernos? Nos han robado el nuestro y necesitamos llegar a Waco.

—Le preguntaré a mi madre. Espere aquí.

Lily la observó desaparecer en lo que supuso era la cocina, y se giró hacia Dean, que la miraba con ojos llenos de expectación. Trató de ofrecerle una sonrisa tranquilizadora, pero su propia incertidumbre hacía difícil mantener la compostura.

—No te preocupes, Dean. Todo saldrá bien —murmuró, más para convencerse a sí misma que a su hermano.

Pasaron unos minutos que se sintieron eternos antes de que la joven regresara acompañada de una mujer mayor, de apariencia amable y de mirada astuta.

—Mi hija me contó sobre su situación —dijo la mujer, observando a Lily con curiosidad—. Tenemos un caballo viejo en el establo. No es el más rápido ni el más fuerte, pero debería servirles para llegar a Waco.

Lily sintió un alivio palpable y asintió, agradecida.

—¿Cuánto pide por él?

—Podría dejarlo ir por cien dólares.

Lily sintió un nudo en el estómago. No tenía esa cantidad de dinero. Apenas si le quedaba un poco en los bolsillos de los pantalones, ya que el resto se había esfumado con su caballo.

—Lo siento, solo tengo veinte —dijo, sacando un billete arrugado del bolsillo para enseñárselo—. Pero podría ofrecerle como pago un espectáculo con el lazo para entretener a sus clientes. Soy bastante buena.

La posadera la miró con una sonrisa calculadora.

—Veinte dólares y un espectáculo, ¿eh? —repitió, sopesando la oferta—. Muy bien, trato hecho. Pero asegúrate de que sea un buen *show*. Mis clientes pueden ser difíciles de impresionar.

Lily asintió con determinación. No tenía otra opción.

—Trato hecho —confirmó.

Mientras la posadera se dirigía al establo a buscar el caballo, Lily se giró hacia Dean y le sonrió.

—¿Ves, Dean?, te dije que se me ocurriría algo.

Poco después, la posadera regresó con un caballo viejo que apenas si se sostenía en pie. Por un momento, Lily supo que había hecho un mal negocio, pero al menos tendría una manera de continuar el viaje, aunque dudaba que el animal llegara vivo a destino. A pesar de sus dudas, acarició al caballo con suavidad, agradecida por tener al menos una opción para seguir adelante.

—Se llama Viejo, y su nombre hace honor a sus años.

—Gracias —dijo entregándole el único dinero que llevaba encima.

—No me agradezcas todavía —respondió la posadera—. Quiero ver ese espectáculo. Espero no salir perdiendo contigo.

Una vez dentro de la posada, Lily pidió uno de los lazos que colgaban en la pared. Luego solicitó diez botellas vacías y despejó una zona, apartando las mesas y sillas del centro del comedor para tener espacio para maniobrar con la cuerda. Lamentó haberse quitado el *maillot* por la mañana, ya que eso habría mejorado su presentación personal. Sin embargo, no podía ser tan exigente en las circunstancias en que se encontraba. Tendría que demostrar su valía con lo que tenía a mano.

Al principio, nadie le prestó mucha atención. Los clientes de la posada la miraban con curiosidad mientras movía las mesas y las sillas hacia los costados. Algunos murmuraban entre ellos, lanzándole miradas escépticas y poco interesadas. Sin embargo, Lily se concentró en preparar su pequeño escenario improvisado, determinada a sorprenderlos.

Con el lazo en mano y las diez botellas vacías alineadas, comenzó a hacer girar la cuerda con precisión y agilidad. Sus primeros movimientos eran sencillos, buscando captar la atención del público. Lentamente, los murmullos comenzaron a callarse y las miradas curiosas se tornaron hacia ella con interés.

Lily aumentó la dificultad de sus maniobras, lanzando el lazo con destreza y atrapando las botellas una por una. La cuerda parecía una extensión natural de su cuerpo, moviéndose con gracia y control. Los vaqueros que habían estado ignorándola, sumidos en sus conversaciones, se volvieron para observarla, asombrados por su habilidad. La sala se llenó de exclamaciones de sorpresa y admiración. Con cada truco, el interés y la emoción crecían. Lily hizo girar el lazo en patrones complicados, lanzándolo al aire y recogiendo sin esfuerzo. La audiencia, ahora absorta, comenzó a aplaudir, animándola. Los rostros, antes indiferentes, mostraban asombro y respeto por la joven que demostraba ser una maestra en el arte del lazo. Lily sabía que eso pasaría, puesto que su destreza era admirable y ella tenía consciencia de ello. Incluso disfrutó observando el rostro incrédulo de la dueña de la posada y de su hija, quienes la observaban con asombro.

Al finalizar su actuación, Lily fue ovacionada con entusiasmo; incluso la miraban con respeto. No había vaquero en la sala que no aplaudiera su destreza y que no la contemplara con asombro.

Sonriendo, aunque ligeramente sin aliento, Lily se inclinó en una reverencia agradecida. Luego, con un gesto a Dean, le indicó que recorriera el salón con el sombrero invertido para recibir las cuantiosas propinas que no tardaron en aparecer. Después, Lily se acercó a la dueña, satisfecha con su desempeño y contenta de ver tanto dinero reunido en el sombrero. Eso le permitiría abastecerse de alimentos para unos cuantos días.

—Tome —dijo Lily, extendiendo el brazo para entregarle la cuerda—. Creo que a los clientes les ha gustado.

—Te quedas corta, chiquilla. Y guárdate esa cuerda, que con ella haces maravillas. Aquí, solo decora la pared. ¿Dónde demonios aprendiste esos trucos?

—Trabajé en un circo —respondió sin entrar en mayores detalles—. Muchas gracias, señora, por el caballo y por todo. —La dueña asintió con aprobación.

—Eres una muchacha talentosa. Espero que este lazo te ayude en tu viaje.

Lily se sintió abrumada por el gesto amable de la mujer y respondió con sinceridad.

—Gracias de nuevo. ¿Podría ayudarnos con algo más? Necesitamos comprar algunos

viveres para el camino —pidió Lily con amabilidad, esperando que la posadera estuviera dispuesta a ofrecerles ayuda.

—Por supuesto —respondió asintiendo—. Puedo preparar un poco de comida para llevar.

—Eso sería perfecto, gracias.

Media hora después, Lily y su hermano Dean montaban sobre Viejo. El sol no daba tregua, golpeando con fuerza sus cabezas. Mientras el clima permanecía seco, la esperanza de lluvia se desvanecía día tras día. Lily se había asegurado de hidratar bien al caballo, cuyo paso reflejaba el esfuerzo extenuante de llevar a ambos, a pesar de su ligereza. Tendría que recorrer tramos más cortos si quería que el animal resistiera el trayecto.

—Lily —dijo su hermano, sacándola de sus elucubraciones—. Viejo está enfermo.

—Lo sé.

—Se va a morir —le informó Dean, y a ella se le apretó el pecho al escucharlo.

—Algún día, Dean.

Lily no sabía si su hermano lo decía porque ya lo sabía, o porque la idea de la muerte permanecía latente en su día a día luego del accidente de sus padres. Dean tenía una sensibilidad especial con los animales, en especial con los caballos. Era un susurrador de caballos, un don que parecía innato en él. Desde pequeño, tenía el poder de calmar a las bestias más peligrosas con tan solo unas palabras susurradas, una rareza que para ella resultaba inexplicable. De hecho, siempre lo había considerado como un futuro domador, ya que lograba más con los animales incluso que su propio amigo Owen, quien llevaba años entrenándose en el arte de la doma.

Dean acarició las orejas del viejo caballo y luego se inclinó hacia adelante para abrazarse a su cuello. El relincho del animal no se hizo esperar. Lily se percató de que se habían conectado como dos amigos que se entregan mutuo consuelo.

Al parecer, dedujo Lily, Viejo sí se iba a morir, y mucho antes de lo esperado.



9. Casualidad y mala suerte

Roger corría en medio de la devastación de la guerra, entre los cuerpos ensangrentados y los escombros. Podía sentir su respiración agitada a medida que avanzaba por el terreno irregular, mientras en lo único en que pensaba era en Helen y en encontrarla a salvo. De repente, distinguió la figura de su padre a poca distancia, lo que lo obligó a detenerse.

—Bruce está por allá —le dijo mientras le indicaba el camino con la mano.

Cuando volvió la mirada hacia su padre, este ya no estaba. Se había esfumado como el humo que lo envolvía, al igual que todas las personas a su alrededor. Acompañado únicamente por la desesperación y el miedo, retomó la carrera y llegó al hospital en llamas. Helen no se veía por ningún lado. Sin embargo, Rose estaba tirada en el suelo en uno de los rincones, junto a su hermano Jake. El niño iba a nacer en medio de los bombardeos y de los horrores de la guerra. De pronto, una explosión lo ensordeció.

Roger soltó un grito de desesperación y se incorporó de golpe, percatándose de que había sufrido una de las tantas pesadillas que parecían acompañarlo desde que había llegado de la guerra. Sabía que era su cabeza la que le jugaba malas pasadas, y que todo lo soñado no era más que los resquicios de un tiempo de horrores y el reflejo de sus propios dolores ante la pérdida de

la que sería su mujer. «Si ella no hubiese cambiado su turno, no estaría muerta», pensó, incapaz de arrancarse la culpa de su conciencia.

Se llevó las manos al rostro y echó un vistazo a su alrededor. Era de noche, y la oscuridad envolvía el sitio eriazó en el que se había detenido. La única fuente de luz provenía de la luna, que se reflejaba en un estanque de agua cercano, brindando un resplandor plateado al desolado paisaje. El aire estaba fresco, y el silencio era roto por el ocasional croar de las ranas y el susurro del viento entre los arbustos secos.

De repente, el sonido de una rama al romperse hizo que se pusiera en alerta y se levantó para echar un vistazo alrededor. Sacó su revólver cuando divisó a un conejo escabullirse por entre la vegetación, consciente de que cazarlo con esta arma no sería sencillo. Avanzó despacio, tratando de no hacer ruido. Finalmente, divisó uno a la distancia. Apuntó con cuidado y disparó. Fue un tiro preciso. El conejo cayó al suelo, asegurando una cena que le proporcionaría las energías necesarias y mitigaría el vacío de su estómago.

Luego de alistar al animal, desprendiéndole la piel y las vísceras, preparó un fogón con ramas secas y lo cocinó mientras se sumía en sus pensamientos. Por un momento, se perdió en el movimiento de las llamas anaranjadas que parecían bailar siguiendo su propio ritmo, acompañadas por el crepitar de las ramas ardientes. Aquel color le recordó el cabello de la chica y se preguntó si Lily y su hermano estarían bien, y si habrían conseguido ayuda para desplazarse hacia Waco. El peso del remordimiento al recordarlos volvió a apoderarse de él. Llevaba horas sin pensar en ellos, aunque, de vez en cuando, la mirada suplicante de la chica aparecía en su memoria, perturbando su tan ansiada paz. Justamente él, que no necesitaba problemas porque ya lidiaba con los suyos propios, tenía que toparse con ella. Lo único que ansiaba era encontrar a su hermano Bruce y regresar a casa. Nada más. Sin embargo, el destino le había preparado una jugada que, en lugar de ayudarlo, le estaba complicando la existencia.

El relincho de un caballo que no era el suyo lo despertó sobresaltado. Roger se incorporó con rapidez, agudizando el oído en la semioscuridad. El silencio que siguió fue profundo, roto solo por el canto lejano de algún ave madrugadora. Permaneció inmóvil, esperando escuchar el sonido nuevamente. Sin embargo, después de varios minutos de espera, no oyó nada más. Resignado, se dijo que debió haberlo soñado.

Estaba amaneciendo y la temperatura había descendido varios grados durante la noche, lo cual agradeció, ya que el calor primaveral y la falta de lluvias en la región solo aumentaban las incomodidades del viaje. Incapaz de volver a dormir, se levantó, caminó hasta el estanque y se quitó la ropa para zambullirse por completo en sus aguas. Se estremeció cuando el líquido frío le rozó la piel, pero casi al instante su cuerpo se adaptó. Se avecinaba un día caluroso, así que decidió tomarse su tiempo, consciente de que más tarde añoraría poder sumergirse en aquellas aguas frescas.

Una vez se despejó, salió del agua y comenzó a vestirse. Se puso los vaqueros y las botas, y justo cuando iba a ponerse la camisa, escuchó los gritos de una mujer pidiendo ayuda. Eran gritos desesperados, tan desgarradores que Roger, con la camisa aún en la mano, corrió a medio vestir hacia el origen de los chillidos, con la mente en alerta y el corazón acelerado. Al llegar, cerca de donde había dormido, encontró a Lily gritando por ayuda mientras su hermano se retorció de dolor en el suelo. Su corazón se aceleró al instante al percatarse de la gravedad de la situación. «Una serpiente», pensó.

Se arrodilló junto a él y, al examinarlo, notó las marcas de una mordedura en su tobillo. El pánico lo invadió, pero intentó mantener la calma para actuar con rapidez y eficacia. Con un

cuchillo que llevaba consigo en el bolsillo de sus vaqueros, abrió cuidadosamente la herida de Dean. Luego, con determinación, aplicó su boca sobre la herida y succionó con fuerza, tratando de extraer todo el veneno posible. Sintió el sabor amargo en su boca mientras el líquido letal inundaba su paladar. Con cada succión, escupía el veneno fuera.

Lily observaba horrorizada la escena, pero Roger no podía detenerse. Sabía que cada segundo contaba. Una vez que sintió que había extraído la mayor cantidad posible de veneno, tomó a Dean en brazos y lo llevó hacia su caballo para sacar de las alforjas alguna de las pomadas que Rose le había dado para situaciones como esa. Recostó al niño en el suelo y mojó la manga de la camisa que llevaba en la mano con el agua de su cantimplora. Luego, limpió la herida con ella, aplicó la medicina de Rose y le vendó el tobillo con la tela que desgarró del dobladillo de la prenda. Lily lo observaba atónita, pero él no le prestó atención.

Una vez asegurada la venda, se inclinó hacia Dean y le sostuvo la mano con firmeza, transmitiéndole una sensación de seguridad.

—¿Qué tipo de serpiente fue? —le preguntó, tratando de obtener más información para evaluar el peligro.

—No la vi —respondió Dean, jadeante—. Me mordió mientras dormía.

—Era una serpiente de cascabel pequeña —respondió Lily, un poco más tranquila, quizás contenida por su presencia.

Roger asintió, preocupado.

—Estarás bien, amigo. Solo te sentirás algo enfermo algunos días.

Lily se acercó a su hermano y se limpió una lágrima de la mejilla, incapaz de contenerse por más tiempo.

—Gracias, Roger. No sé qué habríamos hecho sin tu ayuda —le dijo la chica, temblando.

Dean cerró los ojos y su rostro permaneció contraído por el dolor. El hada, en cambio, le destinaba miradas de reojo que intentaba ocultar sin éxito. Fue cuando Roger tomó consciencia de que tenía el torso desnudo.

Sacó una camisa limpia de las alforjas y se la puso, dándole la espalda, e intentando comprender cómo habían llegado hasta allí sin un caballo. Una idea comenzó a rondarle por la cabeza.

—¿Has estado siguiéndome? —quiso saber, aún de espaldas, sin dejar de abotonarse la prenda.

—¡No! —se apresuró Lily en responder—. Ha sido una casualidad encontrarte aquí.

—¿Y cómo llegaron? —Roger se giró hacia ella y le clavó la mirada, para determinar si le mentía o le decía la verdad.

—Compré un caballo —reconoció la chica.

—Dijiste que te habían robado todo.

—Y lo hicieron —le aseguró—. Pero la dueña de la posada tenía un caballo viejo, y yo se lo compré con el dinero que gané haciendo un espectáculo con la cuerda. Te advertí ayer que era buena con el lazo.

Roger la observó con un dejo de escepticismo. No sabía si debía creer lo que ella decía o si estaba inventando una historia para calmarlo. Había algo en su expresión que sugería una habilidad natural para la mentira, como si fuera capaz de tejer historias con facilidad. Sin embargo, también podía percibir una chispa de sinceridad en su mirada, lo que lo confundía.

—¿Dónde está ese caballo tuyo?

—Se murió —le respondió Lily con naturalidad.

—¿Se murió? —preguntó, ahora sí que pensando que la chica estaba mal de la cabeza.

—Sí. Estaba viejo y medio enfermo, pero al menos nos trajo hasta aquí.

—¿A qué estás jugando? —le espetó, molesto con sus mentiras.

Lily se puso de pie de un respingo, y apoyó ambas manos en su cintura, evidentemente disgustada.

—No estoy jugando a nada. Sígueme —le ordenó mientras se encaminaba hacia unos matorrales secos.

Roger fue tras ella con cautela, consciente de que el hada del bosque estaba como una cabra. Mientras avanzaba, observó que su grácil figura se desplazaba con elegancia y naturalidad, y que sus caderas angostas y bien formadas tenían un vaivén que se le antojó perfecto y seductor, pese a que sabía que ella no era consciente de eso.

Se sacudió esos pensamientos y reconoció que le hacía falta acostarse con una mujer. De otra manera, no se explicaba ese tipo de ideas rondando por su cabeza.

—Allí está —dijo Lily indicándole el caballo viejo tirado en el suelo.

Roger la miró con incredulidad, puesto que todo lo que le había dicho la chica era cierto. Incluso sintió una pizca de remordimiento por pensar que ella estaba loca y que era mentirosa. Sin embargo, no fue capaz de disculparse.

—Era una historia difícil de creer —se justificó en cambio.

—Sí, pero cierta. ¿Vas a ayudarnos?

Roger la miró, maldiciendo su mala suerte. No podía abandonarlos ahora que el niño estaba lastimado. Además, se les había muerto el caballo y no les quedaba nada a qué echar mano. Sería un bruto insensible si esta vez se negaba.

Tomó una bocanada de aire profundo, y luego exhaló con abatimiento ante su mala suerte.

—Está bien, te ayudaré. —Nada más decirlo, supo que su destino había cambiado para siempre.



10. Testarudez

Lily observó horrorizada a Roger desenvainar el cuchillo otra vez; el mismo que había utilizado para abrir la herida de su hermano. Luego, al ver lo que iba a hacer, corrió hacia él, interponiéndose entre su cuerpo y el del caballo.

—¿Qué crees que estás haciendo? —lo increpó con los ojos muy abiertos.

—Resulta que estamos varados en medio de la nada y tenemos que comer, Lily —respondió Roger como si fuese obvio.

—¡No podemos comernos al caballo! —protestó ella con fuerza—. Este animal nos trajo hasta aquí. Además, mi hermano siente afecto por él.

—Pero ¡si apenas lo tienes desde hace un día! —exclamó impaciente—. No hay otra opción. Dean está herido, y necesitaremos alimento.

Roger hizo intentos de esquivarla, pero ella lo detuvo apoyando sus manos sobre su pecho. Se sorprendió de la firmeza de su cuerpo y de la reacción de su propia piel, erizada por toda su espalda. Frunció el ceño e hizo a un lado esas sensaciones.

—¡No lo harás, Roger! ¡No dejaré que lo hagas! Es mi caballo y yo decido por él.

—¿Y qué pretendes? ¿Darle sepultura? —expresó irónico.

—¡Sí, si es necesario! —respondió Lily con los ojos llenos de lágrimas.

—Estás siendo irracional.

—No me importa, Roger. Cazaré lo que sea necesario, buscaré frutas, raíces, pero no voy a permitir que destruyas a Viejo. Mi hermano se vinculó con él.

—¿En un día? —dijo Roger, soltando una risa sarcástica, pero ella se limitó a apretar los labios y a mirarlo, conteniéndose de llorar de rabia.

—Tú no entiendes.

—Pues, explícamelo —la instó mientras se cruzaba de brazos con indolencia.

—Acabamos de perder a nuestros padres en un accidente —se sinceró, sin poder impedir que una lágrima se le escapara de los ojos—. Mi hermano se reconfortó con ese animal viejo y enfermo cuando veníamos hacia acá; se vinculó con él. Dean tiene un don con los animales.

Lily se enfrentó con su mirada, esperando encontrarse con la burla danzando en sus ojos, pero no fue eso lo que halló. En su lugar, percibió algo más profundo, como si él comprendiera su dolor. Su rostro había palidecido y su expresión se tornó inexpresiva, en un intento de ocultar sus emociones. Sin embargo, en sus ojos había una contradicción, una chispa de empatía que no podía disimular. Fue entonces cuando despertó toda su curiosidad, y se preguntó qué podría haberle pasado para desenvolverse por el mundo con tanta hostilidad y una expresión de tristeza permanente en la mirada.

—Siento lo de tus padres —dijo luego de un tenso momento. Después, esquivó sus ojos y guardó el cuchillo en el bolsillo de su pantalón—. Está bien, lo haremos a tu manera, por ahora.

A Lily le brillaron los ojos, y se apresuró en recoger un pequeño saco que había dejado en las alforjas de Viejo, y en colgarse el lazo al hombro.

—Aquí tengo alimento para, al menos, dos días.

Roger hizo una mueca de desagrado y bufó, sin siquiera prestar atención a lo que ella le decía. Se limitó a regresar hacia donde estaba su hermano, dejándola sin otra opción que seguirlo.

Dean se había dormido, pero su respiración era agitada. Lily notó que su piel estaba cubierta por un fino sudor y que el tobillo se había hinchado de manera considerable.

—¡Oh, por Dios! —exclamó arrojándose al suelo para tocar su frente—. ¡Necesita un médico!

—Estará bien —le dijo él, sin darle la importancia que la situación merecía, lo que la molestó.

—¿Te das cuenta de que la vida de mi hermano peligra?

—No es para tanto, mujer. Tú misma dijiste que la serpiente era pequeña —le respondió mientras se agachaba y levantaba a Dean en brazos, sin comprender sus intenciones.

—¿No es para tanto? —gritó, esta vez, incapaz de contenerse—. ¡¿Es que acaso no lo ves?!

Roger clavó su mirada azul en la suya con una frialdad que la estremeció. Luego, con su hermano en brazos y sin hacer ningún tipo de esfuerzo para sostenerlo, se le acercó amenazante.

—Me estoy cansando de que cuestiones todo lo que hago o digo —espetó, molesto—. Tu hermano estará bien, y lo sé con certeza, porque a mí, de niño, también me mordió una serpiente cascabel, y no era de las pequeñas. Mi padre hizo conmigo lo mismo que yo he hecho con él. Si vas a estar a mi lado, lo harás con mis reglas, y si no te gusta, ya puedes largarte por donde has venido —sentenció.

Lily comprendía que confrontar a Roger y oponerse a sus decisiones solo empeoraría su situación. Él no tenía ninguna obligación de ayudarlos, y ella sabía que cargar con ellos no era precisamente su deseo. Sintió la frustración recorrerle por dentro, pero se obligó a ceder y a intentar mostrarse más agradecida, aunque le costara lidiar con su desagradable carácter. Lily

pensó que Roger Anderson tenía de atractivo lo mismo que de antipático.

Exhaló con frustración y luego le preguntó en el tono más ligero que pudo emplear para con él:

—¿Para dónde lo llevas?

—Tenemos que alejarnos de aquí si no queremos respirar el hedor de tu caballo en descomposición.

—¡Oh! —dijo ella, consciente de que él tenía razón.

—Deja que mi caballo te huela la mano antes. De otro modo, no te dejaré montarlo —le indicó Roger mientras se acercaba con Dean en brazos hacia Kaiser.

Ella obedeció y el caballo, al sentir que acercaba su mano hacia su cabeza, intentó darle un mordisco.

—¡Ay! —se quejó por el susto—. Parece que no le agrado.

—No le agrada nadie, y solo yo puedo montarlo.

—¿Y eso por qué?

—Cuando mi padre lo compró, tenía señales evidentes de maltrato. No fue fácil que confiara otra vez en un jinete.

—Qué triste. ¿Y a quién pertenecía?

—A un circo ambulante que pasaba por la ciudad.

A Lily se le contrajo el pecho al escucharlo, puesto que el tono de su voz sonó despectivo y airado, como si los circos fueran despreciables.

—No todos los circos tratan mal a sus animales —dijo ella a modo de defensa.

—¡Ja! —Roger soltó una risa irónica—. ¡Qué sabrás tú!

Lily se enderezó con firmeza y luego colocó las manos en las caderas, en un gesto que reflejaba su creciente furia. No le parecía justo que Roger generalizara, como si no hubiera personas en los circos que se preocuparan de manera genuina por el bienestar de los animales.

—¡Pues harto sé, puesto que he nacido y crecido en uno!

—¿Es en serio? —preguntó con mirada burlona—. Y qué hacías. ¿Cobrabas las entradas?

—No. Trabajaba con caballos y cuerdas —respondió Lily de manera escueta, procurando ocultar su verdadero talento.

Roger frunció el ceño, aparentemente sorprendido por su respuesta.

—Pues parece que los caballos no se te dan tan bien, porque Kaiser no deja que te le acerques.

—Rois se me daba de maravilla —se defendió en tono ofendido.

—Pues bien, esta es la situación —dijo obviando su comentario—. Yo montaré a Kaiser para trasladar a Dean. Sujétalo —ordenó entregándole a su hermano para acomodarse sobre su caballo. Por un momento, ella pensó que iba a abandonarlos allí, pero luego se relajó al notar que el vaquero extendía los brazos y cogía a Dean por debajo de las axilas y lo alzaba, acomodándolo delante de él.

—¿Y yo? —quiso saber, todavía disgustada por su antipatía.

—Tú deberás caminar, aunque, no te asustes, hadita del bosque, que solo nos moveremos unos mil metros.

Lily se cruzó de brazos, sin poder evitar que sus ojos ardieran de disgusto mientras Roger acomodaba a Dean delante de él. Su actitud despreciativa le revolvía el estómago, pero decidió no dejar que él viera cuánto le afectaba.

—No todos los circos tratan mal a sus animales —repitió, tratando de controlar su tono, pero Roger ni siquiera le prestó atención. Se limitó a acomodarse en la silla y guiar a Kaiser para

comenzar a moverse con lentitud.

Lily caminaba a su lado, mirando a Roger de reojo. Sus pasos eran decididos, pero su mente estaba agitada debido a él. La forma en que Roger se dirigía a ella le resultaba exasperante.

—Roger —dijo luego de un rato—, ¿por qué tienes que ser tan... desagradable? —Él la miró desde lo alto del caballo, inexpresivo.

Después de un momento, Roger suspiró y apartó la vista. Por un breve instante, aunque demasiado fugaz como para asegurarlo con certeza, a Lily le pareció ver una grieta de tormento en sus ojos, como si cargara con una tristeza profunda, de esas que adormecen el alma y sacuden todos los cimientos de una persona.

Como no le respondió, Lily apretó los labios, sintiendo cómo la frustración y el enojo se mezclaban en su interior. Sin embargo, sabía que discutir no ayudaría. Así que, con un último vistazo desafiante, reanudó su caminata, decidida a no dejar que Roger la viera afectada. Mientras avanzaban, el silencio entre ellos era tenso, pero Lily decidió hacer caso omiso. Al final, lo que realmente le interesaba, era mantener a su hermano a salvo y seguir adelante, sin importar cuán difíciles fueran las circunstancias o cuán desagradable pudiera ser Roger.



11. El pueblo fantasma

Mientras avanzaba sobre su montura con Dean adormecido contra su pecho, Roger observaba de reojo a la pelirroja que caminaba a su lado con paso decidido, como si estuviese acostumbrada a realizar esfuerzos. Quizás era cierto eso de que había crecido en un circo, aunque no sabía por qué no le creía. Sin embargo, su manera de moverse revelaba una delicadeza y feminidad que rara vez había visto en una mujer de forma tan natural. Lily tenía el rostro de una jovencita, con mejillas sonrosadas y ojos pícaros llenos de curiosidad, pero su cuerpo, pese a su extrema delgadez, indicaba que ya había superado la veintena. Había en su porte una elegancia innata, una delicadeza que contrastaba con la determinación que demostraba con cada paso que daba. Cuando ella le reveló que había perdido a sus padres de manera reciente, le bastó con mirar el dolor que mostraban sus ojos para creerle, sin embargo, la chica escondía algo. De otro modo, no se explicaba que viajara a solas con un niño tan pequeño, exponiéndose a los peligros de un viaje que podría tornarse hostil en cualquier momento. No obstante, no quería saber, no le interesaba vincularse con nada ni nadie que lo alejara de su cometido. Su único interés era encontrar a su hermano Bruce y llevarlo de vuelta al rancho junto a su familia.

Dean abrió los ojos y lo observó, pero su mirada estaba vidriosa, como si no pudiera enfocar realmente lo que tenía delante.

—¿Y mamá? —preguntó el niño.

Roger miró a Lily y observó cómo su rostro mutaba en una mueca de dolor.

—Duerme, Dean. Necesitas descansar —dijo ella para tranquilizarlo mientras lo miraba a él.

Roger esquivó sus ojos, invadido por una extraña sensación. La vulnerabilidad de la chica parecía afectarlo más de lo que creía apropiado, y eso no le agradaba.

De repente, divisó lo que parecía ser un pequeño pueblo a lo lejos, aunque no tenía certeza de si era así o su mente lo estaba imaginando. No era demasiado cerca como para que Lily continuara a pie, así que detuvo su montura, se inclinó hacia adelante y le tendió la mano.

—Sube detrás —le indicó, aunque más sonaba a una orden que a una petición.

—No, gracias —respondió Lily con recelo—. No quiero que tu caballo me tire lejos. Además, ya nos hemos distanciado lo suficiente. ¿Cuánto más quieres avanzar?

—Acabo de divisar un pueblo, y no está tan cerca como para que recorras el camino a pie. Sube de una vez.

—Está bien, subiré —dijo, aunque su tono denotaba su desconfianza.

Ignoró su mano y se acomodó la ropa y el cabello, haciendo un moño alto que sujetó con una tira elástica que sacó de su bolsillo. Roger no dijo nada y se concentró en acomodar a Dean sobre el caballo. Una vez que estuvo seguro de que el niño estaba bien sujeto, se volteó hacia Lily con una expresión que denotaba su impaciencia. Volvió a extenderle la mano y ella se limitó a mirarla con desconfianza.

—¿Vas a subir o vamos a perder más tiempo aquí? —preguntó, con un dejo de irritación en su voz.

Roger notó la renuencia de Lily, pero no podían permitirse más demoras. Con un gesto impaciente, acercó más su mano hacia ella para ayudarla a subir. Lily, con cierta vacilación, aceptó su ayuda, se impulsó levemente y se acomodó a su espalda como si fuese una pluma movida por el viento. El caballo, inquieto por la presencia de una nueva carga en su lomo, comenzó a moverse nervioso, pero Roger se inclinó hacia adelante y le habló con suavidad cerca del oído.

—Tranquilo, Kaiser, todo está bien —susurró, acariciando el cuello del animal con ternura mientras mantenía un firme control sobre las riendas.

Poco a poco, el caballo se calmó bajo la influencia tranquilizadora de su voz, permitiendo continuar con el recorrido.

A Roger le llamó la atención la gracia con la que la chica se había montado, como si flotara con la más mínima acción de sus piernas. Si era cierto que había vivido en un circo, se preguntó qué habilidades tendría. Ella decía ser buena con el lazo y los caballos. Sin embargo, cualquier pensamiento racional desapareció de su mente cuando la mano pequeña, pero firme de Lily se posó en su abdomen para sujetarse. De repente, se sintió extraño, como si la atmósfera hubiera cambiado y sus terminaciones nerviosas se hubiesen agudizado al más leve contacto.

Carraspeó con incomodidad y aceleró el galope, con el único fin de llegar pronto a destino para alejarse de ella. Su mera proximidad lo perturbaba de una manera que aún no había decidido si le agradaba o no.

Lily tenía los nervios a flor de piel. Ni siquiera durante sus presentaciones, que a menudo eran bastante arriesgadas, se había sentido tan perturbada. Una inquietud la recorría por dentro mientras el calor del cuerpo de Roger parecía quemarle las palmas de las manos. Incluso sin presionar demasiado, podía sentir la firmeza de su abdomen, lo cual la desconcertaba aún más. Nunca había experimentado esa sensación con un hombre. Owen no contaba, puesto que era su

amigo y lo quería como a un hermano, y aunque también tenía un físico atractivo, jamás se le erizó el vello de la nuca por tocarlo como sí le sucedía con el vaquero, pese a su antipatía. Se preguntó si la muerte de sus padres le estaría afectando sus percepciones, ya que no conseguía comprender sus propias reacciones corporales.

Por otra parte, ansiaba cambiarse la ropa y darse un buen baño, pero no traía nada más que lo puesto. Sentía queapestaba, mientras que Roger desprendía un aroma a jabón y a limpio que le provocaba deseos de pegar la nariz a su espalda, solo para aspirar su agradable olor.

El lugar al que llegaron parecía pequeño y desolado, como un pueblo fantasma, ya que no se veía un alma alrededor. Mientras avanzaban, el silencio los envolvió como una manta densa, aumentando la incertidumbre de Lily. El camino de la que parecía ser la calle principal era amplio y de tierra compactada, bordeado por casas y árboles que, a pesar de parecer deshabitadas, dejaban entrever la presencia humana debido al cuidadoso estado en que se encontraban. Las puertas de madera, aunque cerradas, mostraban signos de haber sido utilizadas recientemente, y las macetas de las ventanas estaban cuidadosamente arregladas.

—Este lugar asusta. ¿Dónde estarán todos? —preguntó Lily a un silencioso Roger.

Él no le respondió. Se limitó a soltar un suspiro pesado y a observar el entorno con mirada cautelosa.

Roger avanzó hasta el final del camino, a lo que parecía ser una cantina, el único lugar que parecía tener alguna actividad. Al acercarse, escucharon voces dentro y una que otra carcajada. Y sobre la entrada, un enorme cartel decía con letras talladas en la madera «Saloon & Grill».

—Vamos —dijo Roger apeándose del caballo con Dean en brazos.

Dean era presa de un sueño profundo y ni siquiera se inmutó con los movimientos. Roger extendió la mano para ayudarla a apearse, pero Lily se negó.

—Puedo sola, gracias.

—Solo quería ayudarte —le reprochó, molesto.

—No necesito ayuda. El día que llueva aceptaré que alguien me asista para descender de un caballo.

—Envejecerás esperando.

—Por eso lo digo —dijo con una leve sonrisa que, obviamente, el no correspondió.

A Lily le dieron ganas de poner los ojos en blanco. El sentido de humor del vaquero era nulo. Tendría que trabajar en eso con él, aunque no estaba convencida de tener éxito.

Apenas traspasaron las puertas del local, una veintena de ojos se posaron sobre ellos, silenciando las ruidosas manifestaciones de alegría que habitaban dentro de sus paredes. Lily pensó que esos debían ser la mayoría de los habitantes del pueblo, los que, al parecer, se habían reunido para organizarse en algo, ya que al fondo había un enorme cartel impreso en el que estaban detallados una serie de eventos, desde concursos de rodeo hasta juegos de feria y espectáculos de música en vivo.

Lily miró a Roger, pero este parecía ignorar que todos centraban su atención en ellos. Se limitó a avanzar hacia el mesón, con Dean en brazos, ante la atónita mirada de los presentes. Poco a poco las voces se adueñaron del silencio y las personas retomaron sus actividades. La mujer que secaba uno de los vasos tras el mesón, que debía rondar los cuarenta y cinco años y que no dejaba de mirarla como si la conociera, dejó el vaso de golpe sobre la mesa y lanzó un grito de emoción.

—¿Lily? Eres Lily Macleod, ¿verdad? —preguntó casi gritando de alegría. Sé que eres tú. ¡El parecido con tu madre es impresionante!

Lily asintió, sin poder ocultar su extrañeza. Se preguntó que quién sería esa señora, y por qué parecía conocerla. Algunas de las personas dejaron de prestarles atención cuando se dieron cuenta de que la mujer, alta y delgada como un junco, de ojos grises y expresión amable, le tomaba las manos con afecto y luego la abrazaba, soltando algunas lágrimas que terminaron por desconcertarla.

—¿Quién es usted? —preguntó cuando se sintió liberada de los brazos de la mujer.

—Soy tu tía Flor. Fui la esposa de Oliver, pero me conocían como «Madame Fleur» en el circo.

Lily sintió que el estómago se le encogía en un nudo. ¿No había muerto esa mujer cuando ella era una niña?

—No sabía que... Pensaba que... —dijo titubeante, pero la mujer la interrumpió con una sonora carcajada.

—Pensabas que estaba muerta. Y casi lo estuve, por culpa de ese infeliz que tenía por marido. —Se levantó la blusa y dejó entrever una cicatriz al costado de su abdomen—. Llegué media muerta a un hospital. El muy desgraciado me dejó allí, abandonada, cuando se percató de que no había más que hacer por mí. Pero sobreviví, a pesar de él. Sobreviví a pesar de todo el dolor y el abandono, y aquí estoy, más fuerte que nunca.

—¿Y nunca regresó al circo después de eso?

—No. Quería que cargara con la culpa de mi muerte y que lo carcomieran los remordimientos, pero ya hablaremos de eso luego —dijo acercándose a Roger y centrando la atención en su hermano—. ¿Qué le ha pasado al niño?

—Lo ha mordido una serpiente —se explicó Roger con su sequedad habitual.

Lily entornó los ojos y se preguntó si ese hombre conocería la palabra «amabilidad».

—¡Oh, por Dios! —exclamó la tía Flor—. Necesitará un médico y un lugar donde descansar.

—Necesitaremos dos habitaciones —informó Roger a la mujer.

—¿Dos? Imposible, vaquero. Ya está todo ocupado por lo de la feria, salvo la habitación de huéspedes de mi posada. Esa no la arriendo, pero por el cariño que le tengo a tus padres, querida Lily, se las cederé sin costo.

—Pero ¡si en este pueblo no hay nadie! —exclamó Lily con nerviosismo al intuir que tendrían que compartir habitación.

—¡Ja!, están todos en el rancho de los Henderson, participando en las competencias de tiro al blanco. Y en dos días es el campeonato de rodeo, muchacho, por si te animas —se explicó, alegre—. Vengan conmigo. Les mostraré su habitación. Mi posada está aquí al lado.

Mientras avanzaban detrás de la mujer, Roger la miró con una expresión imperturbable, como si la idea de compartir cuarto con ella no le afectara en lo más mínimo. En ese instante, Lily sintió como si fuera invisible para él, como si su presencia o ausencia no tuvieran ningún impacto en su persona. Esa sensación de indiferencia por su parte la desconcertó, le despertó un sentimiento de incomodidad. «No debería afectarme, apenas lo conozco», se dijo intentando encontrar consuelo. Por alguna razón que no lograba comprender del todo, el hecho de que a Roger le fuera indiferente no le sentó bien. La sensación de ser ignorada por ese hombre que exudaba masculinidad hasta por los poros, y que era un verdadero maleducado, despertó un impulso en ella, un deseo de demostrarle que era más que una simple compañera de viaje. Aunque no sabía exactamente cómo, estaba decidida a dejar una impresión en él, a hacer que se diera cuenta de que ella era mucho más que una desconocida en su camino.



12. Tensión en la posada

La tía Flor avanzó por un pasillo hasta llegar a la última habitación. Luego, sacó del bolsillo de sus pantalones una llave y abrió la puerta. Lily observó el lugar con curiosidad. La habitación era acogedora y estaba ordenada y limpia. Las paredes estaban pintadas en un tono suave que le daban un aspecto de calidez con el sol filtrándose por la ventana, y el suelo de madera estaba pulido y brillante. Una cama grande ocupaba el centro de la habitación, con una manta tejida como cubrecamas, y junto a ella, una mesa de noche con una lámpara de aceite encima. En una esquina se hallaba una cama más pequeña y angosta, y al lado de esta, una puerta que Lily supuso era el cuarto de baño.

—No es muy grande, pero cuenta con su propio baño, y tiene una bañera —comentó la tía Flor entrando primero que ellos—. Recuesta al niño en la cama. Mientras, iré por el médico.

Roger recostó a Dean y luego abandonó la habitación sin decir ni una palabra, lo que a Lily la desconcertó.

—¿Es tu hombre? —quiso saber la tía con picardía.

—¿Qué? ¡No! —se apresuró en responder—. Roger solo me está ayudando con mi hermano. Lo conocí en el camino luego de que me robaran la yegua y todas nuestras pertenencias.

—Es muy atractivo —comentó con una sonrisa bailándole en los labios.

—Lo que tiene de atractivo lo tiene de antipático, pero nos ha ayudado, aunque no le hace muy feliz la idea —se explicó mientras posaba la mano sobre la frente de su hermano para verificar su temperatura.

La tía Flor la miró de arriba abajo y luego asintió, como si hubiera resuelto un enigma en su cabeza.

—Te traeré un par de prendas mías, y veré que puedo conseguir para tu hermano.

—Gracias, tía —dijo con franqueza. Luego, incapaz de no saciar su curiosidad, le preguntó:

—¿Él te clavó un cuchillo?

—¿Oliver? ¡Qué va!, si hasta para eso es un cobarde —se rio restándole importancia con un gesto de la mano—. Me obligó a participar en un número con cuchillos a ciegas. Me negué, pero él sabía bien dónde apretar. Por cierto, Lily, cuéntame de tus padres. ¿Ellos siguen volando por los aires?

Un velo de tristeza ensombreció el rostro de Lily, quien se sentó en la cama junto a su hermano mientras negaba con la cabeza.

—No, tía. Ellos fallecieron hace algo más de una semana por una caída mortal. Fue horrible —comentó, echándose a llorar.

Durante días, Lily había estado ocultando su vulnerabilidad a su hermano, tratando de mantener una fachada de fortaleza para protegerlo. Sin embargo, la presencia de esa mujer parecía ofrecerle un refugio donde pudiera ser ella misma, sin temor a ser juzgada o criticada.

—¡Oh! ¡Cuánto lo siento, cariño! ¡Qué horrible noticia! Pero ¿cómo fue a pasar algo así?

—El tío Oliver —respondió.

Después de explicarle lo sucedido a su tía, la mujer la abrazó para darle su consuelo. Así se encontraban cuando Roger ingresó en la habitación con una bolsa con sus pertenencias, las que arrojó sin miramientos en la cama pequeña.

—Bueno. Iré por el doctor y enviaré por mi ahijado para que les llene la bañera —dijo la mujer incorporándose y caminando hacia la puerta.

—Gracias por todo, tía.

—No me las des. Estoy muy contenta de volver a verte, Lily. Eras muy pequeña cuando te vi por última vez.

La tía cerró la puerta, y Roger se dejó caer en la pequeña cama. Luego la miró como si ella fuese un extraño ser en exhibición.

—Así que era cierto —afirmó recostándose en el pequeño catre en el que apenas le cabían las piernas.

—¿El qué?

—Que creciste en un circo.

—¡Claro que era cierto! No había motivo para mentirte —bufó, molesta por su comentario—. ¿Y tú?

—Yo qué.

—De dónde vienes, y por qué quieres llegar a Waco con tanta urgencia. —Roger no le respondió. Se limitó a acomodarse en la cama y a cubrir su rostro con el sombrero para dormir—. ¿Eres un forajido o algo así?

—No.

—¿Qué eres entonces?

—Es evidente, nena. Soy un ranchero.

«¿Nena?», se repitió con irritación.

—Primero, no soy «nena» y; segundo, no es evidente que seas un ranchero. Me parece muy sospechoso que digas tan poco sobre ti y que viajes a solas. ¿De dónde eres?

—De Dallas, voy a Waco por motivos que no te importan.

—Tienes razón. No me importa —mintió, porque cada minuto que pasaba, su curiosidad por saber más de él parecía incrementarse de manera descomunal.

Dos golpes en la puerta les anunciaron la presencia de alguien en el exterior. Lily se aproximó a la entrada y la entreabrió, revelando el rostro curtido de un hombre mayor y de muy baja estatura que sostenía un maletín en la mano.

—Soy el doctor Olsen. Vengo a atender al niño —anunció con voz grave y autoritaria.

—Adelante, allí está —respondió Lily, cediéndole el paso con un gesto de la mano.

Roger parecía haberse dormido, porque ni siquiera se incorporó para saludar al recién llegado.

El doctor miró el tobillo de Dean y frunció el ceño. Luego realizó algunas preguntas mientras examinaba la temperatura y los signos vitales.

—¿Cuántas horas han pasado desde la mordedura? —preguntó el doctor.

—Menos de una hora.

El doctor asintió y continuó con su examen. Después de unos minutos, levantó la mirada y dijo con seriedad:

—Afortunadamente, parece que la mordedura no fue grave. Y el corte que hicieron para extraer el veneno ayudó —reconoció el hombre—. No creo que vaya a morir, pero es importante que descanse y se mantenga hidratado. Será presa de la fiebre por unos días. Luego, estará bien. ¿Quién le aplicó esa medicina a base de hierbas?

—Mi compañero —dijo Lily indicando a Roger, quien ni se inmutó.

—Hizo bien. Pocas personas conocen los beneficios del árnica y la equinácea para reducir la inflamación y combatir la infección. Les dejaré un poco de aceite de menta para limpiar la herida.

—Gracias, doctor. Y ¿es normal que se lo pase durmiendo?

—Es por la fiebre, y puede que también delire. Todo es normal —explicó el hombre mientras dejaba el frasco encima del velador y guardaba sus instrumentos dentro del maletín—. Mantengan la herida limpia y vendada. Si se complica, no duden en avisarle a Flor. Ella sabrá dónde encontrarme.

—¿Cuánto le debo?

—Ya está arreglado —dijo haciendo un gesto de despedida con el sombrero.

Después de que el médico se marchó, un joven delgado llegó con agua caliente en dos cubetas. Sus ojos se posaron en ella con admiración, o esa impresión le dio, puesto que sonrió con cierto aire de fascinación cuando la miró.

—Hola, tú debes ser Lily —dijo adentrándose no sin esfuerzo en el cuarto de baño—. Me llamo James, pero me dicen Jim. ¿Tú también eres trapecista como lo fue mi madrina?

—He entrenado el trapecio, pero no es mi especialidad. Trabajo con la cuerda y también con los caballos.

—¡Guau! ¡Debes ser impresionante!

—Eso dicen —respondió con falsa modestia, a lo que el joven respondió con una sonrisa que intentaba ser seductora, pero que a ella le causó gracia.

—¿Podrían callarse de una maldita vez? —espetó Roger, molesto—. ¡Estoy intentando descansar! —bufó con exasperación.

—Lo siento —se disculpó Jim, avergonzado, y se apresuró en vaciar las cubetas y en salir

en la búsqueda de más agua caliente.

Una vez el joven desapareció, Lily se acercó hasta Roger y luego puso las manos en jarras.

—No deberías ser tan desagradable. ¡Estas personas están intentando ayudarnos! —le reprochó, roja de ira.

Roger, con un gesto de impaciencia, se giró hacia Lily y la miró con dureza.

—Mira, estoy cansado y algo irritado. Debo llegar a Waco lo antes posible, y estoy varado aquí en contra de mi voluntad. No me interesa ser amable con extraños —respondió con brusquedad—. Solo quiero un poco de paz y tranquilidad antes de marcharme.

—¿Te irás? —preguntó sintiendo saltar todas las alarmas dentro de ella.

—No —reconoció luego de exhalar con fuerza, dejando en evidencia su frustración—. Te dije que te ayudaría.

Jim apareció otra vez con más cubetas y, luego de vaciarlas, volvió a salir de la habitación. Repitió el proceso varias veces más, hasta que informó que el agua estaba lista. En todo ese momento, la tensión en el aire era palpable. Dean dormía, ajeno a todo, y Roger se había acomodado en la cama dándole la espalda. La camisa que llevaba puesta, al cruzarse de brazos, dejaba en claro la fuerte musculatura que poseía. En realidad, su aspecto sí cuadraba con el de un ranchero, aunque su carácter dejaba bastante que desear. Lily pensó que algo debió sucederle para agriarle tanto el temperamento. Tal vez había ido a la guerra y vivió allá, lejos de casa, horrores inimaginables.

Sus divagaciones fueron interrumpidas por el sonido ronco de su voz.

—Puedes bañarte tú primero. Si quieres desvestirte aquí, no miraré.

—No tengo ropa de cambio. —Roger se incorporó, sacó una camisa y una pastilla de jabón de su bolso, y se las entregó.

—Usa esto mientras, y el jabón déjalo en el baño. Luego me bañaré yo.

Lily recibió la prenda y el jabón, dubitativa, y luego frunció el ceño con desconfianza.

—¿Cómo sé que no me mirarás?

—Porque te lo estoy diciendo. Un cuerpo es un cuerpo. No es la gran cosa que te vea como Dios te trajo al mundo.

—¡Ja! El día que llueva te permitiré que me veas desnuda —dijo dirigiéndose al baño, más azorada de lo que quería mostrar.

¿Por qué se avergonzaba con esas palabras? En el circo muchas veces hombres y mujeres compartían espacio para cambiarse el vestuario, y era todo algo muy natural. Sin embargo, la mera idea de que este hombre en particular pudiera verla desnuda le aceleraba el corazón, aunque no estaba segura si era por nerviosismo o atracción. Era inexperta en ese tipo de cuestiones.

—Te tomaré la palabra, hada del bosque —dijo él con una sonrisa cargada de picardía, más con la intención de avergonzarla que de expresar un verdadero deseo.

Después, se recostó y le dio la espalda otra vez, con intenciones de dormir.

Lily se encerró en el cuarto de baño y se despojó de la ropa sucia. Luego se metió en el agua y tomó la pastilla de jabón, cuyo olor a lavanda inundó sus fosas nasales y se deleitó en su fragancia. ¿Qué clase de hombre utilizaba un jabón tan perfumado? «Los que tienen esposa», se respondió en silencio. Pero si tenía esposa, ¿por qué llevaba el anillo en la otra mano? La pregunta flotó en su mente mientras el agua tibia la envolvía, disipando poco a poco las tensiones del día.



13. Indagaciones

Roger miró al niño que dormía junto a su cama y se levantó al notar su respiración agitada. Tomó un vaso con agua del velador que la tía de Lily había traído, junto a unas prendas de vestir para ellos, y le hizo beber a Dean a pequeños sorbos, levantando su cabeza con cuidado.

—Vamos, chico. Debes pelear esta batalla —le dijo, más afectado de lo que aparentaba.

Cuando miró el pie del niño, observando la hinchazón y el enrojecimiento causados por la mordedura de la serpiente, una oleada de recuerdos lo inundó de repente. Recordó la vez en que él mismo había caído enfermo en Francia durante la guerra, con fiebres tan altas que temían que hubiera contraído la temida gripe mortal. En aquel entonces, había sido Helen quien había cuidado de él. Roger recordaba cómo lo trataba con ternura, trayéndole agua fresca y compresas frías para bajarle la fiebre. Su amor por ella había nacido en el momento mismo en que la conoció.

Tener esos recuerdos comenzó a afectarle. Su respiración se volvió entrecortada, como si un puño invisible le oprimiera el pecho y le robara el aire. De repente, se vio transportado a un lugar que preferiría olvidar, pero que persistía en su memoria como una herida abierta. El estruendo de los estallidos y los bombardeos no dejaban de sonar, mientras el humo y el polvo lo envolvían, nublando su visión y atrapándolo en su propia desesperación. Corrió hacia el hospital, aunque sabía lo que encontraría al llegar. Jamás sintió más miedo que en ese momento, ni

siquiera cuando estuvo a las puertas de la muerte por causa de su enfermedad. Y ese miedo se materializó cuando la encontró desmadejada en el suelo como si fuese escombros, cubierta de sangre y con la mirada vacía, sin vida. Helen, su amada Helen había muerto, y él era el único responsable. Todo había sido culpa suya, por haberle pedido que cambiara su turno de noche por el de la tarde, con la esperanza de poder pasar más tiempo juntos. Había planeado pedirle matrimonio esa misma noche, y el anillo guardado en el bolsillo de su uniforme quemaba como un peso en su conciencia.

La puerta del cuarto de baño se abrió de improviso, devolviéndolo al aquí y al ahora. Se apresuró en ocultar sus ojos, los que se habían anegado de manera inevitable por el recuerdo. Sin embargo, casi al instante en que vio a Lily allí, de pie, como si fuese un hada del bosque, perdió toda capacidad de pensar. Lily tenía el cabello tomado y traía puesta la camisa que le había prestado. Era alta, aunque no tanto como él, pero la prenda apenas si cubría sus caderas, dejando a la vista unas largas piernas firmes y torneadas, tan delicadas y perfectas que Roger se conmocionó con aquella visión.

—El agua aún está caliente —dijo ella sin mirarlo a los ojos, centrada en la ropa que había encima de la cama y que dedujo era suya.

Decidió ignorarla y comenzó a quitarse la ropa, dándole la espalda. Primero se despojó de la camisa y los zapatos, y luego se desabrochó los vaqueros.

—¿Qué crees que estás haciendo? —espetó ella.

—Quitándome la ropa. ¿No es evidente?

—Pues no lo hagas delante mío.

Roger se giró hacia ella, y con el pantalón todavía puesto, caminó hacia el cuarto de baño para terminar de desnudarse. No le pasó inadvertido que las mejillas de la chica se habían enrojecido, quizás por vergüenza o tal vez por la temperatura del agua. De igual forma, eso no le molestó. Lo que en realidad lo irritó fue la reacción de su propio cuerpo cuando la vio entrar con las piernas descubiertas y las mejillas arboladas, como si la deseara, y él había deseado a muchas mujeres. Sin embargo, cuando miraba a Lily, sentía que debía permanecer lejos de ella, ya que solo así permanecería a salvo, pero «¿a salvo de qué?», se preguntó.

Se encerró en el cuarto de baño y luego de desnudarse por completo se introdujo en la bañera, donde intentó despejar su mente y centrarse en cumplir sus objetivos. Tenía que averiguar si alguien en ese pueblo perdido había visto a su hermano Bruce merodear por allí. Roger se negaba a creer que este hubiese muerto en la guerra, como también se negaba a pensar que alguien podría tomar el lugar de su amada Helen en su corazón. El rostro arbolado del hada del bosque apareció de pronto frente a sí, y Roger lo hizo a un lado, disgustado y sumergiéndose por completo bajo el agua, con el fin de ahogar no solo sus inquietantes pensamientos, sino también las sensaciones que se adueñaban de su cuerpo.

Roger sentía la necesidad de averiguar más sobre su hermano, y la urgencia de actuar lo impulsaba abandonar la habitación de inmediato. Eso se decía él, porque, en realidad, ver a Lily utilizando aquel sencillo, pero bonito vestido azul que resaltaba sus ojos y su figura, lo ponía nervioso de una manera que no quería admitir. Tratando de concentrarse en su misión, intentó ignorar esas sensaciones.

—Voy a salir un rato —anunció Roger, poniéndose las botas con determinación.

—Iré contigo.

—No. Tú te quedarás aquí, cuidando de tu hermano —le dijo mientras tomaba su sombrero y caminaba hacia la puerta—. En un rato vengo por ti para que salgas a comer algo.

—No pienso quedarme aquí sin hacer nada —dijo ella, cruzándose de brazos—. Necesito averiguar sobre mi yegua. Quizás está por aquí.

—Esto no es un paseo, Lily —respondió Roger, tratando de mantener la calma—. Tengo cosas que hacer.

—Yo también —insistió tomando su cuerda y colgándola en su hombro.

Roger la miró extrañado, preguntándose para qué demonios quería llevar el lazo consigo.

—¿Y tu hermano?

—La tía Flor me aseguró que la hermana de quince años de Jim puede cuidar y alimentar a Dean mientras no estemos. No hay razón para que yo me quede aquí sin hacer nada.

Como si la hubiesen invocado, una jovencita desgarbada, al igual que el muchacho de las cubetas, apareció con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hola, me llamo Molly —saludó la adolescente—. Así que tú eres *lady* Lily —expresó con una energía desbordante que a Roger de inmediato lo exasperó.

—Veo que mi tía le ha contado a toda su familia sobre mí —dijo ella sonriendo.

—Querrás decir, ¡a todo el pueblo! —expresó la muchacha entrando en el cuarto y posando la mano en la frente de Dean como si fuese una enfermera—. Vayan tranquilos, que yo me encargaré de cuidarlo. La tía Flor dice que es muy importante que las parejas pasen tiempo a solas, ya que eso fortalece los lazos de amor.

Roger entornó los ojos y Lily se apresuró en negar lo evidente.

—No somos pareja —se explicó—. Lo cuido para que no se meta en problemas. Es un tanto impaciente.

—¿Cómo dices? —espetó Roger con la ceja en alto—. Te recuerdo que la que se mete en problemas eres tú, no yo.

—¿No es un encanto? —dijo Lily a la muchacha, acompañando la frase con un guiño de ojo—. Nos vemos luego.

A Roger le molestó que Lily insinuara que él se metía en problemas, cuando lo que hacía era evadirlos como la peste. Mientras caminaban hacia el *saloon*, frunció el ceño y miró los ojos de la chica, que resaltaban con un brillo pícaro. Su intención era incomodarla, pero ella parecía muy alegre y recompuesta, sin manifestar rastro de la tensión que había percibido antes en la habitación.

Ingresaron en el Saloon & Grill, encontrando el lugar casi desierto. Solo unos pocos clientes dispersos permanecían en las mesas, charlando en voz baja y fumando mientras jugaban a las cartas. Roger se acercó al mostrador, donde el cantinero limpiaba un vaso con un paño.

—Buenas tardes —dijo mientras sacaba una foto de su bolsillo—. ¿Ha visto a este muchacho por aquí?

El cantinero levantó la vista, tomó la foto y la examinó por un momento antes de sacudir la cabeza.

—No, no lo he visto, pero le preguntaré a Flor. Ella sabe todo lo que pasa en este pueblo.

Lo vio desaparecer por una puerta y poco después regresó acompañado de la tía de Lily.

—A ver, vaquero. Muéstrame la foto. —Roger se la entregó y ella frunció el ceño, haciendo memoria—. Es igual a ti.

—Es mi hermano —respondió Roger con un tono de voz que no reflejaba ninguna emoción—. Dicen que fue visto por la zona hace un tiempo.

De pronto, Roger sintió que Lily se acercaba a su tía y se inclinaba hacia adelante para mirar la fotografía con interés.

—Parece simpático —comentó ella con un tono irónico, pero él ignoró su comentario.

Sin embargo, ella no parecía dispuesta a dejarlo pasar—. ¿Estás seguro de que es de tu familia?

Roger no le respondió y continuó dialogando con la mujer.

—¿Lo ha visto? —volvió a preguntar.

—No. No ha pasado por aquí.

—¿Está segura? Podría haber estado de paso o quizás se unió a algún grupo de forasteros.

La tía Flor negó con la cabeza de nuevo.

—Estoy segura. Si hubiera pasado por aquí, lo recordaría. No he visto a nadie que se parezca a él, salvo a ti, ahora. —Roger frunció el ceño, guardando la foto en su bolsillo—. Podrías preguntar en la feria. Hay muchas personas que vienen de pueblos cercanos.

La tía Flor los acompañó hasta ubicarlos en una mesa, y les dijo:

—Les traeré la comida y luego nos vamos al rancho de los Henderson. Allí hay muchas personas. Seguro que alguien podrá darte alguna información sobre él.

—Disculpen —dijo un hombre mayor desde una mesa cercana—. No he visto al joven de la foto, pero he oído hablar de unos forasteros que andaban cerca del rancho de los Thompson. Quizás podrían investigar por ahí.

Roger y Lily se miraron y luego asintieron hacia el hombre.

—Gracias —respondió escueto—. Iremos a echar un vistazo.

Sintió los ojos de Lily clavarse en los suyos.

—Te faltan abrazos —dijo ella, sorprendiéndolo—. Eso lo explicaría todo —afirmó meneando la cabeza de un lado a otro.

—¿A qué te refieres?

—Nadie puede ser tan desagradable, a menos que le falten abrazos —expresó con naturalidad, como si fuese algo obvio—. ¿Cuándo fue la última vez que alguien te abrazó?

—¿Hablas en serio? —la miró como si estuviera loca.

En respuesta, Lily se encogió de hombros y suspiró.

—¿Cómo se llama tu hermano?

—Bruce, y no cambies de tema —le reprochó impaciente—. Explícame lo de los abrazos, que sigo sin comprender.

—Está bien —cedió mientras apoyaba los codos sobre la mesa—. Mamá decía que las personas poco amables, o que parecen demasiado amargadas, les han faltado abrazos en su vida. ¿Cuándo fue la última vez que te dieron uno?

—Eso es una estupidez —rebatía, molesto.

—¿Ves que tengo razón? Ni siquiera lo recuerdas.

—Eso no es de tu incumbencia. ¿Quieres abrazarme tú? —la desafió para incomodarla.

—Sigue soñando, Roger, porque el día que llueva, yo te abrazaré.

La tía Flor apareció con una bandeja con dos platos de pollo asado con papas cocidas, y dos vasos de agua. Luego de dejar todo encima, dijo en voz baja para no ser escuchada por nadie más.

—Tengo vino por si gustan algo más fuerte —susurró con picardía.

—No bebo alcohol, pero gracias —respondió Roger ante la mirada atónita de Lily—. ¡Qué! —le espetó—. ¿Tan raro es que un vaquero no ingiera alcohol?

—La verdad es que sí —afirmó Lily con convicción.

—Bueno. En cuanto a tus últimas palabras, la lista va creciendo y creciendo. El día que llueva tendrás que cumplir cada una de las promesas que me has hecho: «El día que llueva aceptaré que alguien me asista para descender de un caballo», «El día que llueva te permitiré que me veas desnuda», «El día que llueva yo te abrazaré» —le recordó sabiendo que había ganado

ese asalto.

—¿Qué? —se exaltó—. Pero ¡si son solo una manera de expresarme!

—Ya veremos, hada del bosque —respondió Roger, sonriendo por dentro.



14. La feria

Cuando llegaron a la feria en la granja de los Henderson, Lily, Roger y la tía Flor se apearon de la carreta y se internaron entre la marea humana. Lily quedó impresionada por la multitud que se había reunido allí. El lugar rebosaba de personas de todas partes, cada una sumida en su propia actividad. Para Lily, que disfrutaba de los diferentes espectáculos y actividades que se realizaban a su alrededor como si fueran una novedad, era un ambiente emocionante. A su derecha, observó una fila de puestos de comida que ofrecían diferentes delicias, como manzanas caramelizadas y limonadas caseras. A su izquierda, los ganaderos exhibían sus mejores animales para la venta. Frente a ella, los jinetes preparaban sus monturas para el concurso de rodeo que se realizaría en dos días, mientras un escenario cercano presentaba música en vivo amenizando el ambiente. Varias mujeres vendían artesanías y productos locales, y los niños disfrutaban de los juegos y atracciones. Los aromas de la comida y el bullicio del ambiente creaban una atmósfera alegre que a ella se le antojó fascinante.

Miró a Roger y le llamó la atención que no se emocionara como ella, aunque claro, reflexionó luego, él debía estar acostumbrado a ese tipo de eventos, en contraste con ella, que había pasado la mayor parte de su tiempo viajando de ciudad en ciudad con el circo.

—Iré a dar una vuelta —dijo la tía Flor mientras saludaba a alguien a la distancia—. Si quieren marcharse antes a la posada, pueden llevarse la carreta. Yo me puedo ir con el *sheriff*

—sonrió pícaro—. Somos muy amigos.

Lily asintió y Roger aprovechó de acercarse a un grupo de personas que conversaban animadamente. Ella tuvo que correr tras él para no perderse entre la multitud.

—Buenas tardes. ¿Por casualidad han visto a este hombre por aquí? —preguntó Roger mostrándoles la fotografía.

Un vaquero de mediana edad, con un sombrero de ala ancha y una barba mal cortada, se inclinó para mirar la foto más de cerca. Se rascó la cabeza, pensativo.

—*Mmm*, no, no lo he visto. ¿Es tu hermano? —preguntó.

—Sí, lo es. Se llama Bruce Anderson, y está desaparecido. —Roger trató de mantener la voz firme, pero Lily notó la tensión en sus palabras.

—Lo siento, amigo. No lo reconozco —dijo el hombre, y los demás negaron con la cabeza, confirmando que tampoco lo habían visto.

—Gracias de todas formas —dijo Roger, apretando los labios.

Lily lo observó acercarse a otro grupo de personas y formular la misma pregunta. La respuesta negativa de ellos endureció aún más sus facciones, reflejando su creciente preocupación. A esas alturas, la curiosidad de Lily se había magnificado tanto que no pudo evitar satisfacerla.

—¿Cuándo desapareció tu hermano?

—En la guerra —se limitó a responder.

—De eso ya ha pasado algo de tiempo —comentó con suavidad—. ¿Qué te hace pensar que él está aquí?

—La carta que envió el ejército a mi madre decía que mi hermano había desaparecido en combate. Nunca confirmaron su muerte, y hace unos días me llegaron rumores acerca de que fue visto en Waco, y según las descripciones físicas y conductuales, todo concuerda con que se trata de Bruce.

Lily reflexionó acerca de eso, y pensó que la odisea de encontrar a su hermano con tan poca información podría prestarse para hallar más decepciones que esperanzas. Sin embargo, comprendió su determinación y no quiso desanimarlo.

—Debe ser difícil no saber qué le pasó realmente —dijo, suavizando el tono.

Roger asintió, y su mirada se endureció aún más, pero no dijo nada. Lily se percató de que con su mano libre giraba la argolla en su dedo de manera inconsciente. Quizás hacía eso para relajarse.

Inspiró profundo y decidió cambiar de tema para aliviar la tensión.

—Bueno, vaquero. Será mejor que nos separemos por unas horas. Continúa con tu búsqueda mientras yo busco a mi yegua. Algo me dice que Rois está por aquí.

Como siempre, él no respondió. Se alejó de ella dejando tras de sí el delicioso aroma del jabón con olor a lavandas. ¿Estaría casado?, se preguntó.

—Imposible, con lo desagradable que es —dijo en voz baja, aunque nadie pudo escucharla.

Lily observó que Roger era objeto de atención de gran parte de la población femenina. Y cómo no, si era guapo a rabiar, pero bastaba que abriera la boca para que de príncipe se convirtiera en sapo.

Mientras paseaba por la feria, Lily notó un área especialmente concurrida. Se acercó y vio un cartel anunciando una competencia de lazo sin montura, con premios tentadores. Sus ojos se iluminaron. «¡Perfecto!», pensó.

Se aproximó y alzó la voz para que todos pudieran escucharla, aunque algunos hombres

la miraron con desdén y algunas mujeres con gestos desaprobatorios.

—Quiero participar. ¿Podría inscribirme, por favor?

—Esto no es lugar para mujeres —dijo uno de ellos con tono despectivo.

Lily sintió el fuego del enojo arder en su pecho, pero antes de que pudiera responder, la tía Flor apareció a su lado.

—¡Déjenla participar si así lo desea! Las mujeres tienen tanto derecho como los hombres a demostrar su habilidad —exclamó la tía Flor con firmeza.

Pero los hombres seguían sin estar convencidos.

—Las mujeres no tienen la fuerza ni la destreza necesaria para esto —argumentó otro—. Deberías presentarte en algún concurso de tartas o de artesanía. Seguro que con lo frágil que eres, uno de los becerros te llevará volando.

Las risas de algunos hombres resonaron en el aire, pero Lily mantuvo la compostura, aunque su mirada denotaba determinación. Justo cuando la discusión parecía llegar a un punto muerto, Lily decidió actuar. Tomó su lazo y lo lanzó con precisión, arrancando el sombrero de uno de los hombres sin siquiera rozarlo. El silencio cayó sobre la multitud mientras todos observaban con asombro. Sin perder tiempo, Lily repitió la hazaña dos veces más, arrancando los sombreros de otros dos vaqueros con movimientos fluidos y precisos.

Los hombres, enmudecidos por la impresionante demostración de habilidad con el lazo, finalmente accedieron a dejarla participar, aunque a regañadientes.

—Quitar sombreros no es lo mismo que atrapar becerros —dijo uno de ellos, aunque su voz había perdido fuerza y determinación.

—Pruébame —lo desafió.

El sujeto suspiró frustrado y se inclinó sobre el papel.

—Nombre y apellido.

—Lily Macleod —respondió con una sonrisa de satisfacción.

A medida que la competición avanzaba, Lily deslumbró a la multitud con su destreza con el lazo, superando a sus competidores uno por uno. Finalmente, se coronó como campeona, ganándose el respeto y la admiración de todos los presentes, incluido Roger que observaba desde la distancia con asombro, aunque ella nunca se percató de eso.

Roger quedó atónito al presenciar la habilidad de Lily con el lazo. La forma en que manejaba la cuerda era impresionante, como si el implemento fuera una extensión de ella misma, pero lo que más le sorprendió fue la determinación que mostraba al enfrentarse a los hombres que cuestionaban su participación en la competencia. Estuvo a punto de intervenir para defenderla, pero se contuvo al notar que su tía se aproximaba para mediar en la situación. Al menos, uno de los dos regresaba contento a la posada. Él, por su parte, no había conseguido saber nada acerca del paradero de su hermano. De la yegua de Lily tampoco había rastro, pero eso no impidió que la chica sonriera complacida a su lado en la carreta.

Sumido en sus propios pensamientos, Roger condujo hasta la posada, ansioso por encontrarse a solas un momento para silenciar el ruido interior que lo atormentaba. Estaba convencido de que haber emprendido el viaje para buscar a su hermano podría ayudarlo a abandonar esa permanente sensación de amargura que lo acompañaba a todas partes desde que su Helen había muerto. Sin embargo, solo había cambiado el escenario, ya que por dentro seguía sintiéndose igual.

Una vez llegaron, Lily brincó de su asiento y abrazó su trofeo como si fuera de incalculable valor. Luego lo miró a los ojos, y Roger halló en los suyos un brillo desafiante.

—¿No vas a felicitarme? —lo instó—. Llevo rato esperando que preguntes o digas algo, pero nada de nada.

—Lo que hiciste fue arriesgado. Te pusiste en peligro innecesariamente —le reprochó, aunque en el fondo reconoció en su interior una pizca de admiración hacia ella.

—Para mí, usar el lazo es un juego de niños.

—Lo digo por enfrentarte a esos hombres.

—Puedo defenderme sola. Nunca tuve miedo de ellos.

—¿Qué querías demostrar participando en eso? —preguntó dando un paso hacia ella, aunque de inmediato se arrepintió, ya que se sintió extraño, y de pronto tuvo la necesidad de alejarse de su lado.

—Soy competitiva —reconoció con naturalidad—. ¿Participarás en el rodeo?

Roger frunció el ceño, intentando seguirle el ritmo.

—No cambies de tema.

—No lo estoy cambiando. Intento explicarte —dijo ella—. ¿Lo harás?

—Sí —admitió.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? —repitió elevando una ceja. Ella alzó el mentón, esperando una respuesta por su parte—. Participaré porque soy bueno en eso, y porque si gano, el dinero no nos vendrá nada mal para llegar a Waco.

—Bueno. Yo también soy buena en esto —dijo levantando el trofeo—, y si gano, obtengo no solo un premio, sino también respeto.

Roger le sostuvo la mirada y se sorprendió de su determinación. ¿De dónde había salido esta mujer? ¿Y por qué había abandonado su circo? Por primera vez, en mucho tiempo, sintió curiosidad por saber algo más de su vida.

—¿Por qué abandonaste tu circo, poniendo en peligro a tu hermano en el proceso?

Lily lo miró con dureza, aunque vislumbró una grieta de vulnerabilidad en sus ojos.

—Era quedarnos o morir.

Roger abrió la boca para replicar, pero las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta mientras la veía alejarse con paso decidido, dejándolo solo con su asombro y sus preguntas sin respuestas.



15. La pesadilla de Roger

Durante la noche, Lily observaba absorta cómo Roger limpiaba y curaba la herida del tobillo de Dean. Aunque su rostro permanecía impasible, abstraído en sus propios pensamientos, ejecutaba la tarea con esmero y cuidado, intentando incomodar lo menos posible al niño. A Lily su dedicación le conmovió y afectó en partes iguales, aunque no sabía cómo describir la sensación que le abrazaba el corazón.

—¿Quién te ha preparado esa medicina? —preguntó, con el único fin de conocer si era un hombre casado o comprometido.

—Mi cuñada Rose, la esposa de mi hermano Jake.

—¿Tienes más hermanos? —Lily siguió sondeando.

—No. Solo somos tres —respondió él, concentrado en la herida de Dean.

Lily hizo una pausa, pensando en cómo obtener más información sobre Roger sin parecer demasiado interesada.

—¿Y tú? —dijo finalmente, intentando sonar casual—. ¿Tienes a alguien que te espere en casa?

Roger levantó la mirada, quizás sorprendido por la pregunta, aunque no tuvo claro que si lo que percibió en sus ojos era recelo o dolor.

—No —respondió con firmeza—. No tengo a nadie esperando por mí.

Roger cubrió con la ropa de cama a Dean, y luego se desvistió, quedando solo en calzoncillos. Lily fue incapaz de despegar los ojos de su espalda. Saber que a ese hombre no le esperaba nadie en casa la hizo sentir un ligero alivio y, al mismo tiempo, una extraña sensación de desconcierto. ¿Por qué le importaba? Se reprendió en silencio, sin poder apartar sus pensamientos del anillo que él llevaba en su dedo.

Como una manera de apaciguar sus emociones, decidió seguir indagando.

—Debe ser difícil estar siempre en movimiento, sin un lugar fijo al que llamar hogar —comentó, buscando entender más sobre él.

—Mi hogar está en Dallas, junto a mi madre y hermanos.

—¿Y tu padre? —se atrevió a preguntar.

—Muerto. Y ahora, deja de hacer preguntas y duerme —sentenció con impaciencia, poniendo fin a la conversación.

Ella supo que había llegado el momento de callar. Aprovechando que Roger le daba la espalda, se desvistió y se puso la camisa que él le había prestado por la mañana. Luego, se recostó junto a su hermano en la cama grande mientras intentaba imaginar cómo Roger iba a acomodarse en ese camastro tan pequeño.

—El circo es lo único que conozco como hogar —susurró Lily más para sí que para que Roger la escuchara.

Luego de eso, se durmió.

El corazón de Lily se apretó al escuchar los sollozos que brotaban de la oscuridad de la habitación. Con movimientos cautelosos, se incorporó en la cama, tratando de acostumbrar sus ojos a la penumbra. A medida que se ajustaba a la escasa luz, pudo distinguir la figura de Roger retorciéndose entre las sábanas, atrapado en las garras de una pesadilla. Los sollozos eran casi silenciosos, pero inquietantes, que hablaban de una tristeza profunda y desgarradora, llenándola de una angustia palpable. Eran lamentos cargados de dolor, como si cada uno fuera el reflejo de un sufrimiento profundo.

Lily sintió un nudo en la garganta al escucharlos, y su instinto la impulsó a acercarse a Roger, a intentar calmarlo, aunque no sabía si podría hacerlo. Se preguntó si sería por causa de la guerra, o tal vez había algo más. Con pasos suaves, se aproximó a la cama y posó una mano en su hombro, sintiendo el temblor de su cuerpo bajo sus dedos. Los sollozos persistían, llenando la habitación con su triste melodía. Lily deseó poder aliviar su sufrimiento, deseó poder borrar las pesadillas que atormentaban su descanso. Entonces, en un gesto impulsivo, lo rodeó con sus brazos, ofreciéndole el calor y la calma que tanto necesitaba en ese momento de desesperación.

—Tranquilo, estás a salvo —le susurró mientras con su mano le acariciaba el rostro para calmar su tormento.

La barba de tres días le hizo cosquillas en la palma, lo que le agradó. Ella nunca había acariciado a un hombre de esa manera. Tampoco había estado antes en una situación así.

—Helen —susurró él con la voz rota por el dolor.

—¡Roger, despierta! —urgió Lily, dándole pequeñas palmadas en el rostro al notar que la pesadilla se estaba tornando agónica.

De repente, Roger abrió los ojos de golpe con una violencia que la sorprendió y, sumido en la oscuridad, atrapó su rostro con un movimiento rápido que la hizo gritar de miedo. Aunque su agarre fue firme, no llegó a lastimarla. A través de la penumbra, Roger la observó con una intensidad desgarradora, como si esperara encontrar en su rostro la respuesta a la angustia que lo había atormentado en sueños. Sin embargo, ella notó el reconocimiento y la desilusión en su

mirada, quizás decepcionado por no hallar lo que buscaba, y soltó su rostro como si se hubiese quemado, para luego cubrir sus propios ojos con el antebrazo.

Lily, aún con el corazón latiéndole a mil, tragó saliva e intentó explicarse mientras no dejaba de pensar en quién sería Helen y por qué Roger la llamaba con tanta angustia.

—Lo siento —se disculpó él de repente—. Tengo pesadillas a menudo. ¿Te desperté?

—No —mintió, incapaz de poder ordenar las ideas en su cabeza. El haber sentido su rostro tan cerca del suyo, y los dedos presionando con tantas ansias sus mejillas la dejaron algo conmovida—. Tengo problemas para conciliar el sueño desde que abandoné el circo.

Lily volvió a su lecho y posó con suavidad la mano sobre la frente de Dean. El alivio la inundó al comprobar que la fiebre había remitido. Dean dormía ahora en calma y con su respiración acompasada.

Se recostó a su lado, aún sintiendo hormiguarle el rostro por el contacto de las manos de Roger en su piel, como si con eso la hubiese marcado. Su corazón latía a gran velocidad y en su mente no dejaban de revolotear pensamientos que intentaba poner en orden.

Cerró los ojos y lo escuchó suspirar, preguntándose cómo podría regalarle un instante de felicidad para aliviar la amargura que evidentemente llevaba consigo.

A los pocos minutos, Roger cayó en un sueño profundo, pero inquieto. En varias oportunidades lo escuchó llamar a una mujer: «Helen», la misma que había mencionado antes cuando ella lo despertó. Lily se mantuvo atenta a escuchar cada frase dicha por él en la inconsciencia, con el único fin de comprender un poco más a ese hombre que parecía haberse adueñado de una parte de sus pensamientos. ¿Quién sería esa mujer? ¿Y por qué él parecía tan obsesionado con ella? No tenía respuestas para esas preguntas que insistían en merodear por su cabeza y que le impidieron dormir. La mañana llegó antes de lo deseado, trayendo consigo el bullicio propio de los festejos de la feria local en aquel pueblo perdido.

Dean despertó sin fiebre y con el pie notoriamente menos hinchado que el día anterior. Lily se sorprendió por lo efectiva que había sido la medicina que Roger le aplicó en la herida. El semblante de su hermano también lucía mucho mejor, como si no hubiera estado al borde de la muerte tan solo unas horas antes.

—¿Cómo te sientes? —quiso saber ella mientras le tocaba la frente para cerciorarse de que no tenía fiebre.

—Bien. Ya casi no me duele el pie y tengo mucha hambre. —El corazón de Lily saltó emocionado dentro de su pecho al escucharlo—. Quiero ir al baño.

—¿Estás seguro, Dean?

—Me siento bien —respondió este mientras se levantaba y caminaba con una leve cojera hasta el cuarto de baño.

Roger se incorporó en la incómoda cama y se estiró, dándole la espalda. Lily no pudo evitar observar su cuerpo, que parecía esculpido por un artista. Era evidente que trabajaba al sol con el torso desnudo, ya que su piel había adquirido un tono dorado que hacía resplandecer los vellos rubios de sus brazos y su pecho. Después, se vistió sin siquiera mirarla.

De repente, Lily sintió que el rubor le inundaba las mejillas y se reprendió por tener esas reacciones tan absurdas frente a él. ¿Por qué le afectaba tanto ese hombre? «Pues, ¿por qué va a ser, tonta? Si es tremendamente atractivo», se recriminó entornando los ojos.

—Qué tienes —dijo Roger, sobresaltándola.

—Nada, ¿por qué? —se extrañó, llevándose las manos a la cabeza para revisar el aspecto de su cabello.

Casi sintió deseos de llorar al percatarse de la visión desastrosa que debía ofrecer, con la

maraña de rizos desordenados que coronaban su cabeza. Roger, en cambio, parecía fresco como un vegetal recién cortado de la huerta, a pesar de haber dormido mal durante la noche.

—Acabas de entornar los ojos —se explicó él.

«Qué vergüenza», se dijo en silencio.

—No es nada, tonterías mías. No me hagas caso —dijo para esconder su azoro.

Roger se encogió de hombros y comenzó a ordenar su cama. A Lily le sorprendió que fuese tan doméstico. Por lo general, los hombres que ella conocía, incluido su padre y su amigo Owen, solían dejar todo tirado, para que luego alguien más se encargara de recoger sus cosas y ponerlas en su sitio. Ver a un hombre como él comportarse así le agradó.

Dean entró en la habitación y se sentó en la cama. Sin mediar palabra, Roger terminó de ordenar sus cosas y luego procedió a limpiar la herida de su hermano, quien ni siquiera se quejó.

—Va muy bien —le dijo mientras asentía satisfecho—. ¿Te duele?

—No tanto como ayer —respondió su hermano.

—Roger —lo llamó Lily y esperó a que él la mirara para continuar hablando—. Necesito tu caballo para competir hoy en *trick riding*.

—¡Qué! ¿Estás loca? —gritó sobresaltado—. ¿Además, por qué quieres hacer eso? ¡Es peligroso!

—Porque necesito el dinero para llegar a Waco. Cuando me robaron la yegua, se llevaron todos mis ahorros —se explicó, determinada a convencerlo—. Además, no es riesgoso para mí. Crecí en un circo, ¿recuerdas? Soy experta en volteo sobre el caballo. La única diferencia es que el animal irá libre, y no atado a una cuerda.

Roger la miró en silencio como si estuviera intentando descifrarla. Había en sus ojos una pizca de desconcierto y algo más que no supo comprender, pero se sintió tentada de explicarse mejor.

—Roger. Quiero hacerlo.

—No —se negó.

—¿Por qué no?

—Porque te matarás. He tardado años para que Kaiser se acostumbre a mí, ¿y tú crees que lo conseguirás en un par de horas?

—Sí, si tú y mi hermano me ayudan.

—¿Qué tiene que ver Dean en esto?

—Ya te dije. Él tiene un don con los animales, en especial con los caballos. Puede susurrarle y el animal hará lo que le diga.

—Eso no será suficiente. No lo permitiré. —Roger tomó su sombrero y se lo puso sobre la cabeza. Después, caminó hacia la puerta y la abrió.

En un intento desesperado, Lily le gritó:

—¡Te daré lo que me pidas si accedes!

Roger se giró y la miró con tanta intensidad que su corazón se saltó un latido por su imprudencia.

—¿Y si te pido un beso, hada del bosque?

—¡Ja! El día que llueva te daré un beso, vaquero. Sigue soñando —espetó, ocultando el rubor de sus mejillas al darle la espalda.

Roger se contuvo de sonreír, y cerró la puerta tras de sí, dejándola con el corazón acelerado y la mente llena de preguntas y dudas sobre el verdadero significado de aquellas palabras.



16. Admiración

El sol despiadado de Texas no tenía intenciones de dejarse cubrir por ninguna nube durante esa primavera. La sequía parecía haberse adueñado del paisaje, con la tierra agrietada y la vegetación sometida bajo el inclemente calor. Las sombras eran escasas y cada respiro traía consigo polvo y sequedad.

Lily se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano y decidió aprovechar la ausencia de Roger para acercarse a su caballo. La oportunidad de estar sola con Dean y Kaiser era un lujo que no pensaba desperdiciar. Con una sonrisa decidida, se giró hacia Dean, cuyo semblante ya no reflejaba ni una pizca del veneno de la víbora circulando por su cuerpo.

—Vamos, Dean. Es hora de ver si Kaiser se presta a colaborar.

—Roger se va a enojar si montas su caballo sin permiso —le advirtió Dean.

—No me ha dejado otra opción —se excusó mientras se detenía a una distancia prudencial de Kaiser.

El pelaje del animal parecía más negro y brillante que nunca, y levantó la cabeza al escuchar sus pasos, dejando en evidencia su inquietud.

—Hola, Kaiser —saludó Lily con suavidad, intentando calmar al animal.

Kaiser, sin embargo, no parecía dispuesto a cooperar. Agitaba la cabeza y pisoteaba el suelo, nervioso ante la presencia de Lily. Ella suspiró, sabiendo que necesitaría un enfoque

diferente.

—Está bien, chico, está bien —murmuró con las manos al frente y retrocediendo dos pasos—. No te haré daño.

Lily comprendió que montar a Kaiser sería mucho más difícil de lo que había pensado, ya que el caballo no estaba dispuesto a colaborar. Cada vez que intentaba acercarse, Kaiser retrocedía mirándola con desconfianza.

Dean, observando la escena, decidió intervenir. Se acercó al caballo con una calma sorprendente y le habló en voz baja.

—Kaiser, tranquilo, amigo. No vamos a hacerte daño. —Dean extendió una mano hacia el caballo, quien de inmediato comenzó a calmarse.

Lily observó a su hermano con admiración. Dean siempre se vinculaba con los animales de una manera que pocas veces ella había visto. A pesar de su corta edad, su voz suave y sus movimientos tranquilos parecían tener un efecto hipnótico en ellos.

Finalmente, el caballo dejó de moverse y permitió que Dean se acercara más.

—Buen chico, Kaiser. Buen chico —repitió Dean, acariciando su pelaje.

Dean logró tranquilizar al caballo con su voz suave y melodiosa, manteniéndolo bajo el hechizo de sus palabras. Poco a poco, Kaiser encontró la calma y confió en la mano que lo acariciaba, una mano que, con la dulzura propia de la inocencia de sus cortos años, le transmitía una inmensa serenidad.

—Sube, Lily. Él está bien —le indicó su hermano sin dejar de acariciarle la frente al animal.

Lily aprovechó el momento y se acercó cautelosa. Luego, con un impulso suave, se montó sobre su lomo. El caballo resopló, pero no mostró más signos de resistencia. Una vez arriba, Lily sintió una oleada de confianza, ajustó su posición y comenzó a dar pequeños pasos en círculo mientras Dean guardaba las distancias y le hablaba en todo momento, como una manera de mantener viva la conexión entre ellos.

—Mantente cerca, Dean. Necesitaré que le sigas hablando, que sepa que estás cerca —dijo Lily, dirigiéndole una sonrisa de satisfacción a su hermano.

Dean asintió, observando con atención cada movimiento de su hermana. Con la calidez del sol sobre su piel y el aliento tranquilo de Kaiser bajo ella, Lily comenzó a realizar las acrobacias que requerían de movimientos más delicados para no asustar al animal. Sus giros eran fluidos y gráciles, y Kaiser parecía haberse acostumbrado a cargar con su ligero peso sobre su lomo. A medida que ella avanzaba con sus acrobacias, incorporando ejercicios de mayor dificultad, Kaiser parecía más relajado, como si finalmente aceptara la presencia de Lily sobre su cuerpo. Dean, en tanto, la miraba con admiración, consciente de que su hermana estaba logrando algo extraordinario.

Cuando Lily consideró que ya había practicado lo suficiente, se detuvo y descendió de Kaiser, no sin antes acariciarle las orejas con afecto.

—Bien hecho, amigo. Eres todo un artista —lo felicitó y lo devolvió al establo, convencida de que se desempeñarían bien juntos durante la competencia.

—¿Lily? —preguntó Dean cuando iban de vuelta a la posada—. ¿Cómo harás para que Roger te preste su caballo por la tarde?

Lily sonrió con algo de malicia y le destinó una mirada cómplice.

—Lo tomaré prestado sin su permiso.

—Se enojará.

—Ni siquiera se dará cuenta —lo tranquilizó con un gesto de la mano—. Está

preocupado de otras cosas, averiguando sobre su hermano perdido. No te preocupes, que todo saldrá bien. —El niño asintió, confiando a ciegas en sus palabras.

Lily sonrió y decidió hablar con la tía Flor. Quizás ella aún conservara algún vestuario de su época como artista del circo que fuese apropiado para utilizar en la competición.

Roger caminaba entre la bulliciosa multitud, agobiado por la falta de noticias sobre su hermano Bruce. Lily le había sugerido que fuera solo a la feria, ya que ella no se sentía demasiado bien como para acompañarlo. Cansado de escuchar negativas y falsas esperanzas acerca del paradero de Bruce, decidió dar un paseo por el lugar en busca de distracción. Mientras vagaba entre los diferentes puestos, sus ojos se posaron en el ruedo donde se llevaba a cabo una competencia de *trick riding*, y recordó la discusión que había tenido con Lily respecto a su posible participación montando a Kaiser. El hada del bosque era demasiado ilusa si pensaba que un caballo como el suyo le permitiría realizar acrobacias sobre su lomo.

Roger observó a los jinetes realizando unos giros impresionantes sobre los caballos, desafiando la gravedad con aquellos complejos saltos en el aire. Casi rio al imaginar a Lily encima de Kaiser realizando algo así. Su caballo la habría lanzado lejos antes de permitirle semejante rutina sobre su lomo.

Se detuvo un momento para observar el espectáculo, decidido a tomarse un descanso. Se ubicó en un lugar estratégico donde pudiera tener una vista clara del ruedo y se arremangó la camisa para combatir el calor. Fue entonces que sintió su corazón detenerse debido a la conmoción.

—Pero ¡qué demonios! —exclamó cuando divisó a Dean llevar a Kaiser desde las riendas hacia la zona de partida, y sobre su lomo, Lily figuraba como si fuese una aparición.

Su atuendo ceñido realzaba la gracia de su figura, delineando sus contornos con una elegancia que no evidenciaba curvas pronunciadas. En lugar de ello, su porte denotaba firmeza y distinción, una presencia que irradiaba seguridad y feminidad en cada paso que daba.

—¡Está loca! —gritó incorporándose y corriendo entre la gente, intentando llegar hasta ella, aunque sabía que eso sería imposible—. ¡Si no se mata por su estupidez, la mataré yo mismo! —exclamó desesperado.

El animador la presentó como *Lady Lily*, y Roger se detuvo con el corazón en un puño cuando vio galopar a Kaiser en pequeños círculos mientras Dean tomaba distancias. Lily se alzó sobre Kaiser con una gracia sin igual, y luego ejecutó giros y piruetas sobre el caballo, desafiando la gravedad con su natural elegancia. Cada acrobacia parecía una obra de arte en movimiento. Roger, al observarla con semblante atónito, se preguntó que cómo era posible que un cuerpo se contorsionara de esa manera sin romperse. La audiencia parecía hipnotizada por la armonía de sus movimientos, al igual que él, cuya habilidad solo le causaba estupor y admiración. Se preguntó que cómo demonios habían conseguido someter a Kaiser a su voluntad. Él se había tardado años en lograrlo.

—Dean —se respondió en voz alta cuando observó que su hermano parecía hablarle al caballo en todo momento.

Cuando concluyó su rutina, el estruendoso aplauso del público perturbó a Kaiser, quien dio un brinco inesperado que pilló desprevenida a su jinete, haciéndola volar por los aires.

—¡Lily! —gritó, corriendo desesperado por hacerse espacio entre la multitud.

Por un momento, pensó que se mataría, pero la chica se había dado un porrazo incluso con elegancia, como si caerse del caballo fuese parte del espectáculo. Cuando se cercioró de que se encontraba bien, ingresó a la pista y la tomó en brazos, controlando la ira que de pronto se

apoderó de todo su ser.

—¿Roger? —preguntó extrañada de verlo allí—. Bárame, estoy bien.

—¿Se puede saber en qué demonios estabas pensando? —le gritó, dominado por el miedo y la frustración.



17. Malas pulgas

Roger cargó con Lily hasta alejarse de la zona de competencia, sintiendo que la rabia que estaba conteniendo dentro se le escapaba sin control. Las imágenes de ella saliendo despedida de la montura le causaron una conmoción incapaz de explicar, pensando en todo momento en que se iba a lastimar de gravedad. Pero al levantarla del suelo y observar que ella no daba muestras de dolor y parecía encontrarse bien, toda la preocupación se convirtió en ira.

Una vez comprobó que ya nadie les prestaba atención, la bajó y, con voz temblorosa por la furia, le espetó:

—¿Se puede saber en qué demonios estabas pensando? ¡Podrías haberte matado! —gritó mientras ella lo miraba desafiante.

—Sabía lo que estaba haciendo. Tenía todo bajo control.

—¡¿Bajo control?! —replicó él, alzando la voz—. ¡Montaste a Kaiser sin mi permiso y casi te matas frente a toda esa gente!

—Porque sabía que podía hacerlo —respondió Lily, tratando de mantener la calma—. Y lo logré, ¿no es así? La audiencia estaba encantada.

—¡Eso no justifica el riesgo! —Roger estaba casi gritando ahora.

—¡Necesitamos el dinero!

—¡Y una mierda el dinero! —bufó, dándole la espalda de manera intencional, ya que, si

continuaba mirándola a los ojos, ella podría percibir el miedo que lo recorrió cuando la observó salir despedida por los aires.

Roger se llevó una mano a la cadera, y la otra se la pasó por el mentón sin afeitarse, a la vez que intentaba regular su respiración para sosegarla. Pensó en Helen, en su padre y en su hermano Bruce, y supo en ese instante que no era capaz de perder a nadie más, porque en su corazón aún sangraban las heridas por sus ausencias. Los ojos se le llenaron de lágrimas y un nudo doloroso se le alojó en el esternón, pero ella no podía verlo, ya que le daba la espalda.

De repente, sintió que Lily lo abrazaba por detrás, y que apoyaba la frente en su cuerpo. Aquel gesto lo pilló por completo desprevenido.

—Lo siento, Roger —se disculpó, consiguiendo que su corazón, cuyos latidos se agitaban desaforados en el pecho debido a la ira, se apaciguara con la calidez de sus palabras—. No quería preocuparte.

Roger dejó de pensar. Las pequeñas manos que lo envolvían y transmitían su calidez a través de su abdomen tuvieron un efecto desconcertante en él. Sintió cómo su furia y preocupación se disipaban con lentitud, reemplazadas por una extraña sensación de consuelo y tranquilidad. El contacto físico con Lily era reconfortante, y lo que sintió fue del todo inesperado. El calor que emanaba de sus manos parecía calmar la tormenta interna que había estado rugiendo dentro de su pecho y su cabeza.

Lily rompió el contacto y se alejó de él, dejándolo con una sensación de vacío, como si hubiese perdido algo de gran valor. Se giró hacia ella, se encontró con sus ojos y vio en ellos su vulnerabilidad y arrepentimiento, como si de pronto se diera cuenta de lo irresponsable que había sido al tomar a Kaiser. Detrás, Dean los observaba junto a su caballo, quien permanecía sereno a su lado.

—¿Podrías explicarme cómo rayos consiguieron que Kaiser se sometiera a ustedes? —preguntó, escondiendo sus emociones e intentando sonar más tranquilo.

—Fue Dean —se explicó cautelosa—. No sé cómo lo hace, pero Kaiser confía en él. Solo aproveché esa confianza para la competencia.

Roger frunció el ceño, controlando su malhumor. Aún se sentía alterado por lo acontecido, pero hizo a un lado su malestar y miró a Dean con renovada atención. El niño, a pesar de su corta edad, parecía poseer una sabiduría y un don inusual con los animales, que incluso era capaz de someter a su propio caballo, el animal más arisco y hosco que él había conocido.

—¿Puedes comunicarte con él, Dean?

—Sí —reconoció asintiendo.

—¿Kaiser puede hablarte?

—No.

—¿Y cómo consigues entenderlo entonces?

—Siento lo que él siente —se explicó mientras le acariciaba el costado—. Kaiser me escuchó y supo que no íbamos a hacerle daño.

Roger asintió con lentitud, dejando que las palabras de Dean se asentaran en su cabeza. Su ira se disipó, reemplazada por una mezcla de asombro y respeto por el joven y su habilidad. Después, se acercó a Kaiser y le acarició el hocico, para luego cogerlo por las riendas y marcharse.

—¿Te vas? —quiso saber Lily.

—Tengo un asunto que atender —respondió haciendo un gesto de despedida con el sombrero y montándose con agilidad sobre su caballo.

No era cierto. Lo que en verdad necesitaba era estar solo, huir de ella y de todo aquello que estaba experimentando por dentro. Todavía podía percibir la sensación de calidez sobre su cuerpo cuando ella lo abrazó por la espalda, pillándolo por completo desprevenido. «Te faltan abrazos», recordó que le había dicho. Tal vez era cierto. Luego sacudió esa estúpida idea de su cabeza y se convenció de que lo que realmente necesitaba era estar con una mujer. Tendría que poner remedio a eso lo antes posible. Quizás, así apaciguaría la tempestad en que se había convertido su temperamento.

—¡Vamos, amigo! —azuzó a Kaiser, buscando refugio en algún sitio solitario cercano.

A medida que Roger se adentraba en el bullicioso baile de la feria local, se percataba de que el pueblo entero parecía haberse congregado allí. La música y las risas reflejaban el animado ambiente que se vivía en la pequeña localidad. Sabía que Dean se había quedado en la posada bajo los cuidados de Molly, y que Lily ya se encontraba allí, acompañada por su tía Flor. Sin embargo, no la había visto desde el incidente de la tarde. Aunque una parte de él anhelaba encontrarla y asegurarse de que estaba bien, otra parte se resistía a interesarse demasiado. Había tomado la decisión de mantenerse alejado de ella, como una forma de dar espacio a sus pensamientos y poner en orden sus ideas. A pesar de ello, no podía evitar buscarla entre la multitud. El lugar rebosaba de gente y aún no la divisaba por ninguna parte, lo que lo dejaba inquieto. No obstante, tampoco pasaron desapercibidas las miradas coquetas que algunas jóvenes le lanzaban, lo que le hizo considerar la posibilidad de pasar el rato con alguna de ellas. Estaba convencido de que tal vez así podría mejorar el malhumor que lo acompañaba desde que había conocido al hada del bosque.

Con esa idea en mente, Roger avanzó hasta una joven que le sonreía con descaro, y que se encontraba apartada en un rincón.

—No eres de por aquí, ¿verdad? —le dijo la morena batiéndole las pestañas y balanceando su cuerpo de un pie al otro.

—No. Estoy de paso —le respondió invadiendo su espacio personal. Ella no se alejó. Se limitó a sonreír con coquetería—. ¿Bailas?

—Esperaba que me lo pidieras —dijo la chica colgándose de su cuello y dejándose conducir, aunque no se dirigieron a la pista, sino que se limitaron a balancearse en el mismo rincón donde estaban, sumidos en un entorno más íntimo y carente de iluminación.

La besó, y la muchacha lo aceptó sin rechistar. Sin embargo, mientras sus labios se encontraban en un apasionado beso con la desconocida, Roger no pudo evitar que su mente divagara hacia Lily. Abrió los ojos sin dejar de besar a la chica y la divisó sonriente mientras bailaba con Jim, el ahijado de su tía, una danza animada tomados de las manos. Frunció el ceño y se obligó a cerrar los ojos para centrarse en la mujer que estaba entre sus brazos, pero la visión de Lily lo perturbó y volvió a centrar su atención en ella. Su vestido era de color verde y resaltaba sus ojos y su tez, haciéndola parecer un ser encantado, como un hada. Roger pensó que el apodo que le había dado le iba muy bien. Llevaba el pelo recogido en un moño alto, dejando en caída libre una serie de risos rojos que le otorgaban un aspecto encantador y vivaz. Su figura espigada no hacía más que resaltar su elegancia y sus cuidadosas curvas, atrayendo miradas de admiración a su paso. Jim la miraba aturdido, a punto de babear, como si fuese una aparición.

—¿Pasa algo? —le preguntó la morena, tomándole el rostro para captar su atención.

—No es nada. ¿En qué estábamos? —la tranquilizó y luego se apoderó de su boca otra vez.

Sin embargo, Lily lo distraía, y más viendo cómo el niño ese invadía su espacio

personal con más confianza de la que debía. ¿La iba a besar?

Roger se separó de la mujer con brusquedad, sintiendo una oleada de incomodidad que le invadió de repente, y se hizo espacio entre la multitud, ansioso por llegar donde se encontraba Lily junto a Jim.

—Es mi turno —le dijo al muchacho, casi arrebatándole a Lily de los brazos.

—¡Hey! —se quejó el joven—. ¡Todavía no termina la canción!

—Piérdete, Jim —espetó, perforándolo con la mirada.

El chico lo observó con irritación, pero no dijo nada, probablemente intimidado por su envergadura. Se limitó a dar dos pasos atrás antes de desaparecer entre la gente.

—¿Se puede saber qué te pasa con Jim? —lo increpó ella, molesta.

—Te estaba molestando.

—¡No es cierto! —se quejó.

—Estaba invadiendo tu espacio personal. No deberías permitir que se tome tantas confianzas.

Lily lo miró con incredulidad, notando que las chispas de su irritación parecían saltar desde sus ojos. Roger se dio cuenta de que varias personas estaban centrando su atención en ellos, incluida la morena a la que había besado antes y que ahora lo fulminaba con la mirada. Hizo caso omiso de ella y tomó a Lily por la muñeca, llevándola fuera del recinto, con el único fin de tener algo más de intimidad.

—Roger, ¿se puede saber qué es lo que pasa contigo? —exigió saber Lily cuando se detuvieron, elevando el rostro hacia el suyo.

La noche no le permitía ver con claridad sus facciones, pero los destellos de las luces de los alrededores le permitían vislumbrar su silueta alta y delicada, y unas profundas ganas de besarla se apoderaron de él. Sin embargo, se abstuvo de hacerlo.

Carraspeó antes de explicarse, aunque ni el mismo les encontraba sentido a sus acciones.

—Jim se estaba tomando muchas libertades contigo. Estuvo a punto de besarte frente a todas estas personas.

Lily frunció el ceño, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Y qué tiene eso de malo? Jim es mi amigo y no veo por qué debería preocuparte a ti.

Roger sintió cómo la irritación crecía dentro de él, pero se esforzó por mantener la calma.

—No es adecuado, Lily. La gente habla y no quiero que se formen ideas equivocadas sobre ti.

—¿Desde cuándo te importa lo que piense la gente? —replicó Lily, clavando su mirada en él—. Además, no tengo que justificarme ante ti ni ante nadie. Si quiero bailar con Jim, lo haré.

Roger apretó los dientes, luchando contra la oleada de celos que amenazaba con desbordarlo.

—No se trata de eso, se trata de respeto, y ese niño se estaba sobrepasando contigo —espetó, molesto.

—¿Respeto? —se burló Lily—. Tú estabas besando a una chica hace un momento sin siquiera conocerla. ¿A eso le llamas respeto?

Roger sintió un golpe de culpa, pero se negó a admitirlo.

—No es lo mismo.

—¿Por qué? —quiso saber ella, alzando más el mentón.

Roger, motivado por un impulso incierto que no supo de dónde surgió, tomó su rostro con ambas manos y la besó en los labios, como si no soportara estar un segundo más sin

probarla. Fue solo un encuentro de labios, un beso superficial, pero que escondía un profundo deseo por internarse dentro de su boca para apaciguar la tormenta interior que llevaba tiempo desatada dentro de él. El quejido de Lily lo devolvió de golpe a la realidad.

La soltó como si quemara y encontró en sus ojos vestigios de sorpresa y de algo más que no supo identificar. La tensión entre ellos era palpable, pero antes de que Roger pudiera disculparse por lo que había hecho, Jim se acercó, interrumpiendo el momento.

—Lily, ¿todo bien?

Lily asintió, dándole una sonrisa tranquilizadora a Jim.

—Sí, todo está bien. Solo estábamos teniendo una pequeña charla —le explicó con la voz temblorosa.

Jim lanzó una mirada desconfiada a Roger y luego le ofreció el brazo a Lily.

—Ven, volvamos al baile. —Ella asintió y se alejó de su lado, dejándolo con una extraña sensación de vacío en el pecho.

Roger no comprendía lo que acababa de suceder. Una fuerza inexplicable se había apoderado de él, llevándolo a actuar de manera impulsiva. Algo profundo y desconocido lo había empujado a actuar como un desquiciado, y ahora se encontraba atrapado en un sinfín de emociones que le impedían pensar con claridad y que no sabía cómo gestionar. Necesitaba encontrar una manera de lidiar con estos sentimientos, de entender lo que le estaba ocurriendo. Solo esperaba poder hallar pronto las respuestas que le devolvieran la paz que tanto anhelaba.



18. Caos emocional

Aquella noche, después del inesperado beso de Roger, Lily no logró recuperar el equilibrio ni calmar sus inquietantes pensamientos. Todo su ser se había conmocionado ante esa actitud de posesión que él había mostrado, como si ella le perteneciera.

—¿Te sientes bien, Lily? —le preguntó su tía, tomándole la mano y advirtiéndole su actitud taciturna dentro de la carreta.

—Sí, solo estoy cansada —mintió, ya que su ensimismamiento no tenía nada que ver con el cansancio, sino con sus turbulentos pensamientos, los cuales no sabía cómo apaciguar.

La tía le dio un pequeño apretón afectuoso en la mano y le dijo:

—¿Por qué no te quedas a vivir aquí en el pueblo? Yo podría alojarlos a ti y a tu hermano.

Lily abandonó sus elucubraciones para prestar atención a las palabras de su tía. Lo que le estaba ofreciendo era algo importante, algo que les otorgaría seguridad y estabilidad a ella y a su hermano, y que les permitiría emprender una nueva vida. El panorama que se le presentaba era muy favorecedor. Sin embargo, el impulso por ir a Waco y buscar hacerse una vida allí era mayor. En ese lugar había vivido momentos muy significativos junto a sus padres.

—Gracias, tía, pero debo ir a Waco.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

—Sí —admitió con certeza—. Además, quiero encontrar a mi yegua Rois.

La tía la miró de manera comprensiva y luego fue ella la que asintió, como si confirmara algo que ya sabía en su interior, aunque Lily no comprendía qué podía ser.

—Bueno, si vas a Waco y no encuentras lo que estás buscando, sabes que aquí siempre podrás regresar.

Los ojos de Lily se humedecieron cuando la tía le dio un abrazo. Aquella mujer le hacía pensar en su madre y en lo que había perdido hacía tan poco tiempo. ¿Por qué se iba de allí, si en su tía podría encontrar todo lo que buscaba en otro lugar? No tenía respuestas de peso para esas interrogantes, pero saber que podría regresar si las cosas no salían como ella esperaba, era tranquilizador.

Entró en la habitación y encontró a su hermano dormido y a Molly roncando a su lado. De Roger no había ni rastro.

—Molly, ya puedes irte —le dijo con suavidad, dándole una pequeña sacudida en el hombro para despertarla.

Molly abrió los ojos con lentitud, parpadeando para despejarse. Al darse cuenta de que se había dormido, suspiró con resignación.

—¡Rayos y truenos! —exclamó con aire lastimero mientras se incorporaba—. Estábamos jugando a que el primero que se dormía perdía... y parece que yo perdí.

Lily sonrió, divertida.

—No te preocupes, Molly. Seguro que Dean se durmió antes que tú, y tampoco se dio cuenta —la tranquilizó—. Puedes irte a descansar ahora.

La muchacha se marchó, y a Lily se le borró la sonrisa que tanto le había costado regalarle. La culpa de su estado anímico la tenía Roger con sus aires de macho alfa, y ese beso que, aunque fue fugaz y superficial, la había marcado igual que se marca al ganado, a fuego.

Se dejó caer en la silla junto a la cama de Dean, sintiendo el peso de sus pensamientos y emociones. No podía evitar recordar la intensidad del beso de Roger, la forma en que sus labios habían reclamado los suyos con una mezcla de desesperación y posesión. Ese momento había sido tan breve, apenas un roce de labios, pero había sido suficiente para encender algo dentro de ella, algo que no lograba comprender del todo. Se preguntó si estaría celoso, pero eso le parecía imposible, porque para que alguien pudiera celar a otro, primero debían existir afectos.

El beso la dejó confundida y vulnerable. Además, instantes atrás lo había visto devorarse la boca con otra mujer, y Lily no pudo evitar sentirse incómoda al presenciar ese momento tan íntimo. Pero eso no le sorprendió. Roger era un hombre atractivo, tal vez demasiado para su propia paz mental, y parecía atraer la atención de cualquier mujer que se cruzara en su camino. Seguro que bastaba con que chasqueara los dedos para tener una fila de féminas esperándolo. Lo que a Lily sí la sorprendió, fue que llegara a reclamarla como si ella fuese de su propiedad. Había esperado un encuentro lleno de reproches y tensiones, no una manifestación de deseo tan evidente y avasalladora. La actitud de Roger, con su comportamiento dominante e inexplicable, solo añadía más leña al fuego de sus emociones. ¿Por qué se sentía tan afectada por él, si lo consideraba un bruto antipático? ¿Por qué una parte de ella, a pesar de todo, deseaba volver a sentir ese contacto? No tenía respuestas.

Miró a su hermano, quien dormía envuelto en la tranquilidad, y buscó consuelo en la serenidad de su rostro infantil. Dean era su ancla, su razón para mantenerse firme y seguir adelante. Pero en ese momento, mientras la noche avanzaba y el silencio se hacía más profundo, Lily no pudo evitar sentirse perdida, ya que una tormenta de sentimientos contradictorios la sacudían por dentro, dejándola en un estado de permanente inquietud.

Se puso la camisa que utilizaba como pijamas con intenciones de dormir, pero el recuerdo de los labios de Roger sobre los suyos seguía ardiendo en su mente.

La hora transcurrió con lentitud y Roger no regresó. Lily, aunque aliviada por su ausencia, decidió que necesitaba pedirle explicaciones. Y con ese pensamiento en mente, por fin se quedó dormida.

Lily abrió los ojos debido al ajetreo que se sentía en la habitación. Roger había abandonado el cuarto de baño con el cabello húmedo y con el gesto adusto. Parecía molesto, ya que ni siquiera la miró. Se limitó a vestirse y a emitir pequeños gruñidos, que sonaban como maldiciones en voz baja, lo que le impidió comprender qué era lo que lo tenía tan irritado. Ella observó sus movimientos en silencio y con cautela, como si cualquier cosa que pudiera decir perjudicara aún más su malhumor.

—Levántate, Lily. En veinte minutos nos largamos de aquí —informó mientras tomaba sus cosas y caminaba hacia la puerta.

—¿Nos vamos? —se sobresaltó, incorporándose en la cama—. Pero ¿y el rodeo?

—No puedo perder más tiempo aquí. Tu hermano ya está bien y yo tengo cosas que hacer. ¿Vienes o te vas? Porque yo me largo de aquí, con o sin ustedes —advirtió, mirándola con los ojos enrojecidos.

Lily se preguntó dónde habría pasado la noche. Luego recordó a la morena con la que estaba entreteniéndose antes de besarla a ella, y su ceño se frunció.

—¿Podríamos quedarnos hasta el rodeo? —quiso saber, aunque al mirar sus ojos no necesitó que le diera la respuesta.

—Ya te lo dije. Me marchó en veinte minutos —dijo abriendo la puerta—. Será mejor que se apresuren.

Roger cerró la puerta tras de sí, y Lily se levantó de un respingo, alarmada al darse cuenta de que solo tenía veinte minutos para estar listos con su hermano. ¿Por qué de pronto le había entrado la urgencia por marcharse? Ya lo averiguaría luego.

—Dean, rápido. Debemos irnos —lo apresuró—. Roger se marcha, y si tardamos, no nos esperará.

Dean se levantó somnoliento y se frotó los ojos con las manos. Lily observó que la herida de su tobillo había cicatrizado bien, y que ya no se apreciaba en ella hinchazón ni enrojecimiento, y sintió alivio.

—¿Nos vamos? —preguntó, confundido—. ¿A dónde?

—A Waco.

Quince minutos después, Lily se estaba despidiendo de la tía Flor. El abrazo que compartieron fue prolongado y cálido. La tía Flor, con un suspiro, la miró y le dijo:

—Cuídate mucho, niña. Y cuida de tu hermano. —Lily asintió, agradecida.

—Estaremos bien.

—Este es Arrow, un caballo fuerte y dócil —le dijo, conduciéndola hacia el bebedero de los animales, ubicado cerca de la entrada de la posada.

Dean acarició el lomo del caballo cuyo pelaje rojizo brillaba al sol, con una amplia sonrisa.

—Gracias, tía. Cuando encuentre a Rois, te la devolveré —aseguró mientras ajustaba las riendas.

—Nada de eso. Es un regalo por el afecto y por los buenos recuerdos que viví junto a tus padres, en especial con tu madre.

Lily se conmovió con sus palabras y la abrazó, esforzándose por contener las lágrimas. Mientras tanto, Dean estaba completamente concentrado acariciando al caballo, ajeno a la conversación de las mujeres. Roger, por otro lado, se había despedido de la tía Flor y los observaba desde una distancia prudente sobre Kaiser, fumando un cigarro con gesto arrogante e impaciente. A Lily le molestó su actitud y se aferró a esa emoción para mantener la compostura y no llorar.

Con el sol matutino asomando en el horizonte, se montaron en Arrow, listos para comenzar su viaje. La tía Flor los observó con ojos llenos de preocupación y cariño.

—Adiós, tía. Gracias por todo.

—Cuídate, cariño.

Se alejaron al galope, pasando por el lado de Roger, aunque Lily ni siquiera lo miró, ya que no quería que advirtiera su tristeza, pero escuchó a Kaiser seguirle detrás y supo que ya no había marcha atrás, que tendría que buscarse un destino en otro lugar.

A medida que las horas pasaban y ellos continuaban el viaje bajo el sol abrazador, Lily se dio cuenta de que Roger se había ensimismado al igual que cuando recién lo conoció, como si estuviera inmerso en un mundo de soledad y dolor. Entonces las palabras salieron de su boca sin que pudiera contenerlas.

—¿Quién es Helen?



19. Revelaciones

Era mediodía y Lily ya estaba agotada de cabalgar. El sol ardía implacable sobre sus cabezas, haciendo que cada movimiento fuera un esfuerzo agotador. Mientras avanzaba tras Roger, observando su espalda ancha y erguida desde la montura, su mente divagó hacia la noche en que él había estado inquieto, retorciéndose entre las sábanas y murmurando el nombre de una mujer. Intentando despejar su mente de esos recuerdos incómodos, Lily apretó las riendas con más fuerza y se concentró en seguir avanzando, pero el estado de Roger, tan distante y ensimismado en sus pensamientos, la hizo reflexionar en lo mucho que debía sufrir por esa mujer. No obstante, aunque sentía curiosidad por indagar, también estaba disgustada con él, por lo que no pudo contener el movimiento de sus labios con una frase tan directa y rebosante de antipatía.

—¿Quién es Helen? —Roger se detuvo de improviso al escucharla, y el gesto adusto con el que la miró dejó claro que no le gustaba que ella tuviera esa información.

—No es asunto tuyo.

Lily decidió insistir. Era como si una parte de su mente intentara descifrar los misterios que envolvían a ese hombre, sobre todo desde aquel beso que él le había arrebatado sin darle sin siquiera una explicación.

—¿Es tu novia?

—Déjame en paz, Lily.

—¿Es por ella por lo que vives amargado y te comportas con tanta antipatía, o eso es parte de tu encanto natural? —preguntó con ironía, retomando el galope hasta situarse a su lado—. Vamos, explícame para poder entenderte. Ella te dejó, ¿verdad? Por eso estás siempre enojado, porque no la has olvidado y ella a ti sí.

Roger se detuvo de golpe, se apeó del caballo y luego la hizo bajar del suyo, tomándola del brazo con fuerza, aunque no con la suficiente como para hacerle daño. La arrastró lejos de Dean, y Lily se vio obligada a seguirlo. En ese momento, se dio cuenta de que había cruzado una línea que no debía traspasar y lamentó su imprudencia.

—¿Se puede saber qué es lo que te pasa? —le espetó Roger con brusquedad, irguiéndose en toda su estatura.

A Lily le pareció más amenazante que nunca y sintió que debía disculparse, pero algo la impulsaba a no hacerlo. Una fuerza invisible crecía dentro de ella, haciéndola responder con apatía, como si quisiera lastimarlo, como si deseara responsabilizarlo por su propia bruma emocional.

—Nada. Yo solo quiero entenderte —respondió armándose de valor para enfrentarlo—. Amas a una mujer, pero te besas en frente de todos con una desconocida, y luego me besas a mí sin siquiera explicarte. ¿A qué estás jugando?

—Escúchame bien, *hada del bosque* —expresó con sarcasmo, acortando la distancia de sus cuerpos hasta el punto de que su aliento le acarició los labios con su calor—. Tú no entiendes una mierda.

—Tengo razón, ¿verdad? Si no, no me explico tanta apatía por tu parte. Solo un corazón desgraciado por la infidelidad o el abandono de su amada puede estar tan seco como el tuyo —dijo dominada por una rabia visceral, sin medir las consecuencias de lo que de su boca salía—. Helen te dejó, y...

—¡Está muerta! —gritó, con la mirada echando chispas, como si una tormenta se hubiera desatado en el profundo azul de sus ojos.

Después, Roger le dio la espalda y exhaló el aire con frustración, y Lily sintió que su corazón se desbocaba, rompiéndola en mil pedazos por la manera tan injusta en que lo había tratado.

—¡Oh, Roger! —dijo dando un paso hacia él y posando la mano encima de su hombro, pero él rechazó el contacto como si no soportara ser tocado o acariciado por ella—. Cuánto lo siento. Yo no quería..., yo, no lo sabía. Lo siento.

—Sube a tu caballo, cuida de tu hermano y déjame en paz —le advirtió, destinándole una mirada tan sombría que a ella se le erizó el vello de la nuca.

Lo vio alejarse de ella con todo el cuerpo en tensión y comprendió que era un hombre atormentado por el dolor. Lily se sintió miserable por haberlo juzgado de manera tan injusta y fue presa de los remordimientos. Lo siguió cabizbaja y montó sobre el caballo, evitando encontrarse con sus ojos. Estaba demasiado avergonzada como para dirigirle la palabra, y sabía que él tampoco quería hablar.

Retomaron el paso y el silencio fue el único compañero presente en aquel trayecto, en el que el sol parecía desquitarse con sus cansados cuerpos. A medida que avanzaban, el terreno se volvió más boscoso, ofreciendo algo de alivio al calor primaveral. Cerca, se escuchaba el suave murmullo de un riachuelo y las risas de unos hombres, lo que les indicó que no estaban solos.

Roger detuvo su caballo y se apeó con agilidad.

—Esperen aquí, y no hagan ningún ruido. Iré a investigar —dijo antes de desaparecer por entre los árboles.

Lily lo observó en silencio y aprovechó que se habían quedado a solas para desmontar y estirar las piernas entumecidas.

—Iré a orinar —le comentó a su hermano—. ¿Puedes cuidar a los caballos? —Dean asintió, acariciando la crin de Arrow para mantenerlo calmado.

—Sí, no te preocupes. Los cuidaré.

Lily se internó en el bosque, buscando un lugar apartado. Mientras avanzaba, no podía dejar de pensar en Roger. Su reacción había sido intensa, y aunque ahora comprendía parte del dolor que llevaba dentro, todavía le costaba entenderlo completamente.

No muy lejos, encontró un lugar adecuado y se agachó para aliviarse. Cuando terminó, se quedó unos instantes escuchando el murmullo del riachuelo y el eco de las risas de los hombres. Se preguntó quiénes serían y si representarían algún peligro para ellos. Después, regresó junto a Dean.

—Tu turno —le dijo, ayudándolo a bajar—. No te alejes demasiado.

Dean asintió y se adentró en el bosque. Lily se quedó cuidando de los caballos, acariciando el hocico de Arrow para calmar sus propios nervios. No pasó mucho tiempo antes de que Roger regresara. Traía el gesto adusto, como si lo que hubiese visto no le gustara.

—Son unos vaqueros que están acampando cerca del riachuelo —informó—. No parecen representar una amenaza, pero debemos estar atentos.

—Roger —dijo ella, apesadumbrada por los remordimientos—. Siento lo que dije antes.

Roger la ignoró como si nada, y ella pensó que se lo merecía. Sin embargo, insistió, ya que no quería estar en malos términos con él. Después de todo, Dean no estaría a salvo si no hubiese sido por su ayuda.

—Roger, lo siento —se disculpó otra vez, atenta a su reacción—. Lamento haberte dicho esas cosas. Fui muy injusta contigo.

Roger la miró con frialdad, aunque ya no había ira en sus ojos; solo la sombra de una profunda desolación. Asintió de manera casi imperceptible, aceptando sus disculpas, y para Lily fue suficiente como para que el alivio la recorriera por dentro.

—Descansaremos un momento aquí antes de continuar —dijo él mientras ajustaba las correas de Kaiser.

Lily asintió y se sentó en el suelo, aprovechando la sombra de los árboles. Miró a Roger, que parecía perdido en sus pensamientos, y por un momento, aunque fugaz, percibió su vulnerabilidad. Era un hombre roto que intentaba reconstruirse. A Lily se le encogió el corazón al darse cuenta de cuánto debió amar a esa mujer para que no pudiera superar la pérdida. Se preguntó si a ella alguien la amaría alguna vez así, hasta el punto de llenar todos los pensamientos de esa persona, y un profundo anhelo se instaló en su pecho.

—Hay una pequeña cueva —dijo Dean con entusiasmo cuando regresó de realizar sus necesidades—, y está junto a una gran poza de agua. ¿Podemos bañarnos?

—¿No te dije que te mantuvieras cerca, Dean? —le reprochó ella.

—Lo siento —dijo su hermano, bajando la mirada.

—Vamos. Yo también quiero darme un baño —comentó Roger mientras cogía las riendas de los caballos.

—No quiero mojar la ropa que llevo puesta —dijo Lily, incorporándose.

—Siempre puedes bañarte desnuda. —Lo dijo como si a él le diera lo mismo y, por algún motivo, eso le dolió y molestó en partes iguales.

—¡Ja! El día que llueva me verás bañarme desnuda, vaquero. ¡Sigue soñando! —exclamó con sarcasmo mientras se adelantaba, con el único fin de ocultar su rubor.

Dean los condujo entre los árboles por un sendero natural, y en pocos minutos llegaron a un lugar encantador. Allí se encontraba una formación rocosa lo suficientemente amplia como para que los tres pudieran pararse dentro de ella. Más abajo, una pequeña cascada desviaba su curso natural hacia un pozo redondo y profundo, lo bastante espacioso como para que pudieran sumergirse en él. A Lily le brillaron los ojos al verlo, ya que el agua cristalina parecía invitarla a explorar en sus profundidades.

—¡Este sitio es perfecto! —exclamó Lily yendo hacia la orilla y refrescando su cuello con las manos.

—¡Te lo dije! —comentó su hermano, complacido por haber encontrado ese lugar.

Roger dejó a los caballos atados a un árbol cercano a la orilla para que pudieran hidratarse.

—Ven, Dean. Vamos a pescar mientras tu hermana se da un baño. —Los ojos de Dean brillaron de emoción.

—¡Ni se te ocurra mirar mientras me baño! —le advirtió, conteniendo su rubor.

—Entonces, no te tardes.

De repente, el día se oscureció debido a una nube que se posó sobre sus cabezas. Era pequeña y oscura, como esas que presagiaban una inminente lluvia. Lily la miró horrorizada, y en respuesta, Roger dejó entrever una sonrisa maliciosa.

Lo único que faltaba era que comenzara a llover. Si tan solo pudiera mantener esa boca suya cerrada, se metería en menos problemas de los que esperaba.



20. El supuesto amante

Roger se había tranquilizado lo suficiente como para ir a pescar en compañía de Dean. El muchacho le agradaba; era inteligente y no solía molestar en absoluto. Además, de alguna manera, le conmovía que hubiera perdido a sus padres siendo tan pequeño. Cuando Roger recordaba a su propio padre, sentía una gratitud inmensa por el hombre que le dio la vida. Estaba orgulloso de él y aspiraba a parecersele tanto como fuera posible. En cambio, Dean apenas conservaría recuerdos de sus padres al haberlos perdido tan joven. Una oleada de tristeza lo embargó, pero pudo superarla al ver el brillo de emoción en los ojos del niño cuando lo invitó a pescar.

Se alejaron lo suficiente como para otorgarle intimidad a Lily, y luego Roger extrajo un cuchillo de su bolsillo y comenzó a sacar filo a las puntas de un par de ramas firmes y grandes que había recogido en el camino.

—¿Para qué haces eso? —le preguntó Dean con curiosidad.

—Estoy improvisando un arpón para que podamos pescar —dijo Roger. Una vez terminó, le entregó uno a Dean y luego caminó hacia la orilla con el suyo en la mano—. Quítate los zapatos y dobla los pantalones para que no se te mojen.

Dean asintió y siguió las instrucciones. Roger le explicó cómo debía pararse dentro del agua y utilizar la improvisada herramienta para no lastimarse. El niño parecía disfrutar de la

experiencia como si fuera la actividad más entretenida del mundo. Estuvo tentado de reír ante sus numerosos intentos fallidos y su perseverancia y, en cierto modo, se sintió identificado con él. Cuando era niño, su padre lo instruía en las labores del rancho junto a sus hermanos, y él se empeñaba en practicar hasta que conseguía aprender. Desde muy pequeño, tuvo un sentido de la responsabilidad que superaba incluso al de su hermano Jake, quien, a pesar de ser el mayor de los tres, en ocasiones abandonaba cuando se veía superado. A Bruce, por su parte, solo le importaba disfrutar de la vida y carecía por completo de madurez y del sentido de la responsabilidad, siendo un vividor empedernido y mujeriego. Roger recordó con cariño a su hermano menor, quien, pese a sus defectos, alegraba sus vidas y aportaba el optimismo que él y Jake parecían necesitar.

Roger abandonó sus recuerdos y observó a Dean con atención. Qué distinta debía ser la vida en un circo a la de un rancho.

—¿Te gustaba vivir en el circo, Dean? —quiso saber, sin dejar de centrar su atención en los peces que pasaban entre sus piernas.

—Sí. Teníamos muchos animales allí, y a mí me gustaba cuidarlos.

—¿Por qué se fueron del circo con tu hermana?

—Porque el tío Oliver quería que yo me preparara en trapezio, y yo no quiero hacer eso. A mí me gustaría ser doctor de animales.

Roger no consideró que la razón para abandonar el circo fuera realmente contundente. Lo más probable era que hubiera algo más detrás de ello.

—Mi hermano Jake es veterinario —le comentó mientras asestaba el arpón de lleno en una carpa.

—¡Lo atrapaste! —chilló el niño lleno de asombro.

—Así es. Y creo que ya es hora de volver. Tu hermana debe estar lista.

Cuando regresaron, Roger divisó a Lily realizando unos movimientos que parecían imposibles de ejecutar de manera natural. Se detuvo de golpe, atónito ante lo que veía, como si no pudiera creer que fuese real.

—Siempre practica —le explicó Dean como si le hubiese leído el pensamiento—. Dice que la ayuda a pensar.

Roger la observó, admirado por la delicadeza de sus movimientos. Cada estiramiento y flexión parecía una extensión natural de su mente, como si su cuerpo expresara lo que las palabras no podían. La gracia con la que se movía contrastaba con la firmeza que había mostrado en su carácter. Roger no podía apartar la mirada, fascinado por la armonía que emanaba de ella. La chica le parecía bonita, demasiado quizás para su salud mental, pero ahora, utilizando un vestido liviano que la hacía parecer una aparición en aquel paisaje, se realzaba una belleza más salvaje, como si fuese parte de aquel entorno. De pronto, sintió por ella respeto y admiración, y unos profundos deseos de besarla otra vez.

Los ojos de Lily se encontraron con los suyos, y se vio obligado a carraspear cuando ella le sonrió. Dejó de practicar y se le acercó, observando con admiración la carpa que traía insertada en el palo.

—¡Es impresionante! —dijo recogiendo el cabello húmedo en un moño improvisado que dejó libre un par de mechones. Roger se sintió tentado de tocarlos, pero se contuvo de hacerlo—. Buscaré algunas ramas para hacer un fuego mientras te das un baño.

—¿Sabes cómo limpiarla? —quiso saber Roger.

—Sí. En el circo teníamos cocineros, pero a veces me escabullía para aprender. ¡Me encanta cocinar! —admitió alegre.

—Bien. Ve en busca de palos, pero no te alejes demasiado —le advirtió mientras le entregaba el pescado.

Dean, ajeno a ellos, se desnudó con rapidez y se arrojó de una zambullida en el agua, chillando de alegría y placer. Roger, con tranquilidad, comenzó a desvestirse también junto a la orilla. Se quitó la camisa, revelando sus músculos tonificados y la piel bronceada por el sol implacable de Texas, y tuvo la impresión de que Lily intentaba disimular su interés, mirando hacia donde estaba su hermano, pero sus ojos se volvían inevitablemente hacia él. Por un momento, se sintió como Bruce. Este solía aprovechar cualquier instancia con una chica para provocarlas.

De manera intencional, levantó la cabeza y sus ojos se encontraron con los de Lily. Por un momento, se mantuvieron así, inmóviles. Roger levantó una ceja, y una sonrisa pícaro curvó sus labios al notar el rubor creciente en las mejillas de Lily. A pesar de sus esfuerzos por mantenerse seria y distante, su rostro no podía ocultar la marea de emociones que la invadían. Saber que le afectaba de esa manera le gustó.

Continuó desabrochando su cinturón y se quitó los pantalones, quedando solo con los calzoncillos puestos. La expresión de Lily fue una mezcla de vergüenza y rabia, y Roger, disfrutando el momento, decidió darle un pequeño empujón a su nerviosismo.

—¿Quieres unirte, Lily? —preguntó con un tono de voz relajado y algo provocador.

Lily abrió los ojos aún más cuando él tuvo la intención de quitarse el calzoncillo.

—¿Podrías esperar a que al menos yo me haya alejado, antes de exponer tus joyas? —espetó con el rubor extendiéndose hasta su cuello.

—¡Oh!, es que como te has quedado allí de pie —dijo a la vez que se encogía de hombros—, creía que querías mirar.

—Yo... yo... ya me voy —balbuceó, sin poder ocultar su turbación. Lily miró al cielo y comprobó con alivio que ya no había nubes sobre sus cabezas. Entonces sonrió—. ¡Ja! Ya quisieras tú. El día que llueva querré verte desnudo. Sigue soñando, vaquero —dijo recuperando la compostura y luego dándole la espalda para alejarse.

Roger sonrió, satisfecho con su pequeña victoria. Se desprendió de toda la ropa y se zambulló en la poza de agua, desapareciendo bajo la superficie por unos segundos antes de volver a emerger. Dean chapoteaba alegre a unos cuantos metros, ignorándolos y sumido en su propio juego. De pronto se sintió rejuvenecido y, aunque no lo demostrara abiertamente, estaba contento de haber provocado una reacción en Lily. Mientras nadaba, lanzaba miradas ocasionales hacia la orilla, donde ella intentaba sin éxito ocultar que lo estaba observando. Algo sucedió dentro de él, porque de pronto tuvo la sensación de estar bien, en plenitud, como si no llevara auestas el peso de su propia conciencia. Sin embargo, era ridículo sentirse así por una broma sin sentido, y más todavía con ella, una mujer que parecía un hada en vez de una mujer; una chica que había tenido una vida por completo diferente a la suya y que solía sonreír más de lo que a él le gustaba. Él no era de los que solían flirtear, ni antes ni después de Helen. No era tampoco de los que solían sonreír con frecuencia. Roger era de los que vivían inmersos en el trabajo, sumidos en el silencio e intentando actuar con responsabilidad y esmero. Era de esos hombres que nacían viejos, como si ser niño o adolescente estuviera de más en sus vidas.

Dean abandonó el agua cuando Lily lo llamó, y luego los vio desaparecer de su vista. A lo lejos, divisó el humo de la fogata que de seguro había preparado para asar el pescado, y a Roger le rugió de hambre el estómago. No había sido consciente de sentirla hasta que la sensación de vacío habitó en su interior.

Salió del agua y se sacudió la humedad de la cabeza con las manos. Luego, se puso la

ropa interior y los pantalones. Fue cuando se estaba terminando de poner las botas que tres hombres aparecieron en su campo de visión. Sus sentidos se pusieron en alerta y rogó porque Lily y Dean permanecieran ocultos.

—¡Hey, Sam! —dijo uno de ellos mientras le daba una palmada en el hombro al sujeto de su derecha—. ¿Este no es el tipo que se metió con tu mujer?

Sam, un hombre fornido con una cicatriz en la mejilla, dio un paso al frente y miró a Roger con desprecio.

—Sí, este es —respondió, acercándose más—. No olvidaría esa cara de forastero entrometido.

—No sé de qué estás hablando —respondió Roger con calma, aunque por dentro sentía que la situación se estaba poniendo peligrosa—. Me confundes con otro.

—¿No sabes? —dijo el tercer hombre, un sujeto alto y delgado con una risa desagradable—. Pues mi amigo Sam aquí dice que tú estuviste rondando a su mujer. Y nosotros no toleramos ese tipo de cosas.

Antes de que Roger pudiera responder, Sam le lanzó un puñetazo directo al estómago. Roger se dobló por el dolor, intentando recuperar el aliento. Los otros dos hombres lo sujetaron, impidiéndole defenderse mientras Sam continuaba golpeándolo.

—¡Eso es por meter tus narices donde no te llaman! —gritó Sam mientras Roger intentaba protegerse de los golpes.

Roger cayó al suelo y sintió una patada en las costillas y unas cuantas en la cabeza. Por un momento pensó que no viviría para contarlo, y que no habría manera alguna de que pudiera proteger a Lily y a su hermano sin tener su arma o su lazo cerca. Se sintió confuso e imposibilitado de poder defenderse. Eran tres contra uno, y él estaba en desventaja debido a que no había podido incorporarse luego de la caída. Cuando pensaba que estaba a punto de perder el conocimiento, escuchó su voz, y la maldijo en diez idiomas por su estupidez. ¿Es que esa mujer no conocía la palabra «prudencia»?

—¡Suéltlenlo ahora mismo! —exclamó Lily con firmeza y sin vacilar.

Roger sintió que dejaban de golpearlo, y que los hombres se reían en su cara cuando la observaron amenazarles con su lazo en la mano, al igual que se rio él el día en que la conoció. Por aquel entonces, él no conocía sus habilidades, pero ahora era distinto, y una mezcla de rabia y alivio lo recorrieron por dentro. Ya se encargaría de ella cuando salieran de esto.

Con movimientos precisos y rápidos, Lily lanzó el lazo y atrapó a uno de los hombres que sujetaban a Roger, tirándolo al suelo con fuerza. Los otros dos se quedaron momentáneamente sorprendidos y cesaron sus risas de inmediato, dándole a Roger una oportunidad para zafarse de sus agresores. Aprovechando la distracción, Lily volvió a lanzar el lazo, atrapando ahora a Sam por el cuello y tirando de él con fuerza. Sam perdió el equilibrio y cayó de espaldas, soltando a Roger.

Uno de ellos hizo intentos por desenfundar su arma, pero el látigo la arrancó de sus manos y luego le golpeó el ojo, haciéndolo chillar de dolor.

—¡Largo de aquí! —gritó Lily—. Si vuelven a acercarse, no dudaré en usar esto de nuevo, y no seré tan benevolente —amenazó señalando sus testículos.

Los tres hombres, aturdidos y furiosos, miraron a Lily y luego a Roger, quien ya se estaba recuperando y poniéndose de pie. Finalmente, decidieron que no valía la pena seguir peleando y se retiraron, lanzando maldiciones por lo bajo.

Roger, respirando con dificultad, escupió sangre al costado de sus pies y luego miró a Lily, furioso.

—¿Qué demonios haces tú aquí?



21. Malagradecido

Lily escogió un lugar más oculto para preparar el fuego, con el único fin de darle algo de privacidad a Roger para que se vistiera, aunque a él eso parecía no importarle en absoluto. De repente, escuchó unas voces de hombres y se puso en alerta de inmediato.

—Dean. ¡Quédate aquí y cuida que el fuego no se apague! —le advirtió—. Regreso enseguida.

Su hermano asintió y ella se acercó con sigilo a su caballo para tomar el lazo. Luego, avanzó hasta que pudo ver con horror la paliza que le estaban dando a Roger entre tres sujetos, y se estremeció. Tenía que hacer algo antes de que lo mataran a patadas. Fue entonces cuando decidió actuar. Con determinación, golpeó a los sujetos con su lazo sin titubear, haciendo que soltaran a Roger de inmediato. Los atacantes, sorprendidos y conscientes de que no tenían otra alternativa, decidieron marcharse con rapidez.

Una vez que se fueron, Lily se volvió hacia Roger, esperando algún comentario por su parte, quizás gratitud o alivio. Sin embargo, su reacción fue muy diferente a lo que ella había anticipado.

—¿Qué demonios haces tú aquí? —le espetó, furioso, dejando entrever toda su ira.

—¡Salvándote el culo, maldito malagradecido! —gritó, presa de la furia.

—Debiste permanecer escondida y no exponerte a ellos, Lily. ¡Esos sujetos son

peligrosos! —la reprendió mientras se incorporaba con dificultad.

Lily lo observó tambalearse, aunque Roger luchaba por mantenerse en pie.

—¡Si hubiese permanecido escondida, ahora estarías cantándole a los ángeles, bruto ingrato!

—¡Lo tenía todo controlado!

—¡Sí, claro! —respondió con ironía.

Roger se llevó las manos a la cabeza, y luego se desplomó hacia adelante. En ese momento, Lily tuvo certeza de que estaba malherido y que la paliza había sido peor de lo que pensaba.

—¡Roger! —gritó, alarmada.

Corrió hacia él y observó que la ceja izquierda estaba hinchada y el ojo se había tornado rojo. La sangre brotaba de su nariz y su labio, y al palpar su cabeza, descubrió unos cuantos chichones que requerían atención.

—¡Vamos, Roger! —dijo palmeando su mejilla con suavidad—. ¡Reacciona!

Roger abrió los ojos con lentitud y se quejó al intentar incorporarse, pero tuvo que desistir debido al mareo que sintió.

—¿Qué ha pasado?

—Te han dado la paliza de tu vida, así que no te muevas. Tienes varios chichones y necesito limpiarte la sangre. ¿Dónde más te duele?

—Las costillas, pero no las tengo rotas.

—¿Cómo lo sabes?

Roger no le respondió. Se limitó a fruncir el ceño y a reordenar sus ideas en la cabeza, y a ella le dieron ganas de zamarrearlo para que le hablara. Le molestaba mucho que la dejara sin respuestas cuando le hacía una pregunta.

—¿Por qué demonios saliste a enfrentarlos, Lily? ¿Acaso no te das cuenta de lo arriesgado que fue eso? —Lo dijo sin gritar, pero el tono de voz que utilizó era un reproche en toda regla.

—¿Y qué querías que hiciera? Te estaban acribillando a golpes entre los tres. ¿Tenía que dejar que te mataran sin hacer nada?

—¡Sí! —gritó—. Te pusiste en peligro, y yo no me habría perdonado que te sucediera algo.

A pesar de su tono molesto, Lily sintió algo cálido en el corazón. Ahora comprendía que Roger no estaba enojado porque lo defendiera una mujer, como había pensado en un principio, sino porque estaba preocupado por ella y su seguridad. Saber que de algún modo le importaba hizo que su enfado se desvaneciera y surgiera en ella la necesidad de cuidarlo.

—Deberías confiar más en mí —le dijo Lily con una voz tan suave como una caricia, y sin rastro del enojo anterior—. Soy buena con el lazo. Incluso soy mejor que tú, vaquero.

—Fuiste muy irresponsable.

—Me pensaré lo de los abrazos —le dijo sonriente, y Roger frunció el ceño sin comprender—. Ya te lo dije la otra vez. Te faltan abrazos. Creo que esperaré a que estés menos adolorido para darte uno.

—No quiero un abrazo, Lily —bufó, incorporándose y cayendo hacia atrás otra vez—. ¡Demonios, cómo duele!

—Igual te lo daré —afirmó mientras iba por la camisa de Roger que estaba tirada en el suelo, y la mojabla para ponérsela en la cabeza.

—¡No quiero un abrazo, Lily! —gritó, pero ella lo ignoró—. ¡Quiero llegar a Waco de

una maldita vez!

Lily le sonrió, contenta de tenerlo a su merced. Ahora tendría que someterse a su voluntad, le gustase o no, y eso a ella le causaba una enorme sensación de triunfo.

—Está bien, tú ganas —le dijo con picardía—. No te daré un abrazo; te daré dos.

Le dio la espalda y se alejó de él, a sabiendas de que Roger la miraba con incredulidad mientras echaba palabrotas en voz baja.

El resto de la tarde, Roger descansó dentro de la cueva mientras Lily se desvivía por atenderlo, a pesar de su malhumor, que parecía haber empeorado debido al dolor de cabeza y costillas.

—¡No te muevas, hombre, que quiero poner esto en el ojo! —lo amonestó Lily con los dedos impregnados con la medicina que habían utilizado para la herida de Dean.

—¡No quiero que me pongas nada! —bufó con irritación—. ¡Lo único que deseo es largarme de aquí de una maldita vez!

Lily sonrió y Roger parecía querer fulminarla con la mirada.

—¿Cuál es el apuro?

—Tengo que encontrar a mi hermano —respondió, después de inhalar y exhalar el aire con lentitud para calmarse.

—¿Desde cuándo que no lo ves?

—La última vez que lo vi, estaba besándose a escondidas con una enfermera francesa detrás de un árbol —sonrió con melancolía al recordarlo—. Ni siquiera hablaban el mismo idioma, pero eso no detenía Bruce cuando de mujeres se trataba.

—Seguro que rebosaba encanto y atractivo —comentó mientras colocaba la pomada en el ojo, aprovechando la distracción.

—Bruce me ha dado más dolores de cabeza que satisfacciones. Es mujeriego, imprudente e irresponsable, pero también es un hombre muy bueno que sabe disfrutar y valorar la vida por sobre todas las cosas.

—Parecen muy unidos.

—Los tres lo somos a nuestra manera. Jake y yo somos más serios, aunque mi hermano ha cambiado mucho desde que se casó con Rose.

—¿Ella es quien ha preparado esto?

—Sí. Le gustan las plantas —dijo recordándola, y Lily percibió un atisbo de cariño en su voz al hablar de ella—. Más de una vez, Rose usó esto para curar las heridas de mi hermano Bruce, que se metía en problemas con mujeres comprometidas con bastante frecuencia.

—Roger, ¿qué pasará si no encuentras a Bruce en Waco? Si los rumores son falsos, entonces, ¿qué harás? —preguntó con cautela, aprovechando que él se estaba abriendo con ella.

—Me lo he preguntado muchas veces, y no estoy seguro de si lo encontraré o no, pero luego de la paliza que me dieron hoy esos sujetos, no pierdo las esperanzas. Me acusaban de haberme metido con la mujer de uno de ellos, y esas son conductas propias de mi hermano, no mías. Creo que pensaban que yo era él.

—No. Lo tuyo es besar a desconocidas —soltó a modo de broma, pero de inmediato se dio cuenta de su error.

Roger la miró en silencio, como si la estuviera analizando, y ella se apresuró en esquivar sus ojos.

—No soy un mujeriego, Lily. Al menos, no lo era hasta que Helen murió. —El silencio se adueñó de la cueva, y Lily sintió que los latidos de su pecho aumentaban el ritmo.

—¿Ella era tu novia? —preguntó casi en un susurro.

Roger miró hacia fuera, y los rayos anaranjados del atardecer iluminaron su rostro magullado. A pesar de sus heridas, a Lily le parecía tan atractivo que resultaba irreal, como un sueño hecho realidad. Recordó el momento en que sus labios se encontraron con los suyos y sintió un vértigo recorrer su cuerpo. Sin embargo, se concentró en escuchar lo que él quería revelar sobre sí mismo.

—Helen era una enfermera texana que conocí durante la guerra en Francia. Hubo un bombardeo en el hospital y ella perdió la vida. Esa noche iba a pedirle matrimonio.

—¡Oh, Roger! ¡Cuánto lo siento!

Su rostro parecía contraído por el dolor, y su mirada se había tornado distante, como si se encontrara en otro tiempo y en otro lugar. De pronto, Dean entró en la cueva con una lagartija en la mano y con una enorme sonrisa de satisfacción, y el momento de intimidad que había compartido con Roger se esfumó.

—¡Mira lo que encontré, Lily! —dijo, enseñándosela—. ¿Puedo quedármela?

—Es muy bonita, Dean, pero ¿no crees que sería más feliz si anda suelta por ahí?

—Sí, es verdad —respondió, desanimado.

—Mejor ve afuera y busca a su familia, pero no te alejes de aquí. Pronto anochecerá —le advirtió.

Emocionado por encontrar a la familia del reptil, salió rápidamente de la cueva. Luego, Lily miró a los ojos a Roger, pero este ya había recuperado su expresión hosca, marcando unas distancias invisibles que se vio tentada a romper.

Dejándose llevar por el momento, Lily lo abrazó, apoyando la oreja sobre su pecho, con cuidado de no presionarle las costillas.

—¿Qué estás haciendo, Lily? —preguntó, sorprendido y tenso.

—Tranquilo, vaquero. Te dije que te daría un abrazo.

—Te dije que no quería un abrazo —rebatió.

—Y yo te dije que te daría dos, así que relájate. El que queda lo guardaré para otro momento.

Hubo un silencio que dejó de ser incómodo, y Lily sintió la mano de Roger acariciar su cabeza. Fue tan agradable la sensación que por un momento pensó que lo había imaginado.

—Lily —dijo luego de un buen rato—. ¿Por qué te marchaste del circo?

Ella se incorporó y lo miró a los ojos, decidida a contarle toda la verdad.

—Mis padres murieron por culpa de mi tío Oliver, quien no dudó en ponerlos en peligro y exigirme que los reemplazara en el trapecio poco después de su fallecimiento. Me negué y decidí huir cuando intentó obligar a mi hermano a ser trapecista, a pesar de que él tenía un don con los animales y yo prefería el volteo sobre caballo y el trabajo con el lazo.

—Era más seguro escapar que estar ahí, pese a que no tenías nada fuera —aseguró con el ceño fruncido.

—Sí. Mi tío Oliver es un verdadero desgraciado.

—Y el circo, ¿a quién le pertenece?

—A él. Hace años que papá negoció su parte y se la vendió, lo que es bueno para mí, porque no tengo deseos de trabajar con mi tío.

—¿No vas a volver?

—Jamás —sentenció.

Lily se envaró de tan solo pensar en regresar al circo.

—Ven aquí —le dijo Roger, haciéndole un gesto con la mano. Ella lo miró, extrañada—.

A ti también te falta un abrazo.

Lily apoyó la cabeza sobre su pecho y se regocijó en los latidos de su corazón, sorprendida por su ternura. Pensó que, después de todo, Roger no era tan bruto.



22. El visitante

Roger escuchaba la respiración tranquila y acompasada de Lily, quien dormía profundamente abrazando a su hermano Dean. Mientras observaba la escena en la penumbra de la cueva, él se sentía incapaz de conciliar el sueño. Sus pensamientos no dejaban de dar vueltas en su cabeza, buscando unas respuestas que parecían esquivarle. Todavía no comprendía por qué se había sincerado con Lily, contándole cosas de su familia y de Helen; en especial de Helen. Él no era de los que revelaban asuntos personales, ni siquiera a su familia. Le costaba demasiado compartir lo que sentía. Sin embargo, algo vio en los ojos de Lily que lo hicieron desnudar su alma. Si hasta tuvo que contenerse para no echarse a llorar como un crío cuando habló de ella. Dean había interrumpido en el mejor momento, lo que le dio tiempo para recomponerse.

De pronto, la escuchó sollozar. Se preguntó si estaría soñando, pero luego comprendió que no era así. Lily estaba despierta, llorando casi en silencio, para que nadie la escuchara.

Roger se incorporó, adolorido, y encendió un encendedor a gasolina para alumbrar la cueva.

—¿Estás bien? —preguntó a regañadientes, ya que lo que menos quería era consolar a una mujer.

La idea de viajar solo y tranquilo se había truncado nada más iniciar su viaje a Waco, y ahora tenía que lidiar con ello, pese a que le fastidiaba su mala suerte. Sin embargo, era

imposible desentenderse de Lily y de su hermano ahora que habían vivido tantas cosas juntos.

—Sí —respondió Lily, aunque continuó llorando, dejando entrever una profunda tristeza. Pasados unos segundos, Roger insistió.

—Si estás tan bien, ¿por qué demonios sigues llorando? —preguntó, impaciente.

—Porque extraño a mis padres, y no puedo llorar cuando Dean está despierto.

—¿Por qué no?

—Porque debo ser fuerte para él.

Roger la observó un momento y, por primera vez desde que la conoció, la vio como una muchacha frágil y desvalida, aunque ella había demostrado con creces que no era así. No obstante, algo dentro de él se removió.

El crujido de una rama los alertó de que alguien estaba cerca, así que apagó la luz. Se incorporó con cuidado y tomó su arma antes de avanzar hacia la entrada de la pequeña cueva, a pesar del dolor que le recorría todo el cuerpo.

—Espera aquí y no hagas ruido —le advirtió—. Hay alguien afuera.

Roger emergió con cautela de la cueva, sintiendo agitarse su respiración debido a la tensión del momento. En la penumbra, divisó a un joven con una lámpara de gas en la mano, cuya luz parpadeaba débilmente en la oscuridad. Sin hacer ruido, Roger se acercó con sigilo hasta estar a poca distancia.

—¡Detente o disparo! —lo amenazó.

El joven se sobresaltó al sentir el cañón de su arma en su sien, y levantó las manos con rapidez.

—¡Por favor, no me haga daño! Solo estoy buscando a alguien. No quiero problemas.

—¿Tú y cuantos más merodean por aquí?

—Estoy solo. Busco a una amiga.

—¿Owen? —escuchó que decía Lily, y Roger entornó los ojos. ¿Acaso esa mujer era incapaz de hacer lo que le decían?—. ¡Roger, espera! ¡Es Owen, mi amigo del circo! No es una amenaza.

—¡Lily! —gritó el joven mientras se fundían en un fuerte abrazo.

Roger bajó el arma, pero su expresión permanecía impasible y cautelosa mientras observaba a Owen con atención. «¿Quién demonios era ese sujeto?», pensó.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Lily, posando una mano sobre su mejilla con familiaridad.

—Estaba preocupado por ti. Tu tío quería enviar a buscarte, según él, porque estaba inquieto por tu seguridad. Entonces me ofrecí de voluntario.

—¿Y te dejó? —quiso saber, sorprendida.

—Sí, porque tiene más de un domador, pero está sin trapealista y sin alguien que haga tu número —le comentó—. Está tan desesperado que dice que podrías negociar tu regreso.

—Yo no volveré, Owen.

—Imaginaba que dirías eso.

Lily pareció recordar que no se encontraban a solas, y lo tomó de la mano para conducirlo hasta él.

—Roger, este es Owen, mi mejor amigo. Él me ayudó a escapar del circo y es un excelente domador de leones.

Al escuchar eso, Roger estuvo tentado de reír. Nada más apuntarle con el arma y el muchacho había estado a punto de orinarse en los pantalones. El amigo de Lily pareció recuperarse del susto y lo midió con la mirada. Roger supo de inmediato que estaba interesado en

ella, y no precisamente como amigo. Lo vio en sus ojos.

Roger asintió y luego les dio la espalda, irritado por la inesperada visita.

—Ya es tarde. Será mejor que vayamos a dormir —espetó, adentrándose en la cueva.

Lily lo siguió con Owen detrás.

—Puedes ocupar ese lado para dormir, cerca de Roger.

—¿Y no prefieres que duerma junto a ti para que no pases frío? —le dijo en un tono sugerente que a Roger le molestó.

—No te pases, Owen. Tú dormirás allá, y si no te gusta, pues duermes afuera.

Owen hizo un puchero gracioso, y Lily estuvo a punto de soltar una carcajada. Roger se irritó aún más al ver la naturalidad con que se relacionaban. Se preguntó si alguna vez había pasado algo entre ellos y, solo de imaginarlo, sintió un malestar en el estómago.

—Soñar es gratis, *lady* Lily.

Roger cerró los ojos, pero estaba atento al murmullo de sus conversaciones y a las risas cómplices que se dejaban escuchar de vez en cuando. De pronto, explotó como una bomba de tiempo.

—¿Se podrían callar de una maldita vez? —rugió, haciendo que Dean se removiera inquieto en el suelo, aunque no se despertó.

—¡Qué pesado eres a veces, Roger! —le respondió Lily, disgustada. Luego le dio la espalda—. Vamos, Owen. Apaga esa lámpara y durmámonos antes de que despertemos a la bestia. Cuando tiene sueño, es bastante antipático.

Roger se acomodó de costado, y rugió unas palabrotas antes de cerrar los ojos y dormirse.

Roger se despertó de un sobresalto al escuchar risas alegres fuera de la cueva. El movimiento le provocó un profundo dolor en las costillas y sintió que el ojo todavía estaba inflamado, aunque no tanto como el día anterior. Echó un vistazo a su alrededor y se dio cuenta de que estaba solo y había dormido más de lo habitual. Lily soltó una carcajada y su amigo Owen la secundó, lo que lo hizo ponerse en pie y llevarse la mano detrás de la cabeza debido al dolor que sintió.

—¡Maldición! —exclamó, disgustado con su situación.

Roger abandonó la cueva y entonces los vio. Lily y Owen chapoteaban en el agua como dos niños pequeños mientras sus risas resonaban alegres. Lily vestía un sencillito vestido que se pegaba a su cuerpo, resaltando cada una de sus suaves curvas, y se reía a carcajadas mientras Owen la levantaba con facilidad para lanzarla al agua. Dean, por su parte, acariciaba a los caballos mientras les hablaba con suavidad, ajeno a la escena que se desarrollaba a unos metros de distancia de él.

El sol brillaba en el cielo despejado, pero para Roger era como si una nube negra se hubiese posado sobre su cabeza. Se quedó inmóvil, observando la complicidad que compartían Lily y Owen, y sintió un nudo formarse en su estómago. La imagen de ellos dos, tan cercanos y despreocupados, le provocó un disgusto que no quiso reconocer como celos. Apoyó una mano en el costado dolorido, y frunció el ceño en señal de su irritación. Cada risa de Lily y cada gesto juguetón de Owen parecían aumentar su malestar.

Apenas Lily lo vio allí, de pie, abandonó el juego y se le acercó. Roger fue incapaz de ocultar su disgusto, más todavía cuando notó que Owen le miraba el trasero de manera descarada.

—¿Cómo amaneciste? —le preguntó ella, llevando la mano hacia su rostro para revisar la inflamación del labio y del ojo.

—Estoy bien. Ya debemos irnos.

Lily frunció el ceño y apartó la mano de su rostro.

—¿Irnos? —cuestionó dando un paso hacia atrás—. Roger, apenas has descansado. Necesitas recuperarte más.

—No necesitamos más tiempo aquí —respondió él, endureciendo el tono—. Además, tenemos un largo camino por delante.

Owen se acercó sonriendo, aunque su expresión se volvió más seria al ver la tensión en su rostro.

—No se te ve nada bien —dijo Owen, ganándose una mirada de reproche, aunque este ni se inmutó—. Quizás te haría bien descansar un par de horas más. De hecho, pensaba que podíamos disfrutar un poco más de la mañana —dijo, lanzando una mirada cómplice a Lily.

—Esto no es un campamento de vacaciones —replicó Roger, mirando fijamente a Owen—. Y yo ya me encuentro bien.

Lily suspiró y volvió a girarse hacia Owen.

—Será mejor que vayamos a secarnos —dijo al advertir la tensión que había surgido entre ellos.

—Como digas, *lady* Lily.

Roger los observó mientras se alejaban para recoger sus cosas. Apretó los puños, intentando ignorar el nudo en su estómago. Algo en la manera en que Lily y Owen se relacionaban lo seguía molestando, y no lograba entender el porqué.



23. Recuperando a Rois

Lily miró a Owen con una mezcla de gratitud y tristeza mientras él ajustaba las riendas de su caballo. Aunque era cerca de las once de la mañana, el sol ya caía despiadado sobre sus cabezas, marcando el inicio de otro día caluroso en Texas. Lily observó que Roger no les quitaba la mirada de encima. Tenía el gesto adusto y fumaba un cigarro a unos metros de distancia.

—¿Estás segura de que puedes confiar en él, Lily? —susurró Owen, preocupado.

—Claro que sí. Quédate tranquilo, que estaré bien —dijo antes de abrazarlo con fuerza. Luego lo miró y le acarició el rostro con afecto—. Gracias por todo, Owen. No sé qué habría sido de nosotros sin tu ayuda.

Owen le dedicó una sonrisa tranquilizadora, aunque sus ojos reflejaban una preocupación genuina y un deseo casi incontenible de expresarle algo.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti. —Su amigo la miró con tristeza—. ¿Volverás algún día?

—No lo creo —respondió sincera y Owen asintió comprensivo.

—No te preocupes, Lily. Le diré a tu tío Oliver que busqué por todas partes y no te encontré.

Lily le dio un beso en la mejilla con cariño y una pizca de melancolía.

—Gracias. Y tú, cuídate de las fieras del circo —respondió con una sonrisa sincera.

Owen la miró con complicidad y añadió con una chispa traviesa en los ojos:

—Oh, no te preocupes por eso. Las fieras del circo son pan comido comparadas contigo.

Lily soltó una risita y sacudió la cabeza, incapaz de contener una última mirada llena de afecto antes de apartarse y alejarse de él. Owen asintió con una sonrisa forzada y luego se puso en marcha hacia el norte, dejándolos atrás.

—Adiós, Owen —balbuceó, conteniéndose de llorar.

Roger se mantuvo en silencio, observando la escena desde unos metros de distancia, y a ella le pareció impaciente por marcharse, ya que se removía inquieto sobre su montura. Para evitar que notara el nudo que se le había formado en la garganta, lo esquivó y montó detrás de su hermano, emprendiendo el camino hacia Waco.

Dos horas después, y con el cuerpo empapado de sudor, Lily visualizó una posada en una pequeña localidad. A lo lejos, un caballo blanco bebía agua junto a otros dos, y Lily rompió el silencio, chillando de alegría.

—¡Rois! —gritó, espoleando a su caballo para que corriera a toda prisa hacia ella.

Se apeó con agilidad y la abrazó, sin poder ocultar la alegría de haberla encontrado. La yegua relinchaba contenta mientras ella la acariciaba e inspeccionaba que todo estuviera bien. Después, revisó las alforjas y descubrió con horror que se habían llevado todo lo que tenía guardado en ellas, excepto el *maillot* de su madre.

—¡Es de mamá! —dijo Dean, conmovido.

—Se han llevado todo, pero esto era lo único importante para mí —reconoció mientras abrazaba la pequeña prenda y cerraba los ojos para disfrutar de su contacto.

Roger la observaba sin decir palabra. Sus ojos azules parecían escrutarla en lo profundo de su ser, y sintió un extraño hormigueo en el estómago.

—¡Oye, no te acerques a mi yegua! —gritó un hombre que caminaba hacia ellos, furioso—. ¡Qué demonios crees que estás haciendo!

—¡Esta yegua es mía! —exclamó Lily, molesta.

El vaquero era corpulento, rondaba los cuarenta años, y utilizaba los bigotes más largos de lo que dictaba la moda.

—No es cierto. La compré hace dos días, así que es mía —insistió el hombre con tono desafiante.

Lily frunció el ceño, sintiendo cómo la rabia se apoderaba de ella.

—¡Es mi yegua! —replicó con firmeza, sosteniendo las riendas con determinación.

El hombre se cruzó de brazos y la miró con desdén.

—Mira, niña, no tengo tiempo para discutir contigo. Esta yegua la compré legítimamente y no pienso devolvértela.

Lily se volvió hacia Roger, quien hasta entonces había permanecido observando en silencio, pero que ahora daba dos pasos hacia el vaquero con intención de intervenir.

—Escucha, amigo —dijo Roger con calma—. Entiendo que la compraste, pero esa yegua se la robaron a mi amiga hace unos días, y solo quiere recuperar lo que es suyo. Te ofrezco comprarla por lo mismo que pagaste por ella.

—Lo siento, pero no está a la venta.

—Te ofrezco el doble de lo que pagaste, pero dame unas horas. —Roger miró por encima de su hombro, y leyó el cartel pegado en la ventana de la posada—. Participaré en el concurso de rodeo y pretendo ganarlo para conseguir el dinero.

El hombre soltó una carcajada burlona, y a Lily le disgustó su actitud.

—¿Participarás en el concurso de rodeo? —replicó con escepticismo—. Mira, muchacho,

nadie me gana en rodeo. También participaré y no tengo intención de perder.

Roger mantuvo la mirada firme, sin inmutarse por la actitud del vaquero.

—Te sorprenderías de lo bueno que soy con el lazo —afirmó en un tono sereno, pero que a Lily la inquietó. El sujeto lo midió con la mirada, como sopesando su propuesta—. Entonces, ¿qué dices? —insistió Roger.

El vaquero se rascó la barbilla, pensativo, antes de responder:

—Está bien. Si realmente crees que puedes ganar, adelante, aunque te advierto que no será fácil. Si ganas, te la vendo por el doble de lo que pagué por ella, pero si pierdes, te olvidas de la yegua y te largas de aquí. ¿Trato hecho?

Roger extendió la mano con firmeza, sin vacilar.

—Trato hecho.

Lily miró a Roger con una mezcla de preocupación y admiración mientras el vaquero estrechaba su mano, sellando el acuerdo. Después, Roger la tomó de la mano y la llevó dentro de la posada, pidiendo un refresco para los tres. Dean se lo bebió de una sola vez. Lily observó a Roger, quien parecía abstraído, como si el nerviosismo no pudiera apoderarse de él, a pesar de que pronto tendría que participar en una competencia. Ella, en cambio, sentía que su estómago no iba a resistir tanta ansiedad acumulada dentro de sí.

—Roger —preguntó con inquietud—, ¿qué pasa si pierdes la competencia?

—Eso no sucederá —respondió antes de dar un sorbo a su bebida con lentitud.

—En el supuesto de que sí perdieras, ¿cómo haré para recuperar a mi yegua? No es justo que tengas que pagar el doble por un animal que me pertenece desde el principio.

—Relájate, hada del bosque —le dijo mientras clavaba su intensa mirada azul sobre la suya. Lily advirtió que le hacía falta un buen afeitado y que su cabello estaba demasiado largo, aunque eso no le quitaba atractivo. Tragó saliva y se centró en escucharlo—. El único que me gana en rodeo es Bruce, y a veces también me ha ganado Jake. Los Anderson somos reconocidos por nuestras destrezas.

—¿De verdad eres tan bueno con el lazo, o estás alardeando? —preguntó, dudosa.

—Soy bueno para muchas cosas, nena —le respondió, regalándole una sonrisa cínica que la hizo enrojecer.

—¡Nena será tu abuela! —respondió molesta—. ¡Y no me creo eso de que tengas tantas habilidades!

Roger soltó la primera risa sincera desde que lo había conocido, y ella sintió un cosquilleo agradable navegar dentro de su pecho.

—¿Quieres apostar?

—Sigue soñando, vaquero. El día que llueva voy a apostar por ti.

Roger volvió a sonreír y ella pensó que era afortunada por presenciar aquel espectáculo de masculinidad y sensualidad en un solo momento y en una sola persona. Sin lugar a duda, Roger Anderson poseía muchas habilidades, y una de ellas era desarmar la cordura de una chica con esa sonrisa diseñada para conquistar. Seguro que era un mujeriego, igual que su hermano Bruce.

Después de comer y asearse en un cuarto que rentaron para pasar la noche, Lily y Dean esperaban sentados en las graderías a que se diera inicio del concurso de rodeo. El sol de la tarde bañaba la arena con un calor abrasador, pero eso no aminoraba los ánimos ni la emoción palpable de la multitud que se encontraba reunida para presenciar el evento. Lily observaba con atención cada detalle del lugar. A su alrededor, los espectadores charlaban animadamente, algunos apostando por sus favoritos, mientras los niños corrían y jugaban en los escalones. Dean,

a su lado, no podía ocultar su entusiasmo, moviéndose inquieto en su asiento y lanzando miradas expectantes y ansiosas hacia la arena. A ella, en cambio, la tensión se reflejaba en su rostro, aunque intentaba disimularlo para no preocupar a su hermano.

A lo lejos, divisó a Roger entre los competidores y por un momento se sintió orgullosa de él, y agradecida de lo que hacía por recuperar a su yegua. Su figura se destacaba por su postura segura y confiada, y parecía cómodo, como si aquello fuese algo a lo que estaba acostumbrado. Su ojo ya se había deshinchado bastante y la costilla parecía no molestarle, puesto que no lo había oído quejarse en ningún momento desde que habían iniciado su viaje por la mañana. Vestía una camisa de franela ajustada que realzaba su musculatura. Su presencia parecía irradiar una calma imperturbable, algo que Lily encontraba fascinante y reconfortante al mismo tiempo. Cerca de él, con una actitud que le pareció arrogante, se hallaba el vaquero que había comprado a Rois. De vez en cuando, le destinaba miradas confiadas a Roger, pero este ni se inmutó. Lily concluyó que ese hombre parecía tener nervios de acero.

El anunciador tomó el micrófono y la multitud se silenció al escuchar su voz. Los participantes del rodeo comenzaron a alinearse, y Lily sintió que su corazón latía más rápido si se podía. Su atención estaba por completo centrada en Roger. En ese momento, una mezcla de admiración y ansiedad se apoderó de ella, consciente de que el resultado de esa competencia podría determinar el futuro de su preciada yegua, Rois.

La música comenzó a sonar, y el primer jinete salió al ruedo, desatando una serie de ovaciones y aplausos. Lily entrelazó sus dedos, tratando de calmar sus nervios mientras esperaba que llegara el turno de Roger.

El primer jinete salió a la arena con confianza y manejó su caballo con destreza. Ejecutó su rutina con precisión y demostró de manera impecable sus habilidades. El segundo jinete fracasó en su intento de lacear al ternero, y abandonó la zona de competición despotricando furioso su mala fortuna.

Lily observó con atención a cada uno de los participantes siguientes, sintiendo cómo la ansiedad aumentaba dentro de ella. El primer jinete había establecido un estándar alto, y sabía que Roger tendría que superarse para ganar. Dean, a su lado, miraba con ojos brillantes, emocionado por el espectáculo.

—Le toca al vaquero que tiene a Rois —le dijo Dean, incrementando su nerviosismo.

—Espero que se caiga del caballo —rogó Lily en voz alta. Luego le destinó una mirada de disculpa a su hermano, quien la miraba con los ojos abiertos—. Es solo una expresión, Dean. No lo digo en serio.

La competencia dio inicio y el sujeto demostró ser bastante ágil con el lazo, sin embargo, Lily tuvo la impresión de que se demoró demasiado en tumbar al animal, el que se le resistió de manera considerable. Pese a ello, consiguió con éxito posicionarse como uno de los mejores participantes.

—Espero que Roger lo haga bien —pensó en voz alta.

El silbato sonó y Roger cabalgó con destreza a Kaiser, haciendo girar el lazo en la mano mientras el animal intentaba escapar. En un solo movimiento, echó su lazo con precisión sobre su cuello. Luego, descendió de su montura con agilidad y corrió hacia su presa, levantándolo y recostándolo en el suelo con rapidez, lo que evidenció la destreza con que ejecutó la tarea. Con la sogá que llevaba entre los dientes, le ató las patas mientras los espectadores aplaudían en reconocimiento a su extraordinaria interpretación. Roger no solo había replicado las maniobras del primer jinete con precisión, sino que las elevó a un nivel superior. La multitud comenzó a rugir su nombre, animada por la espectacular actuación. Lily sentía su corazón latir con fuerza,

cada vez más convencida de que Roger podría ganar. Dean saltaba en su asiento, aplaudiendo y gritando de emoción.

Cuando Roger abandonó la zona de competencia, el aplauso fue ensordecedor. Había demostrado ser el mejor con creces, y los jueces no tardaron en otorgarle la puntuación más alta.

—¡Vamos, Dean! —lo animó Lily mientras lo tomaba de la mano para no perderlo entre la multitud.

Una vez llegaron donde estaba Roger, se detuvieron a un par de metros de él. El vaquero que lo había desafiado cuando negociaron a Rois, ahora lo miraba con respeto.

—Si hubiese sabido que eras un Anderson, entonces me lo habría pensado antes de competir contra ti —le dijo con honestidad—. Su fama los precede.

—Aquí está el dinero por la yegua. Lo prometido es deuda.

El vaquero cogió la mitad de lo que le había entregado, y se lo guardó en el bolsillo. El resto se lo devolvió.

—Me quedo con lo que pagué por la yegua. Te has ganado el resto. Ha sido un placer competir contigo, Roger Anderson.

El vaquero le entregó las riendas de Rois, y luego se despidió con un gesto del sombrero, desapareciendo entre la multitud. Roger se inclinó hacia Lily y Dean, y una sonrisa de suficiencia iluminó su rostro.

—Te dije que ganaría —comentó mientras le entregaba las riendas de Rois.

—¿Podrías enseñarme? —pidió Dean, mirándolo con una emoción evidente.

—¡Claro que sí! —respondió, pasándole la mano por la cabeza en un gesto afectuoso.

Después, dio dos pasos hacia ella y le regaló otra de sus escasas sonrisas. Lily se dejó llevar por la emoción y lo abrazó con fuerza, conteniéndose de llorar de alegría por lo que había hecho por ella.

—Gracias, Roger. No sé cómo te pagaré todo lo que has hecho por nosotros.

—Ya se me ocurrirá algo —dijo con una sonrisa pícara que la hizo sonrojar—. Primero, vamos a celebrar.



24. Complicidad

Lily aprovechó que se había quedado a solas en la habitación para darse un buen baño y lavarse el cabello. Roger y Dean habían ido a hacer unas compras. La emoción por haber recuperado a su yegua aún la mantenía en un estado de exaltación, como si no pudiera creer su buena suerte. Mientras se sumergía en el agua tibia, dejó que la tensión acumulada se disipara, disfrutando del raro momento de tranquilidad. Recordó cada detalle del día, desde la competencia hasta la satisfacción de ver a Roger triunfar. A pesar de todo lo que habían pasado, sentía que las cosas empezaban a mejorar.

Una vez se secó el cuerpo, se envolvió con la toalla y abandonó el cuarto de baño. Para su sorpresa, sobre la cama descansaba un bonito vestido color verde esmeralda que parecía ser de su talla. Lily lo acarició, maravillada por su textura. También había un par de zapatos y ropa interior. Solo de pensar que Roger le había comprado esas prendas tan íntimas, sintió el rubor adueñarse de sus mejillas. Se vistió con rapidez y luego se frotó el cabello con la toalla, dejándolo suelto para que se secara.

Dos golpes en la puerta la arrancaron de sus cavilaciones y se apresuró en abrir. Roger y Dean la recorrieron con la mirada de manera apreciativa, aunque su hermano ingresó de inmediato al cuarto de baño, mientras que Roger parecía hechizado, observándola con algo parecido a la admiración. Era la primera vez que él la miraba así, y se sintió bonita.

—He traído esta botella de *whisky*. Uno de los organizadores me la regaló en secreto, bien oculta, para celebrar.

—Pero tú no bebes alcohol. ¿Qué haremos con ella?

—Una excepción —comentó sonriendo—. Te dije que celebraríamos, así que, apenas estés lista y yo me dé un buen baño, iremos a un sitio que encontré y que te podría gustar.

Roger avanzó y se quitó el sombrero, comenzando a desvestirse otra vez frente a ella.

—¿Es que no tienes pudor? —preguntó Lily, alzando una ceja.

—No, ¿y tú?

—Depende. Antes de una presentación, todos nos cambiábamos sin preocuparnos de quién estaba desnudo al lado, pero esto es diferente.

Roger la miró con una sonrisa traviesa mientras seguía desabrochando su camisa.

—¿Diferente cómo? —dijo, con un brillo pícaro en los ojos.— ¿Te pone nerviosa estar a solas conmigo?

«Sí», pensó, pero no dejaría que él lo notara.

Lo miró con ojos desafiantes, levantando la barbilla.

—No me pongas a prueba, Roger Anderson. He visto muchas cosas en el circo, y no eres tan atractivo como crees.

Roger otra vez la sorprendió con una carcajada, como si disfrutara poniéndola nerviosa. Después, se envolvió las caderas con una toalla y se dirigió al cuarto de baño, donde dio dos golpes en la puerta.

—Dean, ¿te falta mucho? Necesito bañarme.

—Ya salgo —informó su hermano desde dentro.

Pocos segundos después, Dean ingresó a la habitación y comenzó a desvestirse para ponerse la ropa nueva. Mientras Roger se encerraba en el cuarto de baño, ella aprovechó de recomponer sus nervios.

—Te ha comprado ropa a ti también, ¿eh?

Lily sonrió al ver a su hermano con una camisa limpia y pantalones nuevos.

—Sí, me dijo que lo merecía después de todo lo que hemos pasado —contestó Dean, con una sonrisa de oreja a oreja mientras se ponía los zapatos.

—Bueno, parece que Roger ha pensado en todo —respondió ella, con una mezcla de gratitud y sorpresa.

Se sentó en la cama, acariciando el vestido verde esmeralda una vez más, mientras escuchaba el sonido del agua en el baño. La emoción del día aún latía en su pecho, pero ahora, una extraña calma comenzaba a instalarse.

—¿Estás contenta de tener a Rois de vuelta? —preguntó Dean, rompiendo el silencio.

—Más de lo que podría expresar con palabras —admitió Lily, con una sonrisa que no podía contener—. Y tú, ¿emocionado por aprender a lazar como Roger?

Dean asintió con entusiasmo.

—Sí, él me agrada. ¿Crees que podré hacerlo?

—Estoy segura de que lo harás genial. —Lily le revolvió el pelo con cariño.

En ese momento, Roger salió del baño con el cabello mojado y una expresión relajada. Nunca lo había visto así, tan cómodo en su presencia. Se había afeitado, lo que incrementaba su atractivo debido a la perfección de sus facciones. Lily pensó que Roger era la virilidad hecha hombre, y suspiró sin poder evitarlo.

—¿Nos vamos? —preguntó una vez estuvo listo.

Lily asintió y salieron de la posada, envueltos en la agradable brisa del atardecer,

caminando por las calles polvorientas del pequeño pueblo. Ella se preguntaba a dónde la llevaría Roger, quien parecía absorto en sus pensamientos mientras su mirada se perdía en el horizonte. El silencio entre ellos era palpable, solo interrumpido por el ocasional murmullo de la gente que transitaba por las calles.

A medida que avanzaban, Lily notó que estaban alejándose del centro del pueblo y adentrándose en un área menos concurrida. Se sintió intrigada, pero también un poco nerviosa, aunque no sabía por qué. ¿Hacia dónde la estaba llevando Roger? ¿Y por qué se tomaba tantas molestias con ellos? Tan solo hacía unos días, ella y su hermano no eran más que un estorbo para sus planes. Sin embargo, ahora las cosas parecían haber cambiado.

Luego de un buen rato, Lily se preguntó si debería romper el silencio, pero decidió esperar. Confiaba en él y en sus decisiones, aunque el misterio la mantuviera en vilo. Finalmente, después de unos minutos que parecieron una eternidad, Roger se detuvo frente a una entrada adornada con banderas coloridas y un letrero desgastado que decía «Parque de entreteniones». Lily levantó las cejas, sorprendida y emocionada al mismo tiempo, y Roger le dedicó una sonrisa misteriosa. Dentro del parque, los sonidos de los juegos y las risas de los niños llenaban el aire. Lily se maravilló con los puestos de comida y las atracciones que rodeaban el lugar. Aquello la hizo sentir como en casa. Roger la observaba con una expresión de complicidad, disfrutando de su asombro y alegría.

—¿Te gusta? —preguntó finalmente Roger, rompiendo el silencio que los había acompañado desde la posada.

Lily asintió con entusiasmo, incapaz de contener su sonrisa.

—¡Es increíble! ¡Gracias por traernos aquí!

—Pensé que podría gustarles. —Roger se encogió de hombros con modestia.

—¡Hay un carrusel! —gritó Dean, eufórico de dicha—. ¿Podemos subir?

—Sí, Dean. Esa es la idea.

Dean corrió hacia el carrusel y Roger compró dos boletos que luego se los entregó.

—¿Tú no subirás? —preguntó Lily.

—Prefiero verlos desde aquí.

El carrusel, situado en el corazón del parque, era una de las atracciones más populares. Sus caballos de madera giraban a buen ritmo, gracias a un mecanismo operado por un hombre para su funcionamiento. Los niños reían y gritaban de emoción mientras daban vueltas y vueltas. Lily y su hermano subieron y disfrutaron del juego, y Roger los observaba de pie, apoyado en un poste y fumando un cigarro, sin quitarle los ojos de encima. Su rostro permanecía serio, tal como siempre, pero había algo nuevo en su manera de mirarla y de dirigirse a ella, como si ya no la considerara un estorbo; como si se sintiese cómodo en su presencia.

Al lado del carrusel, se encontraba la carpa del espectáculo de variedades. Dentro, un grupo de artistas de circo, malabaristas, y acróbatas realizaban sus números bajo la atenta mirada del público. Lily no pudo evitar sonreír ante lo que le resultaba tan familiar.

En el exterior, un vendedor de algodones de azúcar ofrecía sus dulces nubes rosadas, mientras que otro vendía palomitas de maíz. La noche ya se había adueñado del cielo y el parque se iluminaba con cientos de luces, creando un espectáculo casi mágico. Lily, Roger y Dean paseaban entre las atracciones en silencio, pero ella advirtió un cambio en la actitud de Roger, como si algo le preocupara.

—Lily —dijo Roger cuando caminaban de regreso a la posada—. Mañana deberíamos llegar a Waco. ¿Dónde te hospedarás?

—Ya me las arreglaré —respondió con un encogimiento de hombros—. Conocí a una

maestra cuando vinimos con el circo hace unos meses, y fue muy buena con Dean y conmigo. Estoy segura de que podré pedirle ayuda a ella para iniciar mi vida allí.

—¿Y en qué trabajarás?

—En lo que sea.

Roger frunció el ceño y se detuvo, cogiéndola por el brazo para que quedaran rezagados de Dean.

—Quizás deberías volver y quedarte con tu tía Flor, Lily. Al menos, allí la tienes a ella. En cambio, acá, no tienes nada. ¿Por qué escogiste Waco?

Lily suspiró, mirando el suelo por un momento antes de levantar la vista para encontrarse con su mirada.

—Waco siempre me ha parecido un lugar de oportunidades, Roger. Cada vez que he venido con el circo, he visto cómo la gente vive sus vidas, con sueños y aspiraciones, y me hizo querer lo mismo para Dean y para mí. Además, tengo buenos recuerdos de este lugar. Sé que no poseo nada, pero creo que aquí puedo construir algo nuevo, algo mejor.

Roger la miró sin modificar su expresión, pero ella leyó algo en sus ojos. Otra vez tuvo la impresión de que él quería decirle algo, aunque ninguna palabra abandonó su boca.

Llegaron a la posada y entraron a la habitación. Dean estaba cansado y se acostó vestido, durmiéndose casi al instante. El cuarto contaba con dos camas y ella compartiría una con su hermano, y cuando quiso acostarse, Roger meneó la cabeza de un lado al otro.

—Tú y yo tenemos una celebración pendiente, señorita, así que abandona esa cama y ven conmigo ahora mismo —dijo él, tomando la botella de *whisky* que descansaba en uno de los cajones.

—¿Ahora? —se sorprendió—. ¿Y Dean?

—Él estará bien. Además, no iremos lejos.

Roger cogió una manta y, sorprendiéndola, la tomó de la mano. La condujo casi a rastras hacia afuera, y por algún motivo, Lily se sintió expectante y feliz de compartir ese momento a solas con él.

—Roger —le preguntó cuando subieron por una escalera externa de la posada a una terraza oscura y solitaria en el segundo piso, que ofrecía una vista espectacular del cielo estrellado—. ¿Qué haremos aquí?

Aunque no pudo ver sus ojos ni su rostro, solo su silueta, supo que había sonreído con malicia. Un escalofrío la recorrió por dentro y sintió el estómago contraerse por los nervios, como si su cuerpo entendiera el peligro antes que su mente.

Roger se sentó en el suelo y le extendió la mano para que hiciera lo mismo. Ella lo hizo y, al sentarse a su lado, sintió un alivio inesperado. La calidez de su proximidad la tranquilizaba, como si, a pesar de las dudas y miedos, todo pudiera estar bien. Mientras se acomodaban, Roger abrió la botella de *whisky* y luego se la ofreció.

—Para celebrar nuestra victoria —dijo él en tono alegre.

Lily tomó un sorbo y tosió, pero consiguió tragar una pequeña cantidad que le calentó por dentro. Con la mirada fija en el cielo estrellado, se sintió extrañamente en paz, como si, por un momento, el resto del mundo desapareciera. La cercanía de Roger comenzaba a afectarle, provocando en su cuerpo sensaciones desconocidas. Quería conocer todo acerca de él, no solo de su vida y su familia, sino también sobre sus miedos y aspiraciones. Lily se preguntó si algún día él le abriría su corazón. Luego comprendió que eso ya no sería posible, porque en unas cuantas horas, todo habría acabado para ellos. Roger recuperaría a su hermano y regresaría a casa, y ella se quedaría allí, en Waco, únicamente en compañía de Dean. De pronto, Lily sintió que la

tristeza inundaba su corazón y que los ojos se le llenaban de lágrimas. Roger, por su parte, parecía ensimismado y daba pequeños sorbos a la botella, como si no quisiera que se acabara tan pronto. Así estuvieron ambos, sumidos en un silencio cómplice, pero que parecía decirlo todo, sintiendo que las palabras eran innecesarias cuando lo más importante estaba en el aire, entre miradas y suspiros.

Movida por el calor del alcohol y la necesidad apremiante de estar con él, Lily se envalentonó. Sintiendo una oleada de coraje y deseo, se acercó más a Roger, hasta que pudo sentir la caricia de su aliento en su rostro. Él no se alejó. Sin pensarlo más, Lily se arrojó sobre sus labios, cerrando la distancia entre ellos con un beso lleno de pasión y necesidad. Era inexperta, pero no le importó. Solo se dejó llevar. Roger la sostuvo con fuerza, respondiendo a su beso con la misma intensidad, mientras la noche estrellada se convertía en testigo de ese momento, en que no había cabida para pensar en el mañana.



25. Pasión desenfrenada

Cuando Lily lo sorprendió con un beso que evidenciaba su deseo de estar con él, Roger fue incapaz de seguir conteniéndose y le correspondió. Había reprimido sus ansias por sentirla durante demasiado tiempo. Apenas sus labios estuvieron en contacto, algo se encendió dentro de él; algo agradable que se entremezclaba con la excitación de su propio cuerpo y el deseo de explorarla hasta el final. Su boca era suave, y lo instaba a probarla. Roger sintió cómo el mundo se desvanecía alrededor de ellos, centrándose únicamente en la calidez de sus labios. Sus propias manos, antes tensas de tanto contenerse, se movieron por instinto, rodeando su cintura y atrayéndola hacia sí. El beso se profundizó, y Roger se dejó llevar por la mezcla de pasión contenida y la dulzura e inexperiencia que emanaba de Lily. Se permitió sentir cada matiz de aquel beso: la suavidad de su piel, el temblor leve de su respiración, y el sabor dulce y embriagador que le dejó sin aliento. Sus manos la abrazaron con fuerza, pero también con ternura, como si temiera que el momento se desvaneciera si no la sostenía con firmeza.

Envalentonado por el alcohol y por la urgencia que parecía experimentar Lily por acariciarlo también, la inclinó hacia atrás y descendió por su cuello, disfrutando de su sabor y su aroma. Ella inclinó la cabeza hacia un lado, facilitándole el acceso e incrementando un deseo que parecía haberse desatado igual que un temporal que arrasaba con todo a su paso, sin medida y sin restricciones. El mundo a su alrededor desapareció. Solo existían ellos dos en aquella terraza

bajo el cielo estrellado. Cada segundo que pasaba, Roger sentía como si se hundiera más en el océano de emociones que Lily despertaba en él.

—Roger —jadeó su nombre buscando sus labios.

Incapaz de contenerse por más tiempo, sus manos desataron las amarras del vestido, dejando libre sus pechos. Estos eran pequeños y perfectos, y Roger los acarició con su boca con exquisito cuidado, como venerándolos. Lily fue presa de la excitación, y se arqueó para él. Por un momento, Roger tuvo la impresión de que no podría contenerse por más tiempo. El deseo por hacerla suya era tan intenso que pensó que se volvería loco si no culminaba lo que habían comenzado.

—Eres preciosa, hada del bosque —le susurró al oído antes de besarla con ansias.

Lily le acarició la espalda cada vez con más seguridad, y Roger se quitó la camisa para sentir sus manos directas sobre su piel. Lily se aventuró y le besó el pecho con suavidad, arrancándole un quejido de placer. Él, desesperado por hundirse en ella, acarició su intimidad y descubrió complacido que estaba lista para recibirlo. Lily era fuego líquido y pasión, y él estaba desesperado por quemarse.

Roger se recostó sobre ella y Lily lo envolvió con las piernas, apresándolo con fuerza.

—¿Estás segura de que es lo que quieres? —preguntó Roger en un momento de lucidez, tomando su rostro con ambas manos para mirarla en la penumbra.

—Sí. No te detengas.

Roger se desabrochó el pantalón y la hizo suya, despacio. Lily se quejó por la intrusión, pero él la tranquilizó acariciándole los labios con los suyos en un beso tierno. De pronto, toda esa pasión se tornó ternura, y lo que había iniciado como un momento de deseo carnal, se volvió algo más profundo; algo que Roger sintió en lo más íntimo de su ser. Se movió sobre ella con exquisita suavidad, pese a que el deseo que sentía por llegar al final era casi incontenible, pero era Lily quien importaba. Poco a poco las acometidas se fueron incrementando, hasta que ella se dejó ir primero. La besó, silenciando sus quejidos, y por fin se permitió liberar su deseo, hasta que sus cuerpos saciados se relajaron por completo.

Se miraron en la oscuridad, sin dejar de acariciarse, como si ambos fuesen conscientes de la intensidad del momento.

—¿Estás bien? —le preguntó Roger cuando se dio cuenta de lo que habían hecho, y también de lo que experimentó con el encuentro de sus cuerpos.

—Sí —asintió ella—. ¿Y tú?

—Estoy bien —mintió.

La culpa se apoderó de él con fuerza, no solo por haber intimado con ella, una muchacha inocente que quizás soñaba con príncipes o con un amor de ensueño, sino también por haber experimentado un sentimiento igual o más profundo que el que su corazón acogía por Helen. El miedo de haberla reemplazado en su interior lo hizo tambalearse. Cada vez que pensaba en Helen, su memoria se llenaba de recuerdos nostálgicos y de una tristeza que nunca había logrado superar. Pero ahora, con Lily, sentía algo nuevo, algo que lo asustaba tanto como lo atraía.

Roger se apartó de ella con suavidad, y agradeció que no pudiera ver su expresión horrorizada y compungida. Mientras se recomponía la ropa, se preguntó si era justo para ambas, si estaba siendo honesto consigo mismo o si simplemente estaba utilizando a Lily para llenar el vacío que Helen había dejado. La posibilidad de estar traicionando la memoria de Helen y, al mismo tiempo, los sueños de Lily, le provocó un nudo en el estómago. Todo lo que siempre juzgó en sus hermanos como actos imprudentes, ahora los había cometido él, cuyos principios morales siempre habían estado bien arraigados en su persona, hasta que Helen murió. La culpa lo

abrazó con fuerza, y no sabía cómo gestionarla. Además, el lugar donde se habían amado no era el más propicio para su primera vez, y se maldijo por su estupidez.

Miró a Lily, que aún lo observaba en silencio mientras se acomodaba el vestido. La fragilidad de ese momento lo golpeó con una fuerza inesperada, haciéndolo consciente de lo que realmente estaba en juego. ¿Podría permitirse seguir adelante con este nuevo sentimiento, o debería hacerse a un lado antes de causar más daño? La confusión y la culpa luchaban en su interior, y por primera vez en mucho tiempo, Roger no supo qué camino tomar.

Lily supo que algo había pasado con Roger, ya que notó que el aire se volvía más espeso a su alrededor, como si sus pensamientos lucharan por ordenarse dentro de su cabeza. Ella, por su parte, jamás se había sentido así, tan bien y tan extraña a la vez. La sensación de los besos de Roger sobre su boca, sus caricias y la respuesta de su cuerpo ante el roce de sus manos y sus labios sobre su piel la llevaron a experimentar el momento más fascinante de su vida. Algo muy grande había ocurrido entre ellos; algo que de alguna manera era especial y que, pese a su inexperiencia en asuntos del corazón, sabía que era único. Lily comprendió que sus sentimientos por Roger iban más allá de una simple atracción. Se estaba enamorando de él, y lo supo porque, de otro modo, jamás se habría acostado con él. No bastaba la pasión del momento ni el haber ingerido un poco de alcohol para decidir entregarle su regalo máspreciado. No, no bastaba, porque en ningún momento ella dejó de pensar. La lucidez de su cabeza permanecía intacta, pese al *whisky*, desde que dio el primer sorbo. Se había entregado a él porque así lo quería, por decisión personal y porque sabía que era el indicado.

—Será mejor que regresemos —dijo Roger, poniéndose de pie.

Ella se levantó, sintiendo su cuerpo dolorido por la intrusión, pero no le preocupaba eso, sino lo que pasaría a continuación con su relación. Roger cogió la manta y la botella, y abandonó la terraza sumido en un silencio que la inquietó. Lily supo que él se había arrepentido de lo que habían compartido, porque, de otro modo, no se explicaba su indiferencia, como si no acabaran de amarse en plenitud.

Avanzó detrás de él en silencio hasta que llegaron a la habitación. Lily observó cómo, en la penumbra, Roger se quitaba la ropa con movimientos mecánicos, como si estuviera agotado física y emocionalmente. La visión de él metiéndose en la cama despertó en ella una mezcla de emociones: tristeza por la distancia que parecía haber entre ellos ahora, y rabia dirigida hacia él por su cobardía. La sensación de que algo se estaba desmoronando era palpable en el aire, haciéndola sentir vulnerable y desorientada frente a lo que podría suceder a continuación.

Después de asearse en el cuarto de baño, se acostó junto a su hermano y se recreó en el recuerdo de las deliciosas sensaciones que experimentó con las caricias de Roger. Se sintió amada y deseada en plenitud, pero, sobre todo, amada. Los ojos se le llenaron de lágrimas, aunque no se arrepentía de lo ocurrido. Aquella experiencia había sido mejor que cuando aprendió a invertirse sobre Rois en movimiento, y mejor que cuando consiguió acertar cien veces seguidas a la antorcha en llamas sin fallar con su lazo. El haberse entregado a Roger era por mucho, lo mejor que había vivido, y guardaría la experiencia en lo más profundo de su corazón.



26. Waco: Se busca

Luego de desayunar algo rápido en la posada, emprendieron el viaje con destino a Waco. Ya faltaba poco para llegar. Roger no había sido capaz de mirarla a los ojos en ningún momento de la mañana, lo que aumentó la sensación de incertidumbre y desasosiego en Lily. El silencio parecía haberse adueñado del espacio que compartían. Dean, por su parte, cabalgaba sobre Arrow unos metros más adelante, ajeno a lo que acontecía entre ellos.

—Pronto te librarás de nosotros por fin —dijo Lily en tono jocoso, intentando distender el ambiente, aunque no lo consiguió. Roger permanecía rígido sobre su caballo, con expresión inmutable—. Parece que hoy no estás de humor.

Nada. Lo único que recibió de él fue su indiferencia. Aquella actitud le causó confusión, ya que lo vivido durante la noche anterior, para ella, había sido especial y, de algún modo, creyó que para él también había sido así. Sin embargo, Roger parecía indiferente a todo, como si ella solo hubiese sido una más de la larga lista de mujeres que quizás sí habían intimado con él. Un vacío que dolía se le alojó en el pecho y, de pronto, fue presa de la decepción. Podía entender que él no la quisiera o ya no la deseara, pero no podía comprender aquella actitud arrogante de indiferencia después de todo lo compartido juntos. Y, como no quería llorar frente a él, decidió enfrentarlo con la mayor entereza posible, y con la ira dominándola como única arma y escudo para blindar su corazón, el que ya parecía haberse magullado de manera inevitable.

—¿Se puede saber qué bicho te picó? —lo enfrentó, sin poder ocultar la rabia en su tono de voz.

Lo vio apretar los labios y luego la miró con esos ojos azules, inundados de algo que no pudo descifrar: ¿ira?, ¿dolor?, ¿miedo?

—No me pasa nada —respondió esquivando sus ojos y adelantándose para evitar el diálogo—. Solo quiero llegar pronto a Waco.

Lily sabía que eso no era verdad, y que su manera de comportarse tenía directa relación con lo que había sucedido por la noche.

—Eres un cobarde —le espetó, acelerando el paso sobre Rois hasta ubicarse a su lado—. ¿Por qué no me dices la verdad? Estás arrepentido de lo que pasó entre nosotros, y prefieres actuar como si nada hubiese ocurrido, ¿verdad?

—No sabes lo que dices —respondió, molesto.

—O tal vez, ya conseguiste lo que querías, y ahora «si te he visto no me acuerdo».

Roger se detuvo de golpe, descendió del caballo y luego la tomó del brazo para bajarla de Rois. La llevó, movido por la ira que ella podía sentir en sus movimientos, hasta internarse en una zona más boscosa, lejos de Dean. Una vez estuvieron lo suficientemente distanciados, se detuvo y la enfrentó, y a Lily se le trizó el corazón con cada mirada y cada palabra dicha con tanta fiereza.

—¡Escúchame bien, Lily, porque quiero que entiendas lo que te voy a decir! —gritó, acortando la distancia entre ellos—. ¡No soy ningún cobarde!, y sí, estoy arrepentido de lo que ocurrió entre nosotros ayer. Eso nunca debió pasar.

—¡Actúas como si fuera mi culpa!

—Estoy molesto, ¿entiendes? —La tomó por los brazos dándole una pequeña sacudida contenida—. No debí llegar tan lejos contigo. Yo no quería esto, yo estaba bien antes de conocerte —le reprochó llevándose la mano al mentón, en un gesto de frustración.

—Y yo no te he pedido nada, Roger —respondió con entereza, aunque por dentro sentía un dolor punzante en su pecho.

—Tú no entiendes —dijo soltándola y dándole la espalda.

—Entonces, ¡explícame! —exigió, cruzándose de brazos.

Lily agradeció haberse puesto pantalones y no un vestido, ya que lo que menos quería era sentirse como una frágil damisela que debía ser rescatada.

—¡He traicionado la memoria de Helen! —gritó, perdida ya toda la compostura. Luego, inspiró para tranquilizarse y agregó con voz queda—. He traicionado a la única mujer que he amado por un arrebató del momento.

Cuando Lily escuchó decir esas palabras, como si ella solo hubiese sido un pasatiempo, supo que algo se había roto dentro de sí. Respiró hondo y lo miró fijamente.

—¿Un arrebató del momento? —repitió con dureza mientras su voz temblaba de rabia y dolor—. Pues déjame decirte algo, Roger Anderson. No necesito tus remordimientos ni tus disculpas. Lo que pasó entre nosotros fue por mutua decisión. Te arrepientes, lo sé, pero al menos yo no culpo a los demás de mis propias decisiones. ¡Deja de mirarme como si yo fuese la responsable de tu desgracia!

Sin esperar respuesta, Lily le dio la espalda y se alejó con paso firme, dejando a Roger a solas, enfrentando sus propios demonios.

Subió sobre su montura y, sin siquiera esperarlo, emprendió el camino hacia Waco, luchando por contener las lágrimas que insistían en escapársele de los ojos.

El resto del viaje transcurrió en un silencio denso, cargado de una tensión palpable. Lily,

perdida en sus pensamientos, alzó la vista al cielo y se sorprendió al divisar algunas nubes dispersas y oscuras. Recordó cuánto tiempo había pasado desde la última lluvia y anheló por un momento sentir la frescura de unas gotas que refrescaran su piel. La amargura que se había instalado en su corazón parecía haber menguado su estado de ánimo y consumido todas sus energías.

Después de horas de cabalgar en un silencio incómodo, Lily y Roger finalmente llegaron a Waco al caer la tarde. El sol se ocultaba lentamente en el horizonte bajo unas nubes grises que otorgaban un respiro al calor reinante, matizando el cielo de tonos anaranjados mientras se aproximaban a la ciudad. A medida que avanzaban por las amplias calles, el bullicio característico de una tarde de ciudad comenzó a llenar el aire.

Roger llevaba horas de agonía debido al peso de la culpa que cargaba encima. Incluso estaba desesperado por perder a Lily de vista, porque su cercanía solo conseguía que se desatara el caos emocional dentro de sí. Se maldijo por su estupidez, por beber con ella a solas en la terraza y por permitir que aquellos besos que le dieron no solo placer, sino que también algo de paz, llegaran mucho más lejos de lo moralmente establecido. «Estúpido», se repitió una y otra vez en su mente. Si tan solo no se hubiera dejado llevar por la pasión del momento, ahora no cargaría con los remordimientos. Cuando dormía con prostitutas, no sentía culpa, porque eran mujeres dedicadas a eso, a dar placer, sin que intervinieran ni se comprometieran sentimientos de por medio. Jamás intimó con una mujer con la que no tuviera una relación, hasta ahora, en que, además, había desvirgado a una muchacha decente, lo que agravaba la situación. «¿Y si se embarazaba?» Roger se atormentó pensando en eso, sin dejar de repetirse que era un estúpido insensato por tratar a Lily como a una mujer cualquiera.

Atormentado y frustrado por sus imprudencias, dejó a un lado sus elucubraciones y centró su atención en la ciudad de Waco, la que se extendía ante ellos con su mezcla peculiar de arquitectura moderna y antigua, como un recordatorio del paso de la historia tejana. Una serie de edificios comerciales se encontraban agrupados en torno a la plaza principal de la ciudad, y una gran iglesia se erguía imponente ante ellos.

Mientras recorrían las calles, Roger comenzó a notar pequeños carteles en los postes y ventanas, en los que se podía visualizar la imagen de una mujer de cabellera roja. Intrigado, se acercó a uno de ellos y leyó con sorpresa el mensaje impreso en letras grandes:

«Se busca por rapto a menor de edad: Lily Macleod. Se ofrece recompensa. Si tiene información, comuníquese con la oficina del *sheriff* más cercana».

Preocupado, Roger observó el retrato de Lily en el cartel, y luego se giró hacia ella.

—¡Soy yo! —chilló Lily con incredulidad.

—¿Tienes idea de quién pudo haber hecho esto y por qué? —indagó Roger.

La vio apretar los labios y mirar a Dean con preocupación.

—Mi tío Oliver —admitió luego de unos segundos de tensión—. Es el único que tiene motivos para buscarme, y no encontró nada mejor que valerse de la ley para hacerlo.

—¿Por qué tu amigo Owen no te advirtió de lo que estaba pasando? —le preguntó con desconfianza.

Lily endureció el gesto y lo miró como si quisiera atacarlo. No le había gustado nada que pusiera en tela de juicio la lealtad de su amigo.

—Conociendo a mi tío, de seguro quiso quitarse a Owen de encima antes de que se

publicara la información de búsqueda. Así, él no podría advertirme de esto —lo excusó.

Roger echó un vistazo rápido a la calle, y decidió que tendrían que encontrar un lugar donde refugiarse a Lily, ya que Waco se había vuelto un sitio inseguro para ella.

—Ya puedes despedirte de tu sueño de iniciar una vida aquí —le espetó, girando su caballo para marcharse—. ¡Vamos! Tenemos que encontrar un sitio donde esconderte. Y después, regresarán conmigo y los dejaré donde tu tía Flor.

Lily, al escucharlo, se sobresaltó.

—Pero ¡yo no quiero regresar! —exclamó con los ojos llenos de lágrimas—. Lo que deseo es empezar una nueva vida aquí.

—Ahora mismo, eso no es posible. Encontraremos un sitio donde puedas esconderte, y después regresarás conmigo. Tu única opción es volver con tu tía Flor.

—Pero... —Roger la interrumpió.

—¡Lily, esto no es negociable! —le recalcó con firmeza y luego emprendió la marcha, dejándola atrás.

Los siguientes diez minutos los hicieron en absoluto silencio, aunque Roger podía palpar en el ambiente la tensión que despedía el cuerpo de Lily. Él, por su parte, aún no determinaba en qué sitio podría ocultarla, ya que sus características físicas estaban diseñadas para llamar la atención, en especial con esa cabellera roja que parecía emerger como llamas de fuego desde su cabeza.

—Esperen aquí —ordenó cuando llegaron a una zona periférica de Waco, en donde se observaba una hilera de modestas casas de madera y pequeños comercios. Lily miró a su alrededor con nerviosismo mientras Roger desmontaba y se acercaba a ella.

—¿Adónde vas?

—Voy a buscar a mi hermano. No te muevas de aquí y mantén un perfil bajo —dijo Roger con seriedad, indagando algún lugar seguro donde pudiera dejar a Lily de manera temporal.

Divisó un pequeño local que ofrecía comidas, y los llevó hasta allí. Cuando entró, se dio cuenta de que había pocas personas, lo que disminuía los riesgos de que alguien reconociera a Lily allí. Algunos pocos se giraron, destinándoles miradas curiosas, pero luego regresaron su atención en la comida que tenían servida en el plato.

—Mientras ustedes comen, yo iré a averiguar sobre mi hermano. Si me tardo, no se muevan de aquí. No hablen con nadie. No llamen la atención, ¿entendido?

Lily asintió, tensa y en silencio. Roger pidió y pagó la comida a la camarera, y luego se despidió de Lily con un gesto casi imperceptible, para luego montar sobre su caballo e ir por Bruce a la prisión. Mientras avanzaba, una sensación de desasosiego se apoderó de él, aunque no tenía claro si era por su hermano o por el destino de Lily. En Waco atardecía, al igual que en su interior.



27. Incertidumbre

La sensación de incertidumbre acompañó a Lily durante todo el trayecto hacia Waco, como una sombra persistente que no podía sacudirse. Eran muchas las emociones que experimentaba por dentro como para poder encontrar el equilibrio interior. Desde que habían muerto sus padres, que llevaba conteniéndose de dar rienda suelta a su dolor. Se sumaba ahora a su carga emocional el hecho de haber vivido un momento tan maravilloso con Roger durante la noche, para que luego él la hiciera sentir como si toda ella fuese un error. Lo único que quería hacer era gritar y llorar de rabia, tristeza y frustración. Esta inquietud se intensificó cuando Roger, sin mirarla a los ojos, los dejó allí, a solas, mientras iba en busca de Bruce. En ese momento, se generó una distancia emocional tan grande entre ellos que Lily sintió que se ahogaba por dentro. La frialdad de Roger, tan distinta a la cercanía que habían compartido antes, la había afectado, dificultándole hasta la respiración.

—¿Qué tienes, Lily? —preguntó su hermano, indagándola con la mirada.

A Lily le llamaba la atención que Dean, siendo aún tan pequeño, percibiera sus cambios anímicos con tanta agudeza.

—Nada, estoy bien —lo tranquilizó—. Será mejor que te comas todo y rápido. Tenemos que encontrar un sitio donde pasar la noche.

Dean asintió y ella se sumergió en sus pensamientos otra vez, rogando para que Roger

tuviera éxito en su búsqueda. Y aunque le deseaba lo mejor y esperaba que encontrara a su hermano sano y salvo, su preocupación mayor recaía en no ser reconocida por nadie en Waco. Los carteles de «Se Busca» con su nombre y rostro estaban por todas partes, incluso dentro del establecimiento donde comían ahora, y sabía que cualquier mirada prolongada podría significar el final de su libertad. Se sentía expuesta, vulnerable, como si todos los ojos de la ciudad estuvieran sobre ella, esperando descubrirla.

La puerta se abrió y entraron dos hombres de mediana edad, que se ubicaron en uno de los taburetes del mesón. Uno de ellos la miraba de manera insistente, y ella tuvo miedo de que la hubiera reconocido. Dean parecía no percatarse de su nerviosismo y se centraba en comer. Lily bajó la cabeza, en un intento por esconderse de su escrutinio, pero el sujeto tenía otras intenciones. Se levantó de su asiento y caminó hasta ella.

—¿Esperas a alguien, preciosa? —le preguntó el hombre en un tono que pretendía ser amistoso, pero que no consiguió calmar su desasosiego.

—Sí —respondió con aridez—. Espero a mi esposo.

El sujeto chasqueó los labios.

—Qué lástima. Hubiera disfrutado de tu compañía. Si te cansas de esperar, estaré allí —le informó antes de regresar a su asiento.

Después de ese momento, le fue imposible tranquilizarse. El sujeto no dejaba de mirarla y luego hablarle a su acompañante, y la hora avanzaba cada vez más rápido, dejando caer a pasos agigantados la inminente noche. De Roger, no tenía ninguna noticia y Dean ya mostraba indicios de cansancio. Entonces decidió que ese ya no era un sitio seguro y que debían salir.

Se levantó con rapidez y tomó la mano de su hermano con firmeza.

—Vamos, Dean. Será mejor que esperemos a Roger fuera.

—Pero ¡dijo que nos quedáramos aquí! —exclamó sin comprender.

—Ya sé lo que dijo, pero este lugar dejó de ser seguro.

Una vez fuera, Lily caminó hacia los caballos, tomó las riendas y se alejó, refugiándose detrás de los árboles, aunque se mantuvo lo suficientemente cerca como para ver si Roger regresaba. A los pocos minutos, el sujeto que la había abordado dentro abandonó el establecimiento, con su amigo siguiéndole. Lily se ocultó detrás de un árbol, pero los caballos eran perfectamente visibles y supo que ese sitio tampoco le otorgaba seguridad. La ciudad, que una vez había visto como un lugar de nuevas oportunidades, se había transformado en una trampa donde cada esquina podía esconder una amenaza.

—Lily, estoy cansado —se quejó Dean—. ¿Crees que Roger tardará mucho?

—*Shh*, no hagas ruido —le pidió, haciéndole un gesto con la mano para que bajara la voz.

Dean asintió y ella aprovechó para volver a asomarse.

—¿Qué ves?

—No estoy segura, pero creo que... —De pronto, sintió que la tomaban con fuerza por atrás, y que Dean gritaba su nombre.

—¡No te muevas, preciosa! —le advirtió el hombre.

—¡Suéltame!

—No lo creo. Tú te vienes conmigo —escuchó que le decía mientras observaba horrorizada cómo el otro sujeto cubría la boca de Dean y lo levantaba en brazos para evitar que escapara.

Un tercer hombre que no supo de dónde apareció, tomó las riendas de sus caballos y se los llevó.

—¡Suéltame y déjame ir! —exigió, luchando en vano, ya que el hombre era fuerte y la sostenía con demasiada firmeza.

—Lo siento, preciosa, pero tu cabeza tiene precio, y ahora mismo me viene muy bien la recompensa.

—¡Me confundes con otra! ¡Déjame ir! —le gritó, pero fue inútil.

Los hombres se rieron, y ella supo que estaba perdida. No había manera alguna de informar a Roger sobre su desafortunada situación. Pero no fue eso lo que la horrorizó, sino el no saber qué sería de ella y de Dean en manos de unos desconocidos. La calle, por su parte, se tornaba cada vez más oscura y solitaria, incrementando su angustia. Sabía que gritar sería una batalla perdida, ya que la imagen de su rostro estaba repartida por toda la ciudad, y nadie querría ayudarla siendo una persona buscada por las autoridades.

Los hombres avanzaban con rapidez, arrastrándola a través de las callejuelas desiertas. Cada paso que daba aumentaba su desesperación. Mientras caminaban, se imaginaba los peores escenarios posibles para ella y Dean. Finalmente, la metieron en una casa ubicada a un par de cuadras de donde estaban. Después, la empujaron hacia un cuarto pequeño y oscuro, cerrando la puerta tras ella con un estruendoso golpe.

—¡Dean! —gritó cuando se percató de que a su hermano se lo habían llevado hacia otra habitación—. ¡Por favor! ¡No me separen de mi hermano!

La oscuridad, aunque no era absoluta, resultaba opresiva, y el aire estaba cargado de polvo, humedad y desesperación. Con la respiración agitada, se abalanzó sobre la puerta, golpeándola con fuerza.

—¡Dean! —gritó a todo pulmón, con el miedo desgarrándole por dentro. Era presa de una angustia que apenas si podía soportar—. ¡Por favor! ¡No le hagan daño a mi hermano!

Cinco minutos después, Lily se dejó caer al suelo y se abrazó las rodillas mientras un sinfín de pensamientos y emociones la asaltaban sin piedad. El miedo a lo desconocido, la desesperación por no poder proteger a su hermano, y la creciente sensación de abandono la envolvieron, asfixiándola. Su respiración se descontroló, y un mareo profundo precedió a un desvanecimiento que la mantuvo inconsciente por algunos minutos, o al menos, esa sensación tuvo ella. Cuando recobró el conocimiento, su hermano se abrazaba a su cuerpo con fuerza y lloraba sobre su pecho en un llanto inundado de agonía.

—¡Dean! —gritó mientras lo envolvía en sus brazos, presa de la desesperación y el alivio—. ¿Estás bien?

—Sí —respondió sollozando—. Pensaba que te habías muerto.

—Tranquilo, ya estoy bien.

—¡Tengo miedo, Lily! —reconoció sin alejarse de ella.

—Nada sucederá, Dean. Quédate tranquilo, que estaremos bien. Ya lo verás —dijo para apaciguarlo, aunque bien sabía que no tenía certeza de que aquello fuera así.

Permanecieron así, abrazados en el suelo y sumidos en la penumbra, otorgándose mutuo consuelo. Lily dudaba poder conciliar el sueño. La incertidumbre hacia lo desconocido la inquietaba, pero no había nada que ella pudiera hacer para huir de ahí. El cuarto tenía una pequeña ventana, la que apenas dejaba ingresar algo de luz, aunque era tan tenue que casi no vislumbraba la silueta de su hermano. La única luz que veía era la esperanza de que Roger, de alguna manera, pudiera encontrarla antes de que fuera demasiado tarde, pero también tenía certeza de que eso era imposible. La realidad se imponía con una frialdad aplastante, y el temor de lo que podría suceder la mantenía en un constante vaivén emocional.

Se aferró a Dean con más fuerza, intentando transmitirle una seguridad que ni ella misma

sentía, mientras su mente buscaba desesperadamente una salida a su situación. La noche avanzaba lentamente, y con cada minuto que pasaba, la desesperanza crecía.

«Roger», pensó con melancolía, temiendo no volver a verlo, pues no tenía certeza acerca de lo que el futuro le depararía, si es que existía alguno para ella.

Una vez que escuchó la respiración de Dean volverse acompasada, Lily se permitió llorar y, esta vez, el pecho se le sacudió en espasmos que era incapaz de contener. Durante esas semanas, demasiados eventos habían remecido sus emociones, y ya no podía sostener por más tiempo esa falsa sensación de normalidad.

Cerró los ojos y se aferró al recuerdo de Roger, buscando desesperadamente consuelo. En el silencio oscuro de la habitación, su mente se llenó de imágenes de momentos compartidos: desde las discusiones y miradas frías hasta los abrazos, las caricias y los besos apasionados. Su rostro fue lo último que vio en su mente, antes de dormirse por agotamiento.



28. La encrucijada

Cuando Roger dejó a Lily y a Dean en aquel local de comida, una sensación inquietante se instaló en su pecho, como si hubiera perdido una parte de sí mismo. La situación se había vuelto complicada, y el temor por la seguridad de Lily lo consumía. No había otra forma de hacer las cosas y tenía que actuar con rapidez. No podía permitirse esperar un día más para confirmar si aquel sujeto en prisión era realmente su hermano Bruce.

Mientras cabalgaba hacia la prisión, sus pensamientos eran un verdadero caos. El peso de la responsabilidad lo aplastaba, sabiendo que cada minuto contaba. Por otra parte, estaba el asunto de los remordimientos. No había podido quitarse de encima el recuerdo de cuánto había disfrutado con los besos de Lily y de sus caricias, ni tampoco el hecho de que le aterraba haber traicionado la memoria de su amada Helen debido a lo que sintió cuando estuvo con ella en la intimidad. Además, estaba el asunto de su virginidad. Se maldijo por su estupidez, por no haberse contenido como lo había hecho muchas veces cuando salía con otras mujeres. Y por más que intentaba comprender esa actitud que no era propia de él, no conseguía dar con las respuestas para sus irresponsables acciones. Se sentía perdido, en terreno inexplorado, y la sensación no le gustaba nada.

Al llegar a la prisión, miró al cielo y notó que la luz del día pronto se extinguiría debido a las oscuras nubes que comenzaban a arremolinarse, presagiando una tormenta inminente luego

de una larga temporada en sequía. Se apresuró a cruzar la puerta de entrada, rogando en su interior tener éxito. El guardia, un hombre mayor que leía el periódico y que parecía fastidiado por la interrupción, lo miró con desconfianza, pero Roger no dejó que eso lo detuviera.

—Buenas tardes, necesito ver a uno de los prisioneros que tienen aquí —dijo con voz firme, intentando ocultar su ansiedad.

El hombre se removió en su silla y frunció el ceño. Después, se acomodó los anteojos en el puente de la nariz y dejó el periódico encima del escritorio.

—Eres su hermano, ¿verdad? —afirmó el guardia con hastío—. Te pareces bastante a él.

Cuando Roger escuchó eso, la esperanza de haber hallado a su hermano resurgió con intensidad.

—He recorrido un largo camino para confirmar si el hombre que tienen aquí es mi hermano Bruce.

El guardia lo miró un momento más antes de asentir con lentitud y llevarlo a través de los pasillos oscuros y sombríos de la prisión. El sonido de sus botas resonaba en el suelo de piedra, y era lo único que rompía el silencio sepulcral. Roger podía sentir el sudor en sus manos y los latidos desbocarse dentro de su pecho por la emoción. Anhelaba con toda su alma que el prisionero fuera Bruce, para así acabar con esa agonía de no saber si estaba bien, o si había muerto. Pensó en el sufrimiento de su madre, la que no hallaba consuelo por la desaparición de su hermano, y elevó una oración al cielo, a pesar de que las conversaciones con Dios hacía tiempo que habían quedado relegadas al olvido para él.

Al llegar a la celda, el guardia hizo sonar la reja, dando dos golpes con algo metálico. Roger contuvo el aliento al ver al hombre sentado en el rincón, encorvado y dándole la espalda. Tenía el cabello rubio y poseía una complexión física similar a la de su hermano, lo que incrementó su ansiedad.

—¡Bruce! —dijo el guardia, llamando su atención—. Tienes visita. Tu hermano está aquí.

El hombre se dio la vuelta y Roger sintió que el mundo se desmoronaba a sus pies.

—¿Mi hermano? —preguntó el preso con extrañeza, y luego se puso de pie para observarlo—. Este no es mi hermano. ¿Quién eres tú?

—Soy Roger Anderson, y busco a mi hermano Bruce —se explicó, sin poder ocultar su decepción—. Creo que he cometido un error.

Roger se giró con rapidez y abandonó la prisión, luchando por contener las lágrimas. El parecido del hombre con su hermano era impresionante. Sin embargo, fue nada más ver sus ojos para saber que no era él. Tampoco su voz se le parecía. Afuera, la tarde estaba decayendo, y Roger se detuvo un momento para tomar aire. La brisa tibia no lograba aliviar la sensación de frío en su pecho. Las primeras e inesperadas gotas de lluvia se dejaron caer sobre su cabeza, como si el cielo también llorara, empatizando con sus emociones.

Se montó en su caballo y cabalgó de regreso mientras las lágrimas que no pudo contener en sus ojos recorrían sus mejillas, mezclándose con las gotas de lluvia. La sensación de frustración era tan grande que por un momento se llenó de desesperanza, quizás convenciéndose de que Bruce sí había muerto en Francia; una verdad que no había querido aceptar, y que ahora parecía convertirse en un hecho. ¿Qué le diría a su madre al regresar? No quería ver el dolor en sus ojos, ni tampoco en los de Jake y Rose. Suspiró frustrado y se apresuró en regresar por Lily y Dean. Había que volver a casa, ya que para él era peor la incertidumbre que la certeza de un hecho, aunque este fuera desafortunado.

Roger llegó de noche y todo mojado al lugar donde había dejado a Lily y a Dean. El

establecimiento aún permanecía abierto, y el alivio lo recorrió por dentro. Sin embargo, cuando buscó a Rois y a Arrow, no los vio por ninguna parte. Un sentimiento de miedo mezclado con ira lo invadió con fuerza.

—¡Le advertí que no se moviera de aquí! —exclamó en voz alta mientras se apeaba de Kaiser y entraba en el comedor, hecho una furia.

Miró de un lado a otro, y no los vio por ninguna parte. Se acercó a la camarera y le preguntó con urgencia.

—¿Dónde están la mujer y el niño? —exigió saber, sin un ápice de amabilidad.

—No lo sé. Se fueron hace rato, antes de que se pusiera a llover.

Roger se pasó la mano por el rostro, frustrado, y luego se dirigió hasta donde habían dejado los caballos mientras en su interior quería gritar a Lily por su testarudez. ¿Es que acaso esa mujer no conocía la palabra «peligro»? Miró de un lado a otro, pero nada. Las calles parecían desiertas ahora que se había largado a llover. Roger tuvo la impresión de que se ahogaría en una seguidilla de problemas.

—¡Maldición! —bufó, molesto.

No sabía por dónde buscar, pero imaginó que quizás Lily se vio obligada a esconderse fuera, y decidió recorrer la zona por si hallaba alguna pista acerca de lo que le pudo haber sucedido. Si de algo tenía certeza, era de que ella no se había marchado por voluntad propia, por muy disgustada que estuviera con él. Recorrió las calles y sus alrededores durante al menos dos horas, pero todo era inútil. No había rastro de ellos.

Frustrado y por completo empapado, Roger pasó la noche en un hotel y decidió intentar buscarla por la mañana. Lily Macleod había resultado ser un conjunto de problemas en su totalidad; un incordio que desestabilizaba todo su ser, no solo remeciendo sus sentimientos y emociones, sino que también tirando por tierra todo aquello en lo que él creía. Si tan solo no la hubiese conocido, ahora no estaría lamentándose por sus errores. Pensó que, antes de conocerla, él estaba bien. Sin embargo, en el fondo de su corazón sabía que esa afirmación no era cierta, porque nada en su vida era equilibrado desde que perdió a Helen. Y con la aparición del hada del bosque, todo se había complicado aún más.

Se recostó desnudo dentro de la cama, intentando aplacar esos pensamientos que no dejaban de navegar en su mente, torturándolo sin piedad.

A primera hora de la mañana, Roger se levantó, se aseo y, sin siquiera desayunar, abandonó el hotel para ir en busca de Lily. Las nubes negras que se cernían sobre la ciudad presagiaban un día lluvioso, pero Roger estaba demasiado preocupado como para apreciar con alivio el agua que calmaría la larga sequía. Recorrió gran parte de las calles con la esperanza de encontrarla, pero todo fue en vano. Incluso volvió a la prisión, por si acaso la habían retenido allí. Sin embargo, nadie parecía saber nada de ella ni de Dean.

Preocupado y algo desesperado, Roger sabía que debía tomar una decisión, ya que no podía permanecer en ese lugar para siempre. Jake lo necesitaba en casa para ejecutar las tareas del rancho, y Rose podría dar a luz en cualquier momento. Además, tenía que informarles sobre su frustrado intento de encontrar a su hermano, para no seguir alimentando falsas esperanzas en su familia. Mientras lidiaba con sus pensamientos y con la tormenta emocional que no le daba tregua, Roger tuvo que elegir. Al hacerlo, un vacío se instaló en su interior como nueva compañera de viaje, colmándolo de una inquietud aplastante.

Revisó las correas de su caballo mientras las gotas de lluvia caían sobre él, y luego montó a Kaiser para emprender el camino de regreso. Con cada paso que daba, alejándose de esa

ciudad, su desasosiego y angustia por el destino de Lily y su hermano Dean crecían de manera alarmante.



29. El retorno al circo

Lily viajaba arrinconada en un carruaje cerrado. Su cuerpo se sacudía por el llanto mientras la ciudad de Waco se desvanecía detrás de ella. Las palabras de sus raptos seguían atormentándola en su mente, como una amenaza permanente y aterradora. «Si quieres ver a tu hermano sano y salvo, tendrás que obedecer y no intentar escapar». La separación forzada era una estrategia efectiva y cruel para asegurar su sumisión, y la idea de que Dean pudiera padecer penurias en manos de esos hombres la llenaba de un miedo paralizante.

El carruaje avanzaba a través de los caminos polvorientos, deteniéndose solo para descansar y para cambiar a los caballos agotados. Los dos hombres que la acompañaban se turnaban para conducir. Mientras uno dirigía los caballos, el otro dormía frente a ella sin prestarle la más mínima atención. Lily no pudo evitar pensar en Roger durante todo el trayecto. Sentía impotencia por no haber podido verlo por última vez. Por otra parte, sus últimos momentos juntos no habían sido en los mejores términos. Todavía le dolían su indiferencia y arrepentimiento por lo que habían compartido juntos, pero más le afectaba el hecho de saber que quizás ya no lo volvería a ver. Al parecer, sus sentimientos hacia Roger se habían tornado más intensos después de experimentar el encuentro de sus cuerpos y de sus almas.

Durante esos tres largos días de viaje, Lily apenas probó bocado, incapaz de encontrar satisfacción en la comida o en el descanso. Tampoco se recreó en la lluvia. Esta parecía

desquitarse con la tierra como si también sintiera ira y desolación, al igual que ella en su interior, porque dentro de su corazón también llovía. El estómago parecía habersele cerrado debido a la preocupación, y sus pensamientos estaban consumidos por la angustia y la desesperación mientras sus lágrimas caían incesantes, dejando rastros en sus mejillas y en sus ojos. Rogaba recuperar a sus caballos y poder también evitar el enfrentamiento con su tío, pero tenía certeza de que eso no era posible, porque la seguridad de Dean estaba en sus manos y por encima de sus deseos.

Finalmente, tras los tres días que parecieron eternos, el carruaje se detuvo en Forth Worth, y las puertas se abrieron, revelando el familiar entorno del circo.

—Llévenos a la caravana de su tío —le exigió uno de los raptos.

Lily asintió altiva y con semblante adusto, y se secó las lágrimas con el dorso de la mano, reuniendo la poca fuerza que le quedaba. Debía permanecer firme ante lo que se avecinaba, por Dean y por ella misma, y aunque el futuro se presentaba sombrío para ellos, no podía permitirse más abatimiento.

Bajó del pequeño habitáculo, alimentándose de la ira que le causaba toda la situación. Ese hombre que tenía por tío no se merecía más que su desprecio por todo lo que les había hecho pasar. Si quería guerra, pues tendría guerra. Lily avanzó tan rápido que los dos hombres tuvieron que correr tras ella para seguirle el paso. Y cuando llegó a la caravana, ni siquiera se anunció. Entró sacudiendo la puerta contra la pared, y se encontró con su tío sentado en el escritorio, cuya mirada sorprendida cayó sobre ella. Después, su ceño se frunció y la fulminó con los ojos.

—¿Qué significa esto?! —exigió su tío poniéndose de pie.

—¿Tú dime, tío Oliver! —le espetó Lily, sin amedrentarse—. ¿Qué clase de tío manda secuestrar a su propia sobrina y la separa de su hermano con unos desconocidos? ¡Eres despreciable!

—Aquí la única despreciable eres tú, maldita malagradecida —respondió furioso—. ¡Casi nos llevas a la ruina con tu estupidez! Abandonaste a los tuyos y tus responsabilidades en plena función, y lo peor de todo, te robaste a Rois, que es propiedad del circo.

—¡Rois es mía! —gritó con los puños apretados—. ¡Quiero ver a mi hermano! —exigió.

—No estás en posición de exigir nada. Siéntate y cállate —le ordenó con frialdad.

—No quiero sentarme.

—¡Obedece, o no volverás a ver a Dean! —le gritó furioso, consiguiendo que el vello se le erizara por toda la espalda.

Lily se sentó y los dos hombres se acercaron a su tío para recibir la recompensa. Este sacó un fajo de billetes desde el cajón de su escritorio y luego se los tendió.

—Allí está todo, y hay un poco más por los cuidados del muchacho. Manténgalo oculto hasta que reciban nuevas órdenes —señaló sin remordimientos de ningún tipo.

—Sí, señor.

Los secuestradores sonrieron contentos, y luego se marcharon. Lily no podía creer lo que acababa de escuchar.

—¿Me estás diciendo que esos delincuentes tienen prisionero a mi hermano en algún sitio hasta que tú lo decidas? —preguntó horrorizada.

—Es por tu bien, Lily. Las cosas se harán a mi modo, te guste o no.

—¿Por mi bien?! —exclamó Lily, incrédula—. ¡Has arruinado mi vida! Si piensas que voy a seguir permitiendo que nos trates como animales, estás muy equivocado.

Su tío la miró con hostilidad y con una expresión de desaprobación.

—No tienes otra opción, Lily —dijo con un tono amenazante—. Si quieres volver a ver a

Dean, tendrás que obedecer y hacer lo que te diga. No voy a permitir que pongas en peligro todo lo que he construido.

—Este circo lo hemos construido todos.

—Y es gracias a mí que no se ha hundido por el error de tus padres y por tu irresponsabilidad.

Lily lo miró con furia, pero en su interior sentía una mezcla de desesperación y miedo.

—Mi madrina no lo permitirá —dijo como último recurso.

—Tu madrina está hospitalizada, enferma de los pulmones, así que veo muy difícil que ella pueda intervenir en mis asuntos.

Las alarmas se despertaron dentro de ella cuando escuchó a su tío comunicarle la noticia acerca del estado de salud de su madrina. Se preguntó si correría el mismo destino que la tía Flor. Luego descartó esos pensamientos. Después de todo, no era la primera vez que su madrina tenía problemas por resfriados mal cuidados, y siempre se recuperaba.

—Esto no ha terminado, tío —advirtió con voz temblorosa—. Te juro que te arrepentirás de todo lo que has hecho. No soy una prisionera, y no me rendiré sin luchar.

Su tío esbozó una sonrisa sarcástica, y Lily supo que había ganado contra ella.

—Ya veremos, sobrina, cuánto tiempo dura tu rebeldía. Mañana emprenderemos una gira por otras ciudades, y te aseguro que, hasta que no realices las mejores presentaciones en ellas, no verás a Dean.

—¡Te denunciaré! —lo amenazó—. ¿Es que acaso no le importa que mi hermano tenga miedo?

—Tu hermano estará bien siempre y cuando hagas lo que te diga. Y tú no estás en posición de denunciar. Te recuerdo que eres buscada por secuestro, y la ley, querida sobrina, está de mi parte en eso.

Con los ojos inundados por las lágrimas y sin decir una palabra más, Lily salió de la caravana, dejando a su tío detrás. Mientras caminaba, intentaba procesar cada una de sus amenazas, sintiendo el peso de la desesperación y la impotencia en su pecho. Miró al cielo y notó que las nubes se habían disipado; ya no llovería. Eso solo podía significar una cosa: pronto tendrían función, y ella estaría obligada a participar.

El circo ya estaba en movimiento, preparándose para el espectáculo, aunque ella ni siquiera lo había notado cuando llegó. La carpa se erguía majestuosa en el centro del campamento, tal como lo recordaba la última vez que estuvo allí, rodeada de jaulas y de vagones. Lily sabía que no tenía elección. Si quería mantener a Dean a salvo, tendría que obedecer a su tío y actuar como si todo estuviera bien. La idea de volver a realizar sus números artísticos, a sabiendas del miedo que debía sentir su hermano, le provocaba una profunda frustración, pero no podía permitirse el lujo de rebelarse otra vez. Su mente no dejaba de divagar, buscando una salida, una solución para rescatar a Dean y escapar de aquel infierno.

Ya en su caravana, Lily decidió quitarse el cansancio del viaje con un buen baño, para luego salir a recorrer el circo. Tenía que intentar averiguar dónde escondía su tío a Dean. Aunque muy en el fondo sospechaba que su hermano no se hallaba allí, sentía que debía hacer algo para encontrarlo.

—¡Owen! —lo llamó cuando vio a su amigo saliendo de la jaula de los leones.

El muchacho se giró y abrió grandes los ojos, sorprendido.

—¿Lily? Pero ¿cómo es que estás aquí?

—Owen —dijo otra vez con la voz rota, abrazándolo y dejando escapar las lágrimas contenidas—. Tienes que ayudarme a encontrarlo.

—¿A quién? —quiso saber él mientras la consolaba acariciándole el cabello.

—A mi hermano. Mi tío lo secuestró —le informó, pasándose la mano por el rostro para limpiar las lágrimas. Luego se alejó de él y se explicó—. Te lo contaré todo, pero por favor ayúdame, porque estoy a punto de perder la cordura por la desesperación.

—Tranquila. Vamos a otro sitio para hablar.

Lily se desahogó con él y, a medida que iba despojándose de sus sentimientos de ira y miedo, podía sentir en su pecho crecer la esperanza y la fuerza necesaria para luchar esa batalla. No existía obstáculo posible que le impidiera encontrar a Dean. Desconocía dónde lo ocultaban, pero sí sabía que, una vez lo hallara, su vida en el circo se habría acabado para siempre. Solo debía ser paciente y esperar el momento oportuno para actuar, sin importar el riesgo que ello implicara.



30. Malas noticias

Había dejado de llover. La tierra olía a humedad, y el cielo, despejado después de la tormenta, empezaba a teñirse de un azul tan intenso que dolía mirarlo debido a su resplandor. Roger avanzaba con lentitud por el camino hacia su hogar, cargando el peso del fracaso sobre sus hombros. Ya no podría ver la alegría brillar en los ojos de su madre; más bien, todo lo contrario. Tendría que soportar el dolor de su mirada debido a que le había fallado como hijo. Bruce seguía desaparecido y, con cada día que pasaba, la esperanza se desvanecía, dejando un rastro de pesadumbre en su lugar.

El caballo, cansado y cubierto de barro, parecía reflejar su propio estado de ánimo. Roger lo acarició con una mano temblorosa, dándole ánimos para llegar. El rancho se perfilaba en el horizonte y se sintió abrumado. Llevaba tres días sintiéndose así, preocupado no tan solo por la noticia que debía dar a su familia, sino que por el destino de Lily y de su hermano Dean. Al menos, pensó, él tenía una familia esperando por su llegada en casa. Ella, en cambio, no tenía nada. La había buscado por todas partes. Incluso pasó por el pueblo donde vivía su tía Flor por si la hallaba allí, pero nada de nada. Ni un solo rastro de su paradero. Y lo peor era que no sabía dónde más buscar. Solo esperaba que se encontraran a salvo.

Su hermano Jake lo vio llegar desde lejos y salió a su encuentro. Roger apenas tuvo fuerzas para desmontar, sintiendo que su cuerpo entero protestaba por el esfuerzo y el

agotamiento emocional. La expresión de Jake relegaba su preocupación y Roger meneó la cabeza de un lado a otro.

—No hubo suerte —murmuró Roger, sin necesidad de explicar más.

Su hermano asintió sin decir nada, pero a él no le pasó desapercibido que la noticia le había dolido. Jake le palmeó el hombro con fuerza, un gesto de apoyo que Roger agradeció en silencio, y luego se encaminaron hacia la casa, donde una vida llena de tareas y responsabilidades los esperaba.

—¿Y mamá? —quiso saber Roger, con el pecho encogido.

—Regresa pronto. Fue por unas cosas al negocio de Karl.

A pesar del aroma tan familiar que se respiraba en el rancho, Roger no lograba mitigar la pesadez en su corazón. Mientras se acercaba a la entrada, la imagen de Lily y Dean, también perdidos como su hermano, se sumaba a sus pensamientos. De pronto, su corazón se reconfortó al ver a Rose aparecer frente a él. Ella era la luz que tanto necesitaba, una presencia que lo sacaba de las tinieblas de sus pensamientos, porque ella tenía ese poder sobre él y también sobre Jake; el de llevarlos hacia la luz cuando se encontraban sumidos en la oscuridad. Brillaba, y en sus ojos grandes y verdes encontró el consuelo que necesitaba.

Rose no hizo preguntas. Se limitó a abrazarlo y él se refugió en su hombro como un niño pequeño necesitado de afecto. Cerró los ojos mientras la escuchaba decirle al oído: «Todo estará bien, ya lo verás».

Luego de unos segundos, se distanció de ella y observó su vientre abultado.

—Por lo que veo, mi sobrino ha decidido esperarme para nacer.

—Y seguirá esperando, porque está muy cómodo aquí dentro —le dijo sonriendo—. Entra, Roger. Debes estar cansado.

Roger asintió y se sentó en la cocina, como era la costumbre de la familia cuando querían hablar. Allí, el aroma familiar del café recién hecho le dieron un respiro momentáneo antes de comenzar.

Jake y Rose se acomodaron en sus sillas, expectantes. Luego de tomar un sorbo de café, Roger suspiró y empezó a relatar su historia.

—Conocí a Lily y a su hermano Dean de camino a Waco —dijo Roger, mirando a Jake y Rose con seriedad—. Estaban huyendo de su tío, un hombre despiadado y manipulador que los quería exponer al peligro en el circo.

—¿El circo? —preguntó Jake sin comprender.

—Lily es artista circense. Es extraordinaria con el lazo, Jake. Jamás vi nada igual —expresó con la mirada perdida en el recuerdo. Luego se percató de cómo lo observaban su hermano y su cuñada, y frunció el ceño—. ¡Qué! —espetó a la defensiva.

—Nada, continúa contándonos —respondió Jake con un encogimiento de hombros.

—¿Qué pasó con ellos? —preguntó Rose.

Roger apretó los labios, luchando contra la angustia de no saber acerca de su destino.

—Cuando llegamos a Waco, habían repartidos cientos de carteles de «Se busca» con la imagen de Lily. Su tío está desesperado por encontrarla, y la acusó de secuestrar a su hermano con las autoridades.

—¡Eso es terrible! —exclamó Rose llevándose las manos al vientre de manera instintiva. Roger asintió.

—Los oculté en un pequeño establecimiento de comida mientras yo iba a la prisión a reconocer al hombre que supuestamente era Bruce, pero el sujeto que estaba detenido no era él. Se parecía, pero no lo era. —Hizo una pausa para reordenar sus ideas y sus emociones antes de

continuar—. Cuando regresé por Lily y su hermano, ya no había rastro de ellos. Era como si la tierra se los hubiese tragado.

Rose frunció el ceño, preocupada.

—¿Se habría marchado sin ti?

—No. Es imposible —informó con certeza—. Me pasé la mitad del viaje intentando quitármela de encima y no se fue. Además, ella y su hermano pequeño confiaban en mí.

—¿Y qué crees que pasó con ellos? —indagó Lily.

—Lo más probable es que su tío la haya encontrado. Es lo único que explicaría su desaparición. —Roger exhaló con frustración y se reclinó hacia atrás en la silla, haciéndola crujir—. No pude hacer nada por ellos en ese momento. Y lo peor es que no tengo idea de dónde pueden estar ahora.

Jake, que había estado escuchando en silencio, se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en la mesa.

—Esas personas te importan —afirmó.

Roger lo miró a los ojos, y asintió de manera casi imperceptible.

—Roger, estamos contigo en esto —dijo Rose levantándose para poner una mano sobre su hombro—. Haremos todo lo posible para encontrar a Lily, Dean y Bruce. ¿Sabes el nombre del circo?

Roger asintió.

—Circo estelar de los hermanos Macleod.

—Hoy mismo iré a la oficina del *sheriff* para averiguar si hay algún circo que esté próximo a presentarse por estos lados.

—De ninguna manera, Rose —exclamó Jake—. Tú te quedarás aquí. Yo iré.

—No me pasará nada, Jake. Además, quiero visitar a la tía May.

—Yo te llevaré a casa de la tía May y luego te traeré de vuelta. Tú debes estar tranquila, ya que en cualquier momento nacerá mi hijo.

Rose miró a Roger, como pidiéndole ayuda con la mirada, pero este sonrió enternecido.

—Jake tiene razón, Rose. Tú debes permanecer aquí por el momento.

Su cuñada miró a Jake con una mezcla de frustración y preocupación.

—Está bien —aceptó finalmente, aunque su tono indicaba que no estaba del todo convencida—. Pero solo si me mantienes informada de todo lo que averigües.

Jake asintió, y luego se dirigió a Roger.

—Veré lo que puedo averiguar con el *sheriff*.

—No. Tú también te quedarás aquí con tu mujer. Yo iré a la ciudad.

Rose sonrió ante la cara de descontento de Jake, y luego regresó a su asiento y le tomó la mano.

La puerta de la cocina se abrió, y por ella entró su madre, cargando un enorme ramo de rosas amarillas. Al darse cuenta de que él había regresado y de que Bruce no estaba con él, dejó las flores sobre la mesa y se llevó las manos al pecho, como si con ese gesto pudiera apaciguar su dolor. Roger se levantó y la envolvió entre sus brazos mientras ella estallaba en un llanto desgarrador.

—Lo siento, madre, por no traerte a mi hermano de vuelta.

El ánimo se volvió sombrío dentro de esas cuatro paredes que habían encerrado tantas alegrías en tiempos anteriores, cuando aún su padre vivía y su hermano menor los hacía reír con sus impertinencias. Ahora, cada rincón de la casa parecía recordarles la ausencia y el vacío que habían dejado.



31. ¿Qué sientes por ella?

Incapaz de seguir durmiendo, Roger se levantó al amanecer y se dirigió al despacho de su padre. Abrió la pesada puerta, que crujió levemente, y de inmediato el aroma familiar a madera envejecida y cuero gastado le recibió, trayendo consigo recuerdos de su infancia. Cada vez que se internaba en ese espacio de trabajo le pasaba lo mismo. El escritorio de madera ocupaba el centro del cuarto, y la silla de respaldo alto que había visto a su padre trabajar largas horas, ahora permanecía vacía. Las estanterías de madera se encontraban colmadas de libros gastados por el tiempo y el uso. En las paredes, los trofeos de ferias agrícolas colgaban evidenciando los logros del pasado. Fotografías y retratos de generaciones del ayer contaban historias de años de sacrificio y éxito; y un cuerno de ganado de gran envergadura brillaba como un trofeo destacado detrás de la silla del escritorio.

Roger se detuvo un momento, dejando que la nostalgia lo inundara, y luego se sentó en la silla, donde abrió el libro de las cuentas del rancho para gestionar los ingresos y gastos, asegurándose de que las finanzas estaban al día. Rose era hábil con los números y, poco a poco, había comenzado a encargarse de mantener los libros en perfecto orden junto con él. Era tan eficiente que comenzó a confiarle casi en su totalidad la administración, lo que a él le permitió centrar su atención en otras tareas, como planificar la siembra, la cosecha, y la venta de productos, así como la compra de los insumos necesarios.

La puerta se abrió despacio, y Jake se sentó frente a él en el escritorio.

—No puedes dormir —supuso Roger, cerrando el libro y centrando su atención en él.

—Estoy preocupado por Rose y por el parto —admitió, restregándose los ojos con los dedos—. Mientras más cercana es la fecha del nacimiento, peor lo estoy llevando.

Roger se inclinó hacia atrás en la silla. Los rayos de la luz del sol comenzaban a filtrarse por la ventana, dándole calidez a la habitación.

—Rose estará bien. Ha tenido un buen embarazo y es más fuerte de lo que parece a simple vista.

—Lo sé, pero podría complicarse todo en último momento.

—Jake —le dijo en un tono firme—. Deja las preocupaciones de lado y céntrate en acompañar a Rose, que es lo importante.

—Tienes razón, pero es tan difícil ahuyentar los temores cuando se trata de la mujer que amas —admitió, compungido.

Roger comprendía a su hermano, ya que este ya había sufrido el dolor de la pérdida cuando fue abandonado por su novia en pleno altar. Por fortuna, la llegada de Rose, aunque fuese de manera forzada, consiguió que Jake reconstruyera los pedazos de su corazón fracturado por el dolor. Lo comprendía, porque el haber perdido a Helen también lo había sumido en la tristeza más profunda, en donde únicamente habitaba la oscuridad en su interior. Sin embargo, desde que conoció a Lily, pese a que en un comienzo era un incordio, algo se había removido dentro suyo, como si una semilla hubiese brotado en su interior, dándole esperanzas; unas esperanzas que se habían desvanecido con su desaparición.

—Estás diferente —le dijo Jake, devolviéndolo a la realidad.

—Soy el mismo de siempre —respondió con un encogimiento de hombros.

—No, Roger —le aseguró con seriedad—. No lo eres. Es por la chica, ¿verdad?

—Qué chica, ¿Lily? —Jake asintió—. Esa mujer lo único que sabe es meterse en problemas, y tuve la mala fortuna de estar en su camino cuando las cosas se le complicaron.

—¿No será que te gusta?

—¡No me gusta! —se apresuró en aclarar—. Aunque no niego que es bastante bonita y delicada, pero también es llevada a sus ideas y porfiada como el demonio. Tiene mucho carácter la verdad.

—Y te gusta —insistió.

—No.

—¿La besaste?

Roger lo miró, sorprendido por la pregunta, y fue incapaz de mentirle a su hermano.

—Sí, pero fue porque estábamos bastante contentos, ya que habíamos recuperado a su caballo, y después celebramos con una botella de *whisky*, a solas por la noche. Fue un error.

Jake lo miró como si lo estuviera analizando y luego soltó de sopetón:

—Esa muchacha te gusta más de lo que quieres admitir, pero por alguna razón te empeñas en negarlo. Tú no besas a una mujer decente porque sí. Ambos lo sabemos. Además, tú no bebes, y si lo hiciste fue porque querías hacerlo con ella, para luego tener un motivo para justificar tus acciones —afirmó, convencido—. ¿Qué pasó en realidad entre ustedes, Roger?

Roger lo fulminó con la mirada y sintió deseos de negarlo todo, de mandar a freír espárragos a su hermano, pero, en el fondo, Jake tenía razón. Su hermano lo conocía tan bien que leía en su interior como si fuese un libro abierto. De pronto, se sintió por completo expuesto y confundido, porque los remordimientos por sus acciones no le permitían encontrar la paz interna.

Como no le respondió, Jake insistió en saber.

—¿Te acostaste con ella?

—Sí, pero fue solo una vez y fue la mayor estupidez que he cometido en la vida.

—¿Por qué fue una estupidez? —preguntó Jake, confundido—. ¿Acaso a ella no le gustas?

—Se nos escapó de las manos, Jake —dijo poniéndose de pie con frustración y parándose frente a la ventana—. Le robé su inocencia por un arrebato pasional del momento, y también he traicionado a Helen con mis acciones, permitiendo que Lily ocupara su lugar.

Jake se acomodó en la silla y encendió un cigarro que luego le tendió. Era temprano para fumar, pero ambos parecían necesitarlo de momento. Después, Jake se encendió uno para él.

—Tú no le has robado nada, Roger. Fue un encuentro consentido. Tampoco has traicionado a Helen, porque, aunque suene duro lo que te voy a decir, ustedes ya no están juntos. Ella se ha ido, y tú tienes derecho a rehacer tu vida con otra mujer.

—No está bien, Jake. ¡Yo amo a Helen! —aseguró, regresando a su silla y dejándose caer con abatimiento en ella.

—¿Y qué sientes por Lily?

¿Qué sentía por Lily? Roger no lo sabía con certeza. No tenía respuesta para esa pregunta en apariencia sencilla, pero que en realidad era muy difícil de responder. Recordó sus arrebatos de ira, la delicadeza de sus movimientos cuando ejecutaba las destrezas sobre el caballo y ese constante deseo por desafiarlo. Se recreó en sus besos, en esas caricias inocentes y en la plenitud de su entrega apasionada cuando hicieron el amor en plena noche, a la luz de las estrellas. Lily lo hacía sentir extraño, pleno e importante, pero también lo desconcertaba con sus actitudes y su manera de ser. Recordó cuando en su primer encuentro frente al riachuelo, ella defendió a su hermano con uñas y dientes porque pensaba que estaba lastimándolo. Sus ojos verdes le lanzaban verdaderas dagas en aquella oportunidad. Era mística y salvaje, pero también delicada y frágil. Lily era un misterio; un cúmulo de sorpresas que despertaban su interés a pesar de oponerse a que le importara; un huracán que arrasaba con todo a su paso, dejando profundas huellas.

Roger estaba tan sumido en sus pensamientos que no se percató de que Jake se había dirigido hacia la puerta hasta que le habló:

—Piénsalo, Roger, y acepta lo evidente. Sé que es duro admitir que otra mujer se haya adueñado de tu corazón. Recuerda todo lo que me costó aceptar mis sentimientos por Rose, pero por eso te lo digo, porque también lo viví.

Jake abandonó el despacho, dejándolo sumergido en sus turbulentos pensamientos. Ante él se extendía un camino incierto, donde cada paso prometía más preguntas que respuestas, y los remordimientos se erguían como obstáculos difíciles de superar. Volvió a preguntarse qué sentía por Lily, pero nada parecía iluminar su mente. El futuro se visualizaba envuelto en tinieblas, y sabía que tendría que tomar decisiones y enfrentarse a las consecuencias de sus acciones pasadas. Tenía la certeza de que la paz que tanto anhelaba su espíritu solo la encontraría si se aseguraba de que Lily y Dean estuvieran a salvo.



32. Escondidos en la noche

Luego de tanto tiempo en sequía, el clima parecía haberse apiadado de Texas, ya que ahora la lluvia se adueñaba del cielo casi a diario. Recién había dejado de llover y la tierra olía a humedad y a naturaleza. El horizonte, aún cubierto de nubes grises, ofrecía un respiro tras una noche de tormenta. Lily salió de la caravana, sintiendo el frío del barro bajo sus pies descalzos. La calma que seguía a la lluvia era engañosa; su mente seguía en una tormenta propia, intentando procesar cada una de las amenazas de su tío. Los trabajadores comenzaban a moverse, preparando todo para la última función en Forth Worth, como si la vida siguiera su curso habitual. Pero para Lily, nada era normal. La ausencia de Dean era un peso que la oprimía, y cada paso que daba hacia el centro del campamento la llenaba de desesperación.

Ya llevaba una semana allí, y ni una sola vez su tío le había permitido ver a su hermano. Se preguntó dónde lo tendría escondido. Miró al cielo, que se aclaraba lentamente, y tomó una decisión. Se mostraría sumisa ante su tío con el fin de que este bajara la guardia. Era lo único que se le ocurría para recuperar a su hermano.

Por la tarde, cuando llegó el momento de salir al escenario, Lily se esforzó por ponerse una máscara de alegría y se entregó por completo a la función. Su tío había contratado a una gran trapecista, lo que le significó un respiro, ya que así se limitaba a presentarse en lo que ella sabía hacer. Los aplausos del público resonaron en sus oídos, pero su corazón estaba en otro lugar, en

un sitio donde ya no existía la presión de la incertidumbre y el miedo, porque tenía miedo; eso era un hecho. El miedo habitaba en su interior desde el momento mismo en que su hermano cayó en las manos de los hombres de su tío, y ella, atada de manos como se encontraba, no podía más que esperar.

—Lily, ¿estás bien? —le preguntó Owen mientras se le acercaba mirando de un lado a otro, como verificando que no era objeto de atención.

—Sí, ¿pasa algo?

—Creo que sé dónde tienen a Dean —susurró, tomándola de la mano y escondiéndose con ella entre dos jaulas.

El corazón de Lily dio un vuelco al escucharlo.

—¿Dónde? ¡Dime dónde está! —exclamó, con los ojos llenos de ansiedad y esperanza.

—Lo tienen en una de las casas de allá —le señaló con el mentón—. Ayer seguí a un sujeto que abandonó la caravana de tu tío por la noche, y descubrí a tu madrina hablando con él en ese lugar. Luego, ella entró en la casa y la observé desde una ventana acostando a Dean.

—¿Mi madrina? —dijo frunciendo el ceño—. ¿Por qué mi madrina estaría allí? El tío Oliver dijo que ella estaba enferma desde hace días, y que se encontraba en el hospital.

—Eso nos ha dicho a todos, pero está claro que es una mentira de tu tío para distraerte —dedujo Owen.

Lily sintió el peso de la traición sobre sus hombros, y se tuvo que afirmar en los barrotes de una de las jaulas. ¿Sería posible que su madrina fuera partícipe de las atrocidades que estaba cometiendo su tío con ella y su hermano? Lo dudaba, pero entonces, ¿por qué esa mujer a la que quería como a una madre se encontraba en esa casa junto a su hermano? No tenía respuestas para esas preguntas, pero iba a averiguarlo, costara lo que costara.

—Debo ir por él.

—¿Estás loca? Tu tío tiene a unos de sus sabuesos siguiéndote día y noche, y veo bien difícil que te puedas escabullir sin que se dé cuenta.

—Me las ingeniaré —sentenció—. Además, necesito saber si Dean está bien. No quiero que piense que lo he abandonado.

—Entonces, iré contigo —dijo Owen, tomándole las manos.

Aquella manera de mirarla y de acariciarle los nudillos le parecieron demasiado íntimos, y de pronto se sintió incómoda. Sabía que Owen albergaba sentimientos profundos hacia ella, pero no podía corresponderle, ya que en su corazón aún permanecía vivo el recuerdo de Roger, sobre todo el de la noche en que él la sostuvo entre sus brazos bajo las estrellas cuando se entregaron a la pasión.

Asintió, agradecida, y se apresuró en romper el contacto. Owen ocultó su desilusión en una expresión de impasividad. Y como una manera de esconder su azoro, le dijo:

—Tendremos que ir esta noche, ya que mañana temprano debemos desmontar el campamento para viajar.

—Bien —asintió Lily con el corazón latiéndole con fuerza—. Te espero aquí en dos horas.

—Deberíamos ir más tarde —le sugirió Owen.

—No —susurró categórica—. Necesito que Dean esté despierto y que pueda verme. Y si todo sale bien, entonces nos marcharemos esta misma noche. Si no, al menos él sabrá que estoy bien y que no lo he abandonado —le aseguró—. No sé qué cosas le habrán dicho de mí para justificar que no estoy con él. Necesito verlo.

Dos horas más tarde, Lily abandonó su caravana vestida de negro y con una peluca

oscura que escondía a la perfección su cabellera, y se dirigió hacia la zona de los animales para encontrarse con su amigo Owen. Todavía algunos de los trabajadores merodeaban por el lugar, pero ya nadie le prestaba atención. El sujeto que solía vigilarla a la distancia desde que habían llegado de Waco no se percató de que había dejado su caravana, ya que charlaba distraído con la nueva trapecista a unos veinte metros de ella. Lily se aseguró de dejar una lámpara encendida dentro, para que creyera que aún se encontraba allí.

Se sobresaltó cuando Owen le tocó el hombro con la mano.

—Soy yo —susurró su amigo.

—¡Me asustaste! —reconoció Lily.

Owen echó un vistazo a su alrededor y luego se escabulló, desapareciendo entre las sombras, con ella siguiéndole de cerca. Casi no se podía ver nada debido a las nubes que cubrían el cielo, pero ya llevaban varias semanas allí y conocían bien la zona. El aire nocturno era fresco y húmedo, impregnado con el aroma de la tierra mojada. Las pocas luces que brillaban en la distancia provenían de las lámparas de queroseno en las casas cercanas al campamento, lo que les permitió guiarse con éxito. Lily mantenía un buen ritmo al caminar mientras su corazón latía con fuerza en su pecho fruto de los nervios. Cada sombra que se movía la ponían en alerta máxima. Owen, más familiarizado con el terreno debido al recorrido que había hecho la noche anterior, avanzaba con confianza, moviéndose de un escondite a otro, asegurándose de que no había nadie en su camino.

—Es por aquí —le sugirió su amigo cuando llegaron a una bifurcación.

Lily avanzó, intentando controlar su ansiedad, hasta que por fin llegaron al lugar donde Dean estaba retenido. La casa era una estructura simple y algo descuidada, con ventanas muy pequeñas cubiertas por mosquiteros.

Owen hizo una señal a Lily para que se detuviera y observara. Desde su posición, pudieron ver la tenue luz de una lámpara que parpadeaba en el interior, proyectando unas sombras que la inquietaron en las paredes. El relincho de un caballo hizo que Lily se sobresaltara debido a la emoción. Invadida por la curiosidad, avanzó con sigilo bordeando la casa hasta llegar a la parte de atrás. Desde allí pudo observar alrededor de cinco caballos, de entre los cuales se encontraba Rois y Arrow. Ambos animales estaban encerrados en un establo que casi se caía a pedazos y, para su desesperación, la puerta estaba cerrada con candado, por lo que era imposible sacarlos de allí sin que alguien se percatara de su presencia.

—¡Rois! —la saludó Lily, acariciándole el hocico, y con el pecho rebosante de alegría por encontrarla bien—. No sabes cuánto te he extrañado —le susurró.

—Tenemos que salir de aquí —le advirtió Owen cuando una de las puertas traseras de la casa se abrió, revelando la figura enorme y oscura de uno de los secuestradores.

Lily no tenía más opción que dejar a sus dos caballos en manos de esos infelices, ya que no podía permitirse dejarse ver.

—Vamos a rodear la casa —le sugirió su amigo—. Si hay una ventana abierta o una puerta trasera sin vigilancia, esa será nuestra oportunidad.

Lily asintió, confiando en que era lo que había que hacer. Se movieron en silencio por el perímetro de la casa. Al doblar la esquina, encontraron una pequeña ventana entreabierta. Owen se acercó primero, asomándose con cautela. Luego, se volvió hacia Lily.

—Es ahora o nunca. Dean parece estar dormido, y se encuentra solo —murmuró Owen.

Lily sintió una oleada de adrenalina recorrer su cuerpo. Se apoyó en el borde de la ventana y, con la ayuda de Owen, se deslizó en silencio hacia el interior de la casa. El suelo de madera crujió bajo su peso, pero el ruido fue amortiguado por el sonido de una puerta de la

habitación continua. Dentro, la oscuridad era casi total. Lily pudo distinguir la figura de Dean en una de las camas de la habitación. Cuando estaba a punto de llegar a su lado, escuchó que unos pasos iban en su dirección. Tuvo que lanzarse por la ventana con rapidez, ante de que la luz de la lámpara la delatara. Owen la ayudó, y ambos se sentaron apoyados en el muro, con el corazón latiéndoles a mil. Una vez se aseguraron de que no habían sido descubiertos, Lily se asomó por la ventana, que aún permanecía abierta, y observó a su madrina dejar la lámpara en una pequeña mesa de noche. Dean abrió los ojos y le sonrió a la mujer, lo que de algún modo hizo pensar a Lily que ella lo trataba bien. Luego escuchó que le decía:

—¿Pudiste ver a mi hermana en el hospital?

—Sí, cariño. Ella está mejor y te ha enviado muchos besos. Dice que necesita que cuides a sus caballos, y que su pierna está sanando con rapidez.

«¿Hospital?», pensó Lily, frunciendo el ceño.

—¿Cuánto tiempo estaremos aquí, madrina?

—Mañana viajaremos, ya te lo dije.

—¿Y mi hermana no vendrá con nosotros?

—No, Dean. Tu hermana viajará en unos días, cuando la den de alta en el hospital. Y ahora, deja de hacer preguntas y duérmete de una vez, que es tarde.

Lily y Owen se miraron en la oscuridad, comunicándose en un diálogo silencioso. Cuando su madrina se volteó hacia ella, Lily se ocultó justo a tiempo, aunque el crujido de una rama estuvo a punto de delatarla. Sin moverse y conteniendo la respiración, sintieron cómo la mujer cerraba la ventana, mirando cautelosamente hacia afuera. Quedaron apenas ocultos bajo un arbusto, con la espalda contra la pared.

—Veré si encuentro otra ventana abierta —le informó Lily, haciendo un intento por moverse, pero Owen se lo impidió.

—No hay tiempo. Debemos salir de aquí antes de que alguien nos descubra.

—¡Pero no puedo dejar a mi hermano aquí!

—Lily —le rogó—. Si te descubren, entonces puede que se lleven lejos a tu hermano y no podamos encontrarlo. Dean está bien y no parece asustado.

—¡Esa mujer...! —exclamó Lily con los puños apretados y sin terminar la frase.

—Lo sé. Aunque estoy seguro de que ella no lo lastimará. Lo que no comprendo es por qué ayuda a tu tío con todo esto.

Lily quiso negar lo evidente, pero era imposible no advertirlo cuando ellas pasaron tanto tiempo juntas durante todos esos años.

—Porque ella está enamorada de él —admitió, convencida de que era así—. Ahora todo cobra sentido.

Y sin poder evitar las lágrimas, regresaron al circo con el corazón oprimido debido a la traición.



33. Visita a Harry

Roger sentía la esperanza resurgir en su interior al escuchar la noticia de la visita del circo en Dallas. Eso podía significar una sola cosa: si sus suposiciones eran correctas, Lily debería estar allí. Desde que se habían separado en Waco que Roger no tenía paz, pensando en que algo malo le había pasado. El temor de que alguien pudiera haberles hecho daño a ella y a Dean lo corroían por dentro, y la impotencia por no poder hacer nada era lo que más lo frustraba. Si tan solo supiera dónde se encontraban, pero no era así, y la incertidumbre lo estaba dañando más que si hubiese recibido un disparo en el pecho. No obstante, saber que existía la posibilidad de que Lily y su hermano hubiesen sido llevados a la fuerza al circo hacía resurgir en él nuevas esperanzas. Tenía que asegurarse de que se encontraban bien.

Mientras se dirigía sobre su caballo hacia la casa de Harry Wilson, recordó las palabras de Jake: «Piénsalo, Roger, y acepta lo evidente. Sé que es duro admitir que otra mujer se haya adueñado de tu corazón». Sin embargo, él seguía convencido de que su interés por Lily estaba relacionado con los remordimientos de haberse acostado con ella de manera tan irresponsable y de haber dejado a Helen en segundo plano, a pesar de que su amor por ella aún permanecía atesorado en su interior.

Una vez llegó a la casa de su amigo Harry, se apeó de Kaiser y golpeó la puerta. La Yaya le sonrió cuando lo reconoció.

—¡Joven Roger! ¡Cuántos días sin verlo! —lo saludó la mujer, haciéndose a un lado para permitirle el paso.

—Llegué tan solo hace unos días —se explicó mientras se quitaba el sombrero—. ¿Y Harry?

—¡Ay, Dios! —exclamó compungida—. Desde que llegó de la guerra que ya no es el mismo, pero debo admitir que la presencia de la señora Lucy aquí le ha hecho bastante bien, aunque el señorito no quiera reconocerlo.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—Afuera. Venga conmigo —le indicó mientras avanzaban por un pasillo hasta llegar a una puerta que conectaba con la parte trasera de la casa—. Está sentado bajo ese árbol desde la mañana, y no ha querido entrar, a pesar de que en cualquier momento puede empezar a llover.

—¿Y Lucy?

—Fue a visitar a su hermana Rose, pero no tardará en regresar —le informó—. Siempre que sale, intenta hacerlo por poco tiempo para no dejarlo solo.

Roger jamás imaginó que Lucy, la exesposa de Harry y hermana de Rose, se comportaría tan bien con su amigo tras su fracaso matrimonial. Las hermanas de Rose eran conocidas por ser unas arpías y trepadoras. Sin embargo, desde que Harry regresó de la guerra sin una pierna y fue abandonado por Grace, la mujer que amaba, Lucy se había dedicado a cuidarlo con esmero pese a su separación. Al principio, Roger desconfiaba de sus intenciones, pero ahora ya no sabía qué pensar.

—¿Sigue bebiendo? —le preguntó a la mujer, cuyo rostro reflejaba un dolor imposible de expresar con palabras.

—De vez en cuando, pero la señora Lucy no se lo permite.

Roger asintió y luego se encaminó en su dirección. Hizo a un lado una silla y se sentó a su lado. Harry lo observó sin decir nada, y luego su mirada se perdió en la distancia.

—¿Cómo estás? —le preguntó Roger, preocupado.

—Como siempre —respondió con un encogimiento de hombros.

—Harry —dijo con aire frustrado—. ¿Cuándo vas a aceptar que tu vida cambió? Jake me ha dicho que te niegas a caminar.

—¿Aceptar? ¿Y qué quieres que acepte, Roger? Que perdí una pierna y, con ella, mi vida entera. No tengo ganas de caminar ni de hacer nada. ¿Para qué? Todo lo que conocía se desvaneció.

—Pudo ser peor.

—¿Qué puede ser peor que esto? —le recriminó indicando con su mano el lugar vacío donde antes tenía la pierna—. La mujer que amo me dejó porque ahora soy un tullido, un estorbo, un ser inservible. Las personas me miran como si fuese un bicho raro, y otros esquivan mis ojos porque no pueden soportar verme así. ¿Qué puede ser peor?

—Perder a la mujer que amas en un bombardeo, por ejemplo. Saber que jamás volverás a estar con ella.

—¡Ja! —exclamó irónico—. Siempre te puedes enamorar de otra, y seguirás estando completo. En cambio yo, por mucho que ame o que me quieran, nunca seré un hombre de verdad.

—Sabes que eso no es así. —Roger se pasó las manos por el cabello con resignación—. Mira, amigo. Sé que no lo estás pasando bien y que sientes que no hay motivos para seguir viviendo. Lo sé, porque yo también lo he sentido, pero deberías intentar hacerlo por las personas que te quieren y que se preocupan por ti, como tu padre, tu Yaya y quizás también por Lucy.

El rostro de Harry se endureció aún más, pero no dijo nada. Se limitó a encender un cigarro y a expulsar el humo hacia arriba. Luego de lo que parecieron varios minutos, dijo:

—Supe que fuiste por Bruce a Waco.

—Así es, pero el hombre que me dijeron podría ser mi hermano no lo era.

—Quizás está muerto. Yo hubiera preferido morir a quedar así, inservible.

Roger sabía que Harry hablaba desde el dolor y se lo dejó pasar, aunque no pudo evitar que el pecho se le contrajera ante la mera idea de que Bruce pudiera estar muerto.

—Mi hermano está desaparecido, no muerto.

—Eso no lo sabes.

—No, no lo sé, pero no perderé las esperanzas porque el tiempo pase y él siga sin aparecer.

Harry se removió en la silla y luego lo miró a los ojos. Roger fue incapaz de no lamentar en su interior los padecimientos que debía cargar consigo su amigo por tantas pérdidas, pero más le dolía presenciar los cambios que las lesiones físicas habían ocasionado en su personalidad. Antes de la guerra, Harry brillaba por su simpatía y buen humor; ahora, en cambio, se había despojado de todo eso para quedar sumergido en la amargura y desazón.

—¡Qué! —espetó Roger, al notar la mirada aguda de su amigo.

—Estás diferente, como si... —De pronto guardó silencio y desvió la mirada.

—¿Como si qué?

—Olvídalo.

De repente, unas gotas se dejaron caer sobre ellos, advirtiéndoles de que pronto aumentarían en intensidad.

—Regresemos. La lluvia se va a intensificar —le propuso Roger levantándose y tendiéndole las muletas.

—Ve tú. Yo me quedo aquí —anunció, decidido, e ignorando los bastones.

Roger levantó la mirada y observó a la Yaya y a Lucy correr hasta ellos. La exesposa de Harry traía una expresión de preocupación y disgusto.

—Buenas tardes, Roger —lo saludó mirándolo apenas. Luego se dirigió a su amigo—. Vamos, Harry. Entra en la casa, que te estás mojando.

—Déjame tranquilo, Lucy. Aquí estoy bien.

—No me marcharé hasta que te levantes —insistió—. Soy yo la que tiene que cuidarte cuando te agripas, y no eres nada agradable cuando estás enfermo.

—Nadie te obliga a hacerlo —le respondió con indiferencia.

—¡Te dije que te levantarás! —exclamó, sin ocultar su molestia—. Si no lo haces por voluntad propia, entonces me veré obligada a tirarte al suelo —le advirtió con firmeza.

Roger observaba atónito la escena. No sería capaz, ¿o sí?

Como Harry no hizo nada por moverse de su sitio, Lucy miró a la Yaya y le dijo:

—Ayúdame, Yaya. Es la única manera de que deje de autocompadecerse.

La mujer de color asintió y, a pesar de que se le advertía bastante compungida, ayudó a Lucy a volcar la silla hasta que Harry cayó al suelo mientras despotricaba contra ellas.

—¡¿Qué demonios creen que hacen?! —gritó, hecho una furia.

—Lo que debí hacer hace tiempo contigo —le respondió en el mismo tono—. ¡Ponte de pie y camina hasta la casa de una maldita vez!

Lucy se dio la vuelta junto con la Yaya, pero antes de alejarse de ellos, miró a Roger, señalándolo con su dedo índice.

—¡Y en cuanto a ti, no lo ayudes! —advirtió arrebatándole las muletas de las manos y

dejándolas en el suelo junto a Harry—. Ya va siendo hora de que este hombre comience a responsabilizarse por su salud.

—¡Me las vas a pagar, Lucy! —amenazó Harry desde el suelo.

—Para eso tendrás que levantarte —bufó, antes de darse la vuelta y alejarse de él.

—¡Maldita mujer! —dijo mientras la observaba desaparecer dentro de la propiedad—. Vamos, Roger. Acércame la silla.

—Lo siento, amigo, pero creo que Lucy tiene razón esta vez —reconoció ante la mirada de incredulidad que le destinó—. Será mejor que te levantes y vuelvas a casa, porque eres perfectamente capaz de valerte por ti mismo.

Roger se giró y lo dejó solo mientras el agua caía cada vez con más fuerza sobre sus cabezas, como si el cielo quisiera compensar tantas semanas de sequía con una sola lluvia. Ni siquiera lamentó dejar a Harry allí. Es más, pensó que quizás le haría bien y lo obligaría a reaccionar de una vez. Tal vez la Yaya tenía razón al decir que Lucy le hacía bien a su amigo. Después de lo que acababa de presenciar, él también comenzaba a creerlo.



34. Nuevas indagaciones

El sol comenzaba a aparecer sobre el horizonte cuando Roger y Jake ayudaron a Rose a bajar del carruaje frente a la casa de la tía May. Roger pensó que la propiedad, aunque imponente, desprendía una calidez acogedora que antes no percibía allí cuando visitaban a su tía junto con sus padres y hermanos. Con sus jardines florecidos y senderos bien cuidados, entendió la fascinación de su cuñada por visitar ese lugar.

—Entren, por favor —dijo la doncella de la tía May cuando abrió la puerta—. La señora se estaba preocupando porque no llegaban aún.

—Tuve un pequeño inconveniente que me retrasó, Topacio, pero ya está todo bien —se excusó Rose con una sonrisa.

Rose se adentró en el salón y ellos la siguieron. La tía May, pese a los años, pareció rejuvenecer cuando sintió a Rose entrar en la estancia, y la buscó con los ojos, a pesar de que ella no podía ver.

—¡Te estabas tardando, niña! —le reprochó, intentando ocultar su preocupación en un tono que pretendía ser reprobatorio.

—Lo siento, tía, pero esta semana siento que he perdido agilidad y he aumentado en volumen —comentó, acariciándose el abdomen.

—Ven aquí —le ordenó. Luego posó sus huesudas manos sobre el vientre de Rose, y a

Roger le dio la impresión de que se había perdido en un recuerdo. Incluso le pareció que se había emocionado, porque en sus ojos percibió un brillo que antes no estaba allí.

La tía May se recompuso y, dando dos golpes suaves en el sofá, le indicó a Rose que se sentara a su lado. Luego pareció tomar consciencia de que ellos se encontraban en el salón y endureció las facciones.

—Por fin decidiste salir de tu cueva para ir por ese bribón de tu hermano, ¿verdad? —se dirigió a él en tono hosco.

—Buenos días, tía —saludó Roger con ironía—. Veo que con los años no ha perdido sus buenas formas —le reprochó, molesto.

—Ni tú la antipatía —contraatacó ella—. Al menos, a Jake se le quitó la estupidez y la ceguera para convertirse en alguien que merece mi respeto. En cuanto a ti, jovencito, además de pasar el tiempo encerrado en tu propia miseria desde que regresaste de la guerra, has sido incapaz de reconocer la oportunidad de cambiar tu frialdad y hacer algo significativo con tu vida.

—No sé a qué se refiere con eso.

La tía May entornó los ojos y Jake apretó los labios para contener una sonrisa. El muy infeliz estaba disfrutando de lo lindo con el rapapolvo que le estaba dando la tía, igual que cuando eran unos niños y la mujer parecía empeñada en «corregirlos» de sus malos comportamientos.

—Desde que regresaste, ¿cuándo fue la última vez que sonreíste o que valoraste estar vivo? —le preguntó la mujer con firmeza—. ¿Cuándo gozaste de la compañía de otra persona que no fuera de tu familia?

Roger se sintió algo descolocado con esas preguntas y fue inevitable que el rostro sonriente de Lily invadiera sus pensamientos. Sin embargo, le molestaba que la tía May lo reprendiera en público.

—¡Usted no me conoce, tía! —espetó.

—*Mmm*. Eso es lo que tú crees. —La mujer hizo intentos por levantarse y Jake se apresuró en ayudarla. Después, la anciana se le acercó y se detuvo frente a él—. Ten cuidado, Roger, que el tiempo no espera a que estés listo para vivir. No vaya a ser que te pase por encima y, cuando decidas vivir, sea demasiado tarde.

Roger se preguntó que cómo esa mujer, a la que apenas veía en unas pocas ocasiones durante el año, parecía conocerlo en lo más profundo. Ni siquiera podía ver y, sin embargo, tenía un don para percibir no solo lo que sucedía a su alrededor, sino también sus pensamientos más íntimos, como si tuviera un radar especial que traspasara las barreras externas y se adentrara en su alma, revelando esas verdades que quería ocultar.

La tía May le tendió la mano a Rose, quien se había parado a su lado.

—Vengan por ella en dos horas —sentenció la anciana—. Esta niña necesita descansar.

—Iremos a ver al *sheriff*, cariño, y luego regresaremos por ti —le dijo Jake a su esposa mientras ella asentía y le sonreía con dulzura.

Una vez abandonaron la propiedad, Roger se ensimismó, incapaz de no reflexionar acerca de las palabras que su tía May le había dicho.

—No le des más vueltas, Roger. No hay cómo explicarlo —dijo, sacándolo de sus pensamientos.

—¿Qué es lo que no se puede explicar?

—A la tía May —reconoció mientras llevaba las riendas—. Acojona, ¿verdad? También lo hizo conmigo y, por más que he intentado descubrir cómo demonios sabe lo que pasa dentro de uno, no consigo dar con la respuesta. Creo que tiene una especie de don, o quizás es algo

bruja porque, de otra manera, no me lo explico.

—¡Esa mujer es exasperante!

—Sí, pero deberías escucharla, aunque te moleste. Detrás de sus formas hoscas esconde un mundo de sabiduría —admitió su hermano—. Yo que tú, le hago caso.

Roger miró a los ojos de Jake, y se sintió orgulloso de él. Tanto tiempo que había estado perdido luego de ser abandonado en el altar, antes de conocer a Rose, y ahora era una de las personas en las que más confiaba. En algún momento de su vida pensó que no podría sacarlo de la miseria y el alcoholismo en el que había sucumbido por su tristeza y, ahora, gracias a Rose, Jake era otra persona. Había recuperado su vida y era feliz. Se preguntó si para él también sería así; si podría comenzar otra vez y arriesgarse a amar de nuevo. Si Helen hubiera sobrevivido en su lugar, habría deseado su felicidad y que pudiera reconstruirse. Roger no quería verla apagarse y desperdiciar la vida, observando cómo el tiempo pasaba frente a ella desde la ventana, como una mera espectadora.

Continuaron el recorrido, cada uno envuelto en sus propios pensamientos, y con deseos de tener buenas noticias respecto al circo. Según lo que el *sheriff* le había dicho hacía unos días cuando lo visitó, el circo ya debería estar allí en la ciudad.

—Venir a hablar con Aron a esta hora fue una buena idea, antes de que se vea abrumado con las tareas del día —admitió Jake, ajustando su sombrero y apeándose de la carreta.

Roger asintió, con la mandíbula apretada y la mente llena de preguntas. Mientras recorrían las agitadas calles de Dallas, no pudo evitar sentir un cosquilleo de anticipación en su estómago, ya que tenía la esperanza de encontrar a Lily y a su hermano Dean allí.

—¡Roger, Jake! —los saludó Aron Paterson, el *sheriff*, cuando los vio entrar. Como siempre, su atuendo impoluto lo dotaba de una elegancia natural y de un gran atractivo, a pesar de estar cercano a cumplir los cincuenta—. ¡Qué bueno es tenerlos por aquí! Pasemos a mi oficina. Hay algo de lo que les quiero hablar.

—¿Es acerca de lo que te pedí investigar? —preguntó Roger mientras avanzaban por un pasillo hasta entrar en la oficina.

—Así es —dijo Aron, indicándoles con la mano que se sentaran—. El circo llegó anoche y están levantando sus instalaciones cerca del río que queda de camino al rancho de los Óregon.

Roger sintió cómo sus latidos se aceleraban debido a la expectación.

—¿Qué has averiguado del dueño?

—Se llama Oliver Macleod, y según los informes de otros pueblos por donde ha pasado, no parece tener una reputación muy limpia, aunque no han podido pillarlo infraganti en nada.

—Tengo la sospecha de que ese sujeto no es trigo limpio, Aron —explicó Roger con firmeza—. Algo me dice que está directamente relacionado con la desaparición de la chica de la que te hablé el otro día.

—Su sobrina, lo sé —respondió el *sheriff* asintiendo mientras se reclinaba en su silla, haciéndola crujir—. Mañana tienen su primera función aquí, y ya he ordenado a mis hombres que supervisen de cerca los movimientos del dueño y de sus trabajadores.

—¿Y qué pasará con la denuncia que hay contra ella por el supuesto secuestro?

—Fue retirada hace unos días.

Al escuchar eso, una sensación de alivio lo recorrió por dentro. Saber que se había retirado la acusación en su contra aumentaba las probabilidades de que Lily y Dean estuvieran allí. La incertidumbre y la angustia que lo habían acompañado durante tantos días comenzaban a desvanecerse, reemplazadas por una renovada esperanza. Ahora tenía una oportunidad real de encontrarlos y asegurarse de que estaban a salvo.

—Gracias, Aron —dijo Roger, poniéndose de pie para despedirse.

—¿Y cómo está Rose, Jake?

—Bien, a punto de dar a luz —expresó su hermano con orgullo.

—Espero que todo salga bien —dijo el *sheriff*, estrechándole la mano—. Dale saludos de mi parte.

—Lo haré.

Mientras subían a la carreta, Roger no pudo evitar sentir el impulso de ir a ver el lugar donde el circo se estaba instalando. La necesidad de verificar que aquello era real se apoderó de él. Ansiaba confirmar si Lily y su hermano estaban allí, a salvo, en lugar de perdidos en algún sitio desconocido. La incertidumbre y la preocupación por su bienestar lo impulsaban a actuar con urgencia, buscando cualquier indicio que pudiera ofrecerle respuestas sobre su paradero.

—Vamos a ese circo, Jake. Quiero echar un vistazo rápido.

Roger y Jake llegaron a una planicie cerca del río, al terreno que solía utilizarse para las ferias locales. El sol de la mañana brillaba con intensidad en el cielo despejado, y una brisa fresca hacía bailar las hojas de los árboles que, al rozarse entre ellas, generaban un ruido agradable, aliviando la tensión. Desde su posición, podían ver cómo el circo comenzaba a tomar forma. Los hombres se movían con eficiencia para dejarlo todo listo; el ambiente estaba lleno de actividad; los sonidos del martilleo, las órdenes gritadas y movimiento de la lona mientras se izaban las carpas hacían que todo cobrara vida en un lugar que, con frecuencia, solía ser inhóspito.

Roger entrecerró los ojos, tratando de distinguir la figura familiar entre los trabajadores, pero solo veía a hombres ocupados en sus tareas.

—No los veo, Jake —murmuró Roger, preocupado—. Hay demasiadas personas aquí.

—Ten paciencia.

—Deberíamos entrar y preguntar.

—No creo que sea una buena idea, Roger. No sabemos en qué clase de lío se encuentra Lily, ni el tipo de hombre que es su tío.

De pronto, uno de los trabajadores, a unos cuantos metros de distancia, comenzó a colgar los carteles con los anuncios de los artistas que se presentarían en el circo, y un rayo de esperanza se alojó en su pecho. La cabellera roja como el fuego; el *maillot* que hacía lucir su bonita figura y una cuerda ardiendo en llamas envolviéndola, revelaban que Lily se presentaría en el espectáculo. Roger no podía creer lo que veía. Aquel cartel era la señal que estaba esperando.

—¡Es ella! —exclamó Roger, señalando el cartel con la mano—. Ella está aquí. Voy a entrar.

—No —lo detuvo Jake, agarrándolo del brazo—. Será mejor mañana durante la función. Habrá más gente y podrás mezclarte entre la multitud. Ahora llamarías la atención porque no eres uno de ellos.

Roger asintió, aunque su impaciencia era palpable. Sabía que la espera era necesaria, pero eso no aliviaba la tensión que sentía. Mientras observaba el bullicio del circo, Roger solo podía esperar que Lily y Dean se encontraran bien. Al menos, tenía la certeza de haberla encontrado. De lo contrario, ese cartel no la anunciaría como parte del espectáculo.



35. Encuentro entre Lily y Dean

Lily se sentó frente al espejo para maquillarse para la presentación, pero el desgano y la tristeza parecían haberse adueñado de ella con una fuerza descomunal. El rostro pálido y las ojeras que asomaban bajo sus ojos eran señales evidentes de su estado anímico. Y todo porque su tío no había cumplido con su palabra. Los demás artistas apenas le dirigían la palabra o se atrevían a mirarla, probablemente por la advertencia de su tío de que debían mantenerse alejados. Incluso su amigo Owen buscaba momentos muy puntuales para encontrarse con ella a solas. El resto del tiempo, Lily se mantenía encerrada en su caravana o practicando en la pista, siempre bajo la atenta mirada del guardia que su tío había destinado para vigilarla y asegurarse de que no escapara.

«Si tan solo Roger estuviera aquí», pensó al recordar que esa era la ciudad donde vivía.

Se preguntó si habría encontrado a su hermano y si la recordaría alguna vez. No lo creía, y pensar en ello la entristeció aún más. Lo más probable era que, al no encontrarla en aquel lugar donde la dejó esperando mientras él iba por su hermano, hubiera dado la vuelta y regresado junto con los suyos, aliviado de habérsela quitado de encima de una vez. Le había dicho en la cara que ella había sido un error, y esas palabras resonaban a diario en su mente, aumentando su desolación. Lily lo imaginaba continuando con su vida como si nada, sin mirar atrás, mientras ella quedaba atrapada en esa existencia de amargura y desilusión, sintiéndose cada vez más sola.

y desgraciada.

Cogió un pedazo de tela y comenzó a repartir la base por todo su rostro, intentando ocultar la hinchazón de los párpados y las ojeras. Al menos, reflexionó, era difícil que alguien se percatara de lo demacrada que se hallaba mientras realizaba sus actuaciones con tanto maquillaje encima.

—¡Lily, abre la puerta! —le gritó su tío en tono autoritario.

Ella de inmediato se envaró.

—¡Está abierto! —gritó, sin dejar de maquillarse.

Ni siquiera le destinó una mirada. Se limitó a continuar en lo suyo mientras el hombre entraba y cerraba la puerta con fuerza.

—Me estoy cansando de tu actitud, niña malcriada —la reprendió con un dedo amenazador—. Me acaban de informar que no quieres realizar tu número.

—No has cumplido con tu palabra, tío —dijo con una entereza que estaba lejos de sentir—. Desde que me tienes retenida en contra de mi voluntad, no veo a mi hermano, y ya es hora de que me lleves con él. Si no, no me presentaré.

—Si no haces tu número, ya puedes irte olvidando de ese mocoso, porque voy a asegurarme de que jamás lo vuelvas a ver.

Lily se puso de pie y se acercó a él, amenazante.

—¿Lo harás desaparecer como a tu esposa Flor?

Lily se regocijó cuando el rostro de su tío se mostró sorprendido, para luego endurecer las facciones.

—¿¿Quién te habló de ella?!

—Eso da igual. Quiero a Rois para la actuación, y tienes media hora para llevarme con Dean, o de lo contrario, se acabó —sentenció, amenazante.

Las carcajadas de su tío resonaron con fuerza dentro del pequeño espacio, y Lily comenzó a preocuparse, ya que sus advertencias no estaban dando resultados. Sin embargo, su tío la sorprendió.

—Está bien, te llevaré con él, pero te advierto que, si intentas cualquier cosa, te vas a arrepentir —le advirtió.

—¿Por qué haces esto, tío? —preguntó en un tono más suave, intentando comprender—. ¿Por qué te empeñas en mantenernos a la fuerza aquí? ¿No sería mejor que nos dejaras ir y te olvidaras de nosotros?

—Puede que a ti te deje ir, Lily, porque cualquiera que se entrene un poco puede hacer tus números, pero sabes bien que Dean tiene algo que nadie más posee, y fuiste tú la que me abrió los ojos con eso. Lo convertiré en domador, al igual que lo fui yo.

—¿Tiene seis años! —le reprochó, elevando la voz.

—¿Y qué? Yo a los diez ya entraba a las jaulas de las bestias más peligrosas y no tenía esa habilidad sobrenatural que tiene Dean para comunicarse con ellas. —Su tío le lanzó una mirada de triunfo que le retorció el estómago por el disgusto que sintió—. Ese niño, o será trapecista o domador. Tú decides, sobrina.

—Eres un desgraciado.

Su tío se rio con frialdad y luego agregó:

—Y tú una muchacha insolente que no sabe cuándo ha perdido. Prepárate después para la función, porque nos vamos ahora mismo.

Lily sintió un nudo en el estómago mientras seguía a su tío fuera de la caravana. La esperanza de ver a su hermano se mezclaba con el temor de lo que ocurriría después, pero no

podía rendirse ahora. Su tío estaba muy equivocado si pensaba que ella le permitiría que entrenaran a Dean como domador siendo tan pequeño, y decidió que encontraría una manera de escapar y de recuperar la libertad que tanto anhelaba, lejos de todos.

—Sube —le ordenó su tío cuando llegaron a una carreta de carga que no tenía ventanas.

Ella ingresó en el pequeño y oscuro habitáculo, y se sentó en el suelo mientras las puertas se cerraban de golpe a sus espaldas, dejándola sumida en la más absoluta de las penumbras. Lily no podía ver nada, ni tampoco sabía hacia dónde se dirigían. Lo único que pudo hacer fue centrarse en el traqueteo rítmico del carruaje que, lejos de tranquilizarla, aumentaba su incertidumbre.

Calculó que habían pasado unos diez minutos de recorrido cuando se detuvieron. Las puertas se abrieron de golpe y su tío apareció con el rostro adusto y con expresión impaciente.

—Baja —le ordenó sin ninguna delicadeza. Una vez ella se apeó, su tío la tomó por el brazo con fuerza—. Si intentas jugármela, Lily, se acabó, ¿entiendes?

El miedo que sintió le erizó el vello de la espalda como un recordatorio de que ese hombre no estaba jugando, que decía la verdad. Supo en ese instante que no podía correr riesgos ni exponer a su hermano.

—Solo quiero ver a Dean —dijo, asintiendo.

Cuando Lily echó un vistazo a su alrededor, se encontró con un panorama desolador. Largas extensiones de tierra se desplegaban hasta donde alcanzaba la vista, dificultando que pudiera orientarse y saber con exactitud dónde se encontraba. El paisaje, en su mayoría compuesto por matorrales y árboles dispersos, no ofrecía ningún indicio de civilización cercana.

Sin soltarla del brazo, su tío la condujo con firmeza por un camino polvoriento. Con cada paso levantaba pequeñas nubes de polvo que se adherían a sus zapatos y al borde de su vestido. Después de lo que pareció una eternidad, llegaron a una cabaña medio escondida entre los árboles. La estructura, vieja y desgastada, se ubicaba dentro de una propiedad algo más grande, rodeada por una valla de madera casi en ruinas. Lily contó seis gallos de metal que giraban en lo alto del techo debido al viento.

Mientras se acercaban, Lily sentía su corazón latiendo a gran velocidad, ansiosa por encontrarse con su hermano y asegurarse de que estaba bien, aunque dudaba que aquel sitio donde permanecía encerrado fuese un lugar seguro para Dean. Las paredes de madera estaban agrietadas y el techo parecía haber visto mejores días, con varias tejas faltantes. Alrededor de la cabaña, había algunas herramientas de jardinería oxidadas y una pila de leña mal ordenada. El lugar emanaba una sensación de abandono, como si el tiempo mismo hubiera decidido olvidarlo.

Su tío la empujó hacia la puerta, que chirrió en protesta al abrirse. El interior no era más acogedor.

—¡Vivi! —gritó Oliver con fuerza—. ¡Tenemos visitas!

Mientras Lily observaba con rapidez el interior de la cabaña, percatándose de su precariedad, se escuchó la puerta de una de las habitaciones abrirse. La figura de su madrina apareció resplandeciente al escuchar la voz de su tío, pero de inmediato palideció cuando se percató de su presencia allí. Lily ni siquiera la saludó. Le destinó una mirada de tanto odio que estaba segura de que su madrina sintió un escalofrío recorrerle la espalda. La tensión en el ambiente se podía cortar con un cuchillo.

—Lily, no sabía que vendrías —dijo su madrina con voz temblorosa, intentando esbozar una sonrisa forzada.

—¿Dónde está Dean? —preguntó ella con voz fría, ignorando por completo las palabras de la mujer.

Su tío soltó una carcajada amarga.

—Siempre tan directa, sobrina —dijo acercándose a una de las ventanas y mirando hacia afuera.

La madrina caminó vacilante hacia Lily, extendiendo una mano temblorosa.

—Lily, por favor, escúchame... —empezó a decir, pero Lily la interrumpió.

—No tengo nada que escuchar de ti —dijo con firmeza, apartándose de ella.

—Trae al niño —le ordenó su tío a la mujer.

Su madrina asintió y fue en busca de Dean mientras ella intentaba ordenar sus pensamientos. La ira la consumía al pensar en la traición que esa mujer había hecho a sus padres, fallándole a sus hijos de esa manera.

—¡Lily! —gritó Dean contento, arrojándose contra ella para abrazarla.

Lily sintió un nudo en la garganta al ver a su hermano. Lo abrazó con fuerza, como si temiera que pudiera desaparecer en cualquier momento. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas mientras acariciaba su cabello pelirrojo.

—¿Estás bien? Te he extrañado tanto, pequeño —susurró con la voz temblando de emoción.

—Yo también, Lily —respondió Dean, aferrándose a ella—. Tenía miedo de que no volvieras.

Lily se apartó un poco, sosteniendo el rostro de Dean entre sus manos para mirarlo a los ojos.

—Siempre voy a volver por ti, Dean. Siempre —prometió con firmeza.

—¿Cómo está tu pierna? —le preguntó su hermano con inocencia.

Lily sabía que Dean desconocía su condición de prisionero, y decidió continuar con la mentira con el único fin de evitarle más angustias.

—Ya está perfecta.

—Bien —interrumpió su tío con impaciencia—. Ya has visto a tu hermano. Ahora debes prepararte para la función.

—¿Puedo ir? —preguntó Dean a su madrina, pero antes de que ella respondiera, su tío se anticipó.

—Hoy no.

Dean asintió, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Nos vamos a casa, Lily? —preguntó con inocencia.

Lily tragó saliva, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—Todavía no, pero te prometo que muy pronto estaremos juntos otra vez, ¿de acuerdo? —dijo transmitiéndole toda su confianza.

Dean asintió otra vez y la abrazó con fuerza.

Lily salió de la cabaña con el corazón oprimido por el dolor. Aunque su hermano parecía estar físicamente bien, la tristeza en su mirada era evidente, y no podía culparlo por ello. Subió a la carreta, y antes de que su tío cerrara las compuertas, le dijo:

—No importa lo que hagas, tío. No te saldrás con la tuya.

—Siempre lo hago, Lily —respondió con una sonrisa de burla, antes de dejarla sumida en la oscuridad.



36. Rose y Lucy

Rose llevaba días durmiendo muy poco debido a las incomodidades que le causaba su avanzado estado. No obstante, eso no era lo único que le impedía tener un sueño reparador por las noches. Desde que Roger emprendió su viaje a inicios de mes para ir en busca de Bruce, los nervios parecían consumirla por dentro, y sabía que eso no era bueno para el niño. Sin embargo, no podía evitarlo. Durante su ausencia, intentaba ocupar su mente realizando actividades en el huerto, paseando o leyéndole a la tía May. También se volcaba en los libros de registros de contabilidad del rancho, preparaba tartaletas o pasaba el tiempo amándose con Jake en la cabaña en sus ratos libres. Nunca perdía las esperanzas de que Roger trajera de vuelta a Bruce. No obstante, no pudo evitar ser presa de la decepción cuando miró a los ojos a su cuñado Roger el día en que llegó y se percató de que no había encontrado a Bruce en Waco. Rose ansiaba que su suegra y sus cuñados pudieran hallar la paz respecto al menor de los Anderson. Sin embargo, algo dentro de su pecho le decía que él estaba bien y que pronto regresaría a casa. Rose aún no perdía las esperanzas de que Bruce apareciera en el rancho, y que se excusara con una de esas increíbles historias con las que se justificaba en el pasado por sus imprudencias.

Por otra parte, estaba Roger, quien llevaba mucho tiempo ensimismado, de la misma manera en que lo estuvo Jake durante aquel período en que fue plantado en el altar por Eleonor. De algún modo, el fallido viaje había servido para sacarlo de ese estado en que parecía estar en

un permanente invierno, porque, desde que había regresado, algo distinto habitaba en él. El haber conocido a esa muchacha y a su hermano pequeño había tenido repercusión en Roger, y Rose estaba segura de que era Lily la causa de ese cambio evidente en él, al menos, para ella.

—Jake —susurró Rose a su marido, quien dormía la siesta a su lado; una costumbre que había adquirido desde que ella estaba embarazada y se recostaba unos minutos después de almorzar para recuperar energías—. Estoy preocupada.

—¿Estás bien, cariño? ¿Te duele algo? —dijo Jake, despertando sobresaltado y tocando su vientre con nerviosismo.

—Tranquilo, estoy bien. Es solo que me preocupa Roger. Parece obsesionado con esa chica que conoció de camino a Waco.

Jake la atrajo por los hombros y la recostó sobre su pecho.

—Creo que ella le importa más de lo que quiere hacernos creer. Se culpa por lo que sucedió entre ellos, porque piensa que ha traicionado la memoria de Helen.

—Si tu hermano ha dejado de ir por prostitutas desde que llegó de Waco y, además, pasa las horas intentando dar con el paradero de esa muchacha, es porque se ha enamorado de ella.

—Pero es demasiado testarudo para reconocerlo —comentó Jake.

—Al parecer, es algo de familia —le dijo ella, sonriéndole con ternura.

Jake le dio un beso suave en los labios y luego le acarició el vientre.

—Pero yo me quité la venda de los ojos, y Roger aún no ha podido desatar los nudos que lo mantienen en esa permanente ceguera emocional.

—Dale tiempo. Ya lo conseguirá. ¿Lo acompañarás hoy a la función?

—No lo sé. Estaba pensando en quedarme acá mejor, por si me necesitas aquí —dijo Jake, mirándola con preocupación.

—Yo estaré bien, cariño, ve con él. Mi hermana Lucy vendrá a acompañarme dentro de un rato.

Jake frunció el ceño al escuchar acerca de la visita de su hermana al rancho, pero ella agradecía sus esfuerzos por tolerarla en su casa, a pesar de todo.

—¿Estás segura?

—Sí. En caso de necesitarte, enviaré a alguien por ti al circo.

—Bien —dijo levantándose a regañadientes—. Roger debe estar impaciente porque nos marchemos a la función.

Jake se cambió la ropa y luego se despidió con un beso sentido que a ella la estremeció. Cuánto amaba a ese hombre, y no había día que no agradeciera a Dios por ponerlo en su camino.

—Te amo, Jake.

—Y yo a ti.

Rose observó el invernadero con adoración, evocando los recuerdos del ayer, cuando ese lugar se convirtió en su refugio porque nadie de esa familia la aceptaba como a una integrante más, salvo Paul Anderson, el padre de los muchachos. Fue allí donde el sentido de pertenencia se fue gestando lentamente, a medida que daba vida a ese lugar, preparando la tierra para sembrar las semillas. Roger y Bruce fueron los que más la ayudaron a sacar adelante ese proyecto, que también les permitió conocerla y darse cuenta de que ella no era como todos pensaban. Era difícil quitarse la etiqueta de «cazafortunas» cuando una madre se ha encargado bien de manipular los matrimonios forzados de sus hijas. Por fortuna, se enamoraron con Jake y el resto de la familia comprendió que ella también había sido una víctima de las maquinaciones de su madre.

Su hermana Lucy, considerada una de las mujeres más hermosas de la ciudad, fue

rechazada con frecuencia por el entorno social de Harry Wilson después de atraparlo en un matrimonio por conveniencia de una manera tan deshonesto. Y Aunque ellos terminaron su matrimonio por mutuo acuerdo debido a la infelicidad que les causaba, Lucy había demostrado una auténtica preocupación por él cuando llegó herido de la guerra y sin ánimos de seguir adelante. Por decisión propia y sin pedir nada a cambio, Lucy regresó a la casa de Harry en contra de su voluntad para cuidarlo y ayudarlo a recuperarse. Esto, de alguna manera, le ganó la admiración de algunas personas cercanas a Harry, incluido su propio marido, que, aunque no lo admitía abiertamente, ya la miraba con ojos más amables.

—Me dijeron que estabas aquí —le dijo Lucy, sacándola de sus recuerdos.

—¡Lucy! —dijo Rose con afecto, acercándose a ella y tomándole las manos—. ¿Cómo estás?

—Bien, aunque a ratos tengo deseos de matar a Harry —dijo entornando los ojos—. ¿Y tú?

—He estado con algunas molestias en la espalda baja, pero nada de importancia —se explicó mientras la conducía hacia una banca para sentarse—. ¿Has tenido noticias de mamá?

—Ya sabes cómo es, sigue rechazando a nuestro padre, especialmente ahora que ha vuelto a la casa de su infancia para empezar un negocio como granjero junto a su hermano —expresó con un suspiro de resignación—. Y a mí, no deja de molestarme con que saque provecho de la condición de Harry.

—Mamá nunca cambiará —reconoció, dolida.

—No, y la verdad es que ya me tiene harta; he dejado de contestar sus cartas.

A Rose le daba vueltas una idea en la cabeza, y decidió que era hora de saciar su curiosidad. Después de todo, esos meses habían servido para fortalecer los lazos con su hermana Lucy, pero no había ocurrido lo mismo con su madre y su hermana Mary, quienes apenas le escribían para saber de su estado desde que se habían marchado de la ciudad.

—¿Por qué sigues ayudando a Harry?

Lucy la miró, lidiando si sincerarse con ella, y le sonrió con aire melancólico.

—Porque estoy enamorada de él —reconoció, para su sorpresa.

De repente, Rose se encogió de dolor, soltando un quejido que alertó a su hermana. Sintió la tensión adueñarse de su abdomen, que se extendía en oleadas rítmicas. Su respiración se aceleró y, con esfuerzo, comenzó a tomar aire en profundas inspiraciones, intentando calmar las intensas molestias que se apoderaban de su cuerpo.

—¿Estás bien? —preguntó Lucy, alarmada.

—Creo que ha llegado la hora —le informó, posando sus manos sobre el vientre bajo.

—Tranquila, iré por Jake —dijo su hermana, levantándose de la banca y ayudándola a incorporarse.

—Jake no está, se ha ido con Roger al circo.

—¿Tu marido se ha ido al circo y te ha dejado aquí? —preguntó Lucy, con un tono entre incrédulo y molesto.

—Lo he obligado, Lucy —se explicó mientras avanzaban hacia la casa—. Es una larga historia que te contaré en otro momento. Llévame a casa y luego ve a buscarlo. Le dije que le avisaría si pasaba cualquier cosa.

—¿No será mejor que vaya por un doctor?

—Mi suegra le avisará —le informó, lidiando con las molestias a medida que iba avanzando—. El médico vive cerca.

Rose comenzó a sentir que el sudor perlaba su frente a medida que iban llegando a la

casa. Uno de los trabajadores de la familia se percató de su estado y corrió hacia ellas, presuroso.

—¿Se encuentra bien, señora Anderson?

—Creo que nacerá hoy, Mike —dijo con dificultad mientras luchaba por dar un paso tras otro.

De repente, el trabajador la alzó con sorprendente facilidad y la llevó cargada hasta la casa, como si no pesara nada. Rose agradeció no tener que seguir caminando, ya que los dolores parecían intensificarse cuando estaba de pie.

—Tranquila, señora, que todo saldrá bien.

Lucy abrió la puerta de la casa y Mike la llevó hasta su habitación. Después, la recostó encima de la cama. Betty apareció detrás y de inmediato comprendió lo que estaba sucediendo.

—Mike, pide a Meg que vaya ahora por el doctor —se apresuró en decir su suegra y el hombre asintió—. Yo me encargo de ella ahora.

—Yo iré por Jake —informó Lucy, antes de darle un suave apretón en la mano que la reconfortó.

Rose observaba que todo era movimiento a su alrededor, pero ella centraba su atención en sus respiraciones. Sus ojos se encontraron con los de su suegra, donde percibió una mezcla de preocupación y alegría. El momento que tanto había esperado por fin había llegado, y rogaba porque Jake pudiera llegar a tiempo.

Rose oraba en silencio para que todo saliera bien, para que esa familia no lidiara con más penurias. Bastante habían tenido que pasar ya Betty y sus hijos para que ahora las cosas no resultaran como debían.

Elevó una plegaria al cielo y esperó, confiada en que sería escuchada en lo alto.



37. La búsqueda

Cuando Lily regresó después de ver a su hermano Dean, sintió una urgencia renovada por escapar del control opresivo de su tío y se apresuró en prepararse para sus actuaciones, determinada a brillar esa tarde. Solo haciendo las cosas bien evitaría levantar sospechas acerca de sus intenciones. Faltaba una hora para que se abrieran las puertas al público, lo que facilitaría que pudiera escabullirse cuando la multitud estuviera dentro, permitiéndole abandonar el circo para pedir ayuda. A esas alturas, a Lily le importaba bien poco que su tío la tuviera denunciada por secuestro. Por más que buscaba la forma, no hallaba otro modo de hacerlo.

Acarició la cabeza de Rois cuando se la llevaron, y luego se cerró la capa alrededor del cuerpo, ocultando el *maillot* de su madre. Si iba a brillar esa tarde, quería hacerlo de la manera en que a su madre le hubiera gustado, porque esa sería la última presentación que Lily realizaría para el circo. Era una promesa.

—El gorila de tu tío no te quita los ojos de encima —le susurró su amigo Owen por la espalda, haciéndola dar un brinco.

—¡Deja de hacer eso! —lo amonestó—. Anúnciate antes, carraspea o di algo, ¡qué sé yo!, pero no me abordes de improviso, que estoy con los nervios de punta, Owen.

—Lo siento. ¿Ya pensaste en cómo lo harás para librarte de él?

—Sí, tengo un plan —respondió en voz baja, asintiendo—. Cuando comience el

espectáculo y toda la atención esté en el escenario, me escabulliré por la parte de atrás. Ahí es donde necesito que tú me cubras.

Owen frunció el ceño, preocupado.

—¿Y si te descubren? Sabes lo peligroso que puede ser.

Lily tomó una profunda respiración y lo miró directamente a los ojos.

—No me descubrirán, porque todos estarán centrados en el *show* de los payasos y no en mí. Además, no tengo otra opción, Owen. No puedo seguir viviendo así. Tengo que deshacerme de ese hombre para poder salir a buscar a Dean.

Él asintió lentamente y luego le preguntó:

—¿Qué debo hacer yo?

—Ten contigo las llaves de las jaulas.

—No te atreverías, ¿o sí? —preguntó, incrédulo.

—¡No lo encerraré con los leones, si es lo que te preocupa! —lo tranquilizó mientras miraba de un lado a otro para verificar si era objeto de atención—. Además, tu número es uno de los primeros, lo que nos dará tiempo para prepararnos. Mantente atento a mis indicaciones.

—Está bien. Solo... ten cuidado, ¿sí?

—Lo tendré. —Lily sonrió con gratitud y luego se alejó en dirección a la carpa.

Después, se escondió tras las cortinas, observando cómo el público comenzaba a llenar el lugar. A través de las rendijas, vio a las personas desplazarse hasta llegar a sus asientos, ansiosas por ver el espectáculo. Los niños reían y señalaban con entusiasmo las instalaciones en las alturas mientras sus padres los calmaban y les compraban golosinas. Lily no pudo evitar sorprenderse por la gran cantidad de gente que había llegado a la función; la multitud parecía más grande que nunca.

En medio de la bulla y tras bambalinas, sus compañeros del circo hacían sus preparativos finales. Los acróbatas estiraban sus músculos, los payasos perfeccionaban sus rutinas y los malabaristas intercambiaban cuchillos en el aire con una precisión asombrosa.

Lily observaba todo esto como si ya no perteneciera a ese mundo. Se sentía invisible y sola, y la sensación no le agradó. Los que alguna vez consideró parte de su familia, ahora parecían ser solo personas que velaban por sus propios intereses, quizás temerosos de perder el trabajo, o quizás no. Tal vez solo eran indiferentes a su situación. Hasta su madrina la había defraudado, convirtiéndose en cómplice del secuestro de su hermano. Lily sabía que ya no pertenecía a ese lugar y ansiaba abandonar lo que alguna vez fue su hogar. La traición y la indiferencia la habían aislado, y no encontraba el momento de escapar de un entorno que se había vuelto opresivo y hostil. Su única esperanza era encontrar un nuevo comienzo, lejos de aquellos que una vez consideró familia.

Mientras escudriñaba la audiencia detrás de los cortinajes que daban al escenario, sus ojos se detuvieron en un hombre con una estrella en el pecho. El corazón le latió con fuerza cuando una mezcla de nervios y esperanza la invadió. Reconoció al *sheriff* de inmediato y sintió una oleada de alivio y alegría. Si lograba hablar con él, podría encontrar una manera de escapar de su situación opresiva. Pero no podía permitirse ser imprudente. A poca distancia, el gorila de su tío, el guardia, no dejaba de vigilarla, y sabía que su tío también la observaba desde algún lugar cercano. Tendría que esperar a llevar a cabo sus planes para abordarlo sin levantar sospechas.

Lily tomó una profunda respiración, intentando calmar sus nervios. Se ajustó la capa una vez más, asegurándose de que el *maillot* de su madre permaneciera protegido. Llevarlo puesto era un homenaje a la mujer que le dio la vida y, de alguna manera, utilizarlo era como tenerla

más cerca.

De repente, sintió un nudo en el estómago y su corazón pareció detenerse en el pecho. El *sheriff* charlaba con un vaquero que en un primer momento le hizo pensar en Roger. La semejanza fue tan impactante que Lily contuvo el aliento, esperando que el sujeto se girara para verle el rostro. Sin embargo, al observarlo mejor notó pequeños detalles que desmentían su primera impresión. Se le parecía, pero no era él, y la decepción se alojó en su pecho, incrementando el sentido de pérdida que ya habitaba en ella desde que se habían separado en Waco. Había esperado casi con desesperación encontrar a Roger en ese hombre, creyendo que su presencia podría traer la ayuda que tanto necesitaba. No obstante, a pesar de que no era él, no podía quitarle los ojos de encima. Una mujer de cabellera rubia y muy hermosa se le acercó y lo zarandeó por el brazo. El vaquero se mostró disgustado por la interrupción, pero luego de intercambiar unas cuantas palabras con ella, abandonó la carpa como si el mismísimo demonio lo estuviera persiguiendo. La mujer le siguió detrás.

Lily se encogió de hombros y cerró las cortinas para tomar ubicación. El espectáculo iba a comenzar.

Jake y Aron, el *sheriff*, se ubicaron a la derecha del escenario mientras Roger se movía por la izquierda, buscando a Lily entre las dependencias. El lugar estaba abarrotado de personas, y Jake, por un momento, sintió deseos de largarse a casa. Prefería estar con su mujer en la tranquilidad del hogar que rodeado de bullicio y caos. Sin embargo, sabía que tenía que ayudar a su hermano a encontrar a Lily.

—Esto es un verdadero hervidero de gente —comentó Aron, observando la multitud con ojos entrenados para detectar problemas—. No es fácil encontrar a alguien en medio de tanto alboroto. Tendremos que esperar a que finalice la función y las personas se marchen a sus casas.

Jake asintió mientras divisaba a Roger en el otro extremo de la carpa, intentando escabullirse por detrás del escenario.

—Espero que esa chica se encuentre aquí —comentó con preocupación—. Roger está convencido de que está en problemas.

—Mañana me encargaré de hacer una supervisión personalmente —le informó el *sheriff*.

Jake se encontraba absorto entre la multitud. Tenía sus pensamientos divididos y el corazón envuelto en un aire de inquietud. Por un lado, estaba preocupado por Roger, cuyo interés por Lily había pasado de ser un mero interés a algo mucho más profundo. Lo veía en los ojos de su hermano, en la forma en que su mirada se suavizaba cada vez que mencionaba su nombre. Roger estaba enamorado, aunque quizás aún no lo admitiera completamente, ni siquiera ante sí mismo.

Por otro lado, las preocupaciones por Rose se habían intensificado en las últimas horas. Su avanzado embarazo lo tenía sometido en un constante estado de inquietud. Jake no podía evitar sentir que su lugar estaba junto a su esposa, en lugar de estar perdido en este caos circense. El miedo de que algo pudiera ocurrirle mientras él estaba lejos lo atormentaba.

Miró la hora y advirtió que ya faltaba poco para que la función comenzara, y Roger aún no conseguía traspasar las barreras humanas para regresar junto a él. Jake le hizo un gesto negativo con la cabeza, advirtiéndole que era mejor esperar. Roger asintió con el rostro adusto. De repente, Jake sintió una mano firme tocándole el hombro. Se giró con rapidez, y se encontró cara a cara con Lucy, la hermana de Rose.

—¿Qué haces tú aquí? —le espetó, sin rastro de amabilidad.

La expresión de la muchacha era una mezcla de urgencia y preocupación.

—Jake, es Rose —dijo con la voz temblorosa—. Está de parto. Me ha enviado por ti. Tienes que ir a casa.

El mundo pareció detenerse por un momento, y sus peores miedos se vieron materializados. Su mujer estaba de parto y él no se hallaba junto a ella para acompañarla. La misión de ayudar a Roger a encontrar a Lily se desvaneció en el fondo de su mente mientras procesaba las palabras de Lucy, y la preocupación por Rose y el inminente parto del bebé pasaron a ocupar la totalidad de sus pensamientos.

Sin perder más tiempo, Jake asintió y le informó brevemente a Aron acerca de la situación. No podía esperar a que Roger regresara a su lado para informarle el nuevo giro de los acontecimientos. Se abrió paso entre la multitud, con Lucy siguiéndole, dejando atrás la búsqueda de la chica para enfrentar una nueva urgencia: Iba a convertirse en padre.



38. Nueva vida y desafíos

Jake desmontó de Black antes de que el caballo se detuviera por completo. Lucy había quedado rezagada hacía varios minutos, pero eso no le preocupaba ahora. El pánico y la emoción lo impulsaban mientras corría hacia la puerta principal de la casa. Los nervios le nublaban la mente, haciéndole trastabillar debido a su prisa.

—¡Rose! —gritó, empujando la puerta con fuerza.

Subió las escaleras y se encontró con su madre, que salía en ese instante de la habitación.

—Está bien, Jake. Rose es fuerte y el doctor ya la está atendiendo. Espera aquí hasta que todo pase.

—¡No, mamá, llévame con ella! —exigió, afligido.

Su madre asintió comprensiva.

—Igual que tu padre. Insistió en estar presente cuando nacieron los tres, a pesar del disgusto de la partera por tener a un hombre allí —sonrió guiándolo hacia la habitación donde su esposa se encontraba.

Jake cruzó la estancia en tres zancadas largas mientras sentía su corazón latiendo con fuerza en su pecho. Allí estaba su amada Rose, con el rostro contraído en una mueca de dolor, pero sus ojos brillaban de dicha. Al ver a Jake, su expresión se suavizó por un instante.

—Jake... estás aquí —susurró ella, extendiendo una mano temblorosa hacia él.

Jake la tomó con cuidado, sintiendo la fuerza y la fragilidad en su apretón.

—Estoy aquí, cariño. Todo va a estar bien. Estoy contigo.

Los minutos siguientes fueron confusos para Jake. Las palabras de aliento por parte del médico y de su madre, quien colaboraba ayudando con cualquier requerimiento del doctor, se mezclaban con el sonido de las respiraciones profundas de su mujer y la tensión de cada contracción. El tiempo parecía detenerse y correr a la vez, hasta que finalmente, el primer llanto de su hijo llenó la habitación, haciéndolo soltar el aire que, sin percatarse, llevaba rato reteniendo.

—Es una niña —dijo el médico mientras envolvía el pequeño cuerpo con una tela limpia y lo dejaba en los brazos de Rose.

Jake sintió que las lágrimas brotaban de sus ojos mientras observaba a su esposa y a la pequeña que acunaba en sus brazos. La niña tenía la piel de un tono claro y su delicado cabello, que apenas empezaba a asomar, era de un rubio casi plateado, como un destello de luz. Jake la observaba con los ojos inundados de ternura, y la encontró perfecta. Rose, pese al agotamiento, le destinó una sonrisa radiante que parecía iluminar cada rincón de la habitación. Conmovido, la besó con ternura, tratando de transmitirle a través de ese simple gesto la inmensidad de su alegría y su amor.

—Es preciosa —respondió Jake, con la voz quebrada por la emoción.

—Lo hiciste bien, chiquilla —dijo el médico mientras se limpiaba el sudor de la frente con un pañuelo—. Felicidades.

En ese momento, Lucy ingresó en la habitación y se acercó a toda prisa.

—¡Oh, Rose! —dijo admirando a la recién nacida—. ¡Qué hermosura! ¿Cómo la llamarán?

—Ella es Louise Anderson —informó Rose cruzando una mirada cómplice con él.

Jake sonrió al escuchar el nombre, sintiendo que era perfecto para su pequeña.

—Louise —repitió Jake con suavidad, como si saboreara cada sílaba—. Es un nombre precioso para una niña preciosa —dijo con ternura, acariciando la diminuta mano de Louise, quien respondió apretando su dedo con sorprendente fuerza.

Lucy se inclinó para observar más de cerca a la recién nacida, y Jake observó que sus ojos brillaban de emoción.

—Tiene tus ojos, querida Rose —dijo su madre mientras se limpiaba una lágrima con la mano—. Me habría encantado que Paul pudiera estar aquí para presenciar esto.

—Y él está aquí de alguna manera, Betty —respondió Rose con una certeza tranquilizadora.

El médico recogió sus instrumentos, satisfecho con el resultado, y luego se encaminó hacia la puerta.

—Tendrán que descansar mucho ahora, tanto la madre como la hija —dijo con una sonrisa—. Pero ambas están en perfecta salud.

Su madre se acercó a Rose y le dio un suave beso en la frente.

—Estoy tan orgullosa de ti, querida —susurró—. Y tú, Jake, serás un padre maravilloso.

Jake sintió un nudo en la garganta, incapaz de responder por la emoción. En lugar de palabras, simplemente apretó la mano de Rose y besó la pequeña cabeza de Louise, inundado por un amor y una felicidad que nunca había conocido. Una vez a solas los tres, Rose cerró los ojos, extenuada, mientras Jake seguía observando a su hija, sintiendo que, a pesar de la ausencia física de su padre, y de la desaparición de su hermano, todo en su vida estaba ahora en su lugar.

El maestro de ceremonias la presentó como *Lady Lily*, y ella se alzó sobre Rois con una gracia sin igual. Estaba determinada a brillar como una estrella, con el único fin de despistar a su tío Oliver. Ejecutó giros y piruetas sobre el caballo con su elegancia habitual, desafiando la gravedad con tal naturalidad que parecía que aquellos movimientos no requerían de ningún esfuerzo por su parte. Cada acrobacia parecía una obra de arte, y la audiencia parecía hipnotizada por la armonía de sus movimientos. Lily podía escuchar los gritos de asombro desde su montura y sonrió. Era su última presentación, costara lo que costara.

Se puso de pie sobre Rois, elevando una pierna hasta pegarla a su mejilla, mientras se equilibraba con la otra sobre el lomo del caballo en movimiento. De repente, un vértigo la sacudió al ver a Roger Anderson con la mirada fija en ella, junto al *sheriff*. La impresión en su pecho fue tan fuerte que los latidos de su corazón se aceleraron, y la emoción que experimentó fue tan intensa que estuvo a punto de perder el equilibrio. Desafiando la gravedad, logró recuperar su compostura, pero la sensación de vértigo y emoción persistió. Roger estaba allí, y no solo eso, sino que parecía escudriñarla con la intensidad de su mirada. Mientras se mantenía firme en su postura acrobática, Lily le destinó una mirada de auxilio que era difícil que él pudiera interpretar. Sabía que este encuentro podía ser crucial para el futuro de su hermano y para el suyo propio, y debía encontrar la manera de hablar con él sin que el gorila de su tío se lo impidiera. Su corazón latía con fuerza, pero también con una esperanza palpable.

Lily ejecutó unas cuantas piruetas más, y tras concluir su presentación con una perfección impecable, se deslizó detrás de las cortinas mientras los aplausos continuaban resonando a sus espaldas. Su tío Oliver, de pie en el otro extremo del escenario, asintió satisfecho y luego dejó de prestarle atención. Lily volvió a mirar por entre el cortinaje buscando a Roger, pero este ya no se encontraba allí. Un pánico atenizador la inundó de pronto. ¿Se habría marchado?

—¡Lily, es hora! —le susurró Owen mientras la abrazaba, simulando felicitarla—. Ven conmigo.

—Espera, Owen —dijo, deteniéndolo por el brazo—. Roger está aquí, y viene acompañado por el *sheriff*. Es probable que sospeche que algo está mal.

—No tenemos tiempo para buscarlo ahora —respondió su amigo con firmeza y frunciendo el ceño—. Debemos aprovechar este momento para distraer a tu gorila y deshacernos de él.

Lily sabía que Owen tenía razón. Si no aprovechaba esta oportunidad, era muy probable que no volviera a tener otra igual.

Se alejaron con dirección hacia la zona de las jaulas, lejos de donde se estaba realizando el espectáculo, y conscientes de que el guardia que vigilaba todos sus movimientos les seguía detrás. Lily y Owen se movieron con rapidez, con una agilidad que solo la desesperación podía proporcionar. Cuando llegaron a la zona de las jaulas de los primates, un área menos iluminada y apartada, donde los gritos y los aullidos de los animales creaban un caos de sonidos, cada uno tomó posición según lo planeado. La vigilancia en esta sección era mínima durante las presentaciones, lo que les daba una ventaja crucial. Habían planeado este momento con detalle, y ahora era tiempo de ejecutar su plan.

Owen entró a una de las jaulas más grandes, donde un primate inquieto se balanceaba de un lado a otro, lanzándole miradas curiosas. Lily permaneció fuera de ella, esperando el momento. Mientras tanto, Owen fingió que estaba ocupado con un objeto cercano, esperando la señal. El guardia llegó casi sin aliento y los observó sin comprender, con el ceño fruncido y la mirada fija en Lily. Pese a su agitación, se acercó a ella con paso decidido, sin sospechar nada.

—Regresa a la carpa ahora, o tendrás problemas conmigo —la amenazó.

Lily lo observó con el corazón acelerado, y cuando el guardia se encontró lo suficientemente cerca de ella, hizo una señal a Owen. En un movimiento rápido, Owen se deslizó hacia la puerta de la jaula, abriéndola justo cuando el guardia se acercaba. Lily, con su habilidad acrobática, se lanzó hacia el guardia, empujándolo con fuerza con el pie hacia la entrada de la jaula. El guardia, sorprendido y desorientado, tropezó y cayó dentro. La jaula se cerró con un chasquido metálico justo antes de que pudiera reaccionar. Owen y Lily lo observaban desde fuera, satisfechos.

—Que pases buena noche —le dijo Lily, advirtiéndole que nadie iría por esos lados hasta el día siguiente.

El guardia, ahora atrapado y furioso, comenzó a golpear las rejas y a gritar en protesta mientras Lily y Owen se alejaban con rapidez.

—Busca a Roger y al *sheriff* —dijo cuando llegó a su caravana—. Explícales mi situación.

—¿Y qué harás mientras? —dijo él.

—Primero me cambiaré la ropa, y luego me ceñiré al plan inicial. Iré a la zona de las cocinas, montaré a Arrow e iré por Dean. Por allí puedo salir sin ser vista por nadie.

Owen asintió, sin poder ocultar su preocupación por ella. Lily lo miró, regalándole una sonrisa de afecto, y le dio un abrazo de agradecimiento. Luego de besarlo en la mejilla, se escabulló dentro de la caravana, rogando para que todo saliera bien. Ahora que se había librado del guardia y no era objeto de atención de su tío, solo tenía que cabalgar hasta dar con el sitio donde su hermano estaba retenido, antes de que la noche cayera sobre ella y antes de que alguien descubriera al guardia encerrado en la jaula.

Una vez abandonó la caravana, corrió hacia la zona de las cocinas, y con movimientos apresurados desató a Arrow del poste. Cuando estaba a punto de montarlo, sintió que alguien la llamaba:

—¡Lily, espera! —gritó Roger mientras se acercaba hasta ella con rapidez.

—¡Oh, Roger! —dijo arrojándose a sus brazos y soltando toda la amargura que sentía por dentro en forma de lágrimas—. Tienes que sacarme de aquí.



39. Encuentros y desencuentros

Owen se internó entre la multitud, buscando al *sheriff* con desesperación. El espectáculo de los payasos aún no finalizaba, y las risas lo envolvían por doquier, pero él las ignoró. Empujaba a un lado a los espectadores, sin prestar atención a sus quejas y miradas molestas. Su corazón latía con fuerza mientras sus ojos barrían el área en busca del sombrero distintivo del *sheriff*. El alivio lo recorrió cuando lo divisó a un lado de la carpa principal, conversando con un grupo de hombres. Owen se abrió paso entre la gente, sintiendo el peso de la responsabilidad sobre sus hombros.

—¡*Sheriff*! —llamó, agitando los brazos para llamar su atención—. ¡Necesito hablar con usted!

El *sheriff* levantó la vista, frunciendo el ceño al ver la urgencia en su expresión. Se excusó de la conversación y se acercó a él, con su mano descansando cerca del revólver en su cinturón, un gesto habitual en él.

—¿Qué ocurre, muchacho? —preguntó el *sheriff*, mirándolo con seriedad.

—Soy Owen, el domador, y mi amiga Lily está en apuros —se expresó con torpeza, intentando controlar su respiración entrecortada—. ¡Está en peligro y necesita de su ayuda!

El *sheriff* asintió, notando la desesperación en su voz.

—Expícate, Owen.

Owen le indicó que lo siguiera fuera de la carpa para poder entregar los detalles del secuestro y la situación de peligro en que se encontraba su amiga. El *sheriff* asentía en todo momento, atento a cada una de sus palabras.

—¡Vamos! —dijo con urgencia—. Llévame hasta donde está Lily. No dejaremos que nada le suceda.

—Ella ya se fue. Ha ido a recorrer los alrededores por si reconoce el sitio donde tienen retenido a Dean. Lily contó seis gallos de metal que giraban en lo alto del techo de la cabaña donde está secuestrado su hermano —le informó.

El *sheriff* frunció el ceño.

—Hiciste bien en recurrir a mí —dijo, asintiendo—. Me encargaré de todo.

—Gracias, señor —contestó Owen antes de marcharse y regresar junto al resto de los artistas.

El alivio de haber podido entregar toda la información al *sheriff* lo recorrió por dentro como un bálsamo tranquilizador. Hasta ese momento, había estado viviendo en un estado constante de tensión, preocupado por la seguridad de su amiga y la injusticia que ella y su hermano estaban sufriendo. Ahora, sabiendo que el *sheriff* estaba al tanto de todo y que tomaría medidas, una pesada carga se levantó de sus hombros. Quizás no había conseguido demostrarle todo el amor que sentía por ella, pero, al menos, podría regalarle la libertad.

Apenas finalizó el espectáculo de Lily, Roger corrió fuera de la carpa y la rodeó, intentando pasar desapercibido por entre los trabajadores. De pronto, observó a Lily y a su amigo Owen correr hacia el sector destinado para los animales, con una urgencia que le advirtió de que algo grave estaba sucediendo. Sus sospechas se confirmaron cuando divisó a un hombre grande y robusto seguirles detrás.

Miró de un lado a otro, verificando que nadie le prestaba atención, y luego se apresuró en seguirlos. Necesitaba hablar con ella.

—¡Eh, deténgase! —le dijo uno de los hombres del circo—. Esto es recinto privado. ¡Usted no puede estar aquí!

Roger se detuvo de golpe, levantando las manos en un gesto de calma.

—Lo siento, pero mi hijo está perdido aquí afuera —mintió—. Entró corriendo a este sector, y temo que pueda estar en peligro. No puedo irme sin encontrarlo.

El hombre del circo lo miró con desconfianza, pero la preocupación genuina en los ojos de Roger lo hicieron vacilar.

—Está bien —dijo finalmente—. Pero te voy a acompañar. No quiero problemas.

—Gracias —respondió Roger con un asentimiento de cabeza, intentando demostrar humildad—. Prometo que esto no tomará mucho tiempo.

Mientras avanzaban hacia la zona de las jaulas, Roger calculaba sus próximos movimientos. No podía permitir que este hombre le impidiera encontrar y ayudar a Lily. El trabajador del circo iba unos pasos adelante, confiado en su autoridad. Roger, aprovechando un momento de distracción, tomó su revólver y, con un movimiento rápido, cogió al sujeto por el cuello y apuntó a su cabeza.

—No hagas nada estúpido o te vuelo los sesos —amenazó con voz firme.

Lo condujo, siempre vigilante, hasta llegar a unos remolques donde lo golpeó en la nuca con el arma. El sujeto cayó al suelo inconsciente. Roger miró a su alrededor con rapidez, asegurándose de que nadie hubiera visto lo ocurrido. Con esfuerzo, arrastró el cuerpo del hombre hasta una pila de cajas y lo escondió detrás, cerciorándose de que quedara completamente

cubierto. Una vez recuperó el aliento, volvió a centrar su atención a su alrededor, buscándola. De pronto, divisó a Lily corriendo sola hacia otro sector del circo. Se había cambiado la ropa y la urgencia en sus movimientos le indicaba que no había tiempo que perder. Se apresuró a seguirla, sabiendo que cada segundo contaba y que debía llegar a ella antes de que fuera demasiado tarde.

—¡Lily, espera! —le gritó mientras se acercaba hasta ella corriendo.

—¡Oh, Roger! —exclamó Lily, con el terror reflejado en sus ojos. Se lanzó a sus brazos y rompió a llorar de manera desconsolada—. ¡Tienes que sacarme de aquí!

Cuando Lily se refugió en sus brazos buscando cobijo, algo cambió dentro de él. Era como si de repente el universo hubiera conspirado para que todo encajara a la perfección. Un aire de paz invadió su ser, una calidez envolvente se asentó en su pecho y una sensación de bienestar emergió de lo más profundo de su alma. En ese instante, Roger sintió que todo su mundo se alineaba, que el caos y la confusión se desvanecían, dejando solo una verdad clara: estaba donde debía estar, protegiendo a la persona que realmente importaba.

—Tranquila, pequeña —dijo tomando su rostro con ambas manos y mirándola con preocupación—. ¿Qué ha pasado, Lily?

—Debo escapar ahora, antes de que mi tío me encuentre. Tiene a mi hermano, Roger —se explicó entre sollozos—. Si no hago lo que dice, se lo llevará a otro lugar y ya no lo volveré a ver.

—¿Qué pasó en Waco?

—Sus hombres nos secuestraron y nos trajeron de vuelta. ¡Fue horrible!

—Tu tío es un maldito —expresó furioso.

—Roger, no tengo tiempo para explicarte, pero debemos salir de aquí ahora e ir por mi hermano.

—Está bien —dijo besando su frente y haciéndole un gesto para que montara a su yegua—. Sube.

Lily lo miró a los ojos con tanta intensidad que Roger sintió deseos de besarla, apaciguar sus miedos y calmar sus angustias. De pronto, un trueno ensordecedor retumbó en el cielo, y las primeras gotas de lluvia se dejaron caer sobre sus cabezas. Roger le sonrió con malicia y pasó una mano por su mejilla.

—Está lloviendo —dijo con intención de hacerle recordar una promesa: «El día que llueva te daré un beso, vaquero».

Lily dio un paso hacia él y elevó el rostro hacia el suyo. Con la respiración agitada y los labios entreabiertos, acortó la distancia de sus cuerpos.

—Lo sé —admitió antes de que sus bocas se encontraran en un beso profundo y sentido, colmado de una necesidad vital, como si el mundo entero se redujera a ese único instante. Sus labios se movieron con una urgencia palpable, expresando con cada roce la intensidad de sus sentimientos y el deseo que no se habían atrevido a confesar con palabras. Roger la saboreó como nunca, disfrutando de su contacto como jamás lo había hecho. Lily era dulzura y pasión, pero también era equilibrio. Besarla a ella era como estar en calma, en la calidez del hogar. En ese instante, y con una claridad absoluta, Roger fue consciente de la intensidad de sus sentimientos, aunque no se sentía listo para reconocerlos en voz alta. El beso era un lenguaje sin barreras, un susurro silencioso de sentimientos sin revelar, y sentía que para ella era igual, como si ambos experimentaran lo mismo cuando estaban juntos. Mientras se entregaban a la intensidad del momento, olvidándose de todo lo demás, el tiempo parecía detenerse a su alrededor.

—¡Lily! —gritó un hombre con fuerza, haciéndolos separarse de golpe.

—¡Tío Oliver! —expresó con nerviosismo.

Roger observó a un sujeto alto y fuerte, de cabello claro y mirada fría. Detrás, el mismo sujeto que había seguido a Lily y a Owen momentos antes parecía asesinarla con la mirada.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —le espetó su tío con dureza, indiferente a las gotas de lluvia que caían sobre sus cabezas.

Roger se interpuso delante de Lily para protegerla, pero ella parecía haberse recuperado de la impresión y dio un paso hacia el lado para enfrentarlo.

—¿No es evidente? —dijo con sarcasmo indicándolo a él—. Solo nos hemos reunido aquí para besarnos.

El tío Oliver se acercó amenazante, sin quitarle los ojos de encima a Lily, como si él no estuviera allí. Roger, movido por un instinto de defensa, posó la mano sobre el revólver. Sin embargo, antes de que pudiera actuar, Oliver le asestó un golpe certero en el rostro, dejándolo tendido en el suelo y sorprendido por la brutalidad del ataque. La fuerza del golpe lo había tomado por completo desprevenido, desbaratando sus planes y dejándolo incapaz de reaccionar. Antes de que pudiera incorporarse, el otro hombre lo inmovilizó, atándole las manos a la espalda con firmeza.

—Crees que soy estúpido, ¿verdad? —le dijo acercándose otro paso más hacia ella—. Ibas a escaparte con él. De otro modo, no habrías encerrado a tu guardia personal en una de las jaulas, pero ya me tienes cansado, Lily. Te lo advertí —dijo asestándole una bofetada que le giró el rostro por la violencia del impacto. Luego, la sujetó por el brazo con fuerza, retorciéndoselo hacia atrás.

Lily soltó un quejido de dolor e intentó desasirse del agarre, pero le fue imposible.

—¡Suéltala o te mato, maldito infeliz! —amenazó Roger desde el suelo, con el rostro ensangrentado y embarrado, sintiéndose impotente por no poder hacer nada por ella.

—¡Encárgate de él! —ordenó Oliver al hombre que lo sostenía.

Roger se sintió alzado con brusquedad y luego de recibir un fuerte golpe en el estómago y otro en la cabeza, fue engullido por la oscuridad.



40. El peso de la preocupación

Jake se despertó con el suave quejido de su pequeña hija, quien descansaba acunada en los brazos de Rose mientras se alimentaba. Durante la noche, había cuidado de sus mujeres, atendiendo sus necesidades y asegurándose de que estuvieran cómodas.

—Buenos días, cariño, ¿cómo te sientes? —le preguntó a Rose, besándola en los labios, para luego perderse embelesado en su pequeña y preciosa hija.

—Estoy bien, Jake, ¿y tú?

—Feliz de que seas mi mujer —dijo acariciando su mejilla con suavidad.

—Otra vez tienes esa mirada.

—¿Qué mirada? —quiso saber.

—Algo te preocupa, pero no quieres decírmelo para no preocuparme a mí —le dijo sonriendo, leyendo en él como un libro abierto—. Dime lo que te pasa.

Jake suspiró y se pasó las manos por la barbilla, en un gesto de frustración.

—Estoy preocupado por Roger. Anoche no lo sentí llegar a casa.

—¿Por qué no bajas y averiguas si tu madre sabe algo? —le sugirió Rose—. Tal vez sí llegó, pero no nos dimos cuenta debido al cansancio.

—No quisiera dejarte sola.

—Estaré bien, Jake —lo tranquilizó—. Además, Louise es un ángel. No molesta nada.

—Está bien, pero regreso pronto.

Se levantó de la cama, tratando de no mostrar su impaciencia, y se vistió con rapidez. La casa estaba sumergida en un silencio roto únicamente por el sonido de las últimas gotas de lluvia. Bajó las escaleras y fue directo a la cocina, donde encontró a su madre preparando café. Su expresión era un espejo de la suya: preocupada y cansada.

—Hola, hijo, ¿cómo están Rose y la niña?

—Bien, mamá, tengo mucha suerte de tener a Rose por esposa. Y esa niña es lo más hermoso que he visto nunca.

—Así es, y serás un padre estupendo —dijo sentándose en la mesa con dos tazas de café humeantes.

—¿Alguna noticia de Roger? —preguntó Jake, aunque ya sabía la respuesta.

Su madre negó con la cabeza.

—Nada, Jake. Nadie lo ha visto desde que salieron ayer. ¿Encontraron a la chica que estaban buscando?

—No, al menos hasta que me vine yo, pero no sé qué pasó después. ¿Debería ir a buscarlo?

—No, hijo. Tu hermano ya regresará. Quizás se encontraron y quiso pasar tiempo con ella. —Su madre le destinó una mirada esperanzadora mientras se retorció los dedos con nerviosismo—. ¿Crees que Roger está enamorado de esa mujer?

—Estoy seguro, mamá.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó, elevando las palmas hacia el cielo.

—Espero que mi hermano la encuentre y que todo esté bien.

—Así será, Jake. No perdamos la fe.

Jake asintió en silencio, aunque una parte de sí sentía que algo no andaba bien. Roger no solía desaparecer sin avisar, y la inquietud crecía en su interior. En otras circunstancias, habría salido a buscarlo de inmediato, pero su esposa acababa de dar a luz y lo necesitaba cerca. Decidió que esperaría unas horas más, y si Roger no aparecía para entonces, iría por él. Necesitaba asegurarse de que todos estuvieran a salvo, especialmente en un día tan importante para su familia.

Luego de beber su café, se levantó de la mesa y, con una sonrisa tranquilizadora para su madre, volvió a la habitación donde Rose y su hija descansaban bajo las mantas. Se recostó junto a ellas, acarició la suave mejilla de su pequeña, y en ese momento decidió que, pasara lo que pasara, haría todo lo necesario para proteger a su familia.

Oliver se encontraba en su caravana, revisando las cuentas de las ganancias obtenidas durante la función de la tarde anterior, cuando dos golpes secos en la puerta interrumpieron su concentración. Alzó la vista, frunciendo el ceño ante la interrupción.

—¡Entre! —gritó, disgustado.

Uno de sus hombres ingresó y se quitó el sombrero antes de hablar:

—Señor, tenemos un problema con el prisionero —informó con nerviosismo mientras removía el sombrero entre los dedos.

Oliver levantó la mirada hacia él, frunciendo el ceño.

—¡Explícate, hombre! ¿No ves que estoy ocupado?

—Es que el vaquero ha golpeado y dejado inconsciente a mi hermano y a mi primo cuando han ingresado en la jaula donde estaba retenido, y... —titubeó—, y ahora ha escapado.

Oliver se levantó de su asiento, golpeando la mesa con fuerza.

—¿Qué demonios me estás diciendo? ¿Cómo pudieron dejarlo escapar? ¡Son unos inútiles! —gritó, presa de la furia.

El hombre retrocedió un paso, claramente asustado por su reacción.

—No lo sé, señor. Parecía que estaba más débil, pero cuando se acercaron, los atacó de repente. Tenemos que encontrarlo antes de que cause más problemas.

Oliver respiró hondo, tratando de calmarse. Sabía que perder el control no solucionaría nada.

—Escúchame bien, infeliz. Organiza a tu familia y rastreen cada rincón de este lugar. Quiero a ese vaquero de vuelta en su jaula antes de que alguien más se dé cuenta de lo que ha pasado. Y asegúrate de que esta vez no pueda escapar de nuevo.

El hombre asintió con rapidez, poniéndose de nuevo el sombrero antes de abandonar la caravana para cumplir sus órdenes. Oliver se dejó caer en su silla, frotándose las sienes con frustración. Este contratiempo podía arruinar todos sus planes.

Cinco minutos después, alguien golpeó la puerta con fuerza. «¿Quién demonios será ahora?», pensó mientras se levantaba de su asiento a regañadientes. Se acercó a la puerta y la abrió con un movimiento brusco. Frente a él estaba el *sheriff*, con su semblante serio y sus ojos escrutadores. Oliver sintió un leve escalofrío de molestia y preocupación que ocultó bajo una sonrisa cínica.

—Buenos días, *sheriff*. ¿A qué debo el honor de su visita? —dijo intentando sonar casual, aunque a duras penas pudo controlar su nerviosismo.

—Buenos días, Oliver —respondió Aron con tono firme—. Estoy aquí para supervisar el circo. Es mi deber asegurarme de que todo esté en orden. Me gustaría que me mostrara las dependencias y los permisos que tiene para operar en este lugar.

Oliver sintió un nudo en el estómago, aunque un ligero alivio le invadió al percatarse de que el *sheriff* no estaba allí por causa del vaquero que se había escapado. Se obligó a mantener la compostura y le hizo un gesto con la mano para que ingresara a la caravana.

—Claro, pase por favor. No tenemos nada que ocultar. Los permisos están aquí. Puede revisarlos.

El *sheriff* entró, observando con atención cada detalle dentro de la caravana antes de acomodarse en una silla. Oliver le entregó un sobre con los documentos necesarios. El *sheriff* los examinó detenidamente mientras Oliver esperaba nervioso. Después de unos minutos, levantó la vista y dijo:

—Todo parece en orden con los permisos, pero también quiero que me muestre las instalaciones, en especial donde albergan a los animales.

La petición del *sheriff* hizo que Oliver se tensara todavía más. Tenía que pensar rápido para evitar que se acercara a las jaulas. Aún retenían a Lily allí.

—Lo lamento, señor, pero hoy no es un buen día para revisar esa área. Los animales están inquietos por la tormenta de anoche, y nuestro personal está trabajando para calmarlos. Podría ser peligroso entrar allí ahora mismo —dijo, intentando sonar convincente.

El *sheriff* lo miró con escepticismo, no convencido del todo.

—Entiendo su preocupación, pero debo insistir. Es parte de mi trabajo asegurarme de que todo esté en condiciones adecuadas, especialmente en lo que respecta a la seguridad de los animales y las personas.

Oliver sonrió, aunque internamente maldecía su suerte.

—Por supuesto. ¿Qué le parece si le muestro primero el resto de las instalaciones y, una vez que los animales estén más tranquilos, lo llevo a esa zona?

El *sheriff* asintió, aceptando la propuesta por el momento, pero con la clara intención de no dejarse distraer. Oliver, por su parte, comenzó a guiarlo por el recinto, planeando desesperadamente cómo mantenerlo alejado de las jaulas el tiempo suficiente para que los inútiles que tenía como ayudantes se percataran de la presencia de la autoridad en el circo, y fuesen lo suficientemente astutos para esconder a la chica.

Una vez que el *sheriff* finalizó de incordiarlo con preguntas, se marchó, y Oliver por fin pudo respirar tranquilo.

El cielo nublado reflejaba perfectamente el estado de ánimo de Lily. Habían pasado la noche encerrados en los carros de transporte de los leones y los tigres, con las ropas empapadas y el cuerpo entumecido por el frío. Roger no se encontraba consciente cuando lo arrojaron allí sin ninguna consideración. A ella también la empujaron dentro y, aunque la oscuridad los engulló como una bestia maligna, Lily se sintió reconfortada con la presencia del hombre que amaba. Lo amaba, y tuvo la certeza de ese hecho cuando sus bocas se fundieron en ese beso que parecía aislarlos del mundo entero durante su reencuentro. Sin embargo, esa felicidad fue breve. Los matones de su tío, temiendo que su cercanía con Roger les diera ventaja, los separaron antes de que este pudiera recuperar la consciencia. A ella la encerraron en otro carro, donde no podía hacer nada más que esperar y gritar hasta quedar sin voz, presa de la frustración.

Miró por una pequeña rendija de madera hacia el exterior y comprobó que ya no llovía. Aún tenía frío, por lo que se abrazó a sí misma, rogando en su interior que Roger se encontrara bien. Se prometió que, apenas consiguiera librarse de las circunstancias en las que se encontraba, no volvería a pisar un circo en años. Aquel mundo que en su niñez se le antojaba perfecto, ahora no era más que un recordatorio de las constantes amenazas a los que se veía expuesta, no solo ella, sino también su pequeño hermano.

Cerró los ojos y esperó, presa de la incertidumbre y el desasosiego. ¿Qué haría su tío con ellos? ¿Sería capaz de lastimarlos? No tenía respuestas para esas interrogantes que insistían en revolotear en su cabeza. Lo único que podía hacer era esperar, y como era incapaz de permanecer un minuto más despierta debido al cansancio, el sueño la venció.



41. Peligro inminente

Lily se despertó sobresaltada debido a la brusquedad con que fue abierta la puerta del carro donde permanecía encerrada. Uno de los matones la tomó por el brazo con fuerza y la sacó casi a rastras, hasta conducirla hacia una de las jaulas donde entrenaban a los leones. Entonces, el alma se le cayó a los pies. Su tío Oliver retenía a Dean por el brazo, y este tenía vestigios de haber llorado. Un par de metros más atrás, su madrina mostraba un semblante de preocupación que aumentó su propia inquietud.

—Tú lo has querido así, Lily —le dijo cuando la tuvo enfrente—. Te demostraré que este niño fue hecho para domar a las bestias.

Horrorizada por lo que presentía iba a ocurrir, Lily hizo intentos por liberarse, pero el matón que la retenía no se lo permitió.

—¡Deja a mi hermano en paz! —gritó, presa del terror.

—Estoy cansada de ti y de tus insubordinaciones, Lily. Quiero que veas con tus propios ojos de lo que es capaz tu hermano —la amenazó—. ¡Deja de una maldita vez de sobreprotegerlo!

Su tío tiró de Dean y ambos entraron en la jaula. Después, se aseguró de cerrarla por dentro. Un enorme león, que se paseaba de un lado a otro con inquietud, les rugió con un estruendo que resonó en la distancia, dejando en claro que era una amenaza. Dean se quedó

paralizado, observando al imponente animal con miedo. Su tío, sin embargo, mantuvo la calma y se acercó al león con una actitud desafiante, cogiendo un látigo y dándole dos golpes para someterlo a su voluntad. Dean, temblando de pavor, se encogió en un rincón, intentando mantenerse fuera del alcance del león.

—¡Por favor, tío! —rogó Lily entre sollozos—. Por lo que más quieras, saca a mi hermano de allí y te prometo que haré todo lo que me pidas.

—Debiste pensarlo antes, sobrina; antes de intentar escapar de tu destino.

—¡Tiene miedo! —gritó, furiosa.

—Pondremos remedio a eso en este mismo instante.

A pesar del peligro inminente, su tío Oliver mostró un dominio implacable como el domador que era. Con firmeza, usó el látigo para mantener al león a distancia, realizando movimientos precisos y calculados. El león, aún agitado y furioso, retrocedió momentáneamente ante la autoridad de los latigazos. Oliver, sin perder la compostura, continuó controlando al animal con la misma destreza que si estuviera montando a un caballo.

De pronto, Lily vio movimiento detrás de los barrotes. Dos de los hombres de su tío arrastraban a Roger hacia la jaula.

—¡Lo encontramos, señor! No llegó demasiado lejos —le informó a su tío.

—¡Métnlo en la jaula!

—¡No! —gritó Lily, desesperada y dejándose caer al suelo, pero su tío sonrió con satisfacción, ya que había ganado la partida.

Lily sintió una oleada de terror y desesperación al ver a Roger en ese estado. La imagen de su rostro herido, los ojos cerrados con dificultad y los labios partidos la desgarraron por dentro. Se le quebró la voz al intentar llamarlo por su nombre, pero ningún sonido salió de sus labios. Los hombres lo empujaron dentro de la jaula con brusquedad, cerrando la puerta con fuerza. Roger cayó al suelo y se llevó las manos a las costillas. Le costaba respirar y sus ojos, fríos y más azules que nunca, buscaron los suyos hasta encontrarlos. Dean, al reconocerlo, se abrazó a él, como si este pudiera protegerlo de la ira de su tío.

—Tranquilo, muchacho —le dijo Roger a su hermano.

Desde su posición, Lily pudo ver cómo Roger luchaba por recuperar el aliento, arrastrándose débilmente hacia una esquina, tratando de protegerse del entorno hostil junto a Dean.

—¡Oliver, ya basta! —gritó su madrina con voz angustiada—. ¡Esto está mal! ¡Podrían morir allí dentro!

El ambiente estaba cargado de tensión, pero su tío parecía controlar a la bestia a la perfección, como si fuese un juego de niños.

—Si sobreviven, quizás Lily aprenda a no desafiarme —le respondió a la histérica mujer.

—¡Tío, por favor! —rogó ella, arrodillada en el suelo embarrado—. Tú ganas. Haré lo que me pidas, pero déjalos salir.

—¡Dean, ven aquí! —ordenó su tío, ignorando las palabras. Su hermano observó horrorizado cómo su tío mantenía el control sobre la bestia salvaje, lastimándolo con su látigo—. ¡Te dije que vinieras! —advirtió, amenazante.

El niño se puso de pie, asustado, pero antes de acercarse a él, Roger lo tomó por las mejillas y le dijo algo al oído que ella no pudo escuchar. Dean asintió, confiado en lo que le decía, y luego caminó hacia su tío.

—Toma el látigo y ordénale con fuerza que se siente —dijo Oliver.

—Vamos, Dean, confía en lo que te dije —le gritó Roger desde su posición—. ¡Tú sabes

cómo hacerlo!

Dean asintió y comenzó a acercarse al león con paso cauteloso mientras a Lily se le dispararon los latidos dentro de su pecho. El león continuaba rugiendo amenazante mientras iba retrocediendo ante su cercanía.

—¿Qué crees que haces, Dean?! —gritó su tío con nerviosismo—. ¡Aléjate de él, que puedo lastimarte con el látigo si te acercas demasiado!

—¡Tú puedes, Dean! —lo animó Roger desde el rincón de la jaula—. ¡Háblale, porque él te escuchará!

—Tiene mucho miedo —dijo Dean, elevando una mano para acariciar su melena.

—¡Aléjate, Dean, o no respondo por mis actos! —amenazó su tío, más nervioso de lo que intentaba aparentar.

—No te haré daño —le susurró Dean al león, que se dejó caer al suelo como si estuviera agotado de defenderse.

Dean se agachó junto a él, sin dejar de susurrarle palabras tranquilizadoras al animal, mientras su mano se movía con una calma casi hipnótica sobre su cabeza. Lily se dio cuenta de que su hermano ya no mostraba signos de temor, sino que permanecía apacible, acariciando y sometiendo al león a su voluntad. La angustia que sintió al ver a Dean expuesto al peligro comenzó a disiparse con lentitud, siendo reemplazada por una profunda admiración. Era evidente que sin el don de su hermano para conectar con los animales y dominar su comportamiento, la situación podría haber tenido un desenlace mucho más trágico.

Lily observó que el rostro de Oliver se endurecía visiblemente y, confiado en sus capacidades como domador, se acercó al león con intenciones de sacar a Dean de allí.

—¡Ya es suficiente, Dean! ¡Ven aquí!

En un movimiento inesperado, el león se irguió sobre sus patas traseras y extendió una de sus garras con rapidez, desgarrando la ropa y la carne del hombre con su zarpazo. La ferocidad del ataque lanzó a su tío al suelo, y antes de que pudiera reaccionar, el león se abalanzó sobre él con la intención de morderlo. Pero justo en el momento en que los colmillos del animal estaban a punto de hundirse en su presa, un disparo sordo resonó en el aire. Su madrina apuntaba al animal. El proyectil impactó al león, haciéndolo caer malherido sobre su cuerpo. Su tío, aplastado bajo el peso del animal inmóvil, gritaba desesperado de dolor mientras intentaba liberarse de la pesada carga.

—¡No! —gritó Dean, arrojándose sobre el león.

Su hermano le susurró palabras tranquilizadoras mientras este gemía, abatido. Lily lloraba desde fuera, intentando desasirse de las garras del matón, y Roger todavía con la espalda apoyada en los barrotes, respiraba con agitación llevándose las manos a las costillas.

En ese momento, el sonido de cascos de caballos y de las voces autoritarias se escuchó a lo lejos. El *sheriff* y sus hombres habían llegado, y los secuaces de Oliver, al notar la presencia de las autoridades, comenzaron a dispersarse y huir en todas direcciones, dejando a su jefe y al león herido detrás. Su madrina permaneció inmóvil, arrojando el arma al suelo.

—¡Quietos! ¡Alto ahí! —gritó el *sheriff* disparando al aire para detener a los fugitivos.

Con una eficiencia implacable, sus hombres empezaron a capturar a los secuaces de Oliver, mientras el *sheriff* se dirigía directamente hacia la jaula.

—¡Oliver, estás arrestado por el secuestro de un menor! —anunció el *sheriff* con voz firme, sacando las esposas de su cinturón.

Su tío, atrapado bajo el peso del león herido y con el rostro contorsionado de dolor, no pudo resistirse. Dos hombres lo sacaron mientras este seguía quejándose, y se lo llevaron

esposado.

Lily, sin perder un segundo, corrió hacia la jaula y se arrodilló junto a su hermano. Con los ojos anegados por las lágrimas, abrazó a Dean, quien seguía acariciando al león con ternura, susurrándole palabras suaves para mantenerlo calmado. Luego, se giró hacia Roger, que respiraba con dificultad, y le sostuvo la mano con cuidado, evitando tocar sus costillas heridas.

—Todo va a estar bien, Roger, ya estamos a salvo ahora —dijo Lily con alivio.

Roger intentó sonreír a pesar del dolor.

—Tardaste un poco, Aron —dijo Roger, aliviando la tensión y llevándose una mano al costado lastimado.

—En realidad, vine hace un rato a realizar una inspección y noté que tu caballo estaba aquí. Cuando le pregunté por el caballo a Oliver, dijo que era suyo. Me pareció extraño y supe que estabas en problemas. Luego, fui por refuerzos—. ¿Estás bien? Te ves fatal.

—Creo que me rompieron una o dos costillas, pero fuera de eso, estoy bien —respondió con dificultad.

Uno de los hombres del *sheriff* se acercó y ayudó a Roger a incorporarse. Lily se mantuvo a su lado, sosteniéndole la mano, mientras Dean seguía tranquilizando al león herido.

—¿Qué haremos con el león? —preguntó Lily, preocupada por el animal.

—Lo llevaremos con mi hermano. Jake es veterinario —respondió Roger.

—¡Gracias! —exclamó Dean, aliviado.

El *sheriff* hizo un gesto hacia sus hombres para que se encargaran del león, y luego se dirigió a Lily.

—Todo va a estar bien ahora. Oliver no podrá hacerles más daño.

Lily asintió, sintiendo cómo el peso de la tensión se desvanecía en su interior.

—Lo sé. Y no puedo agradecerle lo suficiente por estar aquí.

—Solo hago mi trabajo, señorita —dijo Aron, inclinando ligeramente la cabeza—. Ahora, llevemos a Roger a recibir atención médica. Ha sido un día largo para todos.

Lily asintió y observó a su madrina, quien avanzaba con pasos pesados, esposada y con la mirada clavada en el suelo. Mientras la llevaban detenida junto con su tío, la madrina levantó la vista, y Lily pudo reconocer en sus ojos el miedo y el arrepentimiento.

—Lo siento, Lily. Ojalá algún día puedas perdonarme —dijo con la voz quebrada.

Lily, con el corazón endurecido por el dolor y la traición, no le dedicó ni una mirada. Las palabras de su madrina parecían inertes y no conseguían sensibilizarla. Siguió caminando, con su atención puesta en los pasos que daba detrás de los demás, y con su mente ya enfocada en el próximo desafío que tendría que enfrentar: su futuro.



42. Una leona en casa

Rancho de los Anderson, Dallas, Texas

El sol primaveral brillaba con intensidad sobre los prados verdes y los mantos de flores que se desperdigaban a su alrededor, llenando el aire con una fragancia dulce y embriagadora. Lily inspiró profundo, dejando que la brisa fresca llenara sus pulmones, y sintiendo cómo su cuerpo se relajaba por primera vez desde la muerte de sus padres. La calidez del sol sobre su piel y el suave murmullo del viento entre las hojas contribuían a la sensación de paz que la envolvía.

La familia de Roger los había acogido a ella y a su hermano con una calidez y amabilidad que Lily no había experimentado en mucho tiempo. Cada gesto y cada palabra reflejaba unos afectos sinceros que la conmovían en profundidad. No podía evitar preguntarse cómo un hombre que había mostrado tanta antipatía en un principio, y de manera tan natural, podía provenir de un entorno tan lleno de amor y bondad. La calidez humana que la rodeaba le hacía olvidar, aunque fuera por un momento, las sombras de su pasado.

—Ven conmigo, Lily —dijo Rose con calidez mientras descendía los peldaños del porche sosteniendo a la pequeña Louise en sus brazos.

Su tono era suave y le sonreía con sincero afecto, haciéndola sentir acogida y

reconfortada.

—Roger no se toma nada bien que le hayan prohibido trabajar en el rancho estos días —dijo Lily, riendo mientras lo observaba despotricar a unos metros de distancia.

Frustrado por la imposibilidad de movimiento, intentaba agacharse para recoger un martillo que se le había caído al suelo.

—Es inofensivo —comentó Rose, sonriendo ante los arrebatos de malhumor de su cuñado—. Dean está con Jake atendiendo al león. ¿Quieres ir a verlo? —continuó Rose, mientras se dirigían hacia un sendero bordeado de flores que ofrecía una calma inesperada.

—Me encantaría. Este lugar es muy hermoso —reconoció.

Rose hizo una breve pausa para ajustar a Louise en sus brazos, susurrándole palabras cargadas de ternura que tranquilizaban tanto a la niña como a ella.

—Roger, si no haces reposo, me veré obligada a amarrarte con mi lazo —lo amenazó Lily cuando pasó por su lado.

Los ojos de Roger pasaron de la frustración a brillar con una picardía nada propia de él, pero que a Lily se le antojó adorable.

—Ven aquí, hada del bosque —le ordenó extendiendo su mano hacia ella.

Lily se percató de que Roger ya no utilizaba el anillo desde hacía días, y eso la reconfortó. Rose se alejó de ellos para darles intimidad mientras cantaba una suave melodía a su pequeña hija.

—Vas a seguir con eso —dijo Lily entornando los ojos—. No soy un hada, Roger, soy una mujer.

—Tienes razón. Eres mi mujer.

—¡Ja! El día que llueva seré tu mujer —espetó con fingida molestia.

—No escupas al cielo, hada del bosque, mira que la lista crece y crece, y tendrás que pagar cada una de tus promesas cuando el cielo se rompa en una abundante lluvia.

Lily sonrió y Roger sujetó su cabeza y la besó con ansias, ajeno a las miradas de satisfacción de su madre y de Rose. Ella se dejó llevar por el momento, sumergida en la pasión de un hombre que no solo había capturado su corazón, sino que había transformado sus sueños originales en una realidad mucho más dulce y prometedora.

Una vez el beso finalizó, Lily le advirtió:

—Lo digo en serio, vaquero. Deja de trabajar hasta que te recuperes, o me veré obligada a amarrarte con mi lazo. Soy buena con la cuerda, ¿recuerdas?

—¿Y qué me harás cuando esté bajo tu merced?

—Todo lo que quieras —respondió con una sonrisa y besándolo otra vez.

—Lily —susurró él sin romper el contacto con sus labios—. Te quiero.

El corazón de Lily brincó de alegría dentro de su pecho, y sus ojos verdes resplandecieron de contentos. Era la primera vez que él se lo expresaba con palabras, y la sensación que experimentó le pareció maravillosa.

—También yo —reconoció sin dejar de mirar sus ojos—. Te amo, Roger.

—Lily, ¿querías...?

—¡Roger, te busca la tía May! —gritó Jake, acercándose junto a Dean e interrumpiendo el momento.

—¡Maldición! —espetó Roger, exasperado—. ¿Esa mujer no podría encontrar un momento peor para venir a importunarme?

Jake sonrió con malicia y Rose le entregó a la niña, sonriendo.

—Será mejor que dejemos a Roger despotricar a solas por ahora —dijo Rose con una

sonrisa reconfortante—. La tía May sabe justo qué teclas presionar para disgustar a los hombres de esta familia —reconoció, sonriendo.

La curiosidad de Lily por la mujer de la que había oído hablar en varias ocasiones, y no siempre de manera favorable, aumentó su inquietud. Según le habían contado, la mujer poseía una agudeza sorprendente para leer a las personas y una falta total de tacto al expresar su opinión.

—Suerte con la tía May, hermano —dijo Jake, abrazando a Rose y alejándose de ellos—. Ven, Dean. Hay chocolate caliente en la cocina.

Roger volvió a maldecir cuando el carruaje de su tía se detuvo junto a la entrada de la casa. Un hombre de rostro curtido por el sol y semblante severo ayudó a descender a la anciana. Ella, a pesar de su avanzada edad, emanaba una presencia poderosa y majestuosa. Era indudablemente hermosa, y Lily no pudo evitar pensar que, en su juventud, debió haber sido deslumbrante.

Como si pudiera ver, aunque siempre sujetándose del brazo del hombre, se detuvo junto a Roger y se irguió.

—Parece que estás mejor —dijo la mujer, mirándolo sin ver—. ¿Dónde está?

—¿Dónde está quién, tía?

—La muchacha que te devolvió el alma al cuerpo.

Lily observó que Roger apretaba los labios y entornaba los ojos, molesto por la manera tan directa que tenía la mujer para exigir todo.

—Lily —le dijo Roger a regañadientes—. Esta es mi tía May.

—Encantada de conocerla, señora —dijo, intentando contener su nerviosismo.

La tía May se giró hacia ella y la escrutó como si pudiera ver. Lily se preguntó si realmente sería ciega, porque en algún momento sus ojos parecían clavarse con precisión en los suyos.

—Así que tú eres la joven que ha logrado mantener a mi sobrino bajo control —dijo la tía May, con una sonrisa que no alcanzaba a sus ojos—. Dime, muchacha, ¿fue muy desagradable contigo? Digamos que no goza precisamente de simpatía.

Lily se contuvo de reír, y decidió que, con esa mujer, más vale era decir la verdad.

—Sí, señora. No fue precisamente un caballero cuando me topé con él la primera vez. Además, asustó a mi hermano cuando se acercó a su caballo.

—Mm, ¿Ah, sí? —respondió la tía May con un tono que indicaba que la respuesta no la sorprendía—. ¿Y qué hiciste tú cuando eso pasó?

—Lo amenacé con mi lazo —expresó con orgullo.

La tía May rompió en carcajadas y Roger miró a Lily, tan sorprendido a como estaba ella por la reacción inesperada de la mujer.

—Me alegra saber que alguien pueda enfrentarse a su apatía —dijo cuando se recompuso.

Roger rodó los ojos, pero no dijo nada, sabiendo que cualquier comentario adicional solo avivaría el sarcasmo de su tía. Lily, sin embargo, decidió responder con un poco de ligereza.

—Parece que lo he hecho lo suficiente para merecer un trato especial.

—Entonces ya se le quitó la estupidez. Ha decidido escuchar mi consejo.

—¿Por qué habla de mí como si yo no estuviera presente, tía? —le espetó, molesto.

La tía May inclinó ligeramente la cabeza, un gesto que podría haber sido de respeto si no fuera por el toque de ironía que le daba.

—Oh, lamento el malentendido. Pensaba que no necesitabas mi atención. Parece que has decidido seguir adelante en lugar de dejarte consumir por la autocompasión.

Roger, claramente irritado por la actitud provocativa de su tía, intentó mantener la calma, pero sus gestos lo delataban. Lily observaba con una mezcla de fascinación y nerviosismo el intercambio de palabras.

—Bueno, al menos estoy aprendiendo de la mejor —dijo Roger, haciendo referencia a la mujer mayor—. Tú y yo somos más parecidos de lo que nos gustaría a ambos, tía.

—Lo sé —respondió la tía May, deslizando su mano con elegancia sobre el vestido—. Es por eso por lo que te exijo tanto. La calidad de la compañía es fundamental, y parece que por fin has encontrado la horma de tus zapatos.

Lily sonrió cuando se dio cuenta de que la mujer la había piropeado, dejando en claro que ella era buena para su sobrino.

—Roger me ha dicho que usted tiene una fortaleza admirable —dijo Lily con una sonrisa sincera—. Creo que usted le gusta, aunque quiera demostrar lo contrario.

La tía May quiso ocultar una sonrisa, pero le fue imposible. Roger, por su parte, se cruzó de brazos, levantando una ceja en señal de sorpresa ante su afirmación.

—Sigue haciendo lo que haces con él, chiquilla. Puede que parezca hosco y desagradable a la primera, pero es responsable y cuida de los suyos.

—¿Ha dicho algo bueno de mí, tía? —dijo con fingido sarcasmo.

—Debe ser la edad, porque tengo momentos de desvaríos —respondió con una sonrisa sincera—. La verdad, ya sea dura o suave, es lo único que queda con los años.

Lily observó que la tensión se había disipado y los ánimos parecían resurgir.

—¿Le gustaría entrar y descansar un poco? —le preguntó Lily, ofreciéndole el brazo.

La tía May, complacida por el gesto, asintió.

—Esa es una oferta que aprecio, gracias.

Lily condujo a la tía May hacia la casa, mientras Roger le seguía detrás.

—Me alegra ver que has encontrado a alguien que se preocupa por ti, Roger. Aunque, por supuesto, siempre es bueno recordar que no todo el mundo tiene la suerte de encontrar alguien con la paciencia suficiente para soportar tu apatía.

Roger bufó, pero se contuvo, sabiendo que cualquier respuesta sería inútil con ella.



43. Planes frustrados

Roger se encontraba revisando los libros de contabilidad en el despacho de su padre, cuando la puerta se abrió de improviso. Su madre le sonrió y se sentó frente a él en el escritorio, dejando un trozo de pastel de manzana encima de la mesa.

—Lo ha hecho Rose —dijo con afecto, haciéndolo sonreír—. ¿Podemos hablar un momento?

—Claro, mamá —respondió, cerrando el libro de contabilidad y apoyándose en el respaldo de la silla para prestarle atención.

—Bueno, estos días te he notado más contento de lo habitual, y pareciera que te has despojado de esa tristeza que parecía habitar de manera permanente en tu interior. ¿Cómo estás?

Roger se quedó pensando en las palabras de su madre, y de pronto tuvo la necesidad de sincerarse con ella. La presencia de Lily en su casa lo hacía sentir pleno, feliz, y ya no tenía sentido negar lo evidente.

—Me siento bien, mamá. Lily ha despertado sentimientos dentro de mí que jamás pensé volvería a experimentar. ¿Qué te parece ella?

—¡Oh, Roger! —expresó con los ojos anegados por la emoción—. ¡Es una muchacha fantástica, y es perfecta para ti!

Roger se alegró de escuchar a su madre, aunque ya había notado que Lily se había

ganado su corazón desde antes de conocerla.

—Voy a pedirle que sea mi esposa.

—¿De verdad? —chilló, llevándose la mano al pecho—. ¡Eso es maravilloso!

Roger asintió y abrió uno de los cajones del escritorio. Luego sacó una pequeña caja con un anillo en su interior para mostrárselo, buscando su aprobación.

—Lo mandé a hacer para ella. ¿Crees que le guste?

Su madre observó con fascinación la pequeña alianza que simulaba dos cuerdas atándose en el centro.

—Creo que le encantará —reconoció—. Haces bien en seguir adelante, hijo. Es lo que Helen hubiera querido.

Roger asintió, conmovido por las palabras de su madre.

—Sé que es así, mamá —admitió.

Su madre se levantó y rodeó el escritorio para abrazarlo. Luego, abandonó el despacho, no sin antes decirle desde la puerta:

—Tu padre estaría orgulloso de ti, en lo que te has convertido —sonrió con melancolía—. De los tres, eres el que más se le parece.

Roger sintió una calidez inundarle el pecho al escuchar las palabras de su madre. Extrañaba a su padre, pero sabía que, de alguna manera, él estaba presente, acompañándolo en cada una de sus decisiones.

Pensó en los últimos acontecimientos mientras regresaba el anillo al cajón. Durante el tiempo que pasaron separados con Lily, Roger reflexionó en profundidad sobre sus sentimientos. Aunque le costó aceptar la verdad, se dio cuenta de que ella significaba mucho más para él de lo que había intentado mostrar. El miedo que experimentó cuando las cosas se complicaron en el circo, al encontrarla en peligro, fue el catalizador que le hizo entender que estaba enamorado de ella. Lily había irrumpido en su vida como un huracán, desafiando su estado de letargo y dolor. Su presencia fue el despertar necesario para que pudiera salir de su prolongado ensueño y enfrentara sus verdaderos sentimientos.

Se levantó del escritorio y miró a través de la ventana a la que sería su mujer. Lily maniobraba el lazo con una habilidad impresionante, como si fuese una extensión de sus extremidades. Solía hacerlo todos los días, acostumbrada a las rutinas del circo, y él no dejaba de admirarla desde la distancia, otorgándole su espacio para practicar. Recordó su encuentro íntimo en la terraza de Waco, y la ansiedad por volver a experimentar la unión de sus cuerpos parecía incrementarse con fuerza a medida que los días iban pasando. Desde que ella estaba allí, en su casa, que no habían pasado de los besos. Roger quería hacer las cosas bien con ella, pero se le estaba dificultando mucho el contenerse sin hacerla suya por más tiempo. Entonces, recordó la cabaña y decidió que sería un lugar perfecto para pedirle matrimonio y hacerle el amor como se merecía, en una cama de verdad, y no en el suelo como dos adolescentes incapaces de refrenar sus instintos.

Sacó otra vez el anillo del cajón y lo guardó en su bolsillo. Después, abandonó el despacho y caminó lo más rápido que el dolor en las costillas le permitió, con la certeza de que encontraría a Jake en los establos.

—¿Dónde vas, Roger? —preguntó Lily cuando pasó por su lado con tanta prisa.

—Tú espera aquí, que ya regreso —le informó con ímpetu.

Continuó caminando con rapidez, hasta que divisó a Jake junto a Dean. El niño, como cada día, disfrutaba acompañando a su hermano en sus labores como veterinario, y colaboraba de buena gana en lo que podía.

—¿Jake! —lo llamó cuando se detuvo junto a él—. ¿Podrías prestarme las llaves de la cabaña del abuelo?

Su hermano lo miró, elevando una ceja, y por un momento, Roger estuvo a punto de entornar los ojos.

—No te gusta utilizarla. ¿Para qué la necesitas? —dijo en un tono burlón, a sabiendas de que no podía responderle frente al niño.

—Nada que te importe —respondió, molesto—. ¿Las tienes o no contigo?

Jake sonrió y luego de sacarla de uno de los bolsillos de sus vaqueros, se las lanzó.

—Lleva algo para comer. No he tenido tiempo de abastecerla.

Roger asintió, aliviado de poder pasar un tiempo a solas y sin interrupciones con Lily. Dean parecía absorto en sus pensamientos mientras acariciaba a un potrillo recién nacido, y los ignoraba por completo.

—¿Se llevaron al león ya? —preguntó Roger.

—Sí. Ya han venido por él los del zoológico —se explicó Jake—. Ellos se encargarán de proporcionarle todos los cuidados necesarios que requiere.

—Y Dean, ¿lo tomó bien?

—Es un niño muy inteligente y sensible. Sabe que un león necesita de cuidados especiales y que aquí no podemos dárselos.

Roger asintió y luego se giró para marcharse.

—Roger —lo llamó su hermano—. Me alegro de que finalmente regresaras.

Las palabras de Jake tuvieron un impacto profundo en él, evocando una parte suya que parecía haber estado perdida durante esos largos meses de agonía y aislamiento. Sabía que no se refería solo a su regreso físico, sino a una esencia más profunda que había quedado sepultada bajo el peso de su dolor. Durante todo ese tiempo, Roger había estado atrapado en un tormentoso mar de sufrimiento, desconectado de sí mismo y de los demás. Pero ahora, al escuchar esas palabras, sintió que, de alguna manera, estaba empezando a recuperar la parte de sí mismo que había estado ausente, y no solo lo sentía así, sino que además su hermano y su madre eran capaces de advertirlo.

Asintió y se marchó para ir a preparar la cabaña. Si todo salía como esperaba, pronto iniciaría una nueva vida junto a Lily.

El *sheriff* llegó a la casa de los Anderson justo cuando Lily había finalizado de ejecutar sus últimos movimientos con la cuerda. Le gustaba practicar, no porque tuviera intenciones de presentarse en alguna parte, sino que la ayudaba a relajarse.

—Buenos días, Lily —dijo Aron, quitándose el sombrero para saludarla—. ¿Tiene un minuto para que charlemos?

—Buenos días. Usted dirá.

—Quería informarle que el circo ya ha abandonado la ciudad y que ha sido puesto bajo la administración de uno de los empleados de su tío. Esta situación se mantendrá hasta que concluya la investigación y él sea liberado.

—¿Quién ha quedado a cargo?

—Will Steven Macleod, un primo de su padre y de su tío.

—¡Qué buena noticia! —dijo Lily con una sonrisa—. Will es un hombre íntegro que siempre ha velado por el bienestar de los trabajadores. Es respetado por todos, y estoy convencida de que liderará muy bien.

El *sheriff* asintió, y luego apoyó las manos en las caderas.

—En cuanto a su madrina, pasará también un buen tiempo en prisión, al igual que su tío Oliver.

—¿Sabe? No está bien alegrarse por las desgracias ajenas, pero escuchar eso me da paz. Siento que se está haciendo justicia por la muerte de mis padres y por los sufrimientos que mi hermano y yo hemos soportado estas semanas.

El *sheriff* asintió, comprensivo.

—Entiendo lo que quiere decir. La justicia puede ser un consuelo, aunque el proceso no borre el dolor.

—No puedo evitar pensar en todo lo que ha pasado. Parecía que no iba a encontrar nunca la salida, pero ahora, con el circo fuera de la ciudad y las personas responsables enfrentando las consecuencias, siento que por fin podemos empezar a sanar.

—Su fortaleza ha sido admirable, Lily. No es fácil enfrentar todo esto a tan corta edad. Si alguna vez necesita algo, no dude en pedirlo.

—Gracias, *sheriff*. Su apoyo ha significado mucho para nosotros. Ahora, solo queremos seguir adelante y reconstruir nuestras vidas.

Aron se inclinó ligeramente, en un gesto de respeto.

—Este es un muy buen sitio para comenzar —dijo, haciendo alusión a Roger—. Voy a dejarla continuar con su práctica. Solo quería asegurarme de que estuviera informada sobre la situación. Si surge algo más, la mantendré al tanto.

—Que tenga un buen día, *sheriff* —lo despidió con una sonrisa.

Aron le correspondió, se puso el sombrero y se alejó, dejando a Lily de pie en el patio, con una sensación renovada de esperanza.

—¡Lily! ¡Ven aquí! —escuchó que Roger la llamaba.

Al cruzar su mirada, se sorprendió al notar un brillo en sus ojos que antes no estaba. Había una mezcla de alegría y ansias, como si ocultara un secreto que moría de deseos por desvelar.

—Algo te traes entre manos, Roger. ¿Qué pasa?

Roger la envolvió entre sus brazos y la besó, pero el beso encerraba una pasión reprimida; unos deseos ardientes que habían estado guardados demasiado tiempo y que ahora se desbordaban con intensidad.

—Quiero que estemos juntos, a solas. Ya no soporto un minuto más sin gozar de tu cuerpo y de tus caricias —se sinceró con la voz enronquecida, haciéndola sonrojar.

—¿Aquí? —dijo ella mirando de un lado a otro con nerviosismo—. Todos se darán cuenta si nos encerramos en una habitación.

—No es aquí, cariño. Hay un lugar perfecto para amarnos sin ser molestados. ¿Vienes conmigo?

—Lo estoy deseando con mi alma —admitió con una sonrisa de oreja a oreja.

Después de todo, llevaba esperando ese momento desde que se acostaron la primera vez.

Roger la tomó de la mano y la condujo hacia su caballo, pero justo cuando iba a montar sobre Kaiser, su madre apareció por la puerta.

—Lily, cariño, ¿podrías ayudarme con algo?

—¡Maldición! —exclamó Roger con frustración.

—Enseguida voy, Betty —le respondió, alegre.

Después, observó el rostro compungido de Roger y lo besó con suavidad, enternecida con su actitud.

—Ya tendremos tiempo de estar juntos —lo tranquilizó.

—Eso espero —resopló con resignación—. Ve con mi madre. Seguro que quiere que le des tu opinión acerca de algo —dijo entornando los ojos—. Y recuerda que no te librarás de mí tan fácilmente, hada del bosque.

En respuesta, ella le sonrió.



44. La propuesta

Cuando los últimos rayos del sol tiñeron el cielo en el horizonte, Roger irrumpió en la cocina donde su madre, junto a Rose y a Lily, parecían disfrutar de un agradable momento entre mujeres. El ambiente distendido le produjo una sensación de calidez en el pecho. Se detuvo un instante en la puerta, observando cómo las risas y las conversaciones fluían con naturalidad. Lily no era consciente de su presencia allí, y le gustó ver que encajaba perfectamente en ese cuadro de hogar que él siempre había deseado.

—Lily, ¿podrías venir conmigo un momento?

Lily levantó la mirada y sonrió al verlo en la puerta. Se disculpó con Rose y con su madre antes de levantarse y acercarse a él.

—¿Pasa algo?

—Necesito hablar contigo a solas. Es importante —dijo tomando su mano con ternura y guiándola hacia la puerta.

—Me estás preocupando. ¿Estás bien?

—Sí, confía en mí —respondió, besando sus nudillos.

Una vez fuera, Roger le ofreció la mano para ayudarla a montar a Kaiser, y Lily enarcó una ceja con escepticismo.

—¿Podrías al menos simular que necesitas de mi ayuda, solo para no herir mi orgullo

masculino? —dijo con fingido enfado.

—Está bien. Lo haré por tu orgullo —respondió, sujetándose de su mano y subiendo con la gracia de una gata.

Roger se montó detrás, y le susurró tiernas palabras al oído; palabras que incrementaban su ansiedad, pero también el deseo de volver a estar a solas junto a ella. Lily utilizaba un bonito vestido color crema que se ceñía a su delicada figura, y Roger apenas podía contener el ardiente deseo de hacerla suya.

Al llegar a la cabaña, bañada en un cálido resplandor anaranjado por los últimos rayos del sol, Roger abrió la puerta con una sonrisa y la dejó pasar primero. La cabaña estaba decorada con sencillez, pero tenía un aire acogedor que sabía le iba a gustar. Aún no se perdonaba el haberla poseído en aquella terraza sin considerar siquiera que era su primera vez, y necesitaba remediar eso. Sabía que el recuerdo del primer encuentro íntimo era algo importante para una mujer.

Lily observaba maravillada el interior de la cabaña. Roger se había esforzado en recolectar las flores más bellas, siguiendo los consejos de Rose, quien lo ayudó a seleccionar las más adecuadas. Juntos lograron dotar a la sencilla y rústica estancia de un aire más acogedor y encantador. Dejó una gran variedad de velas encendidas, dándole un aspecto íntimo, acorde al momento, y en la pequeña mesa de la esquina, un jarrón rebosaba de margaritas, lirios, violetas y lavandas, otorgando calidez a la habitación e impregnándola con un dulce aroma.

—¡Oh, Roger! —exclamó maravillada, con los ojos anegados por las lágrimas—. ¡Esto es hermoso!

—Lily —dijo parándose frente a ella y tomando ambas manos con las suyas—. No me comporté bien contigo en la terraza aquella noche en Waco. Necesito que me perdones, cariño.

—No tengo nada que perdonarte. Yo también quería, ¿recuerdas?

—Sí, pero ese no era un sitio adecuado para tu primera vez —se explicó besando sus nudillos—. Deja que te compense y te regale una noche como la que mereces en realidad.

—¿Ahora? —dijo abriendo los ojos, expectante, y él sonrió en respuesta.

—Lily —comenzó a decir Roger, intentando recuperar la seriedad—. Hay algo que quiero decirte, algo que he estado pensando durante este tiempo. Desde que entraste en mi vida, todo ha sido caos y tempestades, pero he comprendido que me has cambiado para mejor. Me has dado una nueva razón para sonreír, para soñar, y no puedo imaginar mi vida sin ti.

Lily lo miró emocionada.

—Roger... Eso que me dices es muy hermoso —comentó, limpiándose una lágrima que le rodó por la mejilla.

—Cariño, antes de conocerte vivía en la oscuridad, sumido en el dolor de haber perdido a la mujer que amaba. La idea de sentir amor por otra persona me resultaba inconcebible. Pero tú llegaste a mi vida con la fuerza de un huracán, y sin que lo buscara, te apoderaste de mi corazón. Ahora entiendo que, sin ti, yo no soy nada. Ni siquiera puedes imaginar cuánto te amo, mi pequeña hada del bosque —continuó él, arrodillándose y sacando un pequeño estuche de su bolsillo. Luego lo abrió, dejando a la vista una alianza de oro—. Quiero pasar el resto de mi vida contigo. ¿Me harías el honor de ser mi esposa?

Lily se llevó las manos a la boca, sorprendida y emocionada al escucharlo. Supo que no se lo esperaba por la manera en que lo miró.

—Sí, Roger —respondió con la voz temblando de dicha—. Quiero casarme contigo.

Roger se levantó, invadido por una mezcla de alivio y euforia, sabiendo que su decisión era la correcta. El anillo que antes descansaba en su dedo permanecía guardado en el cajón de los recuerdos, a sabiendas de que es lo que Helen hubiese querido para él.

Abrazó a Lily con ternura, sintiendo cómo el calor de sus cuerpos se fusionaba. La besó con fervor, un beso que comenzó suave y dulce, pero que rápidamente se transformó en una danza apasionada de labios y lenguas entrelazadas. Cada caricia y cada roce transmitían el anhelo contenido, el deseo que había sido reprimido durante tanto tiempo. Mientras se besaban, nada importaba, y solo existía el espacio íntimo y acogedor de la cabaña y ellos dos. Las suaves luces de las velas parpadeaban, creando sombras cálidas y favoreciendo el romanticismo del momento.

—Te amo, hada del bosque —dijo mientras sus manos exploraban cada rincón de su cuerpo con delicadeza, cuidando los detalles, absorbiendo sus susurros quedos y grabando en su memoria la sensación de su cuerpo entre sus manos a consciencia.

Roger, completamente cautivado por su belleza y la promesa de un futuro juntos, se perdió en ella.

—Y yo a ti —respondió Lily, inclinando la cabeza hacia atrás y permitiendo que le acariciara el cuello con los labios.

A medida que se despojaban de las barreras de la ropa, el deseo de estar juntos de manera más íntima se intensificó. Las prendas caían al suelo con una mezcla de urgencia y suavidad mientras se dirigían a la cama entre besos y caricias. Cada toque, cada beso y cada contacto de sus cuerpos estaba impregnado de una inocencia por parte de ella que avivó aún más su pasión. Roger la exploró con delicadeza, haciéndola sentir especial, amada y bella como si fuera la primera vez. Lily sucumbió a las sensaciones que su cuerpo experimentaba con su contacto, y poco a poco ganó confianza, explorando su cuerpo con sus delicadas manos, torturándolo hasta la locura.

Fundieron sus cuerpos entre susurros y risas suaves, en una conexión que solo el amor podía ofrecer. Recordaron aquella noche de pasión en Waco, donde el amor, aunque no se reconocía a sí mismo, floreció porque sus almas estaban destinadas a estar juntas. El tiempo parecía detenerse a su alrededor cuando alcanzaban el clímax, porque esa noche se amaron en más de una ocasión, incapaces de separarse.

Lily despertó sintiendo que Roger le acariciaba la mano con ternura. Abrió los ojos con lentitud y se encontró con su mirada azul, cálida y amorosa. La luz de la mañana se filtraba a través de las cortinas, bañando el interior de la cabaña en un resplandor suave.

—Buenos días, hada del bosque —murmuró Roger con ternura.

Ella le sonrió, aún envuelta en el cobijo de los sentimientos de la noche anterior. Se habían amado hasta las tantas de la noche, y hablado casi hasta el amanecer sobre sus sueños y esperanzas, y ahora la realidad parecía más prometedora que nunca.

—Buenos días, vaquero —respondió Lily, estirándose con satisfacción.

Roger se inclinó y la besó en los labios, un gesto lleno de promesas e insinuaciones.

—He estado pensando en algo —dijo, sonriendo—. No quiero presionarte, pero creo que es hora de fijar una fecha para nuestro gran día.

Lily lo miró con curiosidad mientras su corazón palpitaba rápido debido a la emoción.

—Elige tú el día.

—Bien. ¿Te parece mañana domingo?

—¿Mañana? —dijo sobresaltada—. Mañana es muy pronto. Tengo que pensar en el vestido y hay muchas cosas que preparar.

—Tienes razón —admitió con aire abatido—. ¿Te parece la próxima semana?

Roger —dijo, sonriendo ante su impaciencia mientras le acariciaba la mejilla. En ese momento, su expresión le recordó a un niño ansioso por recibir una golosina o un regalo que

había esperado durante mucho tiempo—. ¿Qué te parece si lo discutimos primero con tu madre y luego tomamos una decisión?

—Se hará como tú quieras —respondió con un suspiro.

De repente, Lily notó que su semblante se había ensombrecido y se preocupó.

—¿Qué tienes?

Roger la miró con ternura y acarició su cabello pelirrojo con los dedos.

—Si tan solo mi hermano Bruce estuviera aquí, todo sería perfecto —expresó, entristecido.

—Rose cree que él regresará pronto, y que quizás está perdido en algún lugar de Francia, o entre las sábanas con una mujer.

—Eso sería bastante probable tratándose de Bruce —reconoció, recuperando el buen humor.

—¿Cómo crees que será nuestro futuro, Roger?

—Cuando pienso en nuestro futuro, preciosa hada del bosque, lo imagino perfecto, porque lo pasaré contigo. ¿Tienes miedo de lo que podría suceder?

—No —reconoció Lily, recostándose sobre su pecho—. Ya no tengo miedo a nada. Me siento segura a tu lado.

Roger le besó la cabeza, y Lily supo con certeza que ese hombre era su hogar.



45. Sueños cumplidos

Un mes después...

La iglesia estaba repleta de los amigos y familiares más cercanos a los Anderson. Roger, de pie junto al altar, lucía un elegante traje negro que resaltaba su atractivo, y sus ojos brillaban con una mezcla de emoción y ansiedad mientras esperaba la entrada de su amada.

Su familia ocupaba las primeras filas, con su madre sentada junto a Rose, quien sostenía a la niña en sus brazos. Ambas mostraban expresiones de orgullo y felicidad. Dean estaba junto a ellas, balanceando los pies en la banca con la impaciencia propia de los niños.

—¿Nervioso? —le preguntó su hermano Jake.

—Ansioso —respondió sincero.

—La tía May y la tía Flor congeniaron de maravilla —dijo Jake, indicándole a las dos mujeres, que sonreían mientras hablaban.

—La tía de Lily debe ser algo hechicera, porque, de otra manera no me explico que haga reír a esa vieja —dijo entornando los ojos.

—Admite que te gusta la tía May —insistió, dándole un pequeño codazo.

—Tiene sus momentos, sí, pero ¿gustarme? —dijo exagerando un escalofrío que le

arrancó una carcajada a Jake.

Roger comprobó la hora en su reloj con impaciencia, y Jake le hizo una seña para que mirara hacia la entrada. Harry Wilson caminaba con la ayuda de dos muletas, con Lucy siguiéndole detrás. Ambos se ubicaron en una de las últimas bancas. Su amigo tenía una expresión adusta y Lucy parecía satisfecha, aunque se percibía cierta tensión entre ellos que no parecía tener intención de disiparse.

—Me alegra que esté aquí —le susurró a su hermano, mirando a Harry. Jake asintió con una sonrisa.

Sabía que debió ser muy difícil abandonar su casa para estar allí, expuesto a las preguntas de las personas y a las miradas compasivas, y comprendió la fuerza de esa amistad que ni siquiera en la adversidad conseguía tambalearse. En el momento en que sus miradas se encontraron, Roger le sonrió a su amigo, haciéndole saber que valoraba su presencia. Harry le devolvió una sonrisa débil que para él fue suficiente.

—Parece que, después de todo, Lucy sí es buena para él —reconoció Jake.

Cuando las puertas de la iglesia se abrieron, y la música del piano comenzó a sonar, todos los ojos se volvieron hacia la entrada. Lily apareció radiante, utilizando un vestido blanco que acentuaba su belleza natural. Llevaba el cabello recogido en un complejo moño que dejaba caer algunos risos por los lados, y que favorecían en resaltar la longitud de su cuello y el blanco de su piel. Roger pensó que jamás había presenciado a una mujer más hermosa y agraciada, y le pareció que era un hada demasiado perfecta para ser real. Los ojos verdes de Lily se anclaron a los suyos, brillantes de felicidad. Su rostro sonriente parecía iluminar todo a su alrededor. Roger sintió que su corazón se aceleraba, preso de la dicha.

Cuando se encontraron frente al altar y sus manos se entrelazaron, el pastor Lewis comenzó la ceremonia. En ese instante, Roger supo con certeza que tendría una vida plena y feliz junto a ella.

Tres días después, Roger demostraba con paciencia y destreza los movimientos básicos del rodeo a Dean. Con un entusiasmo contagioso, le enseñaba cómo maniobrar al caballo con seguridad mientras hacía girar la cuerda sobre su cabeza. Dean, con los ojos brillantes por la emoción, seguía con exactitud cada instrucción, intentando imitar los movimientos mientras montaba a Botas, un caballo joven y robusto, hijo de Celeste y Black.

Lily los observaba desde una de las vallas de madera, sonriendo ante la escena que se desplegaba frente a ella. Desde que su hermano viera a Roger participar en el rodeo, que había despertado un verdadero interés en él por aprender.

—Tiene malas pulgas la mayoría de las veces, pero es inofensivo —le dijo Rose, sobresaltándola.

Lily la observó y sintió admiración por la templanza que emanaba de ella, una cualidad que parecía tener el poder de dominar a los hombres de esa familia, casi como si poseyera el mismo don que Dean tenía con los animales.

—Es bueno con mi hermano —reconoció Lily.

—¿Sabes? Jake y Roger son muy parecidos. Son algo hostiles y pueden ser implacables, pero cuando aman, lo hacen con todo, y ponen en juego sus vidas por proteger a los suyos.

—A veces creo que mis padres pusieron a Roger en mi camino para que yo pudiera ser feliz.

—De eso no hay duda, Lily —dijo Rose, asintiendo con una sonrisa.

Lily se sumió en sus pensamientos, sin dejar de observar a los dos hombres más

importantes de su vida, y sintió una calidez abrazando su corazón.

—Ojalá Bruce regrese pronto —suspiró, mirando hacia la pista—. Me gustaría que formara parte de la vida de Louise.

—¿De verdad crees que él está vivo? —quiso saber Lily.

—Sí —reconoció con optimismo—. Algo me dice que se metió en problemas, y que por eso no ha podido regresar. Bruce siempre estaba metido en líos por asuntos de faldas.

—Roger me ha dicho que era un poco mujeriego —reconoció.

—Te quedas corta —sonrió entornando los ojos, perdida en el recuerdo—. Yo vivía reprendiéndolo porque con frecuencia llegaba con un ojo morado por causa de un marido despechado.

Lily sonrió al ver que Rose también lo hacía.

—Tal vez se ha enamorado y le ha sido imposible regresar —sugirió Lily.

—Bruce dice que él no se enamora, pero yo sé que algún día va a sucumbir al amor, pese a que él lo niegue con vehemencia.

Lily se sorprendía al escuchar a Rose hablar de Bruce como si realmente estuviera vivo. A ella le resultaba difícil creer algo así. Habían pasado demasiados meses sin noticias como para siquiera soñar con ello, pero se abstuvo de decir lo que pensaba, ya que no quería aplastar sus esperanzas.

Se mantuvieron sumidas en un cómodo silencio que desvió sus pensamientos hacia otros asuntos, que nada tenían que ver con los Anderson.

—¿Has pensado en dar clases? —la sorprendió Rose con esa pregunta.

—¿Clases? ¿Y de qué podría dar clases yo?

—Lily —dijo Rose tomando sus manos—. Tienes un talento inigualable, y cuando te he observado voltear sobre Rois, tu expresión de felicidad no tiene precio. Podrías poner una escuela de *trick riding* aquí.

—¡Rose! —exclamó, llena de dicha—. ¡Esa es una estupenda idea!

—¿Verdad que sí? —sonrió—. Deberías hablar con Roger. Estoy segura de que a él le parecerá una idea maravillosa.

—¡Oh, Rose! —exclamó, abrazándola con fuerza—. Gracias. Eres un ángel.

Lily sentía cómo la idea de abrir una escuela de *trick riding* se gestaba en su mente con creciente emoción. Era la manera perfecta de compartir lo que sabía, además de realizarse en su arte, ya que amaba el volteo sobre caballo.



46. Inesperada esperanza

Sábado 14 de junio

Un mes después de la brillante idea de Rose, la zona destinada para las clases de *trick riding* había cobrado vida. La construcción, que había comenzado con bocetos y sueños, ahora se manifestaba en una espaciosa pista al aire libre dentro de la propiedad de los Anderson, rodeada de cercas recién construidas y pintadas. Un pequeño graderío había sido dispuesto para que los espectadores pudieran disfrutar de las demostraciones, tanto durante las clases como en las competencias.

Lily miraba el entorno con los ojos brillantes de emoción. En pocas horas sería la inauguración, la que se llevaría a cabo con una demostración de lo que la escuela de *Lady Lily* ofrecería a sus estudiantes en el futuro. El aire festivo que se respiraba en el ambiente también lo sentía en su interior.

—¿Estás nerviosa, hada del bosque? —le preguntó Roger, abrazándola por la espalda.

—Más bien, ansiosa. ¿Y qué pasa si nadie se inscribe después de la presentación?

Roger soltó una carcajada y ella frunció el ceño, molesta.

—No tendrás miedo, ¿verdad?

—¡Ja! —espetó soltándose de su abrazo y distanciándose de él—. ¡El día que llueva tendré miedo de enfrentarme al público!

—Ven aquí —la llamó, pero ella lo ignoró, disgustada, y alejándose aún más de él.

De pronto, el chasquido de un látigo rompió el aire con una precisión que la sobresaltó.

—¡Qué...! ¡Suéltame! —Lily notó que su cintura había sido abrazada por la cuerda y, antes de que pudiera reaccionar, Roger la atraía hacia sí con un movimiento hábil y decidido, hasta que ella estuvo otra vez en sus brazos.

—Recuerda que yo también soy bueno con la cuerda, hada del bosque —dijo con una sonrisa traviesa mientras en sus ojos brillaba un destello de desafío y ternura.

Imposibilitada de enojarse con él, Lily le sonrió, sintiendo cómo la atmósfera se llenaba de una tensión juguetona.

—No te rías de mí, o te castigaré con mi cuerda, vaquero —lo amenazó con un brillo travieso en los ojos.

—Esperaré con ansias ese momento —le informó, antes de apoderarse de su boca, haciéndola olvidarse de todo.

El contacto del látigo se desvaneció, siendo reemplazado por la calidez de su cuerpo contra el de ella. Roger rio entre sus labios, y ella se regocijó en esa complicidad que compartían juntos y que trascendían las palabras.

—Es hora, cariño, ve a prepararte. Los invitados están por llegar —le dijo Roger, devolviéndola al presente—. Brilla como una estrella. Aquí, tú eres la artista.

Lily sintió esa misma vibración que experimentaba antes de cada presentación, consciente de que ella era la mejor.

—Lo haré.

Una hora después, las risas llenaban el aire mientras los vecinos, amigos y familiares de los Anderson se reunían para la inauguración de la escuela de *trick riding* de Lady Lily. Roger se había puesto un bonito traje de rodeo que resaltaba su masculinidad, mientras que ella lucía el *maillot* de su madre, como una manera de sentirla cerca en ese significativo momento.

La presentación de Lily fue tan impactante que las colas para inscribirse en sus cursos se extendían por varios metros. Entre risas y felicitaciones, ella observaba a su alrededor con una mezcla de orgullo y gratitud. La pista de *trick riding*, que había comenzado como un simple sueño, se había convertido en una realidad.

—Estoy orgulloso de ti —le dijo Roger cuando todos se marcharon a casa.

—Nada de esto hubiera sido posible si tu apoyo y el de tu familia.

Roger la besó con ternura y luego le dijo:

—¿Te gustaría acompañarme a dar un paseo por los alrededores?

—Me encantaría. ¿Y Dean?

—Duerme junto a la pequeña Louise —le informó, sonriendo—. El día fue emocionante y agotador para él.

—Ha sido un día precioso —admitió Lily.

—El día aún no ha terminado, hada del bosque —dijo besando su nariz—. Lo mejor está por venir.

Lily sonrió, notando los evidentes cambios que Roger había tenido con ella desde que se habían conocido. Antes, buscaba con desesperación quitársela de encima; en cambio ahora, no había instante en que no intentara estar a su lado.

—Tengo un poco de frío —reconoció, frotándose los brazos.

—Espera aquí mientras voy por tu chaqueta.

Lily asintió, y luego fijó la vista en el horizonte. Mientras se sentaba en los escalones del poche a esperar a Roger, el atardecer resplandecía frente a sus ojos con un degradado de colores que la conmovieron por su belleza. Estaba tan sumida en sus pensamientos que no se percató del hombre que se detenía junto a ella.

—Y tú, ¿quién eres? —escuchó que le decía una voz, sobresaltándola.

Un estremecimiento la recorrió desde los pies a la cabeza al ver a un hombre parado frente a ella, cuya mirada y aspecto dejaban en claro su agotamiento. Su parecido con Roger era tan inquietante que Lily sintió un escalofrío recorrerle la espalda y, aunque su aspecto era desmejorado y había evidencias de sufrimiento, el semblante de ese hombre no dejaba lugar a dudas acerca de su identidad: era Bruce. El hermano menor de los Anderson estaba vivo.

—Soy Lily Anderson, la mujer de Roger —respondió, levantándose despacio, temerosa de que el hombre desapareciera como si fuese una aparición—. Eres... eres Bruce, ¿verdad?

Bruce asintió y ella se llevó la mano a la boca para contener un grito de emoción. De pronto, escuchó los pasos de Roger a su espalda.

—¿Bruce? —preguntó, incrédulo cuando lo vio allí—. ¡Bruce! —gritó, dejando caer la prenda que traía en las manos al suelo, y abalanzándose sobre su hermano para envolverlo en un abrazo firme y colmado de emociones.

—¡Oh, Roger! —susurró Bruce entre los sollozos que se entremezclaban con los de su hermano—. ¡Ni te imaginas cuánto ansiaba regresar a casa!

Lily notó que sus mejillas se habían humedecido, y corrió al interior de la casa para informar al resto de la familia. Betty, Rose y Jake se encontraban en la cocina bebiendo un refresco cuando ella entró allí como un tornado, convertida en un manojo de nervios.

—¡Él está aquí! —gritó Lily, incapaz de contener la emoción que sentía—. ¡Rose tenía razón! ¡Él está aquí!

—¿Quién está aquí? —preguntó Jake, levantándose de su silla con cautela.

Lily no pudo contener su entusiasmo mientras observaba las caras ansiosas de Betty, Rose y Jake.

—¡Tu hermano Bruce! —dijo entre sollozos, sin poder frenar las lágrimas—. ¡Ha regresado a casa! ¡Está vivo!

Las reacciones fueron inmediatas. Betty, Rose y Jake dejaron todo atrás y corrieron hacia el exterior de la casa para comprobar por sí mismos la veracidad de sus palabras. La escena que se desplegaba frente a sus ojos era sobrecogedora. Roger y Bruce aún se abrazaban, y el menor de los Anderson levantó la mirada hacia su madre cuando escuchó su voz.

—¡Oh, Bruce! ¡Dime que no estoy soñando y que estás aquí de verdad! —rogó Betty mientras se arrojaba a los brazos de su hijo perdido.

—Soy yo, mamá. Ya estoy en casa —la tranquilizó entre sollozos mientras besaba su frente y se dejaba acariciar por las manos tiernas de su madre.

—No puedo creer que estés aquí —dijo Jake, abrazando a Bruce y a su madre a la vez.

—Ni yo —expresó Roger, sumándose al abrazo.

—Nunca pensé que volvería a verlos —dijo Bruce, cerrando los ojos, agotado y reconfortado a la vez.

Lily observaba la escena con una emoción tan grande que sentía un nudo en el pecho. Bruce estaba envuelto en un abrazo con su madre y sus hermanos, mientras que Rose y ella permanecían a un lado, otorgándoles espacio para el reencuentro, emocionadas hasta las lágrimas.

—¿Dónde está la bella Rose? —quiso saber Bruce, levantando la cabeza para buscarla.

—Aquí estoy —respondió ella con una sonrisa afectada, uniéndose al abrazo—. No puedo creer que tardaras tanto en regresar, Bruce. ¿Te metiste en problemas otra vez? —le reprochó Rose con dulzura.

—¡Ay, querida cuñada! Ni te imaginas por lo que he pasado antes de llegar hasta aquí.

—¡Cuéntanos, Bruce! —lo animó su madre—. Hemos pensado lo peor al no tener noticias tuyas.

—Lo sé, madre, y lo siento. Se los contaré todo. Ni siquiera se hacen una idea de lo que me ha pasado ni lo que he tenido que hacer para llegar hasta aquí, pero antes, necesito comer y darme un buen baño.

—¡Oh, claro que sí! —dijo Betty, tomándolo por el brazo y entrando en la casa con él—. ¡Ve a bañarte y ponte ropas limpias mientras te preparo algo para comer!

Bruce asintió y, pese a su aspecto fatigado, Lily pudo notar el atractivo del hombre bajo esas barbas mal afeitadas, y comprendió por qué tenía tanto éxito con las mujeres en el pasado. Había algo en su forma de desenvolverse que destensaba los ambientes y calmaba los ánimos. A Lily le agradó de inmediato.

—Y dime, Roger —exigió saber el recién llegado mientras avanzaban por el pasillo—. ¿Cómo demonios hiciste para conseguir que esa preciosura se casara contigo?

—Le oculté que tenía un hermano menor —respondió su esposo con soltura, haciendo que el grupo completo soltara una carcajada.

La llegada de Bruce marcó un giro inesperado en la vida de la familia Anderson, transformando un día que ya estaba lleno de dichas y éxitos en una jornada aún más memorable. El reencuentro había reunido a la familia en un abrazo colectivo que sanaba las heridas del pasado. El regreso de Bruce era como un milagro que restauraba el equilibrio perdido durante sus meses de ausencia.

Roger la abrazó por los hombros, con los ojos enrojecidos por la emoción, y juntos avanzaron detrás del resto de la familia. Lily sintió que el vacío dejado por la pérdida de sus padres parecía ser llenado por la calidez y el afecto que ahora recibía de su nueva familia. Sabía que, aunque el futuro era incierto, el amor y la unión que había encontrado con los Anderson le daban la certeza de que, sin importar lo que viniera, estarían bien, porque estaban juntos.

Con los últimos vestigios de la luz del atardecer, Lily se permitió disfrutar de su familia. «Su familia», pensó con alegría. El reencuentro de Bruce había sido el toque final perfecto para un día lleno de nuevos comienzos y desafíos, y estaba convencida de que en su hogar construiría un futuro colmado de buenos momentos.

Palabras de la autora

Gracias por acompañarme hasta el final de esta historia, que es la segunda entrega de la serie ***Corazón de Texas***. Es un honor compartir este viaje contigo. Si has disfrutado de la travesía tanto como yo, te agradecería mucho si pudieras dejar una valoración en Amazon. Tu apoyo significa mucho para mí y me ayuda a seguir creciendo como autora.

Si deseas estar al tanto de mis próximos proyectos y seguir explorando juntos nuevas aventuras literarias, te invito a seguirme en Instagram: **@liasayoni.escritora**. Además, todos mis libros están disponibles en **Amazon**, tanto en versión digital como en papel.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

Lía Sayoni

About The Author

Lía Sayoni



Lía Sayoni es el seudónimo con el que Paula Omeñaca Awad, escritora chilena nacida en el año 1973, firma sus obras. Profesora de Educación Física de profesión, decidió, en un momento de audacia, dejar la pedagogía para aventurarse en el mundo literario. Este cambio marcó un nuevo desafío personal que rápidamente se convirtió en su gran pasión, rivalizando con su amor por la lectura. También escribe novelas de thriller bajo el seudónimo de L. Mura. A lo largo de su carrera, ha explorado diversos géneros literarios, pero su predilección recae indiscutiblemente en la novela romántica y las historias que culminan con finales felices. Su capacidad para explorar en las diversas narrativas es una manifestación de su profundo amor por la literatura y la continua búsqueda de nuevas expresiones artísticas. Autora de la novela finalista del Premio Literario Amazon Storyteller 2023, con su obra *El otoño de Amira*.

Cuando las hojas caen en el corazón de Texas

Libro 1 de la serie Corazón de Texas

Cuando el veterinario y ranchero Jake Anderson es plantado en el altar, su mundo se desmorona en una espiral de amargura y alcohol.

Rose Martin, la menospreciada hija menor de una familia recién llegada a la ciudad, lucha por encontrar su lugar en un mundo que no comprende su amor por las plantas y su gusto por la soledad.

Un encuentro fortuito durante una tormenta desencadena una serie de eventos que los lleva a un matrimonio forzado. Jake, convencido de que Rose conspiró para atraparlo, la trata con frialdad y desprecio, mientras que Rose lucha por demostrar que no es como todos piensan.

Sin embargo, cuando el destino arroja nuevos desafíos sobre ellos, Jake y Rose se ven obligados a descubrir que, quizás, la felicidad y el amor pueden surgir de las situaciones más inesperadas.

Cuando las hojas caen en el corazón de Texas es una historia cautivadora sobre segundas oportunidades, redención y el poder transformador del amor.